

COLECCIÓN DE ESTUDIOS 45

VIVO ENTRE
CUATRO
PAREDES

**LA VULNERABILIDAD
RELACIONAL
EN CONTEXTOS DE
EXCLUSIÓN SOCIAL**

**Hugo Valenzuela García
Miranda Jessica Lubbers
José Luis Molina González**



FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA



COLECCIÓN 45
DE ESTUDIOS

VIVO ENTRE
CUATRO
PAREDES

**LA VULNERABILIDAD
RELACIONAL EN
CONTEXTOS DE
EXCLUSIÓN SOCIAL**

Madrid, 2020

© FUNDACIÓN FOESSA
Embajadores, 162
28045 Madrid
informacion@foessa.org
www.foessa.es

© Cáritas Española Editores
Embajadores, 162
28045 Madrid
Teléf.: 91 444 10 00
publicaciones@caritas.es
www.caritas.es

ISBN: 978-84-8440-697-6

Depósito Legal: M-15681-2020

Preimpresión e impresión:

Arias Montano Comunicación
www.ariasmontano.com

Impreso en España/Printed in Spain

Agradecimientos	7
Sinopsis	9
Antesala. Jacinto entre las cuatro paredes	11
I. El umbral. Pobreza y pérdida relacional	19
¿Qué es la pobreza?	21
Las redes de pobreza y la pobreza de las redes	23
Capital social y reciprocidad. Los pilares de la perspectiva relacional	25
Exclusión: estigma, violencia estructural y vergüenza	27
Estigma	27
Violencia estructural	29
Vergüenza	29
Pobre, la etiqueta del estigma	31
Recurrir a terceros	31
Trabajo, la tradicional ruta de inclusión	32
Consumo y las nuevas formas de exclusión	34
II. Habitaciones. Los casos	37
Sin paredes: vivir en la calle	39
Dora solo quiere tomar un café	40
El mundo social de Dora	43
Inma y Gregor: unidos en la pobreza y la enfermedad	44
Habitaciones consumidas	50
Leroi: la historia de un yonki	52
Gabino y la lucha por la inclusión	61
El mundo social de Gabino	62
El exitoso caso de Kike: porque todos tenemos un líder	64
El mundo social de Kike	69

Sin paredes y desconectados. Inmigrantes damnificados	72
La caída de Alicia	73
El mundo polarizado de Alicia	78
Alfonso, un sociólogo con traje de ejecutivo	80
El mundo social de Alfonso	83
Luis Rodrigo y las mentiras piadosas	84
El mundo social de Rodrigo	86
Sin paredes. Electrones libres	88
Joaquín. Rebelde con causa	88
El mundo mínimo de Joaquín	91
Evaristo, el empresario imaginario	92
El mundo social de Evaristo	96
Atrapadas entre cuatro paredes. Cuidadoras	97
Encarna y la olla grande	98
La red social de Encarna	100
Amparo, atrapada entre cuatro paredes	101
La red social de Amparo	104
Laura y su jaula dorada	105
La red de Laura	107
Isabel, el pilar de la casa	110
El apoyo social de Isabel	112
Saliendo de las cuatro paredes. Empoderamiento	115
El caso de Julio	115
El mundo social de Julio	119
El caso de Andrés	120
El mundo social de Andrés	122
El caso de Laureano	123
El mundo social de Laureano	126
III. El techo. Resultados	129
La pobreza relacional	130
«No quiero recurrir a nadie»	131
Recurrir a parientes	137
Recurrir a terceros	141
Recurrir a la institución	142
Instituciones totales y redes marginales	142
El albergue: las puertas de la calle	143
Los moradores entre las paredes	146
Usuarios	146
Técnicos	148
Voluntarias	151

Puertas blindadas: las barreras a la inclusión	159
Puertas a las que no llamar	159
«¿Qué hay de malo en tomarse una cerveza?» Trabajo, consumo e inclusión	161
Singularidades del género	164
La enfermedad de la pobreza	168
Aluminosis. Violencia estructural	169
Biopoder y tolerancia a la violencia estructural	172
Aporofobia y clasificación. El efecto matryoska	175
Homofilia, una cuestión de clase	179
Resistencia o catarsis	184
Retos para los proyectos de inclusión social	189
IV. Síntesis para propuestas	195
Elementos limitantes	196
Elementos potenciadores	197
Bibliografía	199
ANEXO. Metodología: el andamiaje	215
Las entrevistas	216
Interpretación de las redes personales	218
La muestra	219
Cuestiones éticas	229



En primer lugar, deseamos agradecer a Cáritas Española la colaboración y apoyo recibidos durante todo este proceso, de principio a fin. En particular damos las gracias a las personas que nos han facilitado la logística y el acceso a los contextos de observación, porque sin ellas la realización de este trabajo no hubiera sido posible.

Durante la investigación ha sido muy grato conocer a las personas que trabajan en primera línea y que se implica a diario, y más allá de las obligaciones laborales, en realidades sociales de gran complejidad y dureza. La dedicación de esos técnicos/as y profesionales es encomiable. De ellos y ellas nos llevamos lecciones de profesionalidad y de compromiso ético. También les adelantamos una disculpa sincera si, en algún punto, discrepan con nuestra interpretación o no se ven apropiadamente reflejados. Este es un trabajo coral, de muchas voces, y asumimos la posibilidad de haber cometido errores. Bienvenidas sean las enmiendas y ojalá que algo de lo que digamos aquí pueda servirles en su trabajo cotidiano. Esta sería nuestra contribución de retorno a tanta entrega.

Nuestra gratitud va sobre todo a las personas que hay detrás de cada caso. Gratitud por participar en el estudio de manera desinteresada, por mostrar sin ambages no solo el sufrimiento que infringe la pobreza, sino también otras muchas facetas de la rica multiplicidad del ser humano. De ellos y ellas admiramos la capacidad de resiliencia.

Finalmente, agradecemos a la Fundación FOESSA la concesión del II Premio de Investigación (2019-2020) y la gran oportunidad que nos han brindado. En particular estamos en deuda con Pedro, Raúl y Guillermo. Finalmente, queremos dejar constancia de que este informe también es deudor de algunos resultados de un proyecto Recercaixa previo (2015 ACUP 00145, 2016-2020).



Este análisis estaba motivado por las profundas consecuencias que ocasionó la crisis financiera de 2008, que puso de manifiesto que la pobreza también puede alcanzar a capas sociales que parecían estar relativamente guarecidas de la exclusión social.

Por lo general, cuando se habla de pobreza suele pensarse en los efectos negativos relacionados con la carencia de recursos materiales (dinero, vivienda, alimento, acceso a salud, ropa, etc.). Pero la pobreza, más allá del impacto económico, socava las relaciones sociales del individuo e incide negativamente en su estado emocional y psicológico. El objetivo de esta investigación es explorar esa dimensión relacional y emocional de la exclusión causada por la pobreza, para lograr una comprensión más objetiva y realista de la construcción social de la pobreza.

Los datos provienen de centros de atención social situados en cuatro puntos geográficos de España (Castellón, Madrid, Albacete y Cataluña), donde hemos realizado trabajo de campo y analizado 20 casos en profundidad. Para obtener esta información hemos aplicado una metodología mixta, consistente en el análisis de redes personales y entrevistas estructuradas, por una parte, y en la aproximación etnográfica, por la otra. También hemos tratado de maximizar la diversidad de casos y situaciones para tener una visión amplia del fenómeno.

Al nivel teórico, en la perspectiva relacional hemos enfatizado el peso del capital social y la reciprocidad. Para el análisis emocional nos hemos centrado en el estigma, la violencia estructural y la vergüenza. El análisis de esas categorías nos ha posibilitado explorar dimensiones como la salud, las relaciones de género, cuestiones de clase social y aspectos simbólicos de la pobreza.

El análisis de los principales ámbitos relacionales (familia, amigos, instituciones y trabajo) y del tipo de interacción de los diversos actores (usuarios, técnicos, voluntarios, etc.) posibilita extraer una serie de conclusiones sobre las características de sus redes sociales y el papel de las instituciones de acción social en la promoción de la inclusión social de esas personas. Estas conclusiones desean ponerse al servicio de la mejora de esas instituciones tan trascendentales, particularmente en un momento en el que ni el estado de bienestar ni el mundo del trabajo pueden garantizar la inclusión de las personas más vulnerables.

Antesala

*«Porque a cualquiera que tenga se le dará y tendrá más.
Y al que no tenga le será arrebatado lo que tiene»
(Mateo 13:12).*

Era un día luminoso y frío de diciembre. Jacinto se retrasaba y era extraño en él porque era un hombre de palabra. Había acordado que le haría una entrevista y que nos encontraríamos a las nueve de la mañana en la plaza de la iglesia.

Al cabo de unos minutos asomó, a lo lejos, cojeando apresuradamente. Apenas llegado a la plaza se disculpó del retraso, resoplando:

¡Chico, lo siento! Se me ha roto la calefacción, me he puesto a arreglarla y cuando me he dado cuenta se me había hecho tarde. Te iba a llamar, pero no tenía saldo ni dinero para recargar el móvil.

El último mes lo pasó con cincuenta euros que le había dejado Carlos, el menor de sus hijos, de veintiocho años. Carlos realmente no podía ayudar a su padre tanto como querría. Apenas ganaba para llegar a final de mes y sostener a su esposa y a su hijo de tres años, porque desde hace ya años solo encuentra trabajo temporal y mal pagado. Abandonó pronto los estudios y, según su padre, ahora se arrepiente.

Durante los últimos años Jacinto percibió la Renta Garantizada de Ciudadanía en Cataluña. Al cumplir los sesenta y cinco años contaba con cobrar la Pensión no Contributiva, pero Hacienda le congeló los pagos. Me dijo que en el pasado había contraído alguna deuda con la Seguridad Social por no pagar la cuota de autónomo. Y con el tiempo, añade, «la pelota [la deuda] se hizo demasiado grande».

Jacinto es un hombre afable y bonachón. Maneja una ironía afilada, signo de inteligencia. Es un fumador empedernido, a pesar de sus problemas de salud y de su sobrepeso, y tiene los dedos amarillentos y los dientes manchados por el alquitrán. Para andar se ayuda de un bastón porque, debido a su diabetes crónica, tuvieron que amputarle varios dedos de los pies.

Jacinto nació en Jerez de la Frontera en el seno de una familia propietaria de una pequeña empresa de construcción de muebles que llegó a tener a treinta trabajadores en plantilla. De pequeño vivió muy arropado por sus padres y por su abuela. Quería estudiar medicina y “hubiera podido estudiar lo que me hubiese dado la gana porque actitudes y facilidad de aprendizaje no me faltaban”. Pero acabó estudiando un módulo de comercio mercantil.

Mi punto débil ha sido siempre la falta de constancia. Me aburría pronto de las cosas. O sea, cojo las cosas con mucha ilusión y después me desengaño muy pronto. Me quedo en el camino y no he sido constante. Buena parte de lo que me sucede es por mi culpa. A veces te planteas si la mala suerte se encuentra o se busca [...]; yo estaba en la cumbre y he ido a la cumbre de la miseria [...]. Me mortifico porque me lo merezco.

Esta situación de penuria es algo nuevo para él. Tuvo una vida fácil, “burguesa” como dice él, hasta que una cadena de sucesos fatales le arrastró hasta una situación de “indigencia total, prácticamente”.

De joven fue, en sus propias palabras, “un hijo de papá”. Gozó de una activa vida social: cenas con amigos, viajes a Francia, socio de dos clubs de tenis, “prácticamente coleccionaba la ropa, los zapatos y los relojes”, veraneaba en el apartamento familiar de Comarruga y “era muy pródigo invitando a mis amigos”. El día mismo en que cumplió los dieciocho años su padre lo llevó por sorpresa a un concesionario y, ante todos los coches a su vista, le dijo: “elige, el que más te guste”. Eligió un bonito Renault Alpine verde. Costó, todavía lo recuerda, 158.000 pesetas. Por aquel entonces, en 1973, él cobraba 60.000 pesetas mensuales. Un dineral para la época.

Antes no miraba. No lo miraba porque no lo necesitaba mirar. Cuando tienes posibilidades no piensas en eso. Y malgastas dinero. Yo he malgastado dinero. He dilapidado el dinero.

Durante la crisis de los años ochenta la empresa familiar se arruinó. Tras meditarlo, decidieron emigrar a Cataluña porque tenían familiares que les podían ayudar. A su padre le consiguieron un trabajo en una fábrica y allí rehicieron su vida.

Jacinto mantenía una larga relación a distancia con Asunta, el gran amor de su vida, pero acabó casándose con su prima lejana, Ana, que ya tenía un hijo fruto de una relación anterior. Ambos superaban la treintena y había poco tiempo que perder. Durante años Jacinto trabajó duro en una empresa de plásticos, después en un despacho de codificación comercial y, finalmente, compró un bar que regentó durante dos décadas. Tres años estuvo doblando la jornada. Por las mañanas trabajaba en la empresa, mientras su padre se ocupaba del bar. Por las tardes se ocupaba de la barra hasta altas horas de la noche. Su esposa, mientras tanto, cuidaba de la casa y de su hijo y se preparaba para otro pequeño que venía en camino. Todo ese esfuerzo tuvo recompensa: tenían una vida de clase media, compraron una casa de tres plantas y se podían permitir comer a diario en los bares locales.

A mediados de los años noventa la relación con su esposa empezó a deteriorarse. El problema, dice Jacinto, es que ella “siempre quería más, nunca era suficiente”. Se tomaron un tiempo, pero las cosas no se arreglaban, hasta que se acabaron divorciando. Al cabo de unos meses le diagnosticaron diabetes y luego murió su padre, con el que tenía un vínculo muy estrecho. A partir de ahí su vida dio un vuelco. Cayó en una depresión y perdió la ilusión por todo. Su mujer se quedó con la casa y él llegó incluso a abandonar sus dos coches en la vía pública y no se acuerda qué fue de sus preciados discos y libros. Descuidó todo: el negocio, la economía doméstica, las facturas, las cuotas de la seguridad social y su salud. Solo conservó unos anillos y medallas de oro de sus padres. Hoy todavía las luce con melancolía porque, aunque sus padres se fueron hace muchos años, los adoraba y todavía los echa mucho de menos.

Como no tenía apenas recursos, decidió alquilar una habitación en un piso compartido con otros hombres que, como él, corrieron una suerte similar. A partir de 2008 el alquiler informal de habitaciones se había convertido en un negocio rentable para propietarios con espacio libre en zonas deprimidas de la periferia de Barcelona. Aquello era una tabla de salvamento para gente sin recursos, porque el alquiler era barato, pero esas personas se arriesgaban a subidas inesperadas del alquiler o a que el casero los echase en el momento menos esperado. Su hijo tuvo que enfrentarse varias veces a su casera por esos motivos.

En 2009 la situación era ya insostenible. Así que se armó de valor y decidió acudir a Servicios Sociales, que lo derivaron a un comedor de una fundación en el que podía comer cada día. Sin embargo Jacinto solo salía de su habitación para recoger la comida. Luego regresaba a su casa, la recalentaba en el microondas y se la comía solo en su habitación. De hecho evitaba la residencia porque no quería encontrarse a veci-

nos o a parroquianos de su antiguo bar y tener que darles explicaciones. Tras insistir mucho lo derivaron a un pequeño comedor social, donde lo conocí. Allí tenía una rutina y personas con las que hablar. No era un lugar ideal, pero al menos significaba una ruptura con su monótona vida en solitario.

Jacinto agradece la alimentación, adaptada a las necesidades de cada usuario, así como las actividades que se organizan después de comer: juegan al bingo, al dominó o alguna de las voluntarias les enseña a remendar la ropa o les lee un cuento mientras bromean, mantienen animadas conversaciones o incluso discuten porque uno habla alto y no deja escuchar al resto. Él aprecia la flexibilidad y la comprensión del comedor: por ejemplo, les permiten fumar en una pequeña terraza exterior mientras las voluntarias preparan la mesa o, si tienes prisa, puedes llevarte la comida en bolsas. Pero lo que más agradece es “el calor humano, porque esto me ha servido para volverme a situar, para sacar el cuello de esas aguas movedizas en las que estaba hundido. Para poder respirar”. Habla de las trabajadoras como si fueran su familia y sobre los comensales considera que, “como en todas las familias, hay cosas buenas y cosas malas”. Además, siempre que puede contribuye con su granito de arena: ayudó a un usuario a solucionar gestiones administrativas, acompañó a otro al hospital y confiesa que “si tuviese dinero ahorrado, lo donaría todo a [la institución social]”.

Cuando le hicimos la entrevista, hace casi dos años, Jacinto no era feliz. Se mortificaba. Rezaba para no tener ningún imprevisto económico. No veía futuro y se consideraba un fracasado que no supo aprovechar las oportunidades que le brindó la vida. Había llegado donde estaba, decía, “por pura desidia y dejadez”. Describía una existencia vacía, sin objetivos, pero con demasiado tiempo libre para pensar.

Veo mi vida como un tránsito hacia lo que tiene que venir, que es [...]. O sea, este tránsito es una fase de tu vida que tienes que cumplimentar. La vida es una mierda de vida, pero es la única mierda que tenemos y hay que cuidarla. Lo único que puedo decir a las personas en general, es que la vida sirve para vivirla, simplemente, que hay que dejar muchas tonterías, estereotipos que nos han montado [...]; yo antes no lo veía.

Jacinto apenas tiene relaciones sociales. Habla de un par de amigos, pero realmente los ve poco. Con algunos parientes desperdigados por Cataluña mantiene “relaciones superficiales” y a sus hijos los ve una vez cada dos semanas, cuando se encuentran en un bar para tomar un café con leche y disfrutar un rato de su nieto. Su vida es pobre en recursos, en movilidad y en expectativas. Al final de la entrevista, con la agudeza que lo caracterizaba, se despidió así:

Vivo en mis cuatro paredes: la habitación de alquiler. Venir al comedor social es el único contacto y relación que tengo con otras personas. De lo contrario no sé qué razones tendría para seguir viviendo.

En un manual clásico de etnografía, *El extrañamiento profesional* (1980), el antropólogo Michael H. Agar argumenta que la etnografía, a diferencia de otras disciplinas orientadas por hipótesis, avanza a partir de la observación de rupturas o quiebras (*breakdowns*): detalles, circunstancias inesperadas que nos sitúan sobre la pista de estructuras socioculturales subyacentes (*strips*) y que, al analizarlas bien, permiten entender mejor la realidad social observada.

El testimonio de Jacinto constituye una de esas quiebras. Es la quiebra que ha inspirado de hecho toda la investigación. Su caso ejemplifica un proceso de progresiva pérdida económica, social y emocional que lo arrastra hasta reducir su existencia a las cuatro paredes de una habitación alquilada. Pero su situación no es excepcional. Tiene muchos paralelismos con más de ochenta casos que hemos recabado durante los últimos cinco años de análisis de la pobreza en España. El denominador común es el deterioro del tejido social y un desgaste gradual de la autoestima.

El informe que aquí presentamos expone los resultados de una investigación de cerca de un año de duración realizada en el contexto de ayuda social que analiza el efecto de la pobreza sostenida en las relaciones sociales y en el estado emocional del individuo. Por lo general la pobreza se asocia con la carencia de recursos materiales (dinero, vivienda, alimento, acceso a salud, ropa, etc.). Sin embargo aquí partimos de la hipótesis de que la pobreza sostenida, más allá de la falta de recursos, impacta negativamente en las relaciones personales del individuo y, además, erosiona su autoestima y dignidad porque comporta una gran carga emocional y psicológica. Estos dos factores, sostenemos, están interrelacionados. Por ello, insistimos, la pobreza es una categoría relacional, no un mero estado económico ni, mucho menos, una condición de individuo o de un colectivo.

La investigación adopta una estrategia de «métodos mixtos» consistente en el uso de trabajo de campo antropológico, entrevistas en profundidad y análisis de redes personales. La perspectiva etnográfica nos permite adentrarnos en los contextos de interacción social y recoger el punto de vista de sus actores; es decir, aquellas personas e instituciones que intervienen en la trama social. Como cualquier otro usuario, voluntario o trabajador social, anduvimos por los espacios de atención social. Pu-

dimos participar de esos contextos (sirviendo comida, compartiendo la mesa con usuarios y trabajadores u observando en algún taller formativo, por ejemplo). Visitamos pisos sociales y las inmediaciones de los servicios de atención social, como los barrios y parques de los alrededores, para familiarizarnos con la realidad social más amplia. Charlamos con muchas personas y entrevistamos a tantas otras. Hicimos fotografías para documentar esa realidad y apuntamos en nuestra libreta de campo las impresiones, lo que vimos y oímos, también las dudas y las suposiciones. Más tarde transcribimos literalmente las entrevistas que habíamos grabado con el permiso de las personas entrevistadas. Las leímos, las ordenamos y las volvimos a leer una y otra vez, hasta lograr conferir significado a la densa realidad social observada. Después contrastamos esos datos con otras fuentes (literatura académica, noticias de prensa, informes de ONG de otras entidades sociales, etc.), y discutimos nuestras intuiciones con colegas y especialistas, tratando de mantener una mirada neutral. Solo tras reflexionar detenidamente sobre todas las cuestiones, estuvimos en posición de hacer generalizaciones de mayor alcance y una reflexión teórica más fundamentada. Este trabajo es el resultado de todo ese proceso.

Mediante esa estrategia de investigación hemos reunido 20 estudios de caso en profundidad de individuos y contextos diversos para incrementar la heterogeneidad. Los casos los hemos seleccionado en diferentes servicios sociales de cuatro puntos de la geografía española: Albacete, Barcelona, Madrid y Castellón.

Las entrevistas en profundidad permiten documentar las historias de vida de las personas seleccionadas. El análisis de redes personales posibilita analizar empíricamente la dimensión relacional de la pobreza, a través de las características de las redes personales de los usuarios y del volumen y tipo de apoyo que fluye a través de esas redes. Finalmente, mediante preguntas más introspectivas exploramos, hasta donde los entrevistados quisieron llegar, los aspectos subjetivos y emocionales implicados en la experiencia de la pobreza.

En los anexos, al final del trabajo, se detalla la muestra y sus características (edad, sexo, estado civil, profesión, estado de salud, etc.); se abordan las cuestiones éticas; y se ofrece una descripción más detenida de los métodos empleados, así como una guía para poder interpretar la visualización de los gráficos de las redes personales.

Adoptar una perspectiva mixta ha sido una decisión deliberada, porque consideramos que es lo más adecuado para adentrarnos en esa realidad social. Y también ha sido premeditada la elección del estilo de nuestra exposición. Aunque es un estilo posiblemente más prosaico de lo habitual en las ciencias sociales, detrás hay una

estrategia etnográfica que intenta plasmar de la manera más fiel y accesible posible fenómenos complejos y difícilmente aprehensibles mediante otros métodos. En definitiva, esta fórmula nos posibilita realizar un doble zoom: por una parte, nos permite incidir en el lado más humano y subjetivo de los testimonios, mostrarlos como son sin maquillar la realidad. Y, por otra parte, nos dota de un filtro ante la crudeza de algunas circunstancias y testimonios. Para aportar más datos de contexto también hemos incluido algunas fotografías de los contextos de observación.

Finalmente, también hemos optado por estructurar el documento de una manera singular. Sus secciones se ensamblan siguiendo la alegoría arquitectónica doméstica de «las cuatro paredes», un hilo conductor que trata de evocar los distintos estados emocionales del individuo en diferentes circunstancias relacionales: la soledad, la disolución de pilares morales, la destrucción y reconstrucción de relaciones sociales, etcétera. Pensamos que es un modo más innovador y amable de darle sentido a los datos, pero también una forma de dignificar la propia investigación social de la pobreza, presentando a las personas y a sus circunstancias como algo más que meros objetos de investigación.

Si se nos permite el paralelismo, cuando abandonemos esta *antesala*, que es el prefacio, y atravesemos el *umbral*, la introducción, accederemos a los *cimientos*, un breve marco teórico cuyo objetivo es conectar la aproximación relacional y emocional a la pobreza. Nuestra propuesta teórica se acerca en algún sentido al interaccionismo simbólico, dado que en ambos casos se analiza la pobreza a través de las interacciones con el grupo social más amplio y en relación a las propias expectativas del individuo. Pero aquí, en cambio, adoptamos las nociones de reciprocidad y capital social como ejes teóricos centrales. Luego nos adentraremos en las diferentes *habitaciones*, los veinte estudios de caso que describimos haciendo uso de viñetas etnográficas y extractos de las entrevistas con el objetivo de dar voz a los testimonios. Las *habitaciones* albergan las historias de vida de estas personas y recogen sus mundos sociales a través de fotografías y representaciones visuales de sus redes personales. En los resultados (el *techo*) trataremos de integrar de manera dinámica la teoría, los datos etnográficos, nuestra interpretación de esos datos y una perspectiva crítica, que aquí pensamos que es ineludible. Esperamos no meternos en jardines ajenos, si se nos permite la metáfora. Por último, las conclusiones sintetizan brevemente los resultados clave. Al final, en anexos, detallamos la metodología y el tratamiento de las cuestiones éticas (el andamiaje).

Nos gustaría pensar que la *puerta de salida* no es el fin del trayecto, sino solo un pasillo a una *terrace exterior* que nos ofrezca mejores vistas de la fría intemperie que

es la pobreza. Nos complacería, con este documento, poder inspirar algunas ideas de mejora de la calidad de los servicios asistenciales y, sobre todo, de la vida de sus usuarios.



Los estudios sobre la pobreza suelen ser cíclicos (resurgen en momentos de crisis económica), localizados (se concentran en el Reino Unido y Estados Unidos), empíricos (tratan aspectos sociales o económicos concretos) y estadístico-técnicos (orientados a establecer, por ejemplo, el umbral de la pobreza). Estos estudios raramente incluyen el punto de vista del individuo (Daly, 2017) ni describen el impacto social (Kleinman *et al.*, 1997), o las heridas psíquicas que inflige la pobreza a los que la padecen (Lister, 2005). Por ello uno de nuestros objetivos es describir el fenómeno de la pobreza de manera vívida, confiriendo protagonismo al sujeto y a su experiencia y revelando el modo en que la pobreza se construye socialmente.

En las modernas sociedades liberales, existe una gran presión social sobre el individuo para que, llegada la mayoría de edad legal, sea capaz de emanciparse y desarrollarse en sociedad de manera autónoma y autosuficiente. Este objetivo suele alcanzarse a través del trabajo, que constituye el contexto social más importante en nuestro mundo contemporáneo por detrás tan solo del parentesco. En caso de necesidad la gente suele acudir a sus parientes, amigos y conocidos en busca de ayuda (apoyo informal) o pide auxilio a las instituciones públicas o privadas de asistencia social (apoyo formal). Pero en nuestro contexto de postcrisis económica, la segunda recesión más prolongada de la democracia española, se dan circunstancias por las cuales esas fuentes de recursos ya no resultan eficaces.

Las políticas de austeridad adoptadas a partir de 2008 se han traducido en un recorte radical de los recursos destinados a los más vulnerables. El presupuesto destinado a servicios sociales entre 2011 y 2013, justo cuando era más necesario, se redujo en un 13.3% (2.200 millones de euros menos). Eso dio lugar, según el informe presentado en 2014 por la Asociación de Directoras y Gerentes en Servicios Sociales, al «miserable e injustificable abandono de los ciudadanos en situación de mayor vul-

nerabilidad” (Prats, 2014). A día de hoy, según Oxfam Intermón (2019), una de cada seis familias españolas empobrecidas a causa de la crisis económica todavía no ha conseguido recuperarse y los apoyos informales, que juegan un papel fundamental como malla de seguridad, se están agotando. En otras palabras, los amigos, parientes y conocidos a los que uno suele recurrir para pedir ayuda ya no pueden o ya no quieren responder: éstas son algunas de las «cicatrices» de la solidaridad social que dejó la crisis, como pone de manifiesto el VIII informe FOESSA sobre exclusión y desarrollo social en España (2019). En este contexto, las organizaciones de acción social han adquirido un rol crucial como el último resorte de ayuda al que pueden aferrarse un gran número de personas en situación de exclusión y vulnerabilidad socioeconómica.

La realidad internacional, más allá del contexto español, tampoco resulta optimista. A nivel global, uno de los rasgos más llamativos de las últimas dos décadas es el incremento exponencial de la desigualdad (Piketty, 2014) y el deterioro general del nivel de vida de los sujetos más desfavorecidos de la sociedad (Ferreira *et al.*, 2018; Gazely *et al.*, 2016). Actualmente el 25% de los europeos subsiste en condiciones de pobreza (EUROSTAT, 2020). En algún momento de su vida la mayor parte de los habitantes de Estados Unidos atravesará una situación de pobreza transitoria o duradera (Iceland, 2013: 3-5). El número de pobres no solo ha aumentado. También ha menguado la esperanza de que dejen de serlo incluso trabajando. España registra la mayor tasa de pobreza severa en toda la UE (6.9%), solo detrás Rumanía (Viaña, 2019) y cuenta con una de las peores condiciones laborales de la UE (Navarro, 2018) debido al deterioro sostenido y sistemático del mercado laboral y a la ausencia de políticas de reactivación laboral efectivas. Uno de cada cinco españoles se halla en riesgo de pobreza (esto es, el 22% de la población vive con menos de 8.522€ anuales por unidad de consumo). Cerca del 40% de las familias no puede afrontar gastos imprevistos (INE, 2018) y el 15% de los hogares con ingresos regulares no logra remontar el umbral de la pobreza (Gómez, 2018). Este umbral se fija en el 60% de la mediana de los ingresos por unidad de consumo de los hogares. Por debajo de esa línea se considera que el hogar está en riesgo de pobreza relativa. Pero gozar de una vida digna no consiste solo en tener una vivienda y poder comer. Implica muchos otros aspectos fundamentales, como el acceso a ropa adecuada, disponer de calefacción en invierno, poder comer carne, pescado u otras proteínas un par de veces a la semana o tener cubiertos servicios mínimos de educación y salud. Por esa razón, la pobreza generalmente se analiza en términos de privación relativa, que tiene en cuenta el acceso a aquellos bienes y servicios disponibles para el resto de la sociedad. Además, cuando persevera la pobreza puede afectar a la salud y limitar las oportunidades vitales (Lister, 2005). En suma, aunque la definición de pobreza requiere delimitar un estándar económico de

base, las consecuencias de la pobreza van mucho más allá de los aspectos económicos. La pobreza tiene un efecto multidimensional (Woolcock, 2007).

¿Qué es la pobreza?

Para superar la orientación economicista del concepto de pobreza, a partir de los años 80 la Comisión Europea optó por sustituirlo progresivamente por la noción de exclusión social. Siguiendo a la sociología francesa, el concepto de exclusión permite incluir el carácter estructural, multidimensional y procesual de la pobreza en el plano no solo económico (empleo, ingresos, etc.), sino también en el de la ciudadanía (derechos políticos, educación, salud y vivienda) y en el de las relaciones sociales (anomia, aislamiento). En este sentido, la exclusión es un proceso social de pérdida de integración que incluye no solo la falta de ingresos y el distanciamiento del mercado de trabajo, sino también la falta de participación social y la erosión de los derechos sociales (VI Informe FOESSA, 2008: 183-184).

Efectivamente, tras realizar esta investigación, podemos constatar que el efecto más patente de la pobreza económica es «un proceso sostenido y progresivo de pérdida, en términos generales, que incide negativamente en la calidad de vida del individuo»: pérdida en términos económicos, de bienestar psicológico, de salud, de participación ciudadana y, sobre todo, de inclusión social (Beresford *et al.*, 1999; Caldwell, 2004: 3; Oddone, 2007). Cuando es sostenida, la pobreza es acumulativa y da lugar a lo que se conoce como la «trampa de la pobreza», por la cual la carencia de un determinado recurso incide negativamente en el resto: así, la falta de dinero influye en la adquisición de alimento, que afecta al estado de la salud de la persona, que incide en su capacidad de trabajo, que vuelve a limitar el acceso a dinero, etcétera, etcétera. En definitiva, la persona que de partida cuenta con escaso «capital económico» (dinero, propiedades, recursos materiales diversos), posiblemente tenga más dificultades objetivas para expandir su «capital cultural» (acceso a formación reglada, instrucción profesional, escuelas prestigiosas, uso de tecnología, acceso a libros, etc.) y eso, a su vez, incidirá en la expansión y diversidad de su «capital social» (volumen y variedad de contactos), y así de manera cíclica. Esto genera lo que en sociología se conoce como el efecto Mateo: un término acuñado por el sociólogo Merton (1968) aludiendo al versículo del apóstol: «porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado» (Mateo 13:12).

Las estadísticas muestran claramente que, aquellas personas que nacen en un con-

texto de pobreza tienen muchas probabilidades de ser también pobres en la vida adulta, por mucho trabajo y esfuerzo que inviertan para evitarlo, ya que todo el sistema socioeconómico va en su contra: el entorno laboral y financiero, la falta de incentivo para invertir en educación, la ausencia de ahorros, el acceso a créditos usureros y el peso de la «violencia estructural» – a través de los medios, las instituciones o los discursos políticos (Wright, 2008: 3). Como veremos más adelante, ésta se refiere a aquellas situaciones en las que se produce un perjuicio que afecta a las necesidades humanas básicas (supervivencia, bienestar, identidad o libertad) como resultado de los procesos de estratificación social.

En este trabajo sostenemos que la pobreza es una «categoría relacional» (Desmond & Western, 2018; Hall, 2019) y no solamente económica, porque más allá de los bienes disponibles en un momento dado, la pobreza siempre se experimenta, se evalúa y se padece en relación al resto de la sociedad de la que el individuo forma parte (Hooper, 2007: 18; Walker, 2014a: 120). Esta además, tiene características específicas en función de variables sociales como el género, la edad, la etnia o la procedencia. En el Reino Unido, por ejemplo, se ha observado que las mujeres tienen un 5% más de probabilidades de sufrir pobreza que los hombres. Y entre personas discapacitadas el riesgo se incrementa un 7 u 8% en comparación con el resto de la población (Lister, 2005: 7). La falta de medios económicos excluye al individuo de contextos sociales fundamentales y limita su acceso a bienes que se consideran importantes en la sociedad. La escasez engendra, en definitiva, «vulnerabilidad relacional», «aquella situación generada por la ausencia o debilidad de los vínculos de inserción comunitaria» (Bonet i Martí, 2006).

La pobreza también tiene un profundo impacto emocional en el individuo debido al persistente sentimiento de vergüenza al que se ve expuesto (Chase y Walker, 2013; Lister, 2016:141; Walker *et al.*, 2013:230), en un extenso estudio transcultural, concluyen que el nexo entre pobreza y vergüenza no solo es universal, sino que funciona de manera parecida en todas partes con independencia del contexto cultural (véase también Chase y Bantebya-Kyomuhendo, 2014).

En suma, coincidimos con Amartya Sen y Ruth Lister en que la pobreza supone «un ataque a la dignidad humana y a las capacidades, opciones o protección necesaria para disfrutar de un nivel de vida adecuado y de derechos civiles, políticos y sociales fundamentales» (Lister, 2005: 111). Un proceso que mina el desarrollo de las capacidades y las potencialidades de la persona en sociedad (Sen, 1985, 1993). Por esa razón, la autoestima, la vergüenza, la dignidad o la ciudadanía son aspectos a los que aquí prestaremos particular atención.

Las redes de pobreza y la pobreza de las redes

La cuestión de si los pobres están marginados de la sociedad y sus instituciones o si, por el contrario, están integrados en todos los niveles de la organización social, es una cuestión que ha interesado a la sociología desde siempre. La literatura clásica señala que los pobres recurren a sus relaciones informales para obtener ayuda económica, material, afectiva e informativa en momentos de necesidad que de otro modo no conseguirían (véase Stack, 1974; Edin & Lein, 1997; Adler de Lomnitz, 1998; Domínguez & Watkins, 2003; Lubbers, Small y Valenzuela, 2020). Esas redes integran diversos recursos, como dinero, bienes, información, favores, tiempo o consejos. Tener acceso a estos recursos es un elemento clave de las estrategias de subsistencia (véase Stack, 1974; Adler de Lomnitz, 1975, 1977; Edin & Lein, 1997; González de la Rocha, 1994; Newman, 1999 Desmond & Gershenson, 2016) y también es un medio para poder ascender socialmente (Domínguez & Watkins, 2003).

En la cotidianidad la gente interacciona con muchas otras personas (con sus parejas, familiares, amigos, compañeros de trabajo o vecinos) que pueden tener una posición similar o diferente. Las redes sociales tienen el potencial de coordinar acciones colectivas (Sampson, 2004), pero también pueden restar recursos, como indica el concepto de «capital social negativo» (véase Portes, 1998), ejerciendo «presión a un determinado individuo para que incurra en costos por su pertenencia a una determinada red o estructura social» (O'Brien, 2012: 378). Por lo tanto, por las redes fluyen también valores, normas así como formas de presión y control.

La etnografía de Larissa Adler-Lomnitz, *Cómo sobreviven los marginados* (1975), muestra cómo en una barriada pobre de México DF., las redes de reciprocidad y ayuda mutua entre familiares, amigos y vecinos constituyen un mecanismo efectivo para suplir la falta de seguridad económica en la comunidad además de constituir un elemento de cohesión social que dota de obligaciones y derechos a sus miembros. El trabajo clásico de William Julius Wilson *The Truly Disadvantaged* (1987) argumenta que, con el desempleo y la expansión neoliberal, las poblaciones afroamericanas pobres quedaron progresivamente aisladas de ciertas instituciones sociales fundamentales. Esta desventaja abrumadora se compensa sin embargo con continuas interacciones que garantizan el acceso a recursos básicos, logrando así amortiguar un poco los efectos más dañinos de la marginación. Y Carol Stack, en su trabajo clásico *All Our Kin* (1983), realizado también en suburbios afroamericanos deprimidos, muestra cómo el sistema de apoyo entre familias y amigos garantiza un nivel de subsistencia mínimo.

Estudios más recientes matizan sin embargo estos hallazgos tan optimistas y afirman que, en realidad, esas redes sociales peligran cuando no ofrecen el apoyo material y económico necesario (Desmond, 2012; DiMaggio & Garip, 2012). De la Rocha (2005) va más lejos y advierte que el hecho de asumir que los pobres subsisten de manera independiente recurriendo a sus propias redes y recursos es un mito que tiene consecuencias nefastas para su bienestar, pues exime al Estado de responsabilidades políticas fundamentales hacia las poblaciones pobres.

Nosotros también realizamos algunos matices a las tesis clásicas. En primer lugar, nuestro análisis de la pobreza no se limita a una unidad barrial, o a un ámbito geográfico circunscrito, como a menudo ocurre en la tradición norteamericana. Nuestra aproximación es geográficamente más extensa y eso posiblemente permita realizar observaciones de mayor alcance. Por otra parte, como mencionamos en la *Antesala*, los apoyos formales e informales de los más desfavorecidos han perdido efectividad debido a la desinversión en atención social y al desgaste de los apoyos informales en el contexto de (post)crisis.

Además, de acuerdo con la literatura analizada, las redes de las familias e individuos pobres comparten características específicas que cabe tener en cuenta en el análisis. En primer lugar, las redes de las personas necesitadas suelen ser más pequeñas que las de las personas que no son pobres (Bichir & Marques, 2012). El desempleo reduce drásticamente el abanico social del individuo, que queda privado del mundo laboral cotidiano, el componente de sociabilidad más relevante de la sociedad contemporánea tras el parentesco. Pero además la falta de medios económicos limita también su participación ciudadana en una sociedad crecientemente consumista, como explicaremos más adelante. Los individuos sin medios son privados de acceso a muchos espacios sociales porque no pueden costárselo (Oddone, 2007: 136) o porque prefieren autoexcluirse a sentirse avergonzados ante la «asimetría en la reciprocidad» (o el desequilibrio que se crea debido a la obligatoriedad que impone devolver los bienes, favores o servicios que circulan en esas redes sociales) (Newman, 1999a). Naturalmente, todo esto influye en la pérdida efectiva de contactos sociales (Stewart *et al.*, 2009) e incrementa el riesgo de exclusión social (Bonet i Martí, 2006).

En segundo lugar, las relaciones informales de las personas pobres (aunque quizás esto se aplique a todos los estratos sociales por igual) suelen ser «homófilas»: es decir, las relaciones tienden a producirse entre individuos que comparten una situación socio-económica parecida y un estatus similar (McPherson *et al.*, 2001). Es de suponer, entonces, que los hogares más necesitados de apoyo también tengan redes más limitadas en recursos. Esta «desventaja acumulativa» implica que, mientras que al nivel micro

las redes posiblemente puedan mitigar algunos efectos de la crisis económica, al nivel macro la desigualdad social posiblemente tienda a ampliarse (DiMaggio & Garip, 2012).

En tercer lugar, la mayoría de las investigaciones recientes sugiere que las redes de apoyo informal de las personas pobres solo proporcionan una asistencia temporal, a corto plazo y por periodos limitados (Henly *et al.*, 2005). La ayuda disponible es por lo tanto más limitada en disponibilidad y tiempo que en el caso de otras personas (Desmond, 2012; DiMaggio & Garip, 2012) y eso tiene otros efectos colaterales. Matthew Desmond (2012), en un estudio sobre familias desahuciadas en Milwaukee, observó que los afectados solían recurrir inicialmente a sus familiares para pedir ayuda, pero a medida que pasaba el tiempo generaban lo que identificó como «vínculos desechables»: es decir, creaban nuevas e intensas alianzas con gente que podía ayudarles, pero estas relaciones también se desgastan pronto por conflictos. Desmond explica estos comportamientos en términos de «estrategias de subsistencia» que permiten a esas familias ‘ir tirando’ en su día a día, aunque se comprometa la ayuda futura.

Capital social y reciprocidad. Los pilares de la perspectiva relacional

Las redes sociales determinan la forma en que las personas logran salir de la pobreza (e.g., Gazso, McDaniel & Waldron, 2016). Y en este sentido las nociones de «capital social», «apoyo social» y «reciprocidad» resultan fundamentales para entender el modo en que funcionan las relaciones sociales, los intercambios y los procesos de aislamiento social.

La reciprocidad, en el lenguaje cotidiano, significa una «correspondencia mutua de una persona o cosa con otra» (RAE, 2019). En nuestro caso, concebimos la reciprocidad como un mecanismo fundamental de toda sociedad humana, basado en intercambios diferidos en el tiempo mediante los cuales se establecen obligaciones mutuas que garantizan la continuidad (Molina *et al.*, 2017). De acuerdo con la antropología económica, la reciprocidad es la principal forma de abastecimiento de bienes y servicios en todos los tiempos y sociedades antes de la expansión de la economía de mercado (Polanyi, 1944). El antropólogo Marshall Sahlins, en *Economía de la Edad de Piedra* (1974), realiza una aportación de gran utilidad para nuestra aproximación relacional a la pobreza. Sahlins distingue entre «reciprocidad generalizada», «reciprocidad equilibrada» y «reciprocidad negativa» (véase Molina y Valenzuela, 2006). La primera, reciprocidad generalizada, se refiere a aquellos intercambios donde la obli-

gación de retorno queda indeterminada en tiempo, cantidad y calidad. Esto suele darse en los intercambios entre parientes cercanos y entre amigos próximos (entre los «lazos fuertes», en la jerga de las redes sociales). En este tipo de intercambio no suele intervenir cálculo o estrategia económica, pues se considera que la relación social es más importante que el valor de lo que se intercambia. Por ejemplo, un padre no acostumbra a cobrarle a su hijo por la comida, ni una persona debería esperar algo a cambio cuando le hace un favor a un buen amigo.

La segunda forma de reciprocidad, equilibrada, responde a intercambios equivalentes. Es decir, se espera una devolución en un plazo de tiempo definido: por ejemplo, si un vecino nos ofrece alguna atención como muestra de cortesía se espera que nosotros, tarde o temprano, hagamos lo propio para que la relación siga siendo cordial. O si un compañero del trabajo te invita hoy a un café, posiblemente se espere que tú le invites en alguna otra ocasión. En este caso el valor material y el social tienen un valor similar. La relación depende de un flujo sostenido y equivalente de intercambios si no quiere verse comprometida; por ejemplo, si tú no pagas nunca el café es posible que tu compañero de trabajo acabe molestándose. Esta reciprocidad suele darse entre conocidos, parientes lejanos, vecinos, compañeros de trabajo, etc.

Finalmente, Sahlins habla de «reciprocidad negativa» para definir esos actos en los que una parte trata de obtener beneficio a expensas de la otra, por ejemplo engañando, robando o aprovechándose de la bondad de otra persona. Esto no solo no contribuye a establecer una relación, sino que posiblemente genere conflictos y enemistades. Aquí el interés material prevalece claramente sobre el valor social. Antes hemos mencionado los lazos desechables y más adelante hablaremos de «nexos tóxicos», dos formas de interacción que implican alguna forma de reciprocidad negativa.

En definitiva, para que las relaciones sociales sean duraderas y confiables debe darse un equilibrio, sostenido en el tiempo, entre lo que uno aporta y lo que uno recibe, un toma y daca que hace de aglutinante y sostiene la relación social. Por esa razón, en situaciones de pobreza resulta trascendental comprender tanto los mecanismos de reciprocidad involucrados como el tipo de relaciones que se establecen entre las personas, así como las simetrías y asimetrías que se observan en el flujo de los intercambios mutuos de cualquier tipo de apoyo (material emocional, social, etc.) (véase Lubbers, Valenzuela, Escribano *et al.*, 2020). Ahora bien, en el caso de las personas pobres todas estas normas implícitas de la reciprocidad pueden ser un arma de doble filo: si por una parte facilitan el acceso a apoyo y recursos necesarios, por la otra imponen obligaciones y cargas que pueden resultar excesivas o inasumibles (Offer, 2012).

Exclusión: estigma, violencia estructural y vergüenza

Decíamos al inicio que, al observar la experiencia de la pobreza, destacan dos importantes procesos que, como podemos avanzar, van coligados a las normas de reciprocidad (esa substancia que articula y nutre las relaciones sociales). Por una parte, el deterioro de la red social del individuo y, por la otra, la vergüenza y el estigma asociados a la experiencia de la pobreza. Antes ya nos referimos a las redes, ahora abordaremos los aspectos que inciden en el individuo que padece la pobreza: el estigma de la pobreza y los sentimientos o emociones sociales asociados, como la vergüenza, el orgullo o la impotencia.

La vergüenza y el estigma son también relacionales (e.g., Levine, 2013), porque se manifiestan, producen y reproducen en las interacciones sociales, consolidando las desventajas del sistema más amplio (Smith, 2010: 4). Veamos estas cuestiones.

Estigma

La palabra estigma tiene dos acepciones: por una parte, indica una marca o señal corporal infligida con un hierro candente como signo de esclavitud o de infamia. Es también la marca en las palmas de las manos y en el tórax que simulan las heridas de la pasión y que se les asocia a la conversión religiosa. Por otra parte, en su acepción sociológica, Erving Goffman (1963) la redefine como una condición, rasgo o comportamiento socioculturalmente devaluado (Reutter *et al.*, 2009: 297). Puede ser una característica física —cuando una persona muestra signos físicos de enfermedad o patología—, o puede derivarse de su condición sexual, social, étnica, o cultural.

El estigma y la vergüenza van a menudo unidas, pues la persona que es estigmatizada suele sentirse además avergonzada por el rechazo que experimenta por parte de la sociedad más amplia. Sin embargo, las manifestaciones del estigma y de la vergüenza no son siempre fáciles de observar ni describir porque son intersubjetivas (emanan y se hacen patentes en el curso de la interacción social) y no son siempre explícitas. Cuando le preguntamos a una mujer arruinada cómo percibía sus relaciones personales, apuntó lo siguiente:

Las personas se relacionan contigo de una manera diferente, y te miran y te tratan como [...] no sé, es como si estuvieras gafado, ¿no?

Durante el trabajo de campo en la periferia de Barcelona, dos ancianas pasaron caminando junto a un mendigo que pedía a las puertas de un supermercado. Unos pasos más adelante, en voz baja, una le dijo a la otra: «¡Ni hablar, no le voy a dar dinero! ¡Si realmente tiene hambre le compro un bocadillo o le doy una lata de comida, pero no le voy a pagar sus vicios!». Similar desconfianza observa Kayleigh Garthwaite en su trabajo de campo en los bancos de alimentos de Stockton (Inglaterra), cuando los empleados miraban con recelo a aquellos usuarios que tenían coche, perros o móviles (2016: 145-6). Esta suspicacia parte de un prejuicio en sentido literal, de un juicio previo acerca de la condición o circunstancias de esas personas. Y sobre esa base inestable a menudo se erigen ideas como que los pobres tienen la propensión a aprovecharse de la sociedad, o que si una persona es pobre es porque no se ha esforzado lo suficiente.

En psicología, la tendencia a culpar a la víctima («blame the victim») de su propia desgracia tiene su origen en la falta de empatía (Lerner y Simmons, 1966). Esto está tan enquistado en la sociedad que las propias personas empobrecidas lo proyectan sobre otras personas pobres (Batty y Flint 2010; Chase y Walker 2013, 752-3). Mazelis, en su trabajo de campo en Pensilvania describe cómo las personas sin recursos marcaban la distancia con otras personas pobres reafirmando valores como el trabajo duro, la responsabilidad o la moral. Estas personas también consideraban que estaban en una posición socioeconómica mejor que sus vecinos, aunque su situación era objetivamente muy similar (2018: 82). El prejuicio también puede ir en sentido contrario cuando el individuo lo toma como algo dado y lo acaba interiorizando. Como documentan Reutter y sus colaboradores en un estudio sobre pobreza en el Reino Unido, la mayoría de los participantes ya había asumido que, a los ojos de la sociedad más amplia, eran una carga y un atajo de holgazanes e irresponsables (Reutter *et al.*, 2009). Esta proyección de estigmas y prejuicios en diversas direcciones explica el hecho que muchas personas pobres se resistan a identificarse como pobres o que, por vergüenza, acaben ocultando su situación a las personas de su entorno (Dean, 2016).

El estigma, en definitiva, puede suponer una barrera para desarrollar lazos sociales. Además, Heatherton *et al.*, (2000) demuestran que las personas que padecen estigma experimentan mayor estrés psicológico y eso tiene consecuencias en su salud mental y en su bienestar (Reutter *et al.*, 2009). También Beresford *et al.* (1999) y Hoo-ge *et al.* (2018: 1676) hallan relación entre la exposición al estigma y la intensificación de la ira y la ansiedad.

Violencia estructural

Por «violencia estructural» entendemos «los procesos metódicos y a menudo sutiles a través de los cuales las estructuras sociales perjudican y ponen en desventaja a ciertos grupos de personas» (Hodgetts, Chamberlain, Groot & Tankel, 2014: 3). Se trata, por tanto, de las formas en que «las políticas e instituciones imponen políticamente el sufrimiento a los socialmente vulnerables» (Galtung, 1969; Farmer, 2003; Bourgois, 2012). Esta violencia no es directamente física, pero impide que las personas satisfagan sus necesidades básicas mediante pautas, valores o normas que ponen en riesgo a los colectivos vulnerables (Farmer *et al.*, 2006). Esta violencia se infiltra en el diseño de los sistemas económicos, políticos y sociales por los cuales se legitiman y naturalizan las desigualdades, hasta el extremo que se asumen como consecuencias merecidas que acaban por subordinar al individuo a una posición de obediencia y debilidad. Es un tipo de «violencia suave, imperceptible e invisible, incluso para sus víctimas, ejercida en su mayor parte a través de los canales puramente simbólicos de comunicación y cognición, reconocimiento o sentimientos» (Bourdieu, 1998: 2-3). Finalmente, esta violencia hace a la sociedad indiferente ante las desigualdades y la injusticia porque se normaliza a través de los discursos, las interacciones cotidianas, las opiniones mayoritarias o las prácticas institucionales y burocráticas rutinarias (Bourgois, 2012).

La violencia estructural es un elemento clave en la propagación del estigma y los prejuicios sobre los pobres, que se amplifica a través de las plataformas y los medios de comunicación de masas (Facebook, WhatsApp, etc.). Cuando esa violencia estructural se asocia a «criterios de mérito» («deservingness») se establece una diferenciación crucial, un parteaguas, entre merecedores y no merecedores de la ayuda social. Como afirma Kat (1989: 10), «clasificar a la mayoría de los pobres como indignos (responsables de sus propias dificultades) legitima el vínculo entre la virtud y el éxito en el contexto de la economía política capitalista» (en Zucker & Weiner, 1993: 12). Veremos esta cuestión más adelante.

Vergüenza

«Shame, shame, go away. Come again some other day. You used to say I couldn't save you enough. So I've been savin' it up, I started savin' it up»
(Arlandria, Wasting Light, Foo Fighters, 2011).

La vergüenza es la más importante de las emociones sociales (Izzard, 1992; Strongman, 2003: 133) y posiblemente sea la más perniciosa (Scheff, 2003: 239; Walker *et al.*, 2013: 216; Sayer 2005b). Se siente vergüenza cuando se incurre en un comportamiento incorrecto, o torpe según los estándares sociales: es decir, cuando al evaluar nuestro propio comportamiento asumimos que hemos hecho algo mal (Lewis, 1993). De modo que la vergüenza funciona como una forma de control social —que recuerda la posición social de la persona en el entramado social más amplio (Gilbert, 1997)— y un indicador de la imagen que uno tiene de sí mismo a los ojos de los demás (Lewis, 1971).

Al nivel de la interacción social, una extensa literatura coincide en que la vergüenza se acompaña de sentimientos de humillación, culpabilidad e inferioridad que infunden una intensa necesidad de ocultarse y de aislarse de los demás. Esto lógicamente afecta a la normal interacción del individuo (a su manera de pensar, hablar y actuar) y devalúa su autoestima dando lugar a una intensa sensación de impotencia y frustración (Lewis, 1971, 1992; Scheff, 1988; Tangney, 1991; Keltner y Harker, 1998; Haidt, 2003; Shweder, 2003; Strongman, 2003; Sayer, 2005; Baumberg *et al.*, 2012; Walker *et al.*, 2013).

Pero si los pobres son simplemente personas que no tienen recursos económicos (Walker, 2014), ¿por qué ese sentimiento de vergüenza es tan intenso y perturbador? Strongman nos proporciona la clave a ese dilema, cuando afirma que en el caso de la pobreza la vergüenza tiene que ver, sobre todo, con el fracaso (2003: 147). Un fracaso derivado de sentir que no se está a la altura de los valores y las normas dominantes (Rainwater, 1990: 3; Scheff, 2000; Wong y Tsai, 2007), de no cumplir con las expectativas sociales (Chase y Walker, 2013). Pero, ¿cuáles son esos valores o normas a los que se asocia la vergüenza en el caso particular de la pobreza?, ¿Qué hace que la sensación de fracaso se interiorice de tal manera que haga de la culpabilidad una emoción tan intensa y abrumadora que puede llegar a ser auto-destructiva?

Coincidimos con Strogman (2003) en que, en el caso particular de la pobreza, la vergüenza se asocia con la sensación de fracaso. Y esta sensación, de acuerdo con nuestras observaciones, deriva de tres fuentes principales: primero, del mismo concepto de «pobreza» y de la etiqueta de «pobre», porque estigmatiza al individuo que la padece. Segundo, del hecho de tener que recurrir a terceros para salir adelante. Y, tercero, debido a un doble proceso de destierro social: por una parte, la ausencia de trabajo (que durante mucho tiempo ha sido la forma de inclusión social por excelencia), que limita la capacidad de emancipación del individuo en sociedad. Y, por la otra, la privación de participar de los modernos espacios de sociabilidad y consumo (el moderno espacio de exclusión).

Pobre, la etiqueta del estigma

Si realizamos una búsqueda en Google de los términos «pobreza» y «pobre», las primeras imágenes que aparecen en la pantalla sugieren suciedad, desorden, miseria, basura, tristeza e insalubridad. Las palabras que remiten a la pobreza tienen una importante carga simbólica más allá del hecho de adolecer de medios económicos. Cuando se usa como interjección –por ejemplo en «¡ay, pobre!»– denota condescendencia, compasión y lástima.

De modo que, la misma noción de «pobreza» está imbuida de connotaciones negativas, en sus dos acepciones. Por una parte, indica una falta de recursos materiales y, por la otra, una cualidad de las cosas: pobre significa de peor calidad (Castell & Thompson, 2007; Batty & Flint, 2010). Esa falta de calidad es la que parece traducirse, simbólicamente, en fuente de contaminación moral y amenaza (Lister, 2005). La antropología social nos posibilita reflexionar sobre ese plano simbólico en relación a los mecanismos involucrados en los procesos de «alterofobia» –o pánico al otro, a lo extraño y diferente. Pero esta cuestión la desarrollaremos convenientemente más adelante, en los resultados, cuando estemos en posición de llevar a cabo la interpretación de esta teoría en relación a todos los datos etnográficos.

Recurrir a terceros

En nuestras sociedades modernas, liberales y democráticas, se espera que el individuo sea capaz de obtener sus propias fuentes de recursos. Por eso los apoyos formales e informales se consideran medidas transitorias o excepcionales (Caldwell, 2004: 3). Cuando una persona toca a la puerta de una organización de ayuda social es, posiblemente, porque ya ha agotado la mayoría de los recursos a su alcance y no tiene otra alternativa. A menudo recurrir a este tipo de ayuda se experimenta como un fracaso vergonzante, particularmente cuando el individuo pierde estatus social (Newman, 1999b). Esta sensación se intensifica cuando, en las instituciones, las personas pobres se ven sometidas a normas, exigencias y demandas que pueden resultar denigrantes (Gubrium & Lødemel, 2014: 211).

Trabajo, la tradicional ruta de inclusión

Si en el pasado los pobres se caracterizaron por su actitud solidaria, e incluso desafiante y combativa frente a la pobreza, en la actualidad la mayoría parece haber sucumbido a la idea de que si han llegado a esa situación es por sus propios actos y elecciones (Seabrok, 2014). ¿A qué obedece ese cambio en la propia autopercepción de los pobres?

La noción de pobreza que aquí barajamos es indisociable de la emergencia de las modernas ciudades occidentales. En Europa, la pobreza era algo habitual desde la Edad Media y sobre todo a partir de las primeras fases del industrialismo, cuando la ley de hierro de los salarios se diseñó para mantener los salarios de los trabajadores al mínimo nivel posible para garantizar la reproducción de la mano de obra (Rheinheimer 2008). La pobreza solo empieza a ser objeto de inquietud cuando se acumulan las quejas sobre los mendigos en las ciudades. En el siglo XX la economía política del momento vio en el empleo la garantía del crecimiento económico y, por lo tanto, el desempleo y la pobreza pasaron a considerarse problemas fundamentales y de interés público. En la dorada era industrial (1950 y 1960) el trabajo ya se había convertido en la principal vía de inclusión social porque podía garantizar estándares aceptables de bienestar material y movilidad social ascendente (véase Ferguson; 2013; Dickinson, 2016: 271). Las ideologías neoliberales de finales de siglo, al equiparar el nivel de riqueza individual con el mérito personal y omitir el peso que tiene el factor estructural en la acción individual (Jordan, 1996: 1-2), difundieron con éxito la idea de que aquél que no supo aprovechar las virtudes del crecimiento capitalista posiblemente padecía algún tipo de anomalía o defecto moral. Los pobres, junto a los adictos, las prostitutas o los delincuentes, pasaron a formar parte de una gran bolsa de personas excluidas que empezó a considerarse un lastre para el resto de la sociedad en la era de crecimiento y el capitalismo del bienestar del siglo pasado.

La herencia de la modernidad explica que hoy en día el trabajo no solo constituya la principal vía de subsistencia, sino también la esencia de la identidad individual y el elemento clave para evaluar la valía, la autoestima y la virtud moral del individuo (Corsín, 2003: 14). En el contexto norteamericano, «siempre se ha creído en la máxima moral de que el trabajo define a la persona» (Newman, 1999: 86)

Dada nuestra tendencia a equiparar el valor moral con el empleo, es lógico pensar en una línea divisoria entre los que trabajan y los que no [desempleados]. Al que encuentra y mantiene su trabajo le atribuimos cantidad de virtudes morales: autodisciplina, responsabilidad personal, madurez. Y, al contrario, al que permanece en paro

durante demasiado tiempo o al que despiden les atribuimos falta de perseverancia y de valía o cualquier otro tipo de defecto moral. Como apunta Newman en el caso de Estados Unidos, espejo de la mayoría de sociedades neoliberales modernas:

Desde los inicios de la nación, el trabajo ha sido la condición sine qua non de pertenencia social. Los adultos que trabajan son ciudadanos de pleno derecho en el verdadero sentido del término: participantes completos en un mundo social altamente valorado. Ninguna otra dimensión de la vida –comunidad, familia, religión, organizaciones voluntarias– califica a los estadounidenses para su designación de ciudadano de la misma manera (Newman, 1999: 87).

En la mayoría de los países modernos el desempleo no solo priva económicamente, también aísla del mundo social del trabajo (Newman, 1999). Este aislamiento tiene efectos psicológicos severos, particularmente entre aquellos trabajadores *seniors* que interiorizaron los antiguos valores sobre el trabajo y han visto segados sus proyectos vitales (Mallinckrodt and Fretz, 1988). Según Silva (2013) el moderno parado norteamericano tiene una autopercepción tan negativa de sí mismo que en ocasiones usa un lenguaje de autoayuda similar al que uno halla en las reuniones de Alcohólicos Anónimos. A Edmiston (2015), en su estudio sobre un colectivo de desempleados británicos, le sorprende el sentimiento de inferioridad que sienten no solo por falta de ingresos, sino por la falta de relaciones laborales. Glasser (1988: 7), en su etnografía en un comedor social en Nueva Inglaterra, advierte que la idea de meritocracia estaba tan interiorizada entre los usuarios que no eran conscientes de que nunca habían tenido tan siquiera la oportunidad de competir en igualdad de condiciones con el resto de la sociedad.

Pero si en el siglo XX las políticas públicas se diseñaban para empujar a los pobres al mercado laboral como única vía de inclusión social (Fox Piven y Cloward, 1993; Wacquant, 2009), en el XXI la situación es muy distinta. El mercado de trabajo se ha deteriorado de tal manera que ya no garantiza la inclusión social. En España actualmente se han registrado más de 2.6 millones de «trabajadores pobres» (Bayona, 2019), un término de moda que de hecho enmascara la degradante precarización del trabajo en nuestro siglo en casi todos los ámbitos profesionales. Pero a pesar de esa evidencia, la mayoría considera que el problema de los pobres sigue siendo el desempleo (Gautié y Ponthieux, 2016) y, por lo tanto, las políticas de lucha contra la pobreza persisten en esa vía. Dickinson (2016) señala que ciertas instituciones de asistencia social en Nueva York obligan a los usuarios empobrecidos a trabajar no ya a cambio de un salario sino de cupones de alimentos: eso subraya la idea de merecimiento y de retorno a la sociedad. De hecho, para manejar tanto la inseguridad social como los problemas que hostigan a los estratos más bajos de la sociedad, el uso extensivo del

sistema penal (desde la coacción policial a la encarcelación de los vagabundos) está adquiriendo una dimensión global. Ese giro punitivo irradia desde Estados Unidos al resto de los modernos países desarrollados (véase Wacquant, 2009, 2015).

Consumo y las nuevas formas de exclusión

Que la pobreza trasciende la falta de dinero, comida o alojamiento, es algo que el mismo Adam Smith ya expuso en *La Riqueza de las Naciones* (1776). Smith observó que para un obrero inglés del siglo dieciocho tener zapatos de cuero era algo tan importante que «incluso los más pobres se avergonzarían de aparecer en público sin ellos» (citado en Sen, 1983: 159). Eso no pasaba en Francia en la misma época, por ejemplo, donde los pobres iban descalzos o con zuecos sin sufrir semejante vergüenza. La pobreza comprende por lo tanto lo que Townsend (1979) denomina las «necesidades de la vida», es decir, aquellos recursos, bienes y servicios que están ampliamente disponibles para el resto de la sociedad a la que pertenecen (ver Sen 1983; Bradshaw *et al.*, 1998; Jo, 2013; Walker *et al.*, 2013). Estas necesidades sociales son relativas porque dependen del contexto social, cultural y económico inmediato (Jo, 2013: 517), pero resultan tan o más importantes que las *necesidades básicas*, cualquier cosa que eso signifique. Como señala Jordan,

Por debajo de ciertos niveles de recursos, los individuos son excluidos de la participación en actividades sociales convencionales. Esta exclusión se evidencia cuando no se puede poseer, consumir o hacer lo mismo que la mayoría (1996: 81-82)

Pero en el actual contexto topamos con un dilema. Por una parte, el consumo ha asumido la centralidad que tuvo otrora el trabajo y define cada vez más la identidad del individuo, su afiliación colectiva y su lugar en la estructura social más amplia (ver Harvey, 1992; Kalleberg, 2009, 4; Lewellen, 2002). El gran sociólogo francés, Bourdieu, en su libro *La Distinción* (1988) ya observó que, en la sociedad moderna, nada clasifica (socialmente) más a un individuo que sus propias clasificaciones. En otras palabras, el gusto (y por lo tanto el consumo) está socialmente determinado y unido al sistema de posiciones sociales existente. Es decir, el tipo de consumo estructura, define, sitúa al individuo en nuestra sociedad moderna. Por otra parte, puesto que el sistema de producción capitalista depende del crecimiento económico y de mantener tasas de consumo creciente y sostenido, esas denominadas necesidades de la vida tienden a ser cada vez más expansivas y numerosas. Si algo caracteriza a las modernas sociedades occidentales es la expansión de la mercantilización de todas las esferas de la vida, des-

de el ocio (Cook, 2006) a la intimidad (Zelizer, 2009), pasando por los espacios públicos y cotidianos de socialización (Marquand, 2004; Wearing, & Wearing 1992).

El ocio, en particular, el dominio de no-trabajo por antonomasia, se ha convertido en uno de los mercados más lucrativos y con mayor potencial de expansión del mundo (véase Butsch, 1984). Hoy prácticamente todos los espacios de no-trabajo (de tiempo libre, ocio y hobbies) están sometidos a peajes económicos con profundas consecuencias relacionales. Los habituales lugares de reunión social (restaurantes, bares, discotecas, salas de fiesta, conciertos); las actividades de tiempo libre (cine, teatro, conciertos, canales de televisión de recreo, cenas y comidas con amigos); las celebraciones tradicionales (bodas, fiestas de aniversario, cumpleaños y bautizos e incluso entierros), pero también las nuevas formas de celebraciones inventadas por el mercado (despedidas de soltera, celebraciones de graduación, Papa Noel, Black Friday, Cyber Monday o carnaval); la práctica de deportes (suscripciones a gimnasios; equipamiento; inscripciones a carreras); los hobbies personales (coleccionismo, lectura, videojuegos, tocar un instrumento) o grupales (cursos de yoga, de cocina, montañismo) y por supuesto las vacaciones (hoteles, viajes) se convierten en nuevos «espacios de exclusión» para aquellos que no disponen de suficientes recursos económicos.

La libertad individual de elección queda de hecho supeditada a esa lógica, porque incluso optar premeditadamente por una vida austera resulta irrealizable en un mundo en el que la tecnología de las comunicaciones (teléfonos inteligentes, computadoras, internet, aplicaciones de pago), las interacciones (redes sociales, mensajes de texto), el transporte (automóviles, transporte público, combustible) o los servicios financieros (bancos electrónicos, operaciones en línea) resultan tan inescapables como costosos. Es decir, para poder cumplir con las obligaciones mínimas como ciudadano resulta imprescindible disponer de recursos básicos (Lister, 2005, 12). Es decir, la pobreza en última instancia impide gozar de plena «ciudadanía», entendida como el «derecho a un mínimo de seguridad, bienestar económico y posibilidades de acuerdo con los estándares que prevalecen en la sociedad» (Marshall, 1950, 10-1; ver Dwyer, 2002; Edmiston, 2015; Orton, 2009).

En este contexto resulta irónico que, incluso la propia imagen de la pobreza sea objeto de consumo. En el Reino Unido se han popularizado reality shows (Benefits Street, The Jeremy Kyle Show, etc.) en los que los protagonistas son individuos estereotipados y procedentes de contextos pobres y excluidos. Este producto mediático, conocido como «pornografía de la pobreza», se ha hecho muy popular entre todas las capas sociales de la población (Garthwaite, 2016) y, podemos predecir, pronto lo tendremos disponible en nuestras pantallas.

En este apartado hemos planteado la perspectiva relacional a la pobreza y la relevancia que tienen, en este sentido, el capital social y la reciprocidad. Posteriormente, hemos introducido teóricamente los conceptos de estigma, violencia estructural y vergüenza, asociados al impacto emocional que tiene la pobreza en el individuo que la padece. Hemos rastreado las fuentes de esa vergüenza y estigma, que se asocian a la sensación y percepción de fracaso por no poder cumplir con estándares y valores dominantes arraigados en la sociedad —como son la autosuficiencia económica o el disfrute de los contextos habituales de ocio y consumo. El trabajo, como hemos argumentado, ha sido la puerta de inserción tradicional de personas en dificultades económicas. Actualmente, sin embargo, el trabajo ya no garantiza esa inclusión, porque el mercado laboral se ha precarizado enormemente, por una parte, y porque el consumo está substituyendo al trabajo como principal vía de inclusión social, por la otra.



«La soledad te deja apagado del mundo. Yo era más activa, más alegre. Ahora siempre estoy más triste. Hoy me veo triste y me dan miedo las recaídas»
(Dora)

Las *habitaciones* representan los estudios de caso, el sustento etnográfico de la investigación. Hemos agrupado los casos por afinidad, a pesar de que a veces se intercalan temáticas: hallamos circunstancias de personas *sin paredes y desconectados*, en el caso de migrantes que inesperadamente se enfrentan a situaciones de necesidad puntual extrema. Hallamos personas *sin cuatro paredes*, personas sin hogar, y *habitaciones consumidas* en el caso de hombres que han atravesado un largo periodo de adicción a la heroína. Luego hallamos otro tipo de heroínas, las atrapadas entre cuatro paredes: mujeres cuya carga familiar las confina a los cuatro muros de su hogar. Finalmente, mostramos casos de personas que están *saliendo de las cuatro paredes* para enfrentarse al mundo.

Para lograr alcanzar una mejor comprensión del fenómeno estudiado, las investigaciones sociológicas y antropológicas suelen seleccionar unos pocos casos de la totalidad para explicar la realidad observada (una submuestra representativa) o recurren a un «tipo ideal», un instrumento conceptual creado por el gran sociólogo y economista Max Weber para exponer, mediante un caso modelo, los rasgos esenciales de la muestra observada. El *tipo ideal* representa algunas recurrencias de la muestra, pero en sentido estricto es una ficción, algo que no se corresponde con un caso observable.

En nuestro caso hemos optado por presentar la mayoría de los datos empíricos a nuestro alcance, los veinte casos reales detrás de cada uno de los cuales hay una persona: 16 de esos casos los describimos en profundidad y el resto los empleamos de manera transversal. Aun a riesgo de resultar tediosos, esta estrategia nos ofrece una perspectiva privilegiada de la diversidad y permite, a priori, generar afirmaciones de mayor alcance.

Los casos no se han maquillado ni modificado en lo sustancial los testimonios o sus circunstancias. Por supuesto, hemos ordenado la información y reconstruido la narrativa cuando ha sido preciso (por ejemplo, en las historias de vida con el fin de imponer cierto orden cronológico) y también hemos elegido aquellos fragmentos de los testimonios que resultan, para los objetivos de la investigación, más elocuentes. También en algunos casos se han omitido detalles personales sensibles por una cuestión ética y porque esa omisión no altera sustancialmente los resultados.

Debemos admitir que nuestra propia elección de los casos estuvo inicialmente determinada también por prejuicios, lo cual muestra cuál poderoso y profundamente arraigado está el estigma de la pobreza en el imaginario colectivo. Inicialmente descartamos casos de exclusión social (adicciones, enfermedades mentales, pobreza extrema) porque considerábamos que eran "otras problemáticas" alejadas de la pobreza. Pero esto no es necesariamente así si entendemos la exclusión como un proceso. Esperamos haber sido capaces de desterrar a lo largo de esta investigación al menos una parte de ese prejuicio. Entender esto supuso posiblemente la segunda gran *quiebra* —como diría Agar (1980)— de esta investigación, la cual nos ha

ILUSTRACIÓN 1. Calle de bajada y una sola dirección: el *continuum* de la pobreza (Castellón)



Fuente propia

permitido reformular la definición relacional de la pobreza que informa este trabajo. Mediante esta comprensión de la pobreza la exclusión social no es otro orden de cosas, sino puntos distribuidos en ese continuo que es la pobreza, entendida como el «proceso sostenido y progresivo de pérdida, en términos absolutos», de recursos, relaciones sociales, salud o dignidad.

Proponemos ahora adentrarnos en las distintas dimensiones de la pobreza mediante la agrupación de los estudios de caso. Ninguno deja indiferente y en muchas ocasiones es inevitable pensar *esto me podría haber pasado también a mí*. Ojalá que logremos ese efecto en el lector/a, porque significaría que se ha empatizado con las personas tras los casos. Y la empatía es, como veremos, un primer paso para combatir algunos prejuicios sobre los que se erige la alterofobia.

Sin paredes: vivir en la calle

Vivir en la calle es una de las experiencias más crudas por las que puede pasar una persona en nuestra sociedad. La calle es un entorno frío, sucio e inseguro y, cuando la exposición a la calle se prolonga en el tiempo, tiene un efecto degenerativo en los hábitos de higiene, sociabilidad, comunicación y alimentación. La situación prolongada de calle conlleva una disolución radical de las relaciones sociales. Llegar a la calle significa que se han quemado todas las naves, que se han disuelto todos los anclajes sociales, ya sea porque no se disponía de muchas relaciones antes, o bien porque opera una patología y un estigma que ha carcomido todas las reservas sociales y emocionales del individuo.

Dora solo quiere tomar un café

Dora es una transexual brasileña de cuarenta y siete años que recibió ayuda psiquiátrica en un centro asistencial. No recuerda que su familia tuviera problemas más allá de la falta de dinero. Pero su padre falleció cuando era una niña, eran muchos hermanos y vivían en la favela, lo cual quizás explique que Dora se introdujese muy joven en el mundo de las drogas y la prostitución. Además, con apenas la mayoría de edad, cuidó de su madre enferma de cáncer durante seis largos años, hasta que murió.

ILUSTRACIÓN 2. La soledad de la intemperie: tres paredes y un colchón (Castellón)



Fuente propia

Hace trece años que llegó a España, acompañando a unas amigas brasileñas que fueron a la Eurocopa en Portugal y que buscaban una nueva vida, alejadas de Brasil y, sobre todo, del sórdido mundo de la prostitución. Ella vio allí una oportunidad, se animó y vendió sus propiedades, voló a Europa y se instaló en Lisboa. Al cabo de dos años una amiga que vivía en Palencia se quedó embarazada de mellizos, un embarazo de riesgo. En Brasil esta amiga le había pagado algunas operaciones estéticas y, cuando le pide ayuda, Dora ni se lo planteó: recogió sus pertenencias y se mudó a Palencia para ayudarla.

Al cabo de un tiempo decidió instalarse en Palencia, pero cuando se le acabaron los ahorros regresó al mundo de la noche, los bares y las casas de citas. En ese contexto conoció a un hombre con el que congenió, un albañil con el que poco más tarde acabó casándose. Vivieron juntos durante seis años y ella se mantuvo alejada de la prostitución. Trabajó como peluquera, de peón de obras con su marido y de dependienta de una tienda. Su vida se *normalizó* durante unos años.

Pero su marido la empezó a maltratar y su vida se convirtió en un infierno. Un día, de manera repentina, Dora empezó a «escuchar voces en su cabeza, que le decían que caminase, que no dejase de andar». Era un brote de esquizofrenia paranoica, pero ella no lo supo hasta años más tarde, cuando la rescataron literalmente de la calle y se la diagnosticaron. Dora achaca la enfermedad mental a su pasado turbulento o tal vez, elucubra, se originó a partir de un golpe que recibió una noche en la cabeza, por la espalda y sin motivo aparente mientras trabajaba en un local nocturno. Solo recuerda que despertó en la cama de un hospital tras un par de días inconsciente por un traumatismo grave.

Las voces le incitaban persistentemente a abandonar su casa y a su marido, así que un día hizo la maleta y se marchó. «Anda, sigue caminando, no te pares», le susurraban las voces, mientras vagaba sin rumbo por las calles de Palencia: «yo caminaba y veía a la gente que también caminaba. Pero yo no iba a ningún lado, solo caminaba y caminaba porque las voces me lo decían». Palencia es una ciudad pequeña y ella conocía a mucha gente. Cuando se topaba con algún conocido la situación era violenta porque sentía vergüenza, así que, en un momento de lucidez, cogió un autobús y se marchó a Madrid. Allí al principio vivió la situación de calle con euforia, como una vía de escape y liberación. Pero el periodo en la calle se prolongó durante demasiado tiempo, tres años. Dormía en cajeros, recogía comida de los bares, andaba descalza y su estado empezó a deteriorarse: deterioro físico (falta de movilidad, atrofia por dormir en el suelo durante mucho tiempo, etc.), psicológico (pérdida de memoria y de capacidad comunicativa), social (pérdida de habilidades sociales y de hábitos como entrar en una cafetería o un cine) y material (perdió su maleta y su teléfono con todos sus contactos). Las voces internas también le incitaron a quitarse la vida. Y lo probó dos veces: en una ocasión llegó a ingerir sosa cáustica y se quemó la lengua y la laringe. Pero quizás aquellas heridas fueron menos dolorosas que el maltrato que ha sufrido en la calle. En su caso el estigma tenía varias aristas: por ser inmigrante, transexual, por vivir en la calle y por padecer enfermedad mental. Según Dora:

Vives en un mundo distinto. Estás fuera de la sociedad. No puedes entrar a ciertos sitios porque la limpieza, la higiene, no es adecuada. No te dejan entrar, te echan [...]. Yo compraba en los chinos, que te dejan. En algunos lugares no podía entrar y a veces ni siquiera mirar los escaparates desde afuera [tiendas de ropa que mira desde afuera].

Como suele ocurrir en esas circunstancias a menudo, también sufrió abusos sexuales y maltratos a manos de otras personas que vivían en la calle. En una ocasión, durante la noche, unos desconocidos entraron en el cajero del banco donde dormía y le prendieron fuego al cartón en el que se guarecía. Por suerte, Dora logró zafarse, pero aquella experiencia terrible no la ha dejado indiferente.

ILUSTRACIÓN 3. Cuatro paredes de cartón (Madrid)



Fuente propia

Durante otra noche de redada policial la retuvieron. Temerosa de regresar con su marido, se negó a dar sus datos y, puesto que su estado de enajenación era ya evidente, la derivaron a un hospital psiquiátrico, donde permaneció varios años internada. Allí, explica,

No tenía ilusión por nada [...]. Mi compañera de habitación me hacía la vida imposible. En tres años no bajé al salón de TV y no hablaba con el resto de personas. Perdí el hábito de hablar, estuve mucho tiempo callada.

Cuando su psiquiatra le dio el alta la redirigieron al SAMUR (Servicio de Asistencia Municipal de Urgencias y Rescates) y luego a Cáritas. Desconocía estos lugares y al principio sintió desconfianza. Pero tras acudir varios días a un centro de día la instalaron en una casa de acogida, en un lugar más amable en el que se sintió protegida. Este paso decisivo, junto a una medicación adecuada y supervisada, le proporcionaron cierta serenidad y empezó a recuperar poco a poco autonomía y confianza.

Dora hoy está ilusionada. Ha adquirido muebles en el rastro y ha decorado a su gusto el apartamento social en el que vive sola. También ha adoptado rutinas. Se levanta a las nueve, desayuna, fuma un cigarrillo, limpia su casa, se dirige al centro de día y realiza talleres formativos de costura y carpintería, que resultan fundamentales para establecer objetivos y, sobre todo, para recuperar la movilidad de las manos. Por la tarde regresa a su casa y se acuesta temprano porque la medicación le aturde.

La ayuda social le ha abierto un espacio social mínimo, fundamental, que nunca ha tenido y que valora muy positivamente. Recuerda en particular dos estancias vacacionales en Gandía y Málaga organizadas y financiadas por la institución de ayuda social. «Eso me hizo bien», dice, «ves que hay otra gente, normal, no como la gente de calle y ese vínculo vicioso». Hace poco ha conocido a una persona, es un señor mayor y no hay nada serio todavía pero la «lleva a tomar café y a visitar el Retiro, el centro y los parques».

El mundo social de Dora

Los procesos de exclusión social, como muestran este y otros casos aquí analizados, comportan una disolución prácticamente total de las relaciones personales. Incluso cuando se rescata a la persona de la calle su reintegración social es lenta y complicada, porque topa con la resistencia de la sociedad más amplia.

A día de hoy, Dora todavía mantiene contacto con tres personas de la calle: dos han recurrido a servicios sociales pero otra, con problemas psiquiátricos, no quiere dejar la calle. En el hospital no creó relaciones duraderas:

...pero tampoco me compensa mucho. No me quiero acercar mucho a la gente que está igual que yo o peor que yo. Porque esto es muy duro. Yo estoy en una etapa de querer hablar con gente, dialogar de otros asuntos, para olvidar un poco la enfermedad que tengo. Tengo que superarlo, pero hablando de otras cosas, porque esto me atormenta.

Dora tiene siete hermanos, con los que perdió todo contacto durante sus años de calle y del mundo de la prostitución quiere mantenerse alejada, a pesar de que mantiene el contacto con antiguas amigas brasileñas residentes en España, ya casadas y con hijos.

Ahora como prioridad desea recuperarse, encontrar un trabajo (posiblemente empiece con ofrecer servicios de peluquería a domicilio porque no dispone de permiso de

trabajo) y continuar reconstruyendo su antigua red de amigos y familiares en Brasil. Una amiga de Palma de Mallorca le regaló un móvil para que reestablezca el contacto con sus hermanos, sus sobrinos y algún amigo de la niñez. La familia ahora le apoya, pero en España al margen del personal especializado del contexto de ayuda social, apenas ha creado vínculos. Por esa razón los trabajadores sociales le han animado a que visite alguna asociación LGTBI, un espacio que le garantice un mínimo de sociabilidad y de seguimiento e información médico-sanitaria.

Al final de la entrevista le pregunté qué echa en falta después de tantos años de desunión con el mundo. Me contestó que echa de menos poder «tomar café y charlar» en una cafetería, sin que la echen.

La soledad te deja apagada del mundo. Yo era más activa, más alegre. Ahora siempre estoy más triste. Hoy me veo triste y me dan miedo las recaídas.

Inma y Gregor: unidos en la pobreza y la enfermedad

Inma y Gregor son una pareja que se conocieron en el albergue tras varios años viviendo en la calle y arrastrando diversos problemas sociales. Ambos presentan el aspecto *estereotípico* de individuos que han sufrido un proceso de exclusión social sostenida: les faltan algunos dientes y muestran un físico castigado, el rostro quemado por vivir en la intemperie y muchos problemas de salud. La pérdida de relaciones sociales en su caso parece difícil de revertir y sus vidas están llenas de capítulos turbulentos.

Cuando le presenté brevemente el proyecto a Gregor antes de entrevistarle, me sintetizó la situación de esta manera:

Todo, nosotros tenemos pobreza de todo. No solo económicamente. Es todo. La familia de ella no me quiere. Mi familia, pues prácticamente [...] no nos llevamos bien. No hay sitio para mí. Con mi hermana más o menos, me llevo bien porque mi madre está en una residencia, se está muriendo. Y con mi hermano, a raíz de lo que pasa con mi madre nos estamos reconciliando un poco. Cuando voy a Valencia, pues estoy en el sofá de allí de mi hermano pero tampoco puedo estar mucho tiempo...

Para ellos el maltrato en la calle es habitual. Gregor ha escuchado demasiadas veces reproches como «en vez de pedir, ¿por qué no te vas a trabajar?». Como en el caso de Dora, durante el pasado verano, mientras dormían en la calle, les arrojaron algodón

ardiendo que habían impregnado antes con alcohol de quemar. De acuerdo con el testimonio de Inma:

Era el vecino de arriba. Le molestaba que estuviésemos pidiendo en la puerta del Consum. Hay gente que se acostumbra a eso. Yo he pedido trabajo y decirte: tengo pero para ti no, porque estás en la calle. La gente debe entender que si estoy en la calle y pido limosna es para sobrevivir pero lo primero que pido es trabajo para poderme valer por mí misma. Si no lo consigo la única manera que puedo sobrevivir es así. Pero la gente no lo ve, nos meten a todos en el mismo saco.

Muchas veces reciben comentarios hirientes como

en vez de pedir poneros a trabajar, qué vergüenza, esta gente no tendría que estar en el mundo, no tendrían que existir, qué vergüenza de gentuza [...] Pero ojalá no se viesen en la situación que estamos nosotros ni que sea una semana, porque no estamos por gusto.

En un ejercicio de introspección Inma reconoce haberse sentido muy mal en esas situaciones. Considera que es una persona como cualquier otra y no merece ese maltrato. Y le asalta la ira y la frustración:

No tengo porque tragarme esas cosas [...]. ¡No! ¡Somos personas, con necesidades, con problemas!, iy lo único que no tenemos es la suerte que tú a lo mejor tienes de tener tu techo, tener tu casa, tu familia y que no te falte el plato de comida en la mesa. Pues por desgracia eso no lo tenemos! [...] Pues hay veces que necesitamos que la gente de la calle se pare también a hablar con nosotros, para saber el motivo, el por qué, aunque no eches nada [...] por lo menos te sientes que te ven. Muchas veces, porque muchas veces no echan, nos sentimos más orgullosos con la simpatía y el cariño [con que te hablen] o [con] el saludo [que con las monedas].

Inma tiene cuarenta y un años, pero aparenta más. Es pequeña y enclenque. El pelo corto resalta sus pómulos y sus ojos hundidos, tristes. Nace en el seno de una familia valenciana, humilde y numerosa (tiene siete hermanos). Comienza a trabajar a los doce años porque su padre estaba muy enfermo.

Se casó pronto y tuvo dos hijos producto de una relación de más de veinte años. Pero su pareja, politoxicómano, la maltrataba y la introdujo en la cocaína: «me obligaba a consumir para que luego me enganchara», comenta. También atravesó una adicción al alcohol y, por lo que se intuye en la entrevista, es posible que el marido la prostituyese. Un día, tras recibir una paliza tremenda, se armó de valor y lo abandonó. Pero

no tenía nada y pasó más de diez años alternando entre la calle y breves estancias en albergues.

Inma conoce bien el mundo de la calle y el de los albergues. Aparte del de Castellón, ha pasado largos periodos de tiempo en el de Elche y Córdoba, de los que elogia la rigidez de sus normas: «son más estrictos: no dejan pasar a gente bebida ni emporrada como aquí. En Córdoba como en Valencia si te huelen a alcohol ya no entras». Los últimos tres años los ha pasado con Gregor. Durante un tiempo regresaron a Valencia porque Gregor había cobrado una indemnización por un accidente de tráfico en el que se vio involucrado y eso les permitió alquilar un piso durante varios meses. Pero cuando se les acabó el dinero, el propietario los echó. Intentaron reingresar al albergue pero no había plazas libres y les tocó volver a la calle durante meses.

Inma, sin ayudas ni trabajo y adicta a los tranquilizantes, «pasaba los días para arriba y para abajo sin parar, sin dormir ni nada». Ella admite «tener problemas de conducta», pero en realidad sufre un trastorno maniaco-depresivo con tendencias suicidas desde hace diecinueve años. De forma recurrente «me vienen ganas de quitarme de en medio» y lo único que le aferra al mundo son sus hijos y Gregor. Pero en las recaídas, frecuentes,

me pongo histérica, lloro y me inflo de pastillas. Cuando me da el bajón no valoro nada: tu objetivo es quitarte de en medio [...]. Y para verme así en esta situación, para verme toda la vida así, mejor me quito de en medio.

Inma requiere una supervisión psiquiátrica regular y, posiblemente, una atención permanente en un centro médico especializado.

Las relaciones con sus familiares son turbulentas y enrevesadas. Con los únicos que mantiene contacto a distancia son con su hermana menor y su cuñado, que la han ayudado mucho. Con su madre no tiene buena relación. La separa un alto muro de problemas por sus adicciones: disgustos, discusiones, gritos y peleas. Su familia, bajo su perspectiva, le negó la ayuda en muchas ocasiones:

Se ponían vendas en los ojos y te hundían más. Mi madre es una persona que es buena cuando tienes dinero y se lo das, pero si no ya no eres buena. Mi hermano intentó echarme una mano pero por estar con Gregor me dio de lado. A Gregor no lo aceptan porque [dicen] que él tiene culpa de su situación. Pero al sinvergüenza de mi ex, con todas las palizas que me ha dado que me ha llegado a apuñalar, casi mata a mis hijos [...], ni le miran a la cara.

Con sus hijos se comunica por teléfono, pero solo los ve de vez en cuando porque servicios sociales le retiró la custodia. El menor, de trece años, se encuentra en un centro de acogida y el mayor, que vive con la abuela, sufre algún trastorno psicológico: «ha vivido mucho, ha visto todas las palizas, se sentaba a mi lado todas las noches [y me preguntaba]: *¿cómo vendrá hoy, te va a pegar?*». Hace trece meses, explica de manera muy confusa, le arrebataron una tercera hija que tuvo con Gregor, cuando vivían en la calle. Cruz Roja, explican, les prometió una vivienda social:

[Pero] todo mentira. Cuando pudieron nos echaron a la puta calle y nos quitaron la niña. No sabemos dónde está. Me hicieron firmar un papel y yo pensé que era para ver a mi hija cuando quisiera. Les dije que sí y lo que firmé fue la renuncia. Me engañaron.

En estos momentos Inma quiere conseguir la renta mínima valenciana, recuperar a sus hijos y vivir con Gregor una vida de familia como cualquier otra persona.

Mi perspectiva es que no quiero verme así [...]. Lo que deseo es tener mi trabajo, tener mi casa y ser una persona —sigo siendo una persona aunque me vea así— pero ser una persona como todo el mundo.

Gregor es su pareja actual. Tiene cincuenta y siete años y es natural de Córdoba, aunque sus padres se mudaron a Valencia y allí es donde creció con sus cinco hermanos. Su padre, alcohólico, falleció de cirrosis hace años y ahora su madre está muy enferma. Como Inma, también cree que su familia siempre le ha dado de lado:

La ovejilla negra era yo porque siempre he tenido mucha facilidad para meterme en líos. Tuve problemas de alcohol y drogas y empezaron ya a darme de lado.

Las adicciones las achaca a las malas compañías. Cuando tenía su bar empezó a beber regularmente con los amigos y, según explica, allí todo empezó a ir mal:

Y de ahí tuve también problemas con mi ex, mi segunda ex, que engañó a mi padre y le decía que yo estaba enganchao, cuando yo no estaba enganchao ni nada. Pero la creía a ella, que me echaba a la calle. Y al final me cabreeé y le dije a mi padre, ¿quieres ver a alguien enganchao? Pues me fui a Valencia y ya me enganché. Y luego cuando iba a verlo ya le decía, dame dinero o te lo quito de la caja, ya ni por favor [...]. Estuve a punto que me mataran y como lo pasé muy mal pues ya lo dejé. Luego estuve dieciocho años sin consumir. Unas navidades que me tomé el medicamento y no me acordaba que me lo había *tomao* y vinieron unos amigos, tenía allí unas botellas de Chivas 12, y me dicen, va ábrelas, y me tomé dos vaqueritos y, claro, al mezclarlo con las pastillas..., pues se armó gorda. Me pegó la policía, me rompió un

dedo, me rompió la pelvis y eso lo pusieron en Facebook. Y a raíz de ahí me echaron con la ropa a la calle, como una mierda.

Gregor se ha casado tres veces. Con la primera esposa tuvo un hijo que ahora tiene treinta y siete años y, dice, «no me mira ni a la cara, no quiere saber nada de mí». Con la segunda mujer tuvo dos hijos con los que tampoco tiene ninguna relación: una hija de treinta y un años y un hijo de veinticinco. Después se juntó con Inma, a la que ya conocía del barrio, pero se vieron forzados a abandonar Valencia «porque estaban amenazados de muerte»:

Ella por su marido y yo por una persona que me lo quitó todo. Al echarme mi ex de casa me apoyé en una persona que creí que era mi amigo. Como me dedicaba a las antigüedades dejé todo en casa de esa persona [...], pero me amenazó con un cuchillo y se quedó con todo.

Se marcharon a Elche con la idea de comenzar desde cero. Pero no lo consiguieron:

Porque íbamos cargados de cosas y luego no estábamos cobrando de ningún sitio. Luego me pegaron una paliza que casi me matan, por robarme cuatro euros. Tengo ahí una operación de vida o muerte y media cara paralizada. Este ojo me quedó bien pero ya el otro no me lo han podido operar porque el hueso toca la bolsa de la córnea y si me tocan y me entra aire me puedo quedar en coma o morirme, dice el cirujano.

«Entre los dos nos hemos salvado la vida», afirma, infiriendo tan solo se tienen el uno al otro.

La calle es lo peor. Yo estoy tan mal y enfermo por la calle. No duermes, hace frío en invierno. Quema más el frío de la noche que el sol del verano. Nosotros tenemos toda la cara quemada. No duermes y no comes y lo que comes no te sienta bien porque tienes que ir con todas las cosas buscándote la vida. Y eso lo que no te quitan [...], porque la mayoría de las cosas te las quitan. No tienes vida, no vives.

Gregor sufre de ciática, dos hernias, dolor crónico de espalda y problemas de pulmones porque «fumo de colilleo». Inma, a parte de su trastorno psicológico, padece desnutrición, anemia y problemas de tiroides.

Las vidas de Gregor e Inma no han sido, sin embargo, siempre tan infelices. Gregor cuenta con veinte años de trabajo cotizado. Trabajó de jardinero, mecánico de bicicletas, constructor de carreteras y bordillos, ha sido propietario de un bar y de una

empresa de pinturas y durante tres años excavó en una cantera con un pico compresor, «¡que me ha dejado la espalda destrozada!». Estando en la calle ha trabajado en negro cuando ha podido pero en condiciones de precariedad extremas: una vez pintó una casa durante dos días a cambio de cuarenta euros y en otra ocasión después de trabajar diez horas la señora que lo ‘contrató’ le dio solo veinte euros.

Ahora bien, no todo han sido malas experiencias y maltrato. En la calle, reconocen, «también hay gente que es buena» y les han proporcionado ropa, dinero y comida.

[Pero] eso es muy duro. Porque te sientes impotente, te sientes mal, te quieres valer por ti mismo. Quieres mostrar a la gente que tú también puedes, que también eres capaz.

Perciben que las personas que más ayudan son también las que menos medios tienen, los más humildes: jubilados y viudas o niños y adolescentes. En cambio, «la gente rica nunca, nunca ha sacado ni un céntimo de su bolsillo y han dicho toma».

Un rasgo destacable en ambos era la gran desconfianza que sentían hacia los otros: desconfianza hacia las autoridades, hacia sus familiares, hacia el resto de usuarios del albergue y los conocidos y desconocidos. Solo dicen confiar el uno en el otro y su mundo social así lo muestra. Pero incluso con esa suspicacia en su día a día en el albergue se observó que intercambiaban tabaco, tenían cierta amistad con otra pareja, charlaban con los usuarios y Gregor incluso llegó a acompañar a un señor a solucionar papeleo administrativo a Benidorm. El señor era inválido e iba en una silla de ruedas y «empujé la silla de arriba para abajo, acabé muerto», explica Gregor.

Cuando los entrevistamos estaban ahorrando dinero de la mendicidad para poder visitar a la madre de Gregor en Valencia, que estaba gravemente enferma, y «gracias a eso me vuelvo a hablar con mi hermano». Por lo tanto, por muy destruidos que estén, en momentos críticos los lazos familiares pueden revitalizarse.

Habitaciones consumidas

«Llegamos (al Centro de Tratamiento de Adicciones) por adicción, pero esa adicción trae un abanico tremendo: un abanico de pérdida de familia, de enfermedad, de salud deteriorada, lo judicial [...].

Por eso enfrentarse a la sociedad es más difícil que enfrentarte a las drogas»
(Kike).

ILUSTRACIÓN 4. Edificio devastado donde consumen y venden heroína. Barrio de La Latina. Madrid



Fuente propia

De todos los ejemplos expuestos los que más paralelismos presentan son los casos de personas con adicción a la heroína. No solo resulta prácticamente idéntico el perfil de la muestra (hombre de cincuenta años), el contexto histórico (años 70 y 80) y socioeconómico (la movida, el mundo de la noche y familias normalizadas) o el patrón de iniciación al consumo (de manera casual, desinformada), sino también el hecho de que aquí la pobreza no es el inicio, sino el trayecto final de un largo itinerario de devastación causado por la droga.

La heroína afectó en España a toda una cohorte generacional durante los años 70 y 80. Aunque los efectos más evidentes se produjeron en los barrios marginales de las grandes ciudades, la heroína también hizo estragos entre muchos jóvenes de familias corrientes. Muchos jóvenes se iniciaron en su consumo sin conocer realmente sus efectos y si hoy pueden contarlos es porque han sobrevivido a las enfermedades (VIH, sida) y al costo social (prostitución, crimen, delincuencia, cárcel y estigma) asociados al consumo.

ILUSTRACIÓN 5. Los troncos de la marginación. Viejo sofá en el que, a juzgar por las jeringuillas usadas esparcidas por el suelo, los consumidores se sientan para inyectarse (Castellón)



Fuente propia

La heroína, como la morfina, deriva de la adormidera del opio, pero tiene un efecto mucho más potente y rápido. Cada año la consumen más de treinta millones de personas en el mundo (ONU, 2014) **(1)**. Es una droga muy adictiva y dañina y, aunque la sobredosis es la causa principal de fallecimiento, sus principales problemas son su dependencia y nivel de tolerancia —es decir, que para lograr similares efectos se requiere incrementar cada vez más su consumo, lo cual a menudo implica tener que recurrir a la delincuencia para seguir obteniéndola. Su consumo reiterado genera complicaciones pulmonares, trastornos mentales, reumatismo, disfunción sexual y deterioro del tejido epitelial: cicatrices, obstrucción de vasos sanguíneos, abscesos y, cuando su consumo es comunitario y se comparten las jeringas, hay riesgo de infección de hepatitis B o C, VIH y transmisión a parejas sexuales y a hijos.

Leroi: la historia de un yonki⁽²⁾

Leroi estaba delante de la estación de trenes. Llevaba un potecito en la mano que movía lentamente haciendo sonar las monedas. Era un hombre pequeño y delgado, atlético, de unos cincuenta años. Vestía un jersey azul grueso y una mochila desgastada, un pantalón de tergal y zapatos de cuero muy trajinados. Tenía barba de varias semanas, tal vez meses. Me acerqué a él y le di unos euros. Le pregunté que cómo le iba y me empezó a explicar, con voz rota pero amigable: «pues ya ves, aquí, pidiendo». Intercambiamos cuatro palabras más pero yo tenía prisa, así que le pregunté si podría entrevistarle en algún otro momento. De inmediato dijo que sí pero luego titubeó un momento y me preguntó lo que iba a hacer con la información. Al parecer su familia no sabía que estaba en la calle. Le tranquilicé y le prometí discreción.

Al hablar arrastraba las palabras, con intervalos breves, e inconexiones. Pero también tenía algo encantador: quizás su desparpajo o sus avispados ojos grises. Quedamos al día siguiente en el mismo lugar, a las nueve de la mañana. Era a la hora a la que le echaban del cajero del banco donde dormía. Me explicó más tarde que «el director del banco era buen tío» y que intentaba pasar sin despertarlos. Si alguien se despertaba (puesto que allí dormían cada noche dos o tres personas), les saludaba amablemente y

(1) Esta información procede del *National Institute of Drug Abuse*. Advancing addiction science. Consultado el 14 de diciembre de 2019. Recurso online accesible en: <https://www.drugabuse.gov/>

(2) Aunque la etiqueta puede parecer muy despectiva, el testimonio se auto-definía así.



entraba a trabajar. Las mujeres de la limpieza, en cambio, sí se molestaban si alguno se hacía el remolón y por eso a las nueve en punto tenían que estar fuera.

Llegué al día siguiente minutos antes de la hora convenida. No estaba por allí, tal vez se lo había pensado. Pero decidí esperar un rato. Entré a la estación por un café para llevar y cuando salí ya estaba allí. Nos saludamos y le propuse ir a buscar un bar para tomar lo que él quisiese. Mientras nos alejábamos andando de la estación empezó a hacerme un resumen rápido de su vida: politoxicómano, triple condena en la cárcel, su familia no sabía nada de su situación, etc. Llegamos a un bar y decidimos sentarnos fuera, en una terraza. No salía nadie del local, me levanté y me dispuse a entrar pero me topé con la mujer del bar, que salía decidida. Sin embargo no salía para servirnos, sino para echarnos. Dirigiéndose a mí, visiblemente malhumorada, y señalando a Leroi con el dedo sin mirarlo, profirió:

Yo a ese señor ino lo quiero aquí!. Y además aquí usted no puede venir con otra consumición: iváyanse!

Yo la interpeleé, molesto por los modales: oiga, señora, no se preocupe que vamos a consumir igualmente y además no discrimine así a la gente, ¿no?

Se dirigió a él: ihe dicho que te vayas de aquí o si no llamo a la policía!.

Todos los del bar miraban la escena, pero nadie intervino. Leroi se dirigió a ella, de manera educada: señora, solo tomaremos un café. Pero aquello no iba a funcionar porque la mujer parecía muy nerviosa. Así que me dirigía Leroi: es igual, vámonos a otro sitio.

Leroi, al salir, me dijo: ¿ves? Así es como nos tratan... Pero eso es por las lumis.

No entendí: ¿cómo?, le pregunté.

Sí, por las lumis —repetió como si fuera obvio—, las prostitutas— clarificó.

Lumi es un término caló que significa concubina, querida, prostituta. Leroi conocía a todas las prostitutas de la calle y se llevaba bien con ellas porque las trataba «como señoras, como damas; y me querían un montón». Las chicas dormían en la calle y algunos clientes ancianos, me explicaba, les dejaban dormir en sus casas a cambio de sexo. El nivel de abuso sexual y deterioro de las chicas le dolía profundamente. Pero ellas, a su vez, siempre que tenían oportunidad «afanaban lo que podían de los viejos y los taxistas» cuando acudían a ellas en busca de sus servicios. Además, «alguna cabrona les

dice que me tiene que dar a mí 10€», me explica, «para sacarles más dinero. Y les dice que yo era su acompañante». Leroi las cuidaba, en el sentido afectivo de la palabra: las acompañaba por las noches, bromeaba con ellas, les traía algún café caliente y se hacía querer. A cambio recibía algo de droga, dinero o cariño. Posiblemente la mujer del bar infirió que Leroi era el chulo. Por eso nos echó.

Pero sus amigas ya no están. La policía hizo una redada y se llevó a las chicas de la calle, que eran su red social:

Se han llevado a todas y me han dejado solo [...]. Hay gente muy rara por ahí. Me estaba juntando con un chaval [que era bipolar]. Coge el tío —menos mal que no fui—, coge y roba dos motos. Me voy a dormir, y me dice:, no tengo sueño y me voy a dar una vuelta por ahí. Y va el tío y roba dos tiendas: Zara y otra. Pero ahí no acaba la cosa: se va y le roba un coche a un gitano. El tío coge el coche y empieza a hacer derrapes, en vez de irse, se queda por allí y se pone a hacer derrapes. Lo cogieron entre cuatro o cinco y le pegaron una paliza [...]. Lo subieron en un autobús y le dijeron márchate de aquí y la próxima vez, como te veamos, te matamos.

Leroi lleva dos años en la calle y ha pasado varios años en la cárcel, por robos. «Todo por las drogas», comenta,

Estuve enganchado durante muchos años a la cocaína y a la heroína y ahora estoy con la metadona y la cocaína [...]. La cocaína nunca he podido dejarla. Empecé a los dieciséis y empezamos a morir como ratas con la heroína. Empezamos a tocar [en una banda de rock] y era mucho dinero. Cuarto de millón a la semana y empezamos a meternos de todo. Lo típico de los ochenta, que había que probarlo todo y rápido. Y el sida. Se fue un amigo mío a Londres y trajo el sida y entonces todos lo que eran mi peña... murieron. Yo estuve de pruebas toda mi juventud y caía uno y luego otro [...] y más pruebas. Y más pruebas, porque no se sabía lo que era, es que [...] nos ponían guantes y mascarillas. No nos podíamos ni abrazar ni acercarnos [...], y así empezaron a morir de sobredosis y de sida.

En su juventud tenía una banda de rock. Les fue bien, ganaron muchos concursos y obtuvieron dinero rápido. Su padre tenía un buen trabajo y estudió en buenas escuelas y hasta llegó a hacer natación de competición. Pero su padre falleció joven. Por aquel entonces su hermana mayor estudiaba fuera (ahora «sabe ocho idiomas y tiene dos carreras») y su madre, que era joven y estaba muy enamorada, pasó unos años *ausente*:

A mí me pilló en esa edad tonta entre los catorce y los dieciséis [...]; empecé a pinchar discos [...]; imagínate, pinchar discos y luego me iba a la escuela: iba a EGB! Pero me acostaba a las

cuatro o a las cinco de la mañana [...] y muchas veces me quedaba dormido [...] y luego me metí en la Escuela de Arte, estudié también música [...] y luego electrónica [...]; así que más o menos me lo he intentado currar, pero es que [...] la droga es la droga.

Cuando reunió un poco de dinero montó una tienda de discos. Y luego estableció un disco-bar, «porque todos los músicos tenían un disco-bar. Y ahí ya me pillé el *enganche*. Yo me iba a casar con una chica con la que llevaba doce años». Ella estudiaba en Andalucía y, con motivo de unos exámenes, él la acompaña y acaban quedándose allí ocho años. De lunes a jueves estaba en el sur, el jueves regresaba a Ciudad Real para hacer caja, y el domingo regresaba y dejaba el negocio en manos de un gerente. Pero mientras ella asistía a la universidad, él se quedaba solo:

Y me junté con quien no debía y es cuando tuve el *enganche* gordo. Como tenía coche me pedían que los llevase de un lugar a otro: Y ya empecé [...], que si dame una calá. Que si luego píllame una bolsa, píllame dos bolsas [...], Y cuando me di cuenta me vi *enganchao* [a la heroína].

Al cabo de poco empezó a traficar con cocaína. Tenía un piso en Cádiz y otro en Galicia. Desde Galicia traía la droga, «en el tiempo de los Oubiñas» **(3)**, y luego la vendía al menudeo en el bar o la distribuía a pequeños camellos locales. «Era mucho dinero de mucha droga. Yo dejaba allí los kilos y la gente la vendía».

Leroi además tenía una frenética vida nocturna y, en la escalada de descontrol y drogas, acabó dilapidando todo el patrimonio que había logrado amasar en el pasado. Tuvo restaurantes, piscinas y propiedades inmuebles, muchos coches y mucho dinero, pero «se lo fundió todo». Cuando dormía en casa llegó un momento en que guardaba un revólver debajo de la almohada. Aquello había ido demasiado lejos, y su pareja, que logró acabar los estudios de psicología,

un día llegó y me dijo: no puedo. Ocho años que me aguantó, bastante me aguantó. Estar ocho años con un *yonki* es mucho aguantar.

Ella rehízo su vida y tuvo una niña: «cada vez que la veo en Facebook se me revuelven las tripas. Esta niña podría haber sido mía. Ha sido el amor de mi vida»— lamenta. Él decidió regresar a Ciudad Real, pero el abandono de su novia le hizo reaccionar:

(3) Laureano Oubiña es un capo gallego de la droga (aparentemente solo de hachís y tabaco). Fue condenado a cuatro años y medio de prisión y al pago de una multa de 2.2 millones de euros por blanqueo de dinero, pero ahora está en libertad.

Junté a la familia y se lo expuse [...]. A los treinta y tres años les dije que era drogadicto. Les dije que estaba en la ruina, que debía un montón de dinero, que los negocios estaban cerrados y que estaba enganchado. Se enteraron a los treinta y tres años y porque yo se lo dije. [Durante muchos años] me veían y me decían: oye, qué flaco estás. Y yo les decía: esta [señalando a su novia], que no sabe cocinar. Como me veían funcionar, con la novia con el coche y tal, pues como que no se nota.

Pero su familia no lo asimiló: aquello era una vergüenza inasumible para su familia, acomodada. Él se sintió abandonado, así que hizo las maletas y se marchó a África, donde pasó otros ocho años en compañía de Fátima, una lugareña con la que recorrió medio continente: Marruecos, Argelia, el Sahara, Burkina Faso, Mali, Gana. En África no consumió drogas, estuvo ocho años *limpio*.

ILUSTRACIÓN 6. El estigma es como mirar el mundo desde la otra parte de la valla



Actualmente su familia sigue sin apoyarle. En casa de su madre cree que «ya no encaja». Hace unos años visitó a su madre, pero «con las sábanas de seda, no sabía dónde estaban los tenedores, como si estuviera en una casa ajena». Con su hermana no habla desde 2002, cuando la llamó desde Algeciras y su cuñado cogió el teléfono y le dijo: «mira, no vuelvas a llamar, no nos vuelvas a molestar».

La adicción, el estigma y la constante petición de ayuda degradaron las relaciones:

Prefieren el nombre a tu hijo. El fin de semana ese que la fui a visitar, estuve escondido. [Mi madre me decía]: no salgas a esta hora, que estarán las vecinas ahí abajo. Recuerdo que tenía que ir por pega para los dientes y, me decía, no, ahora no salgas, ves de aquí a una hora, que están las vecinas. Se avergüenzan muchísimo, muchísimo, no te puedes ni imaginar. No entiendo que te importe más el apellido que un hijo al que puedes ayudar. A mi familia no le falta el dinero. Mi padre tenía un buen trabajo y le dejó buena paga a mi madre, tiene pisos, terrenos, etc. [Pero solo] de vez en cuando me envía 30€. Le sale el dinero por las orejas y pasan de mí, pasan de mí.

Con su madre habla por teléfono dos veces a la semana, pero le oculta que está viviendo en la calle. Recuerda con amargura que, cuando le explicó que había estado en la cárcel, su madre le respondió:

Hijo, no hablemos del pasado. O sea, que no me ha *preguntao* ni cómo he *comío*, ni si me ha *pasao* algo, ni cómo es eso de la cárcel [...].

En su familia, en definitiva, se siente incomprendido, y a pesar de que con algunos antiguos amigos ha rehecho el contacto mediante Facebook, solo les explica «las cosas bonitas» y ninguno conoce su realidad ni su pasado:

Mis amigos de siempre no saben que he estado tres veces en la cárcel con traficantes y asesinos. Bueno, sí sabían que trapicheaba porque les vendía yo, pero de lo otro no saben nada. Y ahora de poco a poco se lo voy contando por Facebook [...]. Mis amigos creen que era un golfo como ellos, de fin de semana, de ponernos bien el fin de semana, pero no saben que vivo en la calle, que estuve en la cárcel, ni que soy adicto.

De hecho, sus amigos del pasado más íntimos no llegaron a los treinta años. Fallecieron o por sida o por sobredosis: «les hacían pruebas y pruebas y no sabían qué tenían». Leroi ha visto muchas muertes a su alrededor «aunque uno nunca se recupera de la muerte por sobredosis de un amigo», porque es algo inesperado. Cuando mira atrás se siente solo y tiene miedo de correr la misma suerte:

Incluso muchos que se habían quitao y se estaban cuidando se están muriendo ahora. Es que nos hemos metido mucha caña. Ostia [a veces pienso], joder, que la voy a palmar, que la palmo por paro multifuncional, que el próximo soy yo.

De los amigos de la banda solo han sobrevivido él y otro amigo que logró desengancharse y estudiar. Ahora es abogado. Leroi siempre fue muy escrupuloso y eso le salvó. Nunca compartió jeringas, al contrario que sus amigos que ya no están:

Cuando no se sabía nada, iba a casas de amigos y debajo del sofá había jeringas: cogían la que parecía más limpia y se pinchaban así. Pero yo no, siempre tuve cuidado: iba a la farmacia de guardia y me compraba la mía. Además, hacía mucho deporte, después de drogarme incluso hacía casi tres horas de deporte al día.

Pese a todo, Leroi fingió llevar una vida normal durante mucho tiempo a pesar de su adicción e, incluso, logró acumular más de veinticuatro años cotizados. El último jefe

[...] no tenía ni puñetera idea de que me drogaba. Lo único que me decía era: te veo mucho por el barrio [donde se vende]. Y le decía, claro, a ver, si he pagado dos condenas en la Torrecita y una en Ocaña y casi todos son gitanos, pues salgo de trabajar y me bajo a tomarme una caña con ellos. Pero era mentira, yo iba apillar. Pero la gente me veía y se lo decían al jefe.

Pero, decidido a realizar un cambio en su vida, dejó ese trabajo de mantenimiento con el objetivo de cobrar el paro y comprarse una auto-caravana para viajar por Portugal, Francia (donde tiene amigos con los que se comunica por Facebook) e India. Ese es su sueño, viajar.

Cuando uno es adicto a la heroína, comenta Leroi, llega un momento en que no hace ningún efecto. Hay mucha gente que es adicta toda su vida y tiene un consumo controlado, y lo mismo pasa con la metadona:

Cuando ves a una persona que anda mal y dices, joder, cómo va puesto ese tío, es lo contrario. Cuando va normal es que va puesto. La gente está súper equivocada con eso. Pero quemas más la calle que la droga. Tú tienes un piso, tú te duchas, te maqueas un poco, tienes dinero y tú pasas desapercibido. Tú pasas desapercibido. Y eso lo sé por experiencia.

Leroi piensa que la gente no es consciente de que las adicciones son una enfermedad. Pero él lo aprendió pronto y abruptamente:

La cantante del grupo y yo éramos amantes. Su marido estaba en Bosnia y ella estaba acabando la carrera. Era profesora de piano y de magisterio. Y me decía: tío, estoy harta, me voy a quitar la vida. Y yo le decía, oye, ¿cómo dices eso? ¡No seas tonta! Y un día apareció muerta. Estaba harta. Vivir dos vidas [el de la adicción y el de la normalidad] es muy duro. Vives siempre con el engaño [...] Y a lo mejor ves por la calle a otro yonki y le saludas y él no te saluda y luego te dice, oye, perdona, pero es que [no quería que me relacionasen contigo]. A los yonkis los echaba yo del bar, iy el que más se metía era yo! Imagínate cuando me presenté a lo de la metadona [programa de desintoxicación]. Todos me miraban como diciendo: ¿pero qué hace este aquí? Si este se mete dos o tres gramos cada día.

El problema con las drogas es que, cuando uno no tiene dinero, la adicción sigue exigiendo droga. Hay días malos en los que no consigue dinero y, en esos momentos, el *mono* es tan intenso que ha llegado a quedarse inmóvil en el suelo, tirado en la calle, para forzar que la ambulancia lo recoja y lo lleve al hospital para que le suministren metadona.

Los monos son chungos y te joden la vida. Yo llevaba una vida cómoda. Todo el mundo lo dejaría si pudiese. Recuerdo un día que estaba con Vanessa [una prostituta] haciendo cuentas y nos habíamos gastado más de cien euros y nos entró hambre y acabamos comiendo un chusco de pan duro con un sobre de ketchup. Y nos dijimos: ¿estamos gilipollas, qué nos está pasando?. No hemos sido capaces de comprarnos ni un bocadillo ni unas galletas, que cuesta un euro [...]. La droga te controla y te va comiendo la vida.

Con la ayuda familiar ha intentado desintoxicarse muchas veces en centros, pero siempre recayó y eso fue minando la confianza de su familia. «Está todo en la cabeza», dice, y la adicción le indujo a cometer delitos y a tomar muchas decisiones erróneas. Estuvo muchos años en busca y captura. Cuando estuvo implicado en tráfico la policía llegó incluso a vigilar el domicilio de su madre día y noche, pero él no podía evitar seguir metiéndose en problemas por su adicción a la heroína:

[Cuando eres adicto] es levantarte y no te puedes mover, vas arrastrando los pies y te duele tó, y es una sensación, [...] es la peor sensación que hay. Tú [por obtenerla] matas. Tú ves ahí diez o veinte mil pesetas [habla en pesetas todavía] y matas o la coges aunque te coja la policía, porque me está viendo el tío, porque sabe quién soy, pero yo las cojo y me quito el mono [...]. El mono en la heroína es fortísimo, y más en la heroína de antes, de los ochenta, que dolía tó el cuerpo.

Afirma que nunca ha hecho daño a nadie, pero ha estado cerca de cometer muchas temeridades:

Cuando había alguna movida que tenían que pegarle a un tío para que abriese la caja me decían: tú mejor quédate en el coche. Soy antiviolencia, pero tenía que robar por la droga. Es que era doscientos euros cada día mínimo, dos gramos cada día. Uno de heroína y otro de cocaína.

En una ocasión, tras cometer un doble robo en Albacete, la policía le interceptó en su fuga hacia Marsella. Le cayeron tres años y medio de prisión por tres condenas por robo. La experiencia de la cárcel no le dejó indiferente: agudizó su ingenio para subsistir, pero también se erosionaron sus valores morales y se hizo algo más inmune a las atrocidades.

Si hay algún abusador y tal, te tienes que tirar contra él. Dices, uy, la que me va a meter este. Me va a meter siete, pero bueno, tres o cuatro le doy y así ya no te molesta más [...]. Las drogas eran los problemas [...]. Me juntaba con los que llevaban clubs [prostíbulos] y evitaba a los drogadictos porque son un problema: que si tú me tienes que pagar dos paquetes de tabaco y no me los pagas: pues la semana que viene me debes tres, y la otra cuatro y la otra ya, si no me pagas, pues te pincho. Bueno, primero te meten la paliza, y luego ya te pinchan. [...] Pero yo, al verme así chiquitillo, pues les caía bien a los viejos y decían, a este..., a este como lo toques te mato, ¿Sabes? Y te matan, te matan... que un día me estaba ahí duchando y oigo pa, pa, pa [imita el golpe de la cuchilla en la carne]. Me asomo y digo, me cago en la leche, ostia, parecía eso un matadero [...]. Tú imagínate ahí en la ducha, le metieron cantidad de pinchazos [...]. Eran dos tíos, dos tíos que pasaron y...

Actualmente consigue algo de dinero vigilando coches y mendigando delante de la estación. Saca cuarenta euros en los días buenos, aunque «te los tienes que currar, tienes que estar tó el día». Lo que obtiene se lo gasta en cocaína y a veces come alguna cosa si le sobra algún euro.

La calle es dura, sobre todo por el frío y el hambre, y Leroi ha visto su muerte de cerca en varias ocasiones. Una vez, en la costa de Málaga, cuando intentaba recuperar cuatro cosas que había robado y que guardaba en el espolón, resbaló, cayó sobre las rocas, se golpeó un costado y se clavó tres costillas en los pulmones. «Hasta aquí hemos *llegao*», pensó, porque la marea empezó a subir y estaba atrapado en las rocas. Cuando el agua empezaba a cubrirle, un pescador lo vio y pudo salvarlo.

En el momento de la entrevista guardaba todas sus pertenencias en un macuto tras el muro de la estación: allí guardaba ropa, cuadernos y libros de segunda mano que le había regalado la librería del barrio y «que me sirven para evadirme», dice Leroi, que reconoce que en la calle también hay gente buena y altruista. Algunas personas que le

ofrecen limosna también le dan conversación. Y lo agradece, porque «la gente que te trata luego dice: *no es mal tío, no es un drogadicto navajero*». Incluso la policía, piensa, a menudo le trata bien. Leroi piensa que la imagen es importante, razón por la cual no le sorprende que le echen de lugares cuando va mal vestido. Mientras habla de esa cuestión, se emociona durante unos segundos, deja de hablar. Le pregunto qué piensa y me contesta:

Buah, de tó, de tó [...]. Por eso no puedo estar solo, tengo que estar siempre con gente. Lo veo todo negativo porque lo podría haber tenido todo [...]; veía un coche, un Porsche o lo que sea y digo: como ese uno no, podría tener cinco [...]. El primer deportivo se lo compré yo a mi hermana. Y ahora, ya me ves, mira, una colilla que me he *encontrao* y es lo que hoy me voy a fumar.

Actualmente no puede desengancharse de la cocaína, pero hacía años que había dejado atrás la heroína. Ahora quiere arreglar sus asuntos administrativos y «cuando esté limpio viajar por todo el mundo». Pero arrastra deudas enormes y con cincuenta y dos años todavía no puede jubilarse. En Albacete se ha quedado atorado por el papeleo administrativo. Pidió ayuda a sindicatos y a Jacinto, *el abogado de los pobres*. Unos días antes de la entrevista, un grupo de voluntarias que ofrecen comida a las personas de la calle hablaron con Leroi y le invitaron a acudir a un centro a ayuda social. Le habían preparado un carnet para que pudiera ir a la piscina y le animaron a visitar el centro cuando quisiera, sin compromiso. Leroi, tentado, nos dijo que quizás esa misma semana iría. Quizás fue, o tal vez no.

Gabino y la lucha por la inclusión

Cuando vi por primera vez a Gabino, de 57 años, me pareció un intelectual: es un tipo delgado, con pelo cano y frondoso, lleva gafas metálicas, viste de negro, con una larga gabardina y suéter de cuello alto, y se expresa de manera pausada y reflexiva, casi solemne.

Su padre (fontanero) y su madre (ama de casa) se esforzaron en darles a su hermano y a él una buena educación en una escuela privada. Gabino era un buen estudiante, era un muchacho normal, más bien tímido, que tenía una pasión: la guitarra de jazz; llegó a trabajar como músico de sesión. Los fines de semana, como cualquier joven de barrio de los años ochenta, solía salir con sus amigos por la noche: iba a bares a escuchar música, a discotecas a conocer a chicas o a fiestas de amigos siempre que había oportunidad.

Era una época maravillosa de experimentación y descubrimientos.

Un fin de semana uno de sus amigos consiguió *drogas* y, con la ingenuidad de la adolescencia y el desconocimiento de lo que era realmente aquello, la fumaron. Pensaron que aquello no era tanto como decían y al cabo de un par de semanas repitieron la experiencia. Y la volvieron a probar al cabo de una semana, y la siguiente. Y así, poco a poco, fueron sucumbiendo a los mortíferos encantos de la dama blanca, con la convicción de que aquello *lo podían dejar en cualquier momento*. Pero ya era demasiado tarde, la heroína acompañaría a varios de ellos en un sórdido viaje de casi dos décadas.

Pero Gabino no cayó en el mundo de la exclusión generalmente asociada con la heroína en los años 70. De hecho, se mantuvo alejado de la delincuencia, salvo cuando acudía a los barrios a comprar. Durante sus casi dos décadas de adicción logró llevar una doble vida. Tuvo pareja y diversos trabajos (de transportista, administrativo, mozo de almacén, repartidor, etc.) pero la adicción era un pozo sin fondo e, inevitablemente, la disolución de sus relaciones era solo cuestión de tiempo: cuando su pareja descubrió la adicción lo abandonó y, durante esa travesía de más de quince años, fue perdiendo amistades, fracturó las relaciones familiares y rompió con varias parejas: «con la droga haces mucho daño: sufren las personas que te quieren». Su ámbito social se redujo a los conocidos del mundo de la heroína: adictos que, como él, coincidían en los puntos de compra o en determinados lugares, pero con los cuales no creó ningún tipo de relación a medio o largo plazo.

Tras años y años de caída, Gabino acudió a la *Unidad de Conductas Adictivas*, que le ayudó a salir y a remontar. Cuando lo entrevisté hacía doce años que había vencido a la adicción, pero no se había recompuesto emocionalmente de los estragos ni había logrado «llenar el vacío social que generó», a pesar de que trabaja en una biblioteca. Además, cuando parecía que remontaba ambos padres fallecen con una diferencia de seis meses, sin dejarle tiempo para la reconciliación. El efecto emocional de esta pérdida ha hecho mella en Gabino: «el dolor que produce a mis padres, a los seres queridos, es una mochila pesada, un dolor tan fuerte que no se va».

El mundo social de Gabino

De sus lazos familiares solo conserva la relación con su hermano menor, con el que ahora comparte piso. Gabino siente un gran bloqueo a la hora de generar nuevas amistades: siente la necesidad imperiosa de explicar su pasado, de que lo acepten por lo

que ha sido y por lo que es ahora. Pero el tabú de la heroína y el estigma asociado al adicto son muros sociales infranqueables. Gabino explica que, en una cena con amigos de infancia, años después de haber superado la adicción, extraviaron un móvil. Habían bebido un poco y se reían mientras lo buscaban: «quizás lo hemos tirado a la basura», bromeaban mientras seguían disfrutando de la velada. Pero al final de la velada el móvil no apareció. Su amigo lo miró fijamente, dejó de bromear porque la situación dejó de ser divertida, y le dijo: «bueno, tío, ¿dónde está el móvil?». Eso para Gabino fue un jarro de agua fría, una prueba de que la gente, por muy próxima que parezca, nunca le aceptará por lo que ha sido, un *drogata*. Se lo recordarán continuamente, porque no se podrá deshacer del estigma:

Como hay un hueco de tantos años [...]. Ahora por ejemplo trabajo en una biblioteca. Casi todas son chicas [...], pero, bueno, es igual. Imagina que quedamos para tomar unas cervezas y te preguntan: *Bueno, y tú qué. Gabino, cuéntanos, que nunca explicas... ¿Entiendes?* Hay un vacío ahí que no sabes cómo llenar [suspira profundamente, con amargura]. Yo lo paso fatal, no sé qué decir [...]. Pero por lo mismo que te digo, no porque no quiera, estoy deseando, estoy deseando decirlo. Es como mi amigo, qué dolor ¿no? [Y es que] tienes que rellenar toda una época de tu vida y son muchos detalles, es mucho. Y no encuentras la manera y, además, ¡es que no quiero [mentir]! No quiero, tengo que [mentir] y no quiero. Si me mandas a tomar por saco, pues me voy, pero tengo que explicar [mi pasado].

En su experiencia, las personas no son comprensivas ni receptivas con los casos de adicciones: pesa el estereotipo del *yonki*. Considera que todavía hay mucha resistencia, rechazo, a aceptar realidades como la suya. Y cree que se va a encontrar con más dificultades porque cada vez tiene más ganas de explicarlo, no quiere esconderse: «debe ser que ya no me siento tan culpable». Pero la necesidad de *expiación* del pasado destruye sus nuevos nexos sociales. En referencia a su última experiencia con una mujer, explica:

Te sorprendería, te sorprendería hasta qué punto alguien que pueda parecer muy abierta, muy de ahora, muy alegre, muy *malilla* ¿sabes?, muy tal y muy cual [...]. Pero cosas como esa no, no entran en lo que ella, esa persona, puede querer. No puede, no puede, no puede. Y ves la diferencia de esa misma persona antes de enterarse y después y se nota, se nota un alejamiento [...]. No hay tanta gente que sale [de la droga]: hay mucha más gente que muere o que acaba con la familia [destruyéndola] antes de salir. Es muy fuerte la desconfianza que te crea una persona que ha sido drogadicta. Puedes decir que has sido ladrón, un caco [...] y a las chicas hasta les gusta, porque eres un pillo, un cabroncete. Pero una persona que estuvo en drogas, ojo, ¿me entiendes?

En su caso, otro factor que dificulta la ampliación de relaciones sociales es su propia situación vital: no es joven, tiene una rutina laboral que lo limita (sale temprano de casa y regresa tarde), hábitos sedentarios (toca un poco la guitarra, mira la TV y no le apetece salir), no tiene pareja ni muchos amigos y esa red mínima no le permite acceder a nuevos espacios de sociabilidad. Además se siente presionado por los incansables consejos y recomendaciones que recibe de su entorno:

Me repiten *sal, apúntate a clubs, visita asociaciones, inscríbete en talleres* [...]. Sí, siempre me lo dicen, pero me cuesta mucho. Me produce muchísima pereza ir a un lugar donde no conozco a nadie, iniciar una conversación, explicarles mi vida.

Gabino estuvo varios años en paro y sólo recientemente «me he dado un lujo y me he comprado un móvil». Durante ese tiempo, aunque hubiese querido, realmente no tenía medios económicos para acceder a esos espacios de socialización.

Gabino se mostró abierto y confiado conmigo. La entrevista abierta fluyó en forma de conversación amena y amigable, pero en cuanto le propuse la encuesta para visualizar su red social noté que se incomodaba. A la tercera pregunta me pidió, por favor, que no hiciésemos esa parte, que no se sentía cómodo. De hecho me pidió que acabásemos ahí la entrevista y aquello rompió de alguna manera el buen *feeling* que se había creado. Me supo mal por él pero por supuesto accedí. En aquel momento no entendí su reacción, pero posiblemente respondiese al hecho de ponerlo delante de un espejo que le revolvió memorias y sensaciones negativas que era preferible dejar ahí, ancladas en el fondo. Su mundo social, dedujimos de la entrevista abierta, es minúsculo: se reduce a su hermano menor, un amigo, Laura (la esposa del amigo que le acusó de robar el móvil) y una trabajadora social. En la periferia hallamos una corona difusa de relaciones nuevas aunque distantes, sus compañeras del trabajo, así como un nexo *negativo*, el del marido de Laura, aquél amigo que le defraudó y minó su autoestima.

El exitoso caso de Kike: porque todos tenemos un líder

Kike trabaja de recepcionista en un centro de atención social. Se expresa con cierta lentitud, pero su discurso es coherente y, detrás de su aspecto demacrado, hay una persona sensible y reflexiva. Ha realizado varios estudios y ha tenido diversos trabajos pero le gusta presentarse como un artesano.

Kike nació en Cádiz hace cincuenta años. Sus padres, gente del campo, viajaron por trabajo por Francia y Alemania antes de instalarse en Madrid, cuando él tenía dos años. En Madrid su padre creó una empresa de construcción y logró sacar adelante a una familia muy numerosa. Kike era el mayor de seis hermanos, aunque en casa eran trece. Cuando su padre se prometió con su madre (mucho menor que él) también se hizo cargo de sus cuatro hermanos porque su suegro abandonó el hogar.

A la madre de Kike le diagnosticaron prematuramente esquizofrenia y su padre dejó todo para cuidarla. Kike estudió EGB, realizó un par de cursos de mecánica industrial y años después estudió bellas artes.

Cuando Kike era un chiquillo, su *hermana mayor* —así la llama Kike, aunque en realidad era su tía materna— ya flirteaba con las drogas. Esta, que se independizó pronto, se hizo cargo de un bar en el que se *trapicheaba*. Cuando se introducen en la droga no eran más que unos críos: ella tenía diecinueve años y él dieciséis.

Todos tenemos un líder [...]. El día de mi cumpleaños, mi hermana me ofreció un pico de heroína, directamente. Mi hermana era mi líder [...]. Yo la veía actuar, la veía siempre con dinero, con coches, con motos y quería lo mismo que ella.

Su hermana vendía la droga en el bar y Kike la distribuía. Pero a su hermana la detienen, estando embarazada, y la encarcelan. Cuando cumplió condena y salió, ya con el bebé, ambas habían contraído una enfermedad extraña. Pero deseosa de emprender una nueva vida, la hermana decide ir a Palma de Mallorca a conocer a su padre —el abuelo de Kike—, que había desaparecido hacía años. Pero en Palma empeoraron y fueron ingresadas de urgencias. La hermana falleció al cabo de unos días y, poco después, también murió el bebé. Estos fueron los primeros casos de muertes por sida registrados en Palma de Mallorca. Mientras Kike me explica esto se emociona, se le inundan los ojos de lágrimas y a mí también me contagia su tristeza.

Kike, de joven, mantuvo una relación ambivalente con las drogas. Por una parte estaba la adicción (la dependencia, el estigma, el crimen, etc.) y por la otra el acceso a recursos y experiencias a las que nunca hubiera accedido por otros medios: muchísimo dinero, el mundo de la noche, el *artisteo* y un *frenesí bastante atractivo para un adolescente*:

Antes dabas una patada a una piedra y sacabas dinero [...]. Aun y estando en la miseria también me veía con gente de alto standing. Mi hermano era DJ de la movida del *bakalao* (Ática y esas discos) y allí me hacía mucho dinero [suministraba éxtasis], para comer, comprarme un piso [...]. Era mucho dinero. Eran movimientos grandes. Corría el dinero a saco. Primero

consumía pero me llegaban y [imita a alguien que le da algo en la mano] *toma y toma, me daban el dinero en mano, tacatá*. Luego con gente de alto standing vino todo el tema [del] sida, los Miami —esos famosos, no sé si habrás oído hablar de ellos, una banda que había en Madrid (4). Lo dejé porque a *Manelo*, José Antonio, de la deuda que tenía con ellos pues le dieron dieciséis puñaladas en el Retiro esta gente de los Miami [...], y vinieron a por mí también. Al final me dejaron en paz, pero eran movidas grandes.

Cuando encarcelaron a su hermana y cerraron el bar, privado del acceso a droga, Kike empezó a delinquir. Se siguieron unos años de drogodependencia, de entradas y salidas de la cárcel (hasta cinco veces) y de enfermedad, porque también acabó contrayendo el sida en la cárcel. Mediante el artículo 60 de Carmona, me explica, le permitieron salir con la condición de vivir en la casa de un abogado de derecho penal que contaba con el apoyo de los jesuitas y que estaba muy comprometido con la reinserción de presos sin recursos. Kike sin embargo seguía manteniendo la relación con su novia de toda la vida, Ana. Al cabo de un tiempo alejado de las drogas y cuando parecía que estaba recuperado decidieron vivir juntos: él abandonó la casa pero recayó pronto y volvió a las andadas y a la cárcel. Cuando el abogado lo visitó a la cárcel, «ni siquiera bajé a verlo porque sentía vergüenza por lo mal que lo había hecho». Cuando salió siguió con Ana, se dedicaron a la venta y volvió la escalada de prisiones, heroína, discusiones y malestar, hasta que un día pensó que había llegado al límite:

Un día me levanté y le dije, *mira, ahí te quedas*. Y me fui, sin DNI ni nada, le dejé el piso y estuve en calle. Y estando en calle empecé con metadona y me llevaron a un centro social. Cuando llegué aquí tenía 27 años y pesaba 34 kilos. Era muy reacio [a tratarme] y faltaba faltaba a las citas, pero al final entré.

Su iniciación a las drogas coincide, como en el caso de Gabino, con unos años 70 de expansión de la heroína, cuyos efectos eran todavía desconocidos en España tanto entre colectivos marginales como entre los bohemios y los artistas (*artisteo*). «Y cayeron todos. De mi época no hay muchos, ya no están». Durante su vida ha presenciado muchas muertes:

Siento dolor, pero te haces un poco inmune [...]. [Además] estaba todo el tiempo *dopado*, anestesiado, y no reflexionas mucho sobre ti mismo, salvo cuando estás ingresado en el hospital. Aunque llegué a escaparme del hospital dos veces para ir al *poblado* [lugares como Cañada, donde compraba la heroína].

(4) El caso de los Miami tuvo mucha cobertura mediática. Véase, por ejemplo, https://www.cope.es/actualidad/sociedad/noticias/los-miami-matones-espanoles-que-controlaban-discotecas-trafico-drogas-20190119_174759

Kike, como el resto de casos analizados, durante los años de adicción su salud sufrió un gran deterioro y fue apartándose de sus amigos y familiares. Todo el dinero que obtenía lo dedicaba al consumo. Durante esa época atravesó distintos estados anímicos y superó varios intentos de suicidio:

Es que te ves hundido. Piensas, *no pinto nada aquí ya*. Piensas mucho, cuando estás saliendo del tema tienes que hacer los duelos. El duelo con la familia [...] es duro. No sabes hacerlos y me di cuenta que tienes que hacerlos con un profesional, por ti solo no puedes [...]. En el momento que estaba en calle y cuando pasaba mi padre [por al lado] y hacía que no me veía [...]; me sentía solo. Había rencor. Las madres son distintas: me bajaba un bocadillo cuando podía, con mucho temor de que no se enterasen mis hermanos ni mi padre. En el tiempo que estuve en prisión mi padre nunca fue a verme, mi madre sí [...]. Mi padre no podía permitirse tampoco que yo estuviera allí con todos los que éramos.

El estigma del drogadicto lo ha acompañado durante gran parte de su vida. Sus padres lo echaron de casa, la gente de la calle lo rehuían por su aspecto y en muchas tiendas le prohibían el paso: «era ir a una tienda y no dejarme pasar y decirme *aquí no entras*». Incluso cuando le rebajaron la pena a unos días a la semana: «estaba muy enfermo y débil y los funcionarios [de la cárcel] pensaban que estaba drogado y me subían a patadas al *chabolo*, me daban duchas frías y me insultaban». En otra ocasión, ya totalmente rehabilitado, lo invitaron a un programa de televisión para hablar sobre las cárceles, pero lo presentaron como *Kike, exdrogadicto*.

Durante la última fase de su adicción ingresó en el hospital, grave. Se debatió entre la vida y muerte y el apoyo recibido fue clave:

Estando en el hospital ingresado [...] nunca había visto a mi padre decirme *te quiero*. Vino y me abrazó, se puso a llorar como un crío, los dos lloramos [...]. Y eso me hizo abrir los ojos. El perdón de mi padre fue lo que me hizo reaccionar y enfrentarme a todo.

En el contexto de atención social, no obstante, le abrieron las puertas y encontró otra *familia*, quizás la que no tuvo porque la devastó su propia adicción. Allí lo atendieron y, mediante un jesuita, reintegró en la casa del abogado. Logró recuperarse, salir adelante y emprender un nuevo camino, colaborando en la casa de acogida de ex convictos y estableciendo su propio taller de cerámica en otra casa de acogida.

En ese contexto Kike poco a poco fue recuperando la confianza y su salud. Empezó a tejer vínculos sociales y emocionales sólidos con trabajadores y terapeutas y, al cabo de un tiempo, el centro social lo contrató como recepcionista, asistente y difusor. Du-

rante los últimos años ha tenido un papel importante como testimonio en medios de comunicación, universidades y colegios, en los que ha explicado su caso de éxito.

Para mí ha sido mucho más fácil dejar las drogas —en realidad estuve con metadona solo dos meses y medio nada más— que recuperar la familia. La familia que había perdido la encontré aquí, y pensé que no podía fallar ya. El acercamiento a mi familia me fue difícil [...] Y ahora soy un referente para mis hermanos, con el trabajo que he hecho.

Lo más importante para Kike es que ha logrado reconciliarse y reconstruir puentes sociales que parecían derruidos, sobre todo con personas muy cercanas, como sus padres y sus hermanos. A pesar de la dureza de esas situaciones, se considera afortunado porque pudo cerrar un capítulo de su vida, a diferencia de Gabino. Pudo despedirse de su madre, que llevaba dos meses postrada en una cama de hospital con un coma inducido:

Le dijeron que le hablase porque quizás nos escuchaba y entonces le dije: *Madre, ¿qué hace ya aquí? Déjese, déjese llevar ya, ya lo ha hecho todo por nosotros.* Después me fui con mi hermano a ver un concierto de un cantautor, y fue acabar el concierto que me llamaron del hospital. Los músicos ya sabían lo que pasaba y vinieron a abrazarme. Había fallecido. Al día siguiente mi hermano me dijo: *Kike, menos mal que te ha hecho caso mamá.* Es que era un sufrimiento tremendo, el querer estar ¿para qué? [Yo creo] que quería escuchar eso: *déjese marchar.*

Y pudo reconciliarse con su padre:

Lo que me pasó con mi padre fue lo más bonito que me pudo pasar. Porque fue fallecer mi madre [sufría esquizofrenia] y mi padre pues iba todos los días al cementerio y hablaba con ella. Pero enfermó también de la cabeza y tuvo que quedarse en la residencia. Y en la residencia es donde lo he conocido: me explicó toda su infancia, todo. Y yo me preguntaba: ¿por qué ahora, después de todos estos años?

Pero cuando creía que había superado lo peor, explica, y empezaba a *despertar*, surgió «todo el tema de lo social [...] enfrentarse a la sociedad es más difícil que dejar las drogas».

Aquí no llegas solo con la adicción. La adicción te da un abanico: has perdido contacto con la familia, tienes cuestiones judiciales [pendientes]. Las mochilas son muy pesadas; y lo normal es huir.

Kike ya hace veinticinco años que superó la adicción. Está castigado por el VIH y sufre de los riñones. Pero dice sentirse bien. Vive con un hermano menor, trabaja en la institución a diario y conoce a casi todo el mundo. Su relación con el abogado, con los jesuitas y con otros profesionales le proporciona un apoyo fundamental. Incluso tiene contacto puntual con su antigua novia: ahora *está limpia*, tiene una niña y trabaja en una residencia. Como en el caso de Gabino, Kike también siente la necesidad de afrontar su pasado. Pero a diferencia de otros casos, goza de una vida social muy activa. Trabaja mucho, ocupa su tiempo libre en el taller de cerámica que gestiona con un amigo y se encuentra a menudo amigos del contexto asistencial. Al final, como conclusión, Kike manifiesta un sentimiento muy común a otras personas atendidas por las instituciones sociales: «de esa gratitud lo que intento es darla, devolverla». Es un modo de retornar algo a la institución y, a pesar de que no siempre se cumple la reciprocidad, también a la sociedad que tanto se resiste a aceptarlo. Kike se ha convertido en un portavoz importante en campañas de prevención y sensibilización sobre la drogodependencia.

Me gusta explicarlo a los chicos. Me gustaría ser una referencia [y decirles algo como] isí, se puede! Es como quitarse un peso con eso.

El mundo social de Kike

La visualización de la red social de Kike ejemplifica el caso de un individuo que, tras un largo y severo proceso de exclusión social, logra remontar en un contexto dependiente de la institución social. Su red es amplia e integrada. Es relativamente masculinizada (61%), en comparación con el resto de los casos analizados, y muestra 18 contactos “muy próximos” distribuidos de manera dual: el 50% de los miembros, exactamente, pertenece a su contexto personal. Ahí se cuentan familiares (22%), su *hermano* mayor (tío materno), que cuenta con un nivel socioeconómico más elevado que Kike, y su hermana y sus dos sobrinas, que recurren a menudo a él porque atraviesan por un momento económico delicado.

En este contexto familiar se observa un nivel fluido de reciprocidad y confianza mutua. Kike dice que pocas veces da un *no* por respuesta a su familia cuando estos le piden ayuda. Y él recibe mucho apoyo de sus hermanos. Recientemente su hermano menor le regaló la entrada de un coche:

Ahora me llevo superbién con mis hermanos, pero fíjate: claro, lo que he luchado y lo que les he podido ayudar. De no hablar hasta ser ahora una referencia. Nunca hemos discutido ni me han echado nada en cara. Ahora hablo con ellos de todo.

El otro 25% de su red incluye a sus amigos y a su expareja, que proceden de un contexto más humilde. Su expareja es madre soltera y vive en casa de sus padres, a los que cuida porque son ancianos y están enfermos. Carlos es un amigo de la infancia que ahora está en prisión pero que, en el pasado, «siempre estuvo ahí» para ayudar. Kike le escribe cartas, le llama, acompaña a su madre («que es como mi madre», dice) a visitarlo a la cárcel e incluso «saco a pasear [a su hijo], me encargo de él». Ramón es un compañero que, como él, logró superar la adicción gracias a la institución social, pero le han detectado un cáncer. Jaime es un amigo también de la institución que pasa por un mal momento con su pareja e hijos y Kike le está ayudando porque él le ayudó cuando lo necesitó. En el caso de Kike el principio de la reciprocidad se hace evidente en todas estas circunstancias.

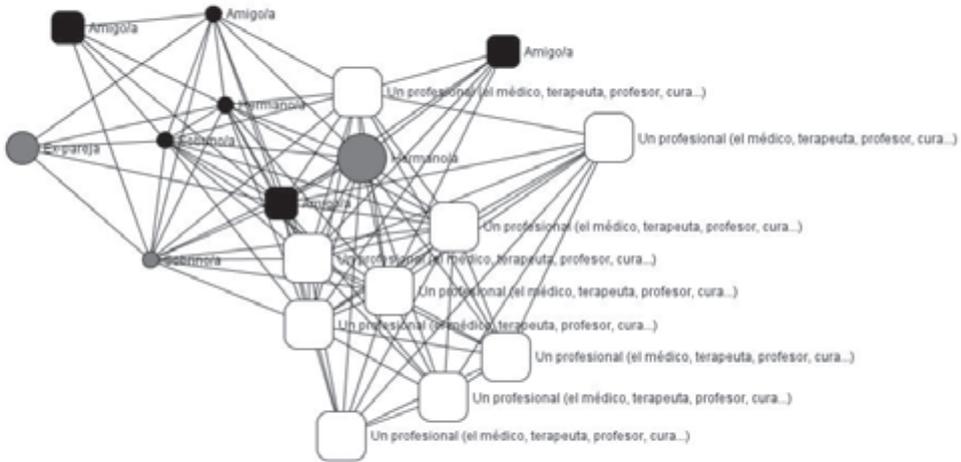
En la otra mitad de la red aparecen 9 profesionales relacionados con la institución social. Aparece el abogado penalista que tanto lo ayudó; Alfonso, un cura que en sus palabras «le presta apoyo espiritual»; Eugenia, su primera psicóloga y una persona clave en su vida; Rosa y Clemen, dos trabajadores sociales; Lara, una abogada que lo representó en un juicio y que es sobrina de un jesuita; el director del centro donde trabaja, y un magistrado que conoció a través del abogado. Este grupo de personas no son meros conocidos, constituye una *familia ficticia*, un grupo cohesionado con los que mantiene constante contacto. A Kike a menudo le piden que participe en campañas, que les acompañe a dar su testimonio en espacios públicos (universidades, centros sanitarios, etc.) o que les eche una mano con asuntos administrativos. En esa red aparece también Javier, un terapeuta fallecido hace años, que le marca profundamente como persona y que resulta para Kike tan o más importante que su padre.

Todavía hablo con él, es como con mi madre: siguen estando ahí, son referentes, me dan fuerzas, yo les hablo y me ayudan desde donde estén.

En la representación de la red de Kike la correlación entre el capital socioeconómico y el cultural es clara: aquéllos que presentan una mejor situación socioeconómica también disponen de una educación elevada. Esta distinción se evidencia si comparamos la derecha del gráfico (el mundo social de los profesionales del ámbito de la ayuda social: terapeutas, profesionales, religiosos, etc.), a los que conoce hace más de cinco años, con la parte izquierda, compuesta por amigos y familiares.

Kike, en el ámbito emocional recibe apoyo constante de personas del contexto social que hoy considera sus *referentes*: hombres clave y que, a lo largo de su vida, le han socorrido en los momentos más críticos. A su vez Kike proyecta ese modelo hacia los otros. Él mismo se considera un *referente* para sus hermanos menores, para los estudiantes a los que ofrece charlas o para chicos que han caído en la droga.

RED SOCIAL 1. La red de Kike.



LEYENDA				
Nivel de formación	Sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida (tamaño de la figura)	Mejor (grande círculo)	Igual (círculo medio)	Poco (pequeño círculo)	
Duración de la relación (en años)	= (estrella)	> 3 (cuadrado)	> 5 (rectángulo)	todo la vida (círculo)

«Hoy prácticamente he pasado página», afirma, pero lamenta que la barrera social sea finalmente más infranqueable que la propia adicción.

Es más fácil desengancharse que enfrentarse a la sociedad. Es verdad que nos ponen estigma. Pero muchas etiquetas también nos las ponemos nosotros: *no me van a coger [trabajo] porque he estado preso, porque soy seropositivo, porque tengo sida [...]. ¿Y cómo te quitas ese estigma? Pues contándolo. A mí me ha ido bien ir a la universidad y contar mi historia personal. Mira, soy Kike, y bienvenido y bienquerido desde ahí.* Nunca me he escondido de lo que soy y de lo que he sido.

Sin paredes y desconectados. Inmigrantes damnificados

Sin paredes y desconectados reúne los casos de tres personas que emigran de sus respectivos países en busca de un proyecto de vida en España. Pero sus planes fracasan y quedan desconectados tanto de sus redes de origen como en España por falta de contactos. Desamparo, vergüenza y culpabilidad son los estados de ánimos que definen la sensación de fracaso de estas personas.

Alfonso y Alicia partían de una situación acomodada. Rodrigo, aunque procede de un contexto más humilde, tampoco padecía escasez. Los tres acaban en una situación temporal de *sinhogarismo*, que «ni siquiera habían conocido en sus países», determinada por factores personales (*agencia*) y contextuales (*estructura*) indisociables. Las circunstancias, además de la falta de dinero, se acompañan de otras pérdidas y tragedias: divorcios, robos, fallecimientos, traiciones, explotación laboral y enfermedades. Pero los casos también muestran un grado de resiliencia y obstinación considerables. Los tres usan todos sus medios al alcance para salir de esa situación y recurren a sus pocos contactos institucionales; nexos de considerable (incluso asombroso) capital social y económico (como un futbolista y diversos profesionales liberales); personas anónimas que les socorren; grupos de paisanos solidarios (redes étnicas) que les proporcionan ayuda e información sobre oportunidades laborales en momentos clave y, también, redes virtuales (que a menudo se subestiman, pero que ya forman parte de la realidad social de la mayoría de las personas). Los tres también ocultan a sus familiares más próximos las circunstancias que atraviesan, para evitar transferir cargas emocionales negativas (preocupaciones y disgustos) a sus seres queridos y más próximos.

Finalmente, de esa experiencia traumática los tres logran extraer una lección positiva que no solo cambia su percepción de la pobreza, sino que les impele a retornar la ayuda recibida. Llegar a esa reflexividad no debe darse por sentada. Requiere disponer de capacidades de introspección (para poder asimilarlo) y externalización (para poder expresarlo) que no siempre están presentes en los casos observados, ya sea porque no se cultivaron (por falta de base educativa o de un entorno emocional seguro) o porque se han deteriorado por el efecto de adicciones, patologías mentales o alienación emocional.

La caída de Alicia

Alicia es una mujer mexicana de cuarenta y siete años, aunque aparenta menos edad. Tiene buen aspecto, viste bien y se expresa con educación. Alicia, intuí al cabo de pocos minutos, pertenecía a ese sector mexicano acaudalado que despunta sobre la inmensa población humilde del país. Para cualquiera que haya vivido en México durante un tiempo, sus modales refinados, su expresión y sus gestos —el «habitus», como hubiese dicho el célebre sociólogo Pierre Bourdieu— la delataban. Transcurridos un par de minutos de entrevista en una sala del Centro de Día al que acudía, para mis adentros no podía dejar de preguntarme con curiosidad: ¿cómo ha acabado Alicia aquí: cuál es su historia?

Alicia es hija adoptiva de un matrimonio español exiliado a México tras la guerra civil. Su padre era empresario y su madre costurera y diseñadora de moda. Se instalaron en Monterrey y se labraron un buen porvenir con la ayuda de otros españoles, ascendiendo en la escala social y asimilándose a la élite local. «Mis papás», afirma, «me lo dieron todo: mucho dinero para gastar, pero también educación». De niña, recuerda bien, cuando visitaban los grandes centros comerciales de la frontera con Estados Unidos, sus padres le asignaban una cantidad considerable de dinero para gastar. Y ella se esmeraba, incansable, hasta que no le quedaba un solo peso en el bolsillo.

Alicia asistió a buenas escuelas, cursó estudios universitarios y trabajó durante varios años en el sector de la publicidad en México. El trabajo estaba bien pagado, le posibilitaba viajar frecuentemente a los Estados Unidos y su carrera era meteórica, lo cual es habitual cuando en México se parte de una posición económica cómoda, se disponen de los contactos adecuados y se recibe una buena educación.

Pero en el año 2000 la despidieron con motivo de la deslocalización de su empresa. Aprovechando esta coyuntura y, dado que estaba soltera y siempre había querido visitar el lugar de origen de sus padres, decidió probar suerte en España. A la vez, su padre enfermó y aunque buenos amigos en Monterrey le propusieron cuidar de sus padres mientras ella estaba ausente, Alicia acabó convenciendo a sus padres y decidieron regresar todos a España, salvo su hermano menor, también adoptado, que ya estaba casado y no le seducía dejar México. Su padre, desde que se exilió, había idealizado la España que dejó atrás y ella, que siempre supeditaba su voluntad a la felicidad de sus papás, pensó que el regreso era un feliz cierre de ciclo para sus padres. El hecho de tener varios parientes también era un aliciente. Así que, ilusionados, se embarcaron en la aventura.

Como contaban con medios económicos, mientras Alicia buscó trabajo, sus padres se alojaron en una buena residencia claretiana en Sevilla. Su padre podía recibir cuidados y la atención que necesitaba y su esposa, liberada de todas las cargas domésticas, podía estar con él y tener cierta autonomía para disfrutar de esa nueva vida. Pero cuando llegaron a España, contra todo pronóstico, sus parientes no reaccionaron como era de esperar. Si bien en la distancia la relación había sido siempre cariñosa y próxima, cuando regresan para quedarse, los parientes levantaron una fría distancia, posiblemente temerosos de tener que asumir responsabilidades con las que no contaban o tal vez por la sospecha de que estaban arruinados. En cualquier caso, ese fue el primero de muchos reveses emocionales para Alicia.

Su padre falleció poco después y la crisis de 2008 les cogió de lleno y sin avisar. Alicia no consiguió la convalidación de sus estudios y durante dos años tampoco encontró un trabajo a la altura de sus expectativas. Cuando empezaba a desesperarse, una prima lejana le proporcionó un contacto para trabajar temporalmente como teleoperadora y pocos meses después logró colocarse en una empresa internacional. No obstante, por segunda vez vuelven a deslocalizar la sede y, como no quería alejarse de su madre, buscó trabajo de limpieza, sin contrato, y se instaló en un piso compartido cerca de la residencia donde vivía su madre. Pero al cabo de poco tiempo un viejo amigo mexicano le proporcionó un contacto para una oportunidad que no podía rechazar: trabajar como interna (asistente doméstica y administrativa) en la lujosa residencia parisina de un famoso jugador de fútbol de un equipo francés. Alicia estableció una relación de confianza con el futbolista y su esposa, se sentía querida y apreciada, y el jugador le proporcionó toda la ayuda y el apoyo para que pudiera compaginar aquel trabajo con visitas frecuentes a su madre, a la que no quería dejar desatendida.

Por fin las cosas empezaban a irle mejor. Hasta que un día la llamaron desde la residencia claretiana para informarle que su madre había sufrido un ictus. Cuando se reencontraron notó que su madre se comportaba de manera extraña. Tras mucho insistir al personal médico y a la directora de la residencia, consiguió que le realizaran más pruebas médicas. A su madre le detectaron una metástasis cancerosa y falleció, de manera fulgurante, al cabo de pocos días.

La vinculación emocional con su madre era muy intensa. Durante la entrevista se le saltaron las lágrimas reviviendo aquellos momentos:

Mi madre lo era todo para mí, era un ángel. Se me fue la vida [...]; yo me quería morir, me quería ir con ella. Traté de quitarme la vida. Me *empastillé*, me *empastillé*, pero ni siquiera sabía cómo hacerlo [...]. [Al día siguiente] me despertaba, me despertaba como si nada.

Tras el fallecimiento de su madre, Alicia atravesó una larga época gris. Desmoralizada y sin empleo trató desesperadamente de buscar trabajo, pero «así como estaba y como me sentía, ¿quién me iba a dar trabajo?», se reprochaba. Su prima, la misma que le consiguió el trabajo de teleoperadora, se compadeció de ella y le prestó un apartamento. Pasaron los meses y su estado de ánimo se iba deteriorando día a día. Se fue aislando literalmente del mundo. Se atrincheró en el apartamento, sumergida en un estado depresivo que no remitía hasta que un día su prima, para que reaccionase, o quizás cansada de ayudarle, le exigió que abandonase el piso. Atrapada en España, sin recursos para subsistir ni medios para regresar a México, Alicia se sintió «sola, sola, sola... solísima. Bueno, tenía a este amigo [el futbolista] y a mi prima, pero cada uno tenía su vida».

Al encontrarse prácticamente en la calle, recurrió a una residencia de monjas católicas en Sevilla. Pero allí, afirma,

te hacen ver que se trata de un problema psicológico, que no tienes nada. La idea es que te quedes con ellas. Luego te hacen voluntario y te hacen ver que no hay más vida después de eso. Son lugares para personas que no se valen por sí mismas: como el caso de una mujer de unos 55 años que se le murieron sus padres por accidente de tráfico. Era horrible, todo el día estaba gritando y llorando [...]. Además me daba un poco de vergüenza porque, si lo ves por Internet, dice que son personas sin hogar, personas mayores, habilitados del alcohol y las drogas, pero casi todos son hombres con problemas mentales graves.

Aquello le hizo reaccionar. Se armó de valor y abandonó el lugar en cuanto pudo. Luego encontró un trabajo temporal en un motel en el que trabajaba de recepcionista y limpiando a cambio de 300€, comida y alojamiento. Las condiciones de trabajo eran pésimas y, al cabo de poco, encontró otra oportunidad como interna «con una familia de dinero» (5). Como empezaba a sufrir problemas de salud —pólipos, sangrados, etc.— la única condición que puso es que le concediesen un día de descanso semanal. Al llegar a la casa se encontró sin embargo con un panorama distinto del que le habían dicho: un gran chalé, una pareja adulta, tres niños y un bebé, dos perros y demasiadas tareas del hogar (cocinar, limpiar, planchar la ropa y cuidar de los niños). El trabajo era excesivo para una sola persona. No era posible tomarse ni un día de descanso y al cabo de dos semanas de prueba declinó. Trató de recurrir desesperadamente a ayuda pero

(5) El trabajo como interna aparenta ser una oportunidad laboral inicialmente atractiva para algunas mujeres desempleadas y solas (frecuentemente inmigrantes), pero los casos que hemos conocido ocultan a veces duras situaciones de explotación y servidumbre.

no conocía a nadie más en Madrid, salvo a dos familias de Monterrey: pero “claro, si yo les digo vamos a comer pues vale, sí vamos [...] pero es que tampoco me gusta incomodar.

Se instaló en un hostel y encontró otro trabajo de limpieza en un hotel, por seis meses y bien remunerado. Como no tenía dinero solicitó un avance de la primera paga para cubrir el alojamiento, pero se lo denegaron y se encontró, ahora sí, literalmente en la calle. A partir de ahí emprendió un deprimente periplo por el submundo de la exclusión. Picó a las puertas de los Mensajeros de la Paz, del SAMUR e incluso experimentó la *Campaña de Frío* (6). Alicia describe ese mundo desde la perspectiva de alguien totalmente ajeno a ese mundo social. Le impactan particularmente la situación de las personas de la calle, los problemas de alcohol y drogas o las situaciones violentas e inseguras que se producen para acceder a esos escasos espacios de atención de emergencia social: empujones, hurtos, amenazas, etc.

No puedes dejar el móvil a cargarse, ni ropa, ni comida en la nevera porque la roban. No puedes descansar [...]; estás bajo un techo, pero no puedes confiar ni en el que está a tu lado.

Al mismo tiempo experimentó una intensa sensación de culpabilidad, porque consideraba que no merecía esa ayuda:

Y después me fui al SAMUR de La Latina, que es el central. Da mucha pena porque hay tantas personas que entran [...]. Hay una oficinita a la izquierda donde están ellos [los trabajadores]. A la derecha hay dos o tres sillas y al lado unas cinco o seis y dos mesitas. Niños dormidos en las sillas, bebés, niños pequeños, que hacen cola igual. Y claro te ven a ti que pasas a un cuartito con butacas, te dan sábanas, sándwich, zumo, en la mañana galletas, en la noche también, café o agua. Ahí hay duchas para hombres y mujeres, que suelen estar limpias. Los baños sí están horribles porque las personas que están en las sillas se pueden estar ahí una semana. Y es lamentable porque, claro, yo entraba con la cabeza agachada, ¿qué les digo, si me están viendo? ¿Por qué entré yo y ellos no? Ellos ni siquiera tienen asilo ni dinero para estar en otro lugar. Pero eso yo misma ni lo entendía: ¿por qué hay niños? Me avergüenza. No es mi culpa, pero me avergüenza. Porque es que tampoco puedes ir y decir: *mire, yo me duermo aquí y que su hijo se duerma allí.*

El caso de Alicia es posiblemente una anomalía que muestra que cualquiera puede verse sumido, por circunstancias desafortunadas, en una situación de exclusión. En el SAMUR,

(6) La Campaña Municipal Contra el Frío constituye una actuación específica, en el marco del Programa Municipal de Atención a Personas sin Hogar.

recuerda, los trabajadores le decían: «Alicia, es que este no es tu mundo», a lo que ella contestaba: «Ya, ¿pero qué hago? No tengo dónde ir. No tengo familia...». Por fortuna, un trabajador social se compadeció y la derivó a una pensión social en el barrio del Pilar:

Pero igual. Te roban [...]. Una habitación compartida con hombres y mujeres, sin importar perfil. No importaba si dormían o no, si se drogaban o no [...]. Y hay que tener cuidado con los hombres [...] porque hay hombres, y también mujeres, que llevan mucho tiempo en la calle [...]. Y de verdad, tienen necesidades fisiológicas como todas las personas, o físicas, no sé, de tener relaciones, pero no significa que mires a una mujer y es como si no hubiese visto una en tu vida.

Además de la inseguridad, Alicia echaba a faltar aspectos tan *básicos* como la higiene personal o el orden:

Necesitaba ducharme, tener un lugar donde vivir y tener las cosas algo ordenadas y lo mejor posible. Yo no me sentía limpia. Pero no de limpia de hacer algo mal, sino de limpia de higiene, porque no estás acostumbrada a compartir. Que si una tiene hongos en los pies, la ropa se lava en la misma lavadora [...]. Claro, es una ayuda, y todo se agradece, pero no estás acostumbrado ni [te lo] imaginaste jamás. Todos somos iguales, pero mientras tú no te metas conmigo, o no me robes, no me amenaces, no seas grosera o grosero conmigo [...].

Su relación con los otros usuarios era mínima: la evitaba. Aunque es católica y parece tener profundas convicciones éticas, en esa situación, «me vi obligada a hacer cosas que me hacen sentir mal, como colarme en el metro». En esos contextos de supervivencia, «te enseñan a robar: *en Mercadona así, en el Corte Inglés así...*» —explica. Pero, como Alicia es una persona inquieta y con formación, siguió moviéndose y buscando oportunidades para subsistir. Finalmente dio con un centro de día que la derivó a una casa de acogida, un pequeño oasis en medio de tanta desolación:

Cuando llegas aquí el trato es muy, pero que muy humano; te dan una sonrisa, te entienden, te ayudan [...]; las camas son de IKEA y entras a las nueve de la noche. Los baños están limpios. Tienes una sala pequeña con televisión y un comedor. Todos colaboran [...]. A las siete de la mañana nos despiertan con música tranquila. Te duchas, desayunas y vienes para aquí [...]; aquí también puedes desayunar, café, psicólogos, todos los trabajadores sociales son muy humanos y todo es muy digno.

En todo este trayecto Alicia ha perdido por el camino todas sus pertenencias y solo ha conservado algunas cosas del pasado que están almacenadas en cajas de cartón, en un trastero alquilado en Sevilla. Ha perdido salud física y psicológica: ahora se considera

una depresiva crónica, aunque tiene esperanzas de poder dejar los antidepresivos en algún momento. Ha perdido humanidad y autoestima porque estuvo, vio y vivió cosas que nunca se imaginó que podían sucederle. Ha perdido a personas y relaciones. Y ha perdido lo que dicen que es lo último que se pierde, la esperanza: «me he apoyado siempre mucho en Dios, pero me he enfadado mucho con él también: trato de buscar el porqué a todo y no siempre lo hay». Pero a pesar de todo eso, afirma, durante este proceso también ha conocido a personas excepcionales, la mayoría extranjeros como ella: un matrimonio venezolano, una mujer colombiana y a Boris, un hombre bielorruso que también deambuló por albergues y calles. Aunque Boris arrastra alguna patología psicológica, posiblemente a raíz de experiencias traumáticas del pasado, estableció una breve relación sentimental atravesada por la dependencia mutua:

Obvio, a mí me gustaba físicamente. Pero yo creo que en ese momento se busca, o al menos yo buscaba, una protección. Yo creo que nos hemos protegido los dos, nos hemos ayudado los dos. Ahora al piso no puede venir porque no puede entrar cualquier persona: entra una amiga a tomarse una Coca-Cola pero ahí solo puedo pernoctar yo.

A Boris le concedieron recientemente una *tarjeta roja* de ayuda humanitaria y, amante de la serenidad del mar y de los naranjos, se instalará en Valencia. Alicia ya ha decidido que no lo acompañará, «le deseo una vida tranquila y que lo traten bien».

Durante los últimos meses Alicia ha sabido movilizar los recursos sociales y su capital cultural (estudios, habilidades, destrezas para moverse en el mundo) para buscar una salida a una situación difícil. En el momento de la entrevista la acababan de derivar a un apartamento social individual (de dotación pública) y había encontrado trabajo en una cafetería donde habían prometido ofrecerle formación hostelera. Además, ha conocido a otra persona y ha ido tejiendo una red de amigos, la mayoría profesionales liberales (maestro, abogado, etc.). Está logrando emerger y se siente inmensamente agradecida a las organizaciones sociales. Reconoce de hecho sentir cierta presión por responder como se espera de ella, por estar a la altura de la ayuda recibida. «Si tuviese medios económicos», afirma con convicción, «los destinaría a ayudar a personas en necesidad, isobre todo con hijos!».

El mundo polarizado de Alicia

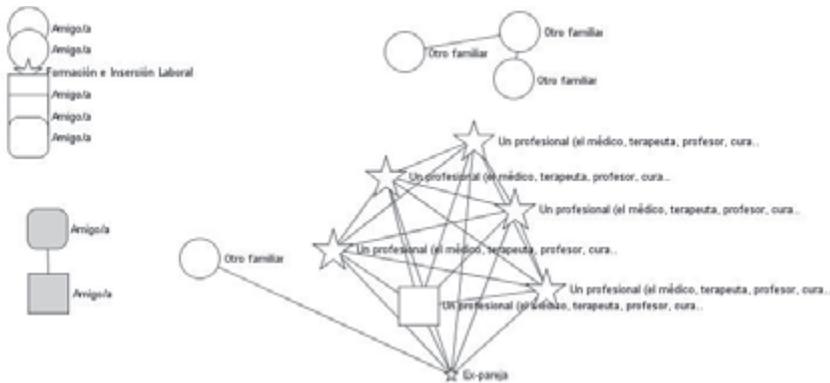
La red de Alicia está fragmentada pero es relativamente grande. Como dejó México hace casi dos décadas no aparece ningún nexo de su origen. Con su hermano menor



adoptado, no mantiene apenas relación porque nunca se han llevado bien. Su red en España le proporciona no obstante un núcleo social de confianza y con ciertas particularidades. El 36% de los integrantes de esa red son amigos, el 31% profesionales y el 21% familiares lejanos. Con el 52% de sus contactos se siente «muy próxima» y con el 48% «próxima», lo que indica que es una red que le suministra apoyo emocional y social.

Alicia se relaciona mayoritariamente con personas con una mejor situación socioeconómica (el 89%) y con elevada formación educativa y profesional. El 10% restante cuenta con un nivel formativo medio y, significativamente, en su red no hay personas que tengan ‘formación baja’ o ‘sin formación’. La única persona que percibe con peor situación es Boris, la expareja. En definitiva, en el caso de Alicia hallamos una clara *homofilia*: la mayoría de las personas de su red proceden de un ámbito socio-económico acomodado (como ella, antes de migrar a España) y esas relaciones de amistad han resultado claves para poder superar su situación de pobreza temporal. Las amistades proceden de ámbitos muy diversos y no están interconectadas salvo en el caso de la pareja venezolana. La red institucional consta sobre todo de profesionales (que mantienen una marcada interacción entre ellos) y destaca la ausencia de voluntarios y otros usuarios, salvo Boris.

RED SOCIAL 2. La red social de Alicia, una emigrante mexicana



LEYENDA				
Nivel de formación	sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida (tamaño de la figura)	peor	baja	media	bueno
Duración de la relación (en años)	=	+1	+5	+10 o más

Al 68% los contacta “muy a menudo” y solo al 31% “de vez en cuando”. A la mitad de sus contactos los conoce desde hace ‘menos de cinco años’ (al 36% ‘menos de un año’) y constituyen un grupo heterogéneo de personas. Boris todavía ocupa un lugar central de su red y es el principal conector con el mundo de los servicios sociales, compuesta básicamente por trabajadores sociales. Pero Boris es un contacto *circunstancial* que posiblemente vaya perdiendo presencia en su red. En definitiva, la red de Alicia muestra una *polarización de clase* radical que mantiene apartadas dos esferas socioeconómicas muy desiguales.

Alfonso, un sociólogo con traje de ejecutivo

Alfonso es un brasileño de cuarenta y dos años. Es alto, fornido y amigable y tiene buen sentido del humor y una gran capacidad analítica. Alfonso habla español e inglés con fluidez. Estudió la carrera de Económicas y luego un Máster en Contabilidad y, durante más de veinte años, ocupó varios puestos de responsabilidad en corporaciones multinacionales. Es un cinéfilo consumado y se dedica a la fotografía en su tiempo libre.

Alfonso tenía un buen nivel de vida: «prácticamente nunca miraba cuánto ni en qué me gastaba el dinero, no era una cosa que me preocupara». Pero cuando en la última crisis económica en Brasil su posición laboral peligró y, cansados de la situación de violencia e inestabilidad política del país, su esposa española y él decidieron trasladarse a Ávila y fundar con sus ahorros una pequeña empresa de audiovisuales. Como en el caso de Alicia, era una ilusionante oportunidad para empezar desde cero:

Intenté construir una vida nueva de emprendimiento en España, *mal sucedida* [...], he asumido riesgo y estoy pagando por ello. A raíz de que fue mal el negocio, se acabó el matrimonio, se acabó el dinero [se ríe estruendosamente] y me he quedado en una situación de exclusión social.

A raíz de los problemas económicos, puesto que la iniciativa empresarial era un proyecto de pareja, se acabó deteriorando el matrimonio. Alfonso abandonó el hogar porque el ambiente era insoportable y valoró solicitar un *retorno voluntario* a Brasil (un programa de la Dirección General de Migraciones), pero no era elegible porque su estancia en España era legal. En vistas de que la cosa iba para largo se trasladó a Madrid pensando que tendría más oportunidades de subsistir en la gran ciudad. Allí se instaló en un pequeño hostel mientras subsistía haciendo trabajos informales como fotógrafo. Un día, cuando regresaba en el metro ataviado con todo su equipo, se lo robaron.

Y el día que alguien robó mi computadora y mi iPhone, pensé: *bien, mi vida terminó, este es el final* [...]. Acabé con una depresión muy grande debido a todos mis fracasos (mi matrimonio, mi negocio...), no tenía fuerzas en absoluto. Yo estaba perdido. Me agobiaba tanto estar en esta situación: por la falta de dinero, comida, hogar [...].

Sin medios para subsistir, y en pleno diciembre, se vio obligado a guarecerse y pernoctar en el Aeropuerto de Adolfo Suárez en Madrid. Allí unos camareros compasivos le guardaban la comida que sobraba y, con el móvil que compró de segunda mano y el acceso a Internet, en sus largas horas sin nada que hacer fue buscando opciones hasta que logró dar con un centro de día. En aquella situación pesó más su necesidad que la vergüenza y acudió sin pensárselo al centro de día, desde donde lo derivaron a una casa de acogida.

La casa de acogida es un piso nuevo y amplio de dos plantas con vistas a algunos parques de Madrid. El ambiente es realmente agradable. Desde ese refugio, y transcurridos los momentos más críticos de su experiencia, Alfonso analiza la situación así:

Es que estaba tan aislado del mundo en el que vivía, ¿sabes? Siempre he tenido buenos trabajos, buenos salarios, disfrutaba la vida, he viajado mucho [...]. Tenía todo lo que necesitaba y nunca podía imaginar una situación como esa. La verdad es que yo mismo me pregunto, ¿cómo he llegado aquí, *cuál fueron* mis errores? Pero ahora creo que este no es el punto importante [...]. Esto ha cambiado totalmente mi vida. Conocí a personas que nunca imaginé que podría conocer, estuve en lugares que ni siquiera sabía que existían. En mi vida nunca he hecho caridad. Y cuando nunca has hecho caridad y estás aislado de este mundo ves la importancia que esto tiene para el mundo. Nunca he contado a mi madre esta situación, porque en mi país todo funciona muy distinto de aquí: con tanta pobreza y desigualdad, un servicio como éste no hay, no existe. Pensaré que estoy en un lugar sucio y rodeado de gente mala. Pero es un lugar limpio, donde puedes comer bien, tienes cuatro comidas al día, la comida es buena, el lugar es limpio, tienes psicólogo, trabajadores sociales y una red que valoro mucho. Yo, como he trabajado en el mundo corporativo, tengo visión de procesos: el lugar está limpio, todo funciona, hay Wi-Fi. Allí si uno está en la calle se queda en la calle. Los albergues allí son sucios y te dan una manta para que no pases frío. En Sao Paulo el número de gente que está en la calle es mucho mayor del que está en Madrid. Yo he crecido en una ciudad (Sao Paulo) donde tú ves gente sin techo por todas partes, una ciudad de veinticinco millones de personas...

Cuando lo entrevisté, Alfonso parecía estar remontando emocionalmente. Anhelaba volver a su país, buscar un trabajo y retornar a una *vida normal*. Durante su experiencia de sinhogarismo asegura haber sentido frustración y una profunda sensación de culpa

y fracaso. Se culpa, sobre todo, por haber tomado decisiones erróneas y aquello le desencadenó una depresión: «cuando llegué aquí no tenía esperanza. Llegué al fondo. Aunque te das cuenta de que cuando llegas al fondo no hay más que perder». De la experiencia, sin embargo, también rescata algunos aspectos valiosos:

Tal vez me puedo llevar esa amistad para toda la vida [porque] son amigos de verdad. He conocido a mucha gente buena, con buen corazón [...], que me ha dado una esperanza en el mundo: como los voluntarios, por ejemplo, que salen de su casa para ayudar a otras personas. Eso es muy bonito, es grandioso. Lo malo también es conocer a gente que accede a los servicios sociales y que roba y se aprovecha [...]; entiendo que esa gente pasó por circunstancias muy difíciles, pero no entiendo cómo alguien puede robar a gente que no tiene techo...

Alfonso considera que el espacio de la atención social permite apreciar tanto lo *peor* como lo *mejor* del ser humano. Un contraste extremo que raramente coincide en la realidad cotidiana.

Atravesar ese proceso, sin embargo, le ha conducido a lo que define como un “renacimiento”, una especie de restauración moral que le empuja a retornar el favor, a implicarse en ayudar a otras personas y a hacer «más de lo que hice antes en mi vida».

Ha sido como un renacimiento. Fue como renacer, es como cambiar totalmente. Y esto me va a llevar a tomar otras decisiones en el futuro, a ser mejor y a mirar a las personas de otra forma. Ya me ha cambiado muchas cosas, mucho. Y a pesar de que he sufrido, de todo esto tengo que sacar el ser una persona mejor. [Comencé] a leer mucho, tratando de entender la situación y empecé a darme cuenta. Y ahora es como un desafío. Y aunque suena como un cliché, te das cuenta de que las mejores cosas de la vida no son cosas [refiriéndose a cosas materiales, a bienes]. Yo sufría mucho con eso: [cuando estuve en la calle y] pasaba ante un cine, [es que] yo soy un cinéfilo, y no poder pagar la entrada [...]; esto no me había pasado nunca. Pasar delante de un bar y no poder tomarme un refresco o algo así, nunca me había pasado en mi vida. Pero hoy me siento que soy una persona totalmente diferente [...]. La sociedad pone mucha carga en la forma en que las personas deberían verse: las personas sienten que tienen que viajar, usar una determinada marca o ir a un restaurante refinado para ser incluidas. Y no se dan cuenta de que esto deja afuera a mucha gente. ¡Y al final todo eso no tiene sentido!

Alfonso, tras atravesar una situación tan extrema, es capaz de revertirla en algo relativamente *positivo*:

El problema de hoy es que falta un propósito en la vida, un sentido en la vida. A la gente le falta un sentido [...]. Todos podemos hacer más de lo que hacemos, pero no hay en la educación, en la información cotidiana, en los medios, [información para saber] lo que pasa con los demás. No hay una educación para eso: eso no está en la universidad, en los periódicos, etc. La gente que está en la calle es como si estuviera invisible. Y de esto me he dado cuenta; de que esta gente está invisible [...]. La verdad es que se necesita muy poco para poder vivir, menos de lo que imaginaba o pensaba que era posible. Las experiencias consumistas no nos generan felicidad: nos genera ansiedad, exclusión. Y es totalmente al revés [...]; hay gente que necesita simplemente un abrazo... sentarte al lado suyo y hablar. No nos damos cuenta de eso [...]. Pero también hay gente excluida, que trabaja de lunes a viernes y que sin embargo no están en Cáritas [...]. en la casa de acogida; yo vivo mucho mejor que el 50% de la gente de mi país.

El mundo social de Alfonso

La red de Alfonso es pequeña, pero cuenta con personas de confianza que le proporcionan una fuente de apoyo constante (con la mayoría mantiene un contacto continuo). Consta solo de 7 individuos (cuatro mujeres y tres hombres) entre las que apenas hay, sin embargo, conexiones. Cuatro de esas personas son contactos nuevos (menos de 5 años) con los que mantiene comunicación constante. Como en el caso de Alicia, esos contactos gozan de un nivel formativo elevado en el 85% de los casos, y pertenecen a ámbitos diversos, lo cual dota de heterogeneidad a sus relaciones sociales.

Su red consta de 3 amigos, 2 profesionales y 2 familiares. Los tres amigos (dos mujeres y un hombre) no tienen relación entre ellos y pertenecen a contextos asociativos —a una amiga la conoce en clases de inglés y a otra en una asociación brasileña—. En su *red familiar* aparece su hermana y su padre (su madre falleció), que son individuos centrales de su red familiar. Debajo hallamos a dos trabajadores del contexto social, la *red institucional* que en este caso es también reducida.

En su red, 6 de las 7 personas tienen un nivel socioeconómico elevado, como en el caso de Alicia. Resulta paradójico que de su mundo laboral e informal en Brasil no conserve ningún contacto activo que merezca mención. Esto quizás se deba a la separación con su esposa (y toda la red social en la que ella participaba) y a la distancia, que han debilitado o destruido nexos (particularmente familiares lejanos y políticos).

RED SOCIAL 3. Red mínima de Alfonso, inmigrante brasileño



LEYENDA				
Nivel de formación	sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida (tamaño de la figura)				
Duración de la relación (en años)				

Luis Rodrigo y las mentiras piadosas

Luis Rodrigo es un peruano de cuarenta y cuatro años, bajo, fuerte y de porte serio. Su esposa falleció mientras alumbraba a su cuarto hijo y él tuvo que recurrir a su madre, ya anciana, y a sus hermanas para que se ocupasen de sus hijos mientras él doblaba la jornada de taxista en la ciudad de Quito.

En 2017 contactó por Facebook con una antigua novia de juventud que vivía en Bélgica. A pesar de la distancia, mediante repetido contacto telefónico volvió a renacer el afecto entre los dos. Las hermanas de Rodrigo, en complicidad con la exnovia, lo convencieron para que diese el paso y buscara una mejor oportunidad laboral. Su hermana le compró el billete y, antes de poder pensarlo dos veces, ya volaba rumbo a Europa. Aunque le pesó muchísimo separarse de sus hijos, era una gran oportunidad para empezar una nueva vida. Y no la podía rechazar.

Su antigua novia compartía un piso con otros peruanos, pero la relación no acabó de cuajar y acabaron rompiendo. Rodrigo había gastado todas sus reservas de dinero, que ya eran limitadas, pero como estaba en Europa contactó con un paisano que vivía en

España, Luis, que le prometió un trabajo en el mercado de abastos de Madrid. Rodrigo abandonó los Países Bajos y aterrizó en España, donde pronto descubrió con desazón que las promesas de Luis no eran más que eso: meras promesas. Luis lo recibió en el aeropuerto pero la misma noche le confesó que, en realidad, llevaba meses desempleado y tampoco le podía ofrecer alojamiento porque vivía con unos parientes, hacinados en un pequeño piso en las afueras de Madrid.

Luis y él se conocían desde la infancia. Sus familias habían sido vecinas durante toda la vida y, antes de que migrase a España, Rodrigo le hizo varios favores, cuando libraba por las noches, le prestaba a veces su taxi para que se sacase algo de dinero. Cuando Rodrigo contactó con Luis este se sintió comprometido a recibirlo y ayudarlo, a pesar de que no tenía nada que ofrecerle. Quizás esperaba que Rodrigo desistiría o tal vez mintió por vergüenza a confesar el fracaso que a veces oculta la migración. Pero cuando no encontró otra escapatoria dejó a Rodrigo en la estacada. Antes de desaparecer para siempre, aconsejó a Rodrigo pasarse por la plaza Elíptica para buscar alguna *chance*, algún trabajo.

Rodrigo se encontró, como Alfonso y Alicia, en la calle de la noche al día, sin nada a lo que aferrarse. Llegó hasta el centro en taxi y vagó por las calles, pensativo, lamentando aquellas decisiones desgraciadas. Mientras caminaba ensimismado topó con una señora boliviana, hablaron un rato y aquélla se apiadó de él. «Fue un ángel que pasó por allí», explica Alfonso. La mujer le proporcionó algo de dinero y le invitó a cenar una hamburguesa. Le hubiese propuesto acogerlo en su casa, pero al fin y al cabo no lo conocía. En su lugar lo acompañó con su hijo adolescente a diversos moteles, albergues y centros de ayuda social en busca de un lugar en el que pudiera pasar la noche. Pero se hizo tarde y no hubo suerte, así que la mujer se marchó y él pasó varios días durmiendo a la intemperie.

Rodrigo es un luchador y no se dio por vencido. Recordando la recomendación de Luis, visitó la plaza Elíptica en busca de trabajo, pero allí presencié un panorama desolador: filas de inmigrantes, con o sin documentos, se apilaban y forcejeaban para conseguir llamar la atención de los empleadores piratas que los seleccionaban desde sus coches. Los afortunados subían en furgonetas abarrotadas que los transportaban a los puntos de trabajo, generalmente faenas a destajo de carga y descarga, mudanzas, transporte de mercancías pesadas, obras y reformas de albañilería, etc. A cambio recibían unos pocos euros si tenían suerte, pero muchos ni cobraban ni volvían a ver al contratista pirata. Lamentable.

Rodrigo tuvo entonces claro que tenía que recurrir a ayuda social. Al cabo de un tiempo accedió a un centro de día que, a su vez, lo derivó a una casa de acogida, la misma en

la que estaba Alfonso, desde donde optó a un curso subvencionado de geriatría que en estos momentos le está posibilitando acceder a algunos trabajos temporales. Mientras tanto, como disponía de tiempo libre, iba regularmente al centro de día y ayudaba en lo que podía. Tomó la iniciativa sin que nadie le dijese qué hacer y colaboraba como un trabajador más sirviendo café o comidas, haciendo las compras o realizando tareas de mantenimiento allí donde hacía falta. Se ganó la confianza de los trabajadores que por su parte le proporcionaron un apoyo emocional fundamental en momentos críticos. En el centro de día «me siento muy querido, me siento bien, me siento útil».

Gracias a Dios aquí conocí a muchas personas. Conocí a Sandra, que es mi madre aquí, con jalada de orejas y todo, porque como dicen aquí a veces *te despistas*. Llegó un momento en que yo me quería ir de aquí y ella me dijo: *Mira, Rodrigo, que las cosas no son así, tú debes salir adelante [...]*. Y ahí está, siempre ahí, peleando, ahí y ahí, pendiente de mí y todo y aguantándome [...]. De repente me hice engreimientos en algún momento [...], y ella me aguantaba. También tuve una trabajadora social, Marta, también una bella persona. Siempre se daba un tiempo para conversar con uno. Sí, siempre. Le veías que el apego era igual con todos. Y eso, a mí al menos, me ayudaba mucho, mucho, mucho, ver eso, el apoyo [...], me sentía muy querido por esas personas.

El apoyo emocional se lo proporcionan en particular las trabajadoras sociales y psicólogas de Cáritas, la mayoría mujeres:

Sonia, una joven trabajadora social en prácticas me ayudó con el CV e incluso me hizo un pastel para mi cumpleaños. Ahí me emocioné y lloré y ella me abrazó y también se emocionó y lloró. Me quedó un vacío grande cuando se fue.

Durante todo ese tiempo, alejado de sus hijos y viviendo momentos tan complicados,

incluso adelgacé de tanto llorar [...] y se me pasaron un montón de cosas por la cabeza [quitarse la vida, por ejemplo]. Yo sentía pena de mí mismo, de la situación en que estaba, me deprimía bastante [...]. Me preguntaba: *¿estaré pagando de repente por haber dejado allá a mis hijos, por venir así?*

El mundo social de Rodrigo

La red social de Rodrigo presenta algunas particularidades. Como en los casos anteriores, sus vínculos sociales en destino crecen a partir de individuos latinos y, en cambio,

en origen se van difuminando y pierden funcionalidad debido a la distancia geográfica y también porque (como Alfonso) oculta la realidad a sus familiares para no generarles preocupación. Rodrigo explicaba a sus familiares que las cosas eran difíciles pero que poco a poco estaba logrando encontrar trabajo y que todo empezaba a irle bien.

Un día mi hijita, porque nos comunicábamos por WhatsApp, me manda un audio llorando que se le había muerto su perrito. Yo la llamé y casi no podía contener las lágrimas, pero le expliqué que todo me iba bien, que pronto estaríamos todos juntos de nuevo y que le compraría otro perrito.

La carga emocional que soportó Rodrigo, alejado de su contexto sociocultural y sometido a todas esas experiencias traumáticas, también le dan fuerzas para seguir adelante. Sus particularidades personales (empatía, cooperación, altruismo, confianza y trabajo duro) posiblemente han jugado un papel relevante en el establecimiento de nuevas relaciones. Su mundo social consta de once miembros, es feminizado (siete mujeres) y presenta una elevada presencia de personas latinas (4 de 11). También muestra contactos clave, como profesionales que le ofrecen recursos decisivos como apoyo emocional, recursos materiales (dinero puntual, alimentos, alojamiento) y contactos de trabajo.

En los cursos formativos de geriatría hace amistad con una mujer ecuatoriana que incluso le regala 50€ para que Rodrigo lo enviase a sus hijos por Navidad. Otra participante le consigue trabajo como cuidador de un anciano. Durante ese tiempo cuidando del anciano establece una buena amistad con su hijo, un médico. En el contexto social conoce a Patricia, una mujer de la limpieza con la que también crea relaciones de confianza, que lo conecta con una conocida suya para cuidar de su madre enferma. Y esta, a su vez, le presenta a una amiga que le da trabajo como canguro de sus hijos.

Todos ellos [personas externas a Cáritas] me dan confianza. Me invitaron a comer varias veces a sus casas y tengo comunicación constantemente.

Rodrigo obtiene esas oportunidades porque teje relaciones de confianza densas basadas en la reciprocidad. Sin embargo, en el caso de Rodrigo el papel de los voluntarios parece ser irrelevante a pesar de que parejas de voluntarios se turnan y conviven en su piso de acogida. Aunque congenia con todos los usuarios, solo mantiene una relación selectiva con dos de ellos, ambos latinoamericanos. Se hallan en una situación similar a la suya y además de compartir la casa de acogida salen a pasear en sus ratos de ocio y colaboran en las tareas domésticas.

A pesar de todo lo que ha pasado, Rodrigo se considera un privilegiado por haber recibido esas ayudas. Como en el caso de Alicia y Alfonso, la necesidad de retorno de la ayuda recibida es intensa y recurrente. Afirma que «cuando logre salir de esta me haré voluntario».

Sin paredes. Electrones libres

En esta sección hemos agrupado un par de casos similares: varones, mayores de 50 años, con formación profesional básica y que, aunque no han atravesado una adicción, por factores contextuales y comportamentales parten de una situación relacional desventajosa. Son hombres desapegados, con nexos familiares débiles o inexistentes, con una niñez difícil, que no han logrado enraizar socialmente y que son de alguna manera arrastrados por las circunstancias.

Joaquín. Rebelde con causa

A Joaquín lo abandonaron en una casa *cuna* cuando era un bebé. De sus primeros meses de vida recuerda solo a una señora que lo mecía en su regazo y lo calmaba. Tres años más tarde lo ingresaron en un colegio internado, donde recibió una educación «a base de palos» porque «no era buen estudiante y era travieso». Era un muchacho inquieto pero, a pesar de que siempre andaba metido en peleas con otros niños, nunca incurrió en faltas graves. Sin embargo, a los catorce años el orfanato lo derivó a otra residencia de menores para niños que ya contaban con un historial de delitos menores. Durante esos años aprendió oficios manuales (albañil, carpintero, escayolista, etc.), pero a los diecisiete años se acabó su custodia legal y lo enviaron a una residencia para adolescentes hasta la mayoría de edad, cuando prácticamente lo expulsan a la calle.

Joaquín es una persona tranquila e inspira confianza a pesar de que «siempre he estado rodeado de golfos y he cometido errores y torpezas». Repite en varias ocasiones que muchas de esas cosas le han pasado «por tonto» y «por no tener picardía».

En su juventud, en Ciudad Real, recuerda que trabajaba en lo que encontraba pero siempre iba a su libre albedrío. Tenía muchas amistades, pero la mayoría eran solo conocidos. Uno de ellos, que irónicamente se llamaba igual que él, tenía una novia, Marisa. Era algo mayor que ellos y muy atractiva, pero al parecer también muy celosa y

posesiva. Su amigo la dejó porque, como le explicó, «no era trigo limpio. No era del todo buena persona, tenía ideas extrañas y mal fondo». Pero Marisa estaba enamorada y no se dio por vencida.

En una ocasión Joaquín y Marisa coincidieron en Ciudad Real. Hablaron poco, porque apenas se conocían, pero ella insistió en que convenciese a su amigo para que le diese otra oportunidad. Nuestro Joaquín, algo sorprendido, le dijo que haría lo posible, pero cuando se lo comentó a su amigo aquel dijo que no quería saber nada más de ella. Pasaron los meses y Joaquín perdió el contacto con ambos.

Como le gustaban las fiestas —en su juventud llevaba el pelo largo y «era un rebelde», dice, porque nadie llevaba el pelo largo donde él vivía— un sábado decidió organizar un guateque en su casa, abierto para cualquiera que quisiera ir. Montones de muchachos y muchachas del lugar entraban, salían, bailaban y bebían. Se lo pasaban bien y él estaba entusiasmado porque su fiesta era un éxito. Allí también apareció Marisa y, durante la fiesta, se acercó a Joaquín y lo sedujo. Transcurrió la noche, los invitados se marcharon y ambos siguieron flirteando: «aquella noche me enseñó a hacer el amor», dice Joaquín, «porque no lo había hecho antes».

A la mañana siguiente despertó y ella ya no estaba, se había marchado. Picaron a su puerta, era la guardia civil y venían en su busca. Lo detuvieron y se lo llevaron al calabozo, sin explicaciones. Cuando llegó a la comisaría encontró a Marisa, que parecía estar dando testimonio. Confuso, le preguntó tras los barrotes: «¿oye, pero qué pasa?». Pero ella no le contestó ni le miró. «Yo no entendía nada», explica. Tras pedir explicaciones insistentemente a la policía logró entender que le habían denunciado por malos tratos y abuso sexual. Miró a Marisa incrédulo pero solo recibió, nos explicó, una mirada vengativa mientras le mostraba con disimulo el dedo corazón de su mano derecha. Él dio su versión de lo ocurrido una y otra vez contra la palabra de ella, que no mostraba signos de maltratos. «Fue algo que no entendí, quizás fue su venganza por no haber convencido a su amigo que volviese con ella» —conjetura. A día de hoy todavía se pregunta cómo pudo ocurrirle aquello y, peor, cómo tras aquello se sucedieron un juicio, una sentencia y una condena de cárcel. Joaquín, un paria desaparecido, sin contactos ni dinero, sin información ni referentes a los que acudir cumplió la pena sin rechistar. Sin embargo, la prisión no era un mundo totalmente ajeno para alguien que había pasado toda su vida transitando orfanatos, centros de menores y hostales baratos. Así que se adaptó, evitando los problemas, y se ganó la confianza y amistad tanto de los convictos como de los carceleros: «yo abría las rejas y era privilegiado. [Como] no tenía familia ni tenía nada, pues allí yo era feliz en el fondo. No me metía con nadie y me llevaba bien con todos».

Al salir de la cárcel consiguió un trabajo de escayolista, porque «trabajo nunca me faltado», afirma. Pero aquellos trabajos eran informales y durante muchos años no cotizó: «yo ignoraba lo que era cotizar: yo cobraba, tenía dinero y eso ya me sobraba».

Su vida ha sido un «amoldarse constantemente a las situaciones» y, admite, a veces ha encontrado evasión en la bebida y el tabaco. Pero afirma una y otra vez que nunca ha sido dependiente del alcohol: «aunque me empeño y lo repito, ino me creen!». Joaquín se considera, por encima de todo, un incomprendido. Reconoce que siempre ha trapicheado y que le ha gustado la cerveza. Pero actualmente se medica, porque de pequeño sufrió malnutrición, y «bebo cerveza porque me gusta, ipero sin alcohol!». El trapicheo siempre ha sido su forma de vida y su modo de subsistencia cuando no ha trabajado de otras cosas:

Lo llevo en la sangre [dice con una sonrisa amarga]. Yo en el albergue era feliz: encontraba cosas en la calle, las arreglaba y las revendía. Nunca he robado ni vendido nada robado: si alguien me traía algo robado le decía, *ya te lo puedes llevar*. Yo hasta al más listo le he vendido un reloj de cuco. Tampoco he vendido nunca droga. He tenido la posibilidad porque estaba al alcance de mi mano, ipero no he querido! Es dinero fácil pero que a la larga caes. Yo he encontrado cosas en la calle que nadie se lo cree. Todos pensaban que era robado: ¡y no lo era!

La vida de Joaquín ha sido un tránsito constante por lo que Erving Goffman (1961) denominó *instituciones totales*: lugares confinados, compartidos con iguales y expuestos a normas claras, donde siempre ha recibido disciplina punitiva, orden y violencia. La soledad, la desconfianza y la injusticia han sido siempre sus consejeras. Su red social es prácticamente inexistente. Sorprende hasta qué punto una persona puede estar, en nuestra sociedad, tan sola y desarraigada. Al final de la entrevista, de más de dos horas de duración, Juan descargó, emocionado, una parte de sus sentimientos inconfesos:

Soy mayor pero soy así, no voy a cambiar [se emociona y se echa a llorar]. No me había abierto nunca así [...]; es que no me gusta que sientan lástima por mí. Me hace más daño [...]. Mi vida ahora se está haciendo, aquí, porque nunca la he vivido. Con mis compañeros, que me aportan mucho.

Una constante en la historia de vida de Joaquín es su huida sistemática del compromiso: no ha tenido parejas estables, no ha querido tener hijos con ninguna mujer, no ha querido someterse a reglas ni a normas, no ha dejado nunca que nada ni nadie limite su libertad: «soy un rebelde», repite Joaquín.

Yo me revelaba y me decían *Juan, que es por tu bien*. Y yo prefería estar en la calle. Es que siempre he sido un rebelde [sonríe con amargura]. En el albergue tenía más libertad. Y en la casa de acogida hay más obligaciones y hay que acatar órdenes. Me encuentro más atado. Y mira que en el albergue uno no aguanta si no tiene lo que hay que tener. Hay muchos compañeros, algunos violentos, cada uno de su madre y de su padre [...]. Pero al final me los gané a todos.

Antes de entrar al albergue social vivió varios meses en la calle, pero de estar durante mucho más tiempo en esa situación,

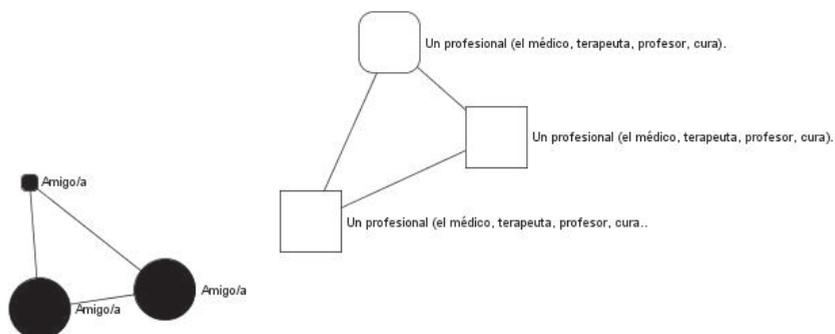
[m]e hubiese ido mal, hubiese hecho una maleza: el engaño es mi especialidad, para sobrevivir. Podía vivir del cuento pero no me gusta hacer daño a la gente. Me han etiquetado como un timador, pero yo en la calle era querido y nunca he robado nada.

Joaquín padece artritis y no tiene apenas movilidad en las manos, porque «he tenido mala vida, no he comido bien». Cuando accede a la ayuda social, le brindan asesoría jurídica y le ayudan a reducir una deuda que había contraído con Hacienda (una multa por no declarar el dinero que debía). Esto le da confianza y «se deja llevar», hasta hoy, dos años después. También le han ayudado a solicitar la *renta valenciana* para que pueda pagar la deuda (unos 400€ mensuales). Incluso ha conocido a una mujer que acude al albergue. La mujer sufre esclerosis y su relación surge de una dependencia mutua: él la ayuda y cuida y ella le hace compañía. Con el tiempo ha surgido afecto mutuo y, tras conocer la vida de Joaquín, es un cambio muy significativo.

El mundo mínimo de Joaquín

La orfandad de Joaquín descarta la presencia de cualquier lazo familiar en una red que es ya de por sí pequeña. Cuenta solo con seis contactos, tres mujeres y tres hombres, distribuidos en dos componentes. De éstos solo se siente «próximo» de tres individuos y «muy próximo» solo de uno. Percibe que la mayoría tiene una situación socioeconómica mejor que la suya. Dos contactos son de toda la vida, pero al resto lo ha conocido recientemente. En toda su vida dice solo haber encontrado a tres personas que nunca le fallarán, pero estas personas tienen sus propios problemas y adolecen de recursos, por lo que muy posiblemente nunca le podrán ofrecer apoyo efectivo.

RED SOCIAL 4. El mundo social de Joaquín



LEYENDA				
Nivel de formación	Sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida (tamaño de la figura)	Menor	Igual	Mayor	Mayor
Duración de la relación (en años)	≤ 1	> 1	> 5	Toda la vida

De nuevo, en su red social hallamos dos mundos asimétricos: el primero compuesto por amistades del pasado, amigos varones con una situación socioeconómica similar o peor que la suya. El segundo refleja el contexto institucional de la ayuda social, formado por profesionales, principalmente mujeres, con elevada formación y una situación socioeconómica notablemente mejor que la suya. Su percepción posiblemente esté filtrada por su propia perspectiva y desconfianza, pero en cualquier caso es una red mínima, poco cohesionada y dual.

Evaristo, el empresario imaginario

Evaristo es originario de Valencia y tiene 61 años. Es alto y delgado y muestra alguna leve dificultad al andar. Aunque ya no es un usuario del albergue, va a diario para ver a su pareja, África, una mujer venezolana que conoció en un centro de día. En el albergue también echa una mano en el ropero siempre que puede: «no me pagan, pero ayudo y contribuyo en lo que puedo». Es un hombre comprometido y, a su manera, culto: hace ya años que decidió no mirar más la televisión ni escuchar la radio porque cree que no valen la pena y ahora es un lector incansable. En mis visitas al albergue, me lo encontra-

ba casi siempre sentado en un banco y con un libro entre sus manos: «puedo tirarme leyendo seis o siete horas diarias».

África es una mujer «muy comunicativa» y querida en el albergue. La conocen, cariñosamente, como *la mamá*, porque es dulce y paciente y siempre reconforta y anima a todos. Padece de epilepsia y con la medicación, me explica Evaristo, se ha engordado mucho. En Venezuela dejó a su hijo, de veintisiete años, que ella espera poder traer a España algún día. «No te preocupes, cariño», le dice él, «pronto nos lo traemos para aquí». «El chaval», me explica, «no tiene padre pero me llama *padre*». Ambos parecen enamorados y él quiere casarse, luchar para tener su propia casa y salir de esa situación. Llevan juntos un año y medio y en África ha encontrado un complemento, un apoyo emocional y un puente social, puesto que desde que está con África mucha gente del albergue lo conoce y le habla.

Evaristo no ha sido nunca muy sociable. No le gusta participar en actividades colectivas, no le gusta la muchedumbre ni las asociaciones y es, en general, de pocos amigos. Con su hermano menor se lleva bien, pero con su hermano mayor, que es arquitecto, solo se felicitan la navidad por WhatsApp y poco más. Entre ellos siempre ha habido rivalidad, han chocado desde pequeños.

Evaristo explica que tenía buenos amigos, pero la situación de pobreza, me explica, le ha llevado a romper la relación con bastante gente:

Conocidos que yo tenía como amigos [...] no les ha gustado, te lo digo como suena, que fuera pobre. Aparte de que me han echado muchas culpas de lo sucedido.

Evaristo se casó y se divorció en dos ocasiones porque sus mujeres le fueron infieles: «quizás tendría que haber estado más pendiente de mis mujeres», se lamenta. Ambas tenían hijos de relaciones previas, pero Evaristo no tiene contacto con ninguno salvo con una hija de su segunda esposa que vive en Alemania y a la que llama cada dos o tres meses. Al descubrir la infidelidad de su primera esposa, reaccionó de manera impulsiva, abandonó todo y se marchó a Castellón, donde trabajó un tiempo como vigilante en una cárcel de menores. Pero tuvo un rifirrafe con el director y se fue a Oropesa, donde conoció a su segunda esposa. Allí alquiló un restaurante y, con su amplia experiencia como cocinero profesional, logró sacarlo a flote y contratar a diez personas entre ayudantes de cocina y camareros. En el momento de renovar el contrato el dueño decidió recuperar el negocio y dejó a Evaristo en la estacada. Pero no desfalleció y se embarcó en otro negocio orientado a turistas ingleses. Habla inglés con fluidez y un poco de alemán, porque estuvo trabajando en ambos países durante un tiempo. En esa tercera

empresa, no obstante, «cometí el error de mi vida». Compró el local, pero lo puso a nombre de su segunda mujer.

Yo estaba más tiempo en cocina que fuera y, a mi esposa, un día se le cruzó un cable y me dijo: *esto es mío y vete a la calle*.

Acabó asumiendo parte de la deuda del negocio y, además, acumuló muchos impagos de cuotas de autónomo y el banco, hace ya cuatro años, le embargó todo y se quedó literalmente en la calle. Entonces recurrió al albergue, donde estuvo cuatro meses a pesar de que nunca le ha gustado ese ambiente. Allí conoció a un hombre nigeriano que le pidió ayuda para crear un albergue para personas excluidas. Al principio se mostró muy cauto: «aquello me olía a secta», explica, pero tras reflexionarlo, y como no le gustaba estar en el albergue, le dio un sí condicional:

Voy a probar porque no sé qué me vas a exigir a cambio [...] Cuando yo sepa lo que me exiges o jugaré o no jugaré. Las cosas claras. Y lo único que me exigía era que leyera la biblia por las mañanas y que fuera a una iglesia tres veces por semana, una hora. Me dije, eso se puede soportar. Te lo digo y te soy sincero: la he tenido en las manos millones de veces, pero nunca pasé de la portada. Y tuve la oportunidad. Hoy no te digo que me la sé de memoria, pero poco me falta. Le cogí afición, me gustó, hay cosas que hoy cuadran a la perfección y ha pasado mucho tiempo.

Aquella iniciativa es hoy the *House of Mercy*, una ONG creada en efecto por el nigeriano Okechukwu Unegbu. Unegbu, en una entrevista que le realizaron en la prensa local, afirmó que «habiendo sido testigo de los efectos que la actual crisis económica ha provocado en la vida de las personas que viven en España y en Europa en general sentí la urgencia de luchar por esa misión de ayuda» (7). Con ayuda de unos amigos, entre los que se contaba Evaristo, logró llevarla adelante. Evaristo vivió y trabajó en la casa, a las afueras de Castellón, y ayudó a su líder atendiendo a nuevos huéspedes. Pero las relaciones eran cada vez más conflictivas y estuvo a punto de abandonar la casa en dos ocasiones. Todavía duerme allí pero come en el albergue mientras tramita la renta valenciana. Me explica que tiene problemas con el nuevo gerente de la casa de acogida, un tipo que le está haciendo la vida imposible porque no quiere empadronarlo, y sin el padrón no puede pedir la renta ni tener acceso a la tarjeta de autobús ni al comedor.

(7) House of Mercy Spain, un centro de apoyo y ayuda a personas en riesgo de exclusión social (31 de setiembre de 2016). *El Periódico Mediterráneo*. Recurso en línea [consultado el 14 de diciembre de 2019]: https://www.elperiodicomediterraneo.com/noticias/especiales/house-of-mercy-spain-centro-apoyo-ayuda-personas-riesgo-exclusion-social_1026784.html

Evaristo es un emprendedor. En un momento dado quiso crear un centro de inclusión para mujeres con el líder de *House of Mercy*. Se informó, se reunió con el concejal, pero al final no salió. Cuando lo entrevisté, me explicó con cierta excitación que llevaba tiempo inmerso en un proyecto con tres colaboradores: un ingeniero informático, un abogado y «un chaval que es un lumbrera». Parecía un proyecto ambicioso porque incluso rechazó una oportunidad de trabajo para poder dedicarse a tiempo completo a aquello, una Start-up de *comida fusión* chino-española que operaría a través de una app que también estaban desarrollando. Él estaría al mando de los fogones pero tenía un papel activo en el negocio porque decía estar en negociaciones con empresarios chinos y con miembros de la Diputación, del Ayuntamiento, de la Cámara de Comercio y del gremio hostelero. «Tenemos muchas y buenas ideas, pero preferimos ir poco a poco», me explicaba con cautela.

Evaristo nació en el seno de una familia valenciana. Su padre era representante y su madre ama de casa. Tuvieron tres hijos varones. De joven cursó muchos estudios, pero solo logró acabar bachillerato. Era bueno en deportes, jugaba al ajedrez y siempre fue inquieto:

La verdad es que de joven he sido bastante, yo me califico, burro. He estudiado mucho, me ha gustado mucho estudiar, siempre, pero las cosas las dejaba a medias, a la mitad: me cansaba. He estudiado contabilidad, asesoría fiscal, informática [...], y he perdido la cuenta. He sido jefe de transportes de una empresa. Y todo eso me llegaba a aburrir. Estaba tres, cuatro, cinco años, me aburría y lo dejaba. Mis padres estaban desquiciados conmigo.

Cuando era niño, su madre empieza a sufrir una patología mental. Una obsesión persecutoria: estaba convencida de que su marido, el padre de Evaristo, le era infiel. Y a él aquello le afectó mucho: recuerda acompañar a su madre en las continuas denuncias que cursaba contra el padre; o cuando decidió contratar a un detective privado que lo único que probó es que «su padre, en realidad, trabajaba como un burro»; o cuando su madre, todavía incrédula, decidió acompañar a su marido en los viajes de trabajo, dejando desatendidos a los hijos. Su madre jamás cesó en su obsesión, ni siquiera tras la muerte de su padre, momento en que los médicos recomendaron «que la ingresáramos en un manicomio». Pero él nunca se lo perdonó. Llegó a odiarla tanto que la alejó de su vida durante más de seis años: «solo la perdoné cuando la metieron en el féretro». Y se arrepentía de aquello, pero el daño ya estaba hecho. Todo ese cúmulo de sentimientos le causaría luego una depresión, «un par de meses malos [...], fue un bajón, un bajón muy grande. Me levantaba, tomaba un café y me volvía a acostar».

Actualmente se encuentra mejor a pesar de que tiene obstruida la vena ilíaca y está esperando una operación. En esas circunstancias no puede trabajar. Además, a raíz de ese problema de riego perdió varios dientes, se le empezaron a caer hace tres meses. Y, a pesar de todo, está ilusionado con el nuevo proyecto laboral y vital, junto a África:

Yo he llorado mucho. Llorar por la cantidad de problemas que se acumulan, ver que no hay salida, se van cerrando las puertas: embargos, deudas, etc. Pero hoy ya no lloro. Lo primero que hago es reírme de mí cuando me levanto.

En retrospectiva, jamás hubiese imaginado que atravesaría todo aquello ni que, mucho menos, tendría que recurrir a ayuda social. En el pasado, afirma,

sentía pena por la gente que veía en Cáritas. Pero también pensaba, no quiero ser hipócrita: joer, ese tío ahí, con 40 años y pidiendo... pocas ganas de trabajar tiene.

De hecho, aunque él subsiste gracias a la ayuda social, es muy crítico con las personas que «no quieren trabajar, porque trabajo hay, pero hay que buscarlo».

[...] la gente joven no quiere trabajar, se adaptan a 300€ [...]. Luego hay extranjeros que tienen su paga y tampoco quieren trabajar [...]. Y hay españoles que hacen la ruta del *bakalao* de albergue en albergue, con su paga.

El caso de Evaristo era desconcertante: los detalles de su vida parecen fidedignos, pero suena inverosímil que una persona pueda acumular tanta mala suerte en su vida. En algún momento pensé que tal vez sufría algún trastorno. Pero ahora entiendo que ese matiz no es realmente importante: con patología o sin ella, por razones sociales o psicológicas, el caso era que Evaristo había atravesado una experiencia terrible de destierro social y empobrecimiento.

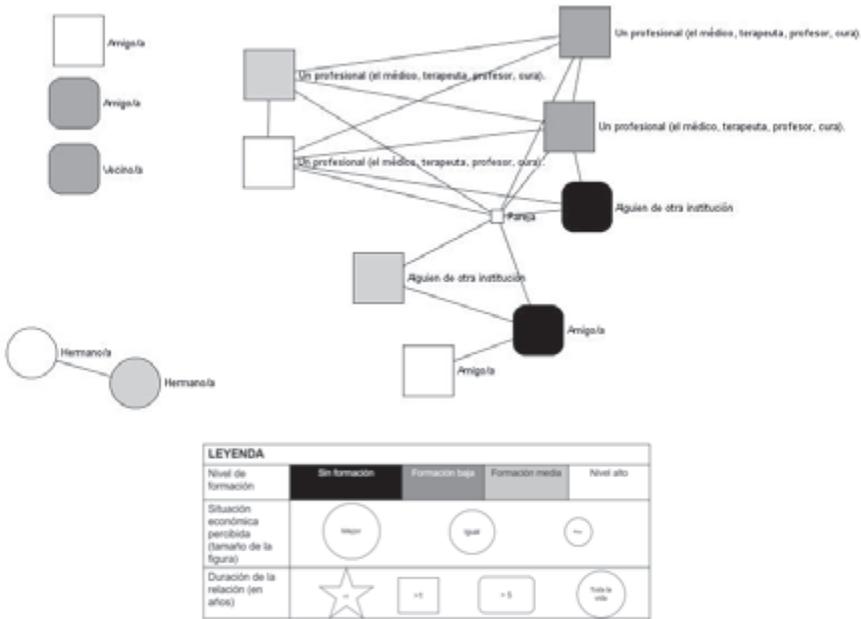
El mundo social de Evaristo

La red de Evaristo es fragmentada. África, su pareja actual, ocupa la máxima centralidad, a pesar de que hace menos de dos años que mantienen una relación. Su red consta de cinco subgrupos. En la esfera familiar solo aparecen sus dos hermanos.

Sus relaciones activas son recientes y, entre estas, más de la mitad corresponde a relaciones con profesionales de la institución de ayuda social. Además mantiene relación



RED SOCIAL 5. El mundo social de Evaristo, usuario del albergue.



con tres individuos aislados, amigos del pasado. Es una red muy masculinizada (78%) y con similar peso de amistades (28%) y usuarios y profesionales del ámbito de la asistencia social (28%). Él percibe que el 92% de las personas de su red están mejor que él económicamente, pero de acuerdo con los datos el 35% de los individuos goza de elevada formación (los profesionales y trabajadores sociales), el 21% solo cuenta con formación media y el 42% adolece de formación educativa formal. Mantiene una relación frecuente con el 60% de los contactos pero al 21% no lo ve casi nunca. En definitiva, su mundo social no es muy diverso ni amplio. Su doble divorcio, el hecho de no tener hijos, su desapego y la movilidad geográfica posiblemente expliquen que su red familiar, a excepción de sus dos hermanos, sea prácticamente inexistente.

Atrapadas entre cuatro paredes. Cuidadoras

Ahora nos centraremos en casos de personas «atrapadas entre cuatro paredes». Los casos aquí agrupados presentan claros paralelismos: todas son mujeres, madres y esposas con considerable carga como cuidadoras, proveedoras de apoyo emocional y responsables de apoyo material. Sus redes son amplias, muy cohesionadas y compues-

tas en buena parte por familiares. En este caso el potencial relacional de las mujeres queda aplacado por las propias cargas y responsabilidades domésticas. El marido y los hijos tienen un papel central pero no siempre como proveedores de apoyo o ayuda. Es más, la inversión de los roles de género tradicionales acaba generando una tensión por la cual, paradójicamente, el nexo más central y relevante en sus vidas (el marido) acaba siendo una barrera a la expansión relacional de esas mujeres.

Encarna y la olla grande

Encarna llegó tarde y visiblemente preocupada a la entrevista. Un familiar había sufrido un ictus y me comentó que quizás tendría que acabar la entrevista antes de lo previsto. Esa situación sintetizaba bien su contexto social.

Encarna es una mujer de sesenta y dos años, casada y madre de seis hijos. Se expresa de manera resuelta y es conversadora. Viste ropa deportiva, tiene un aspecto saludable (complexión normal, tez blanca, gafas y pelo oscuro recogido), a pesar de que presenta un 30% de minusvalía por problemas cervicales.

Procede de una familia gitana valenciana dedicada a la venta ambulante de ropa, una actividad que ha compaginado siempre con el cuidado de sus hijos. El negocio iba bien («salíamos al mercado y no nos faltaba para comer, con seis hijos») hasta que llegó la crisis y las ventas cayeron radicalmente. Su marido sufrió luego un infarto, que ella atribuye «al agobiamiento y al estrés». Mientras pudo, su marido la llevó a vender a los mercados, pero se tuvo que hacer autónoma y hubo un momento en que no pudo pagar más cuotas. Tratándose de un negocio familiar, cuatro de sus hijos también se arruinaron y otros dos emigraron; un hijo a Santiago y una hija a Valencia.

Al no entrar dinero en casa se vieron ahogados por las deudas. En los últimos años sufrieron tres desahucios por impago. La primera vivienda de protección oficial la tuvieron que vender para ayudar a sus hijos con un negocio que fracasó. Contra las cuerdas, y sin apoyo, recurrieron a Servicios Sociales, a Cruz Roja, al Ayuntamiento y a Cáritas, hasta que finalmente consiguieron tramitar un subsidio de 400€ mensuales. Pero esta ayuda, y a pesar de la pensión no contributiva del marido (375€), no les permite cubrir los gastos: la comida, el alquiler y las facturas ni, mucho menos, un imprevisto. Hasta que no medió la organización de acción social, encontrar un piso de alquiler fue muy difícil debido a los impedimentos administrativos (nóminas, avales, etc.) y la reticencia de los propietarios por rentar a personas con dificultades económicas y, además, gitanas:

Cuando han visto los apellidos gitanos nos han dado excusas. Claro, eso lo tenemos muy claro. A veces prefieren alquilarle a un moro o a un chino que a un gitano. Nosotros somos gitanos pero ni robamos, ni matamos, ni metemos a los viejos en los asilos [...].

En el ámbito institucional también dice haber percibido ese estigma. Cuando acudió a pedir ayuda a un ayuntamiento se sintió ultrajada:

Si venimos a un sitio de estos no venimos por gusto, venimos por una necesidad. Nosotros no habíamos pedido nada a nadie antes, al contrario. Y luego te ves en una situación mal y te cuesta mucho ir a picar a las puertas porque a veces te dicen: *no se puede hacer esto, no se puede pedir lo otro*. Es que así no se puede estar siempre, pidiendo ayuda... Si te hacen algún comentario te sienta mal. La que va a médico no va por gusto sino porque está mal.

La convivencia doméstica es además tensa porque discute mucho con su marido. Ambos han sufrido depresiones severas durante los últimos años y están supervisados por un psiquiatra y medicados con ansiolíticos y antidepresivos.

No tengo ganas de nada, de nada [...]; se me olvidan las cosas [...]; por la noche no puedo dormir. Te sientes mal en general. Hay veces que te levantas por tus hijos y por tus nietos porque no estás bien. Pones buena cara para que no te van mal. Pero hay otras veces que dices que no te levantarías de la cama [...]. Mi marido está desganado, no se relaciona. Al principio salía a caminar porque se lo recomendó el médico pero ahora está en casa, leyendo, mirando la TV y le molestan incluso los nietos cuando se juntan todos. Está mal, ha estado muy mal. Tiene rachas, unas veces se encuentra mejor a veces se encuentra peor. Cuando está mal no quiere ver a nadie, le molesta todo el mundo y discute más.

Encarna es el pilar emocional de la familia y la que carga con todas las responsabilidades de cuidado y atención familiar. En su casa acoge a uno de sus hijos divorciados y a sus dos nietos de uno y tres años y, si le queda algo de tiempo, viaja a Valencia para atender a su madre, de 86 años, que vive con su tía:

Mis hijos todos están casados y tienen hijos, pero todos los problemas vienen a mí. Sí, tengo lo mío. De todo esto no hablo con nadie, me desahogo con Eduardo [trabajador social] y con la asistente social. Con mis hijos no hablo de estos temas porque ya saben la situación que hay y tampoco me voy a poner a cargarlos más porque ellos están mal. Con mi marido evito hablar porque si nos ponemos a hablar de esto al final salimos mal, discutiendo. No porque nos llevemos mal, pero la cosa se tensa por cualquier tontería, por muchas cosas y

como estamos mal, porque estamos mal [...], porque hay días que te levantas mal [...] y dices, bueno, si pago [no tengo para comer, pero] tengo que pagar, si pago el alquiler ¿qué hago, cómo? No puede recurrir a nadie, ni a amigos ni a familia.

También Encarna ha tomado la iniciativa de pedir ayuda. De ella dependen muchos familiares. Sin embargo la familia extensa vive alejada y no puede contar con ella porque no le sobra el dinero. Sus hijos tampoco pueden ayudar, al contrario:

A veces soy yo la que pone la olla grande para que vengan todos [...]. Y a veces tengo que venir a pedir que me ayuden a pagar la luz, algún mes del alquiler [...], porque es que no puedo.

En cuanto a celebraciones y festividades familiares (cumpleaños de los nietos, por ejemplo) comenta que se siente apática: «se me van las ganas, no tengo ganas de ná, quiero estar sola». Todo esto explica que sus relaciones sociales sean limitadas. A diario solo se relaciona con sus hijos (con los que se siente muy unida) y con Eduardo (trabajador social) aunque sí recibe apoyo emocional puntual de la parte femenina de la familia (hermana, tía y nueras). Pero si la situación actual no es sencilla, el futuro parece peor por la acumulación de deudas: su marido contrajo una deuda por acumulación de cuotas impagadas de la seguridad social de 3000€, pero con los intereses y el paso del tiempo ahora asciende a más de 10.000€. Existen además compromisos irrenunciables, como ayudar a sus hijos o *pagar los muertos* («75€ se van en eso»).

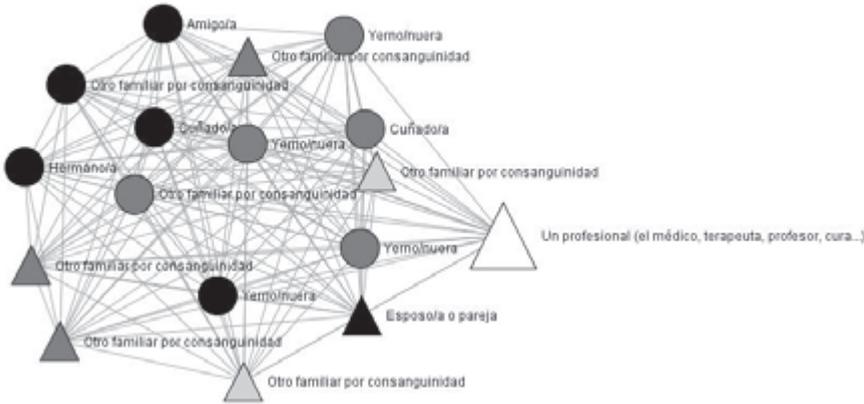
La red social de Encarna

La red de Encarna es relativamente grande comparada con el resto de los casos analizados. Cuenta con 17 miembros, todos familia a excepción de una amiga y del técnico del servicio social, que es el único nexo que muestra claras diferencias con el resto en términos de nivel socioeconómico y formación. Se trata de una red compuesta por nexos fuertes, muy cohesionada (en la que todos interactúan con todos, a excepción del trabajador social que tiene menos lazos con el resto del grupo) y que genera un soporte emocional considerable: Encarna reconoce que se siente muy próxima a la mayoría (94%) de los miembros y percibe que la mayoría le «apoya en momentos bajos».

El 42% son varones (forma triangular) y un 58% mujeres (circunferencias). La interacción con los miembros es también frecuente: a la mayoría de las personas las ve una vez por semana y solo al 23% una o dos veces al año. De acuerdo con el tamaño de



RED SOCIAL 6. La red social de Encarna



LEYENDA				
Nivel de formación	Sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida (tamaño de la figura)	Mayor	Igual	Menor	...
Sexo	Mujer

las figuras, Encarna percibe que la mayoría de las personas de su red dispone de un nivel económico muy similar al suyo. De acuerdo con el color, también la mayoría de los miembros de su red no ha recibido formación educativa o su formación es básica. Su hijo mayor y su marido ocupan posiciones centrales en la red, pero su marido no le proporciona el apoyo esperado: de hecho, incide negativamente en su estado anímico.

Amparo, atrapada entre cuatro paredes

Amparo presenta un caso de pobreza crónica, producto de un contexto deprimido, de la falta de recursos (dinero, educación, salud, alimentación...) y de una cascada de dificultades sociales relacionadas. Mientras esperaba en la institución social para realizar la entrevista, una mujer me explicó que compartía su casa con siete personas, que recientemente le habían operado de un tumor y que ahora tomaba antidepresivos (me mostró la receta para dar fe de ello). Venía a solicitar acceso a un economato social. Como en el caso de Encarna, me comentó que al acudir al Ayuntamiento para pedir ayuda se sintió maltratada por la persona que la atendió. Al cabo de un momento orientó la

conversación hacia un tema recurrente: la población inmigrante. Durante el trabajo de campo, escuchamos el mismo argumento una y otra vez: «acaparan todas las ayudas y deberían ser primero los de aquí». Le repliqué que quizás la mayor responsabilidad la tenían los políticos por no administrar bien los recursos y permitir esa desigualdad. Me dijo que ella no había votado, que estaba defraudada por unos y por otros. Este era el sentir general de muchas personas que entrevisté.

Al cabo de un rato llegó Amparo, de cincuenta y cuatro años. Vestía tejanos ajustados con adornos, unas bambas deportivas rosadas, chaqueta tejana y una camiseta. Presentaba algo de sobrepeso, manos desgastadas y uñas desarregladas; le faltaban algunas piezas de la dentadura. Tenía el pelo liso y canoso. Los ojos azules y tristes. Salió un momento a fumar y volvió a entrar para realizar la entrevista.

De niña sufrió meningitis que afectó a su desarrollo cognitivo: «hay muchas cosas que no se me quedan en la cabeza». Quizás por ello abandonó la escuela a temprana edad, en tercero de EGB, y se puso a trabajar de temporera, recogiendo alcachofas y albaricoques. A raíz de aquella meningitis Amparo no se expresa muy bien ni, a veces, entiende lo que se le pregunta. Cuando le pedí que se presentase me dijo lo siguiente:

Estudiar no he *estudiao* ná. Lo he pasao muy mal [...]. Rosa aquí [la trabajadora social] me hace *una tajetica desas pa laconomato*. Me dan unos 15€ para comprar pañales para mi hija.

Sus padres, de Palma de Mallorca, emigraron a Albacete cuando ella tenía dos años. Dice no tener apenas recuerdos de infancia pero le marcó la larga enfermedad de su padre y su fallecimiento, hace apenas tres años. Con su padre mantenía una relación ambivalente, quizás porque nunca entendió su discapacidad, pero todavía se emociona cuando lo recuerda:

Me hubiese gustado que mi padre hubiese estado orgulloso de mí. Porque la única que lo pasaba mal era yo. Antes de morir, que estaba muy mal, me dice mi madre *nena, saca el dinero que teneos en la cartera, repártelo entre los seis que somos [...]*; a cada uno nos dieron medio millón. A mí me arregló la casa, me pintó la casa, unos muebles que me faltaban.

Se divorció de su primer marido porque «le gustaban demasiado las mujeres» y del segundo porque «le gustaba demasiado beber». Fruto de esas relaciones tuvo cuatro hijos, aunque de sus exparejas no recibe ningún apoyo ni sabe su paradero. Su hijo menor está ingresado en una residencia de manera permanente porque sufre una deficiencia mental y los otros tres viven con ella. Ella hace más de cinco años que depende de la ayuda social para subsistir. Cáritas le proporciona alimentos, productos básicos

y trabajos puntuales (en los viveros, Ayuntamiento, etc.). Cruz Roja le suministra ropa usada. Y también ha obtenido algún subsidio de servicios sociales. De acuerdo con Amparo «necesito comprar muchas cosas, comida, limpieza y no me llega». En el hogar, los únicos que aportan ingresos son su hijo mediano y una de sus nueras, que cuida por las noches a un anciano por 600€ al mes. Recientemente también ha conseguido un subsidio de 430€ al mes y revende tabaco que compra al por mayor a los muchachos del barrio (gana unos 50€ mensuales extras). Pero con esos 1580€, con tantas personas dependientes en el hogar, no llega a final de mes.

El problema de Amparo, explica, es que se hace cargo de la mayoría de sus hijos y sus nietos (con las respectivas esposas). En la casa viven ocho personas, todos sus hijos salvo su hija (madre soltera) que vive en casa de la abuela (la madre de Amparo, de 80 años). Sus hijos no han estudiado y tampoco tienen trabajos estables. Dos de sus nietos viven con una familia de acogida porque su hijo mediano se vio envuelto en un hurto y servicios sociales le retiró la custodia. Ahora trabaja de peón en una finca y cobra unos 500€, con los que debe hacer frente a los gastos de defensa por la causa penal. La abuela (madre de Amparo) lo está ayudando y le cederá una casa en propiedad para que se establezca con su familia y pueda recuperar a sus hijos.

Amparo se medica con antidepresivos hace mucho tiempo porque su día a día se le hace cuesta arriba. Anhela con todas sus fuerzas un trabajo fijo: le gusta coser, hacer ganchillo y remendar zapatos. Pero intuye un futuro poco prometedor e incierto. No sabe qué será de su vida y prefiere «no pensarlo». Cuando le pregunto qué piensa cada día al levantarse, suspira mientras su mirada se pierde en el infinito:

Pues tener un trabajo fijo, salir adelante, pero ya llevo casi cinco años [...]. Yo estoy que no tengo ánimos de ná, no tengo ganas de salir y tengo que salir porque tengo que venir aquí.

Al acabar la entrevista noté cierta sensación de vacío y, por empatía, le di un abrazo que ella agradeció porque seguramente hacía tiempo que no recibía un abrazo de nadie.

Entrevistador: Dime, Amparo, ¿a qué te hubiese gustado dedicarte si hubieses podido elegir?

Amparo: [en silencio, se queda pensativa, no sabe realmente qué responder]

Entrevistador: Bueno, ¿qué te apetece hacer si pudieses elegir? Dime.

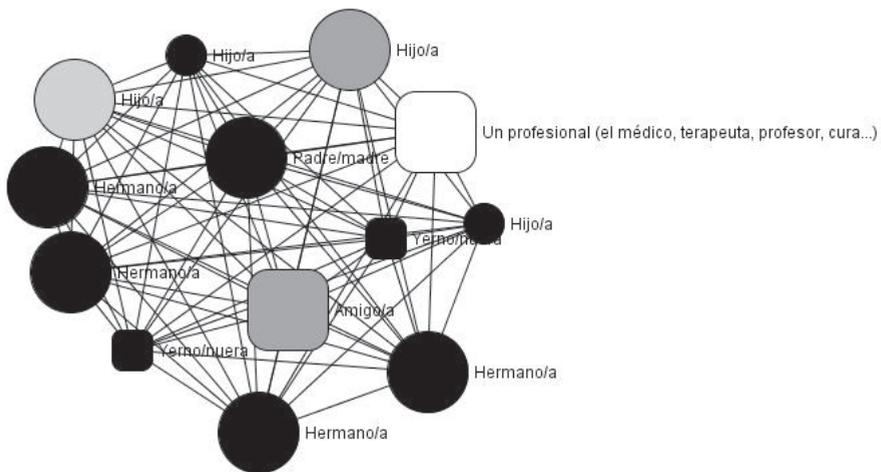
Amparo: Me gustaría hacer un viaje muy largo, que no se terminara nunca y olvidarme de muchas cosas...

La red social de Amparo

Amparo está rodeada de sus hijos, nueras y nietos, pero se siente sola. No se siente arropada por ninguno de ellos y las únicas que le reconfortan son su anciana madre y su hija, que viven juntas. No tiene ningún contacto con miembros de su familia política (los parientes de sus exparejas) y la relación con sus hermanos es distante porque «ya tienen sus problemas. Me da vergüenza pedirles ayuda y no quiero contarles mis problemas».

Amparo no pertenece a asociaciones ni frecuenta lugares de ocio; no tiene dinero para permitírselo, ni tampoco ha tenido nunca el hábito. En el contexto periurbano donde vive, afirma que tiene muchos conocidos pero pocos amigos, aparte de cinco amigas de la infancia con las que se comunica por WhatsApp, pero con las que raramente se reúne. Evita salir de casa, aunque el ambiente doméstico sea enrarecido y tenso, y su única interacción institucional se produce en los talleres de manualidades y ganchillo

RED SOCIAL 7. La red de Amparo



LEYENDA				
Nivel de formación	Sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida (tamaño de la figura)	Méjor	Igual	Peor	
Duración de la relación (en años)	<=1	=1	>5	Toda la vida

que realiza en el centro social. Allí ha conocido a algunas mujeres pero tampoco se encuentran fuera de ese contexto. Como en el caso de Dora, recuerda bien una excursión a Chinchilla que organizó la institución social: «me distraje. Me olvidé por un rato de muchas cosas y me lo pasé bien».

La ayuda prestada por la institución social se concreta en una sola persona, la trabajadora social:

Yo vine aquí a hablar con Rosa, a ver si me podía ayudar a encontrar un trabajillo para distraerme, entretenerme, olvidarme de muchas cosas. Y ahí fue donde Rosa me sacó eso para lo de los viveros [formación laboral y trabajo en viveros aledaños].

La mayoría de los miembros de su red adolecen de estudios pero ella percibe que tienen una situación económica ligeramente mejor que la suya. Su red es cohesionada, similar a la de Encarna. Está formada por parientes (los hijos, nietos y nueras que viven en su casa) y también aparecen dos técnicos de la institución social. Sus dos hermanos, su hijo mayor y su madre tienen una gran centralidad, pero otros familiares como las cuñadas, los suegros o tíos ni aparecen. Tampoco aparecen en su red otros lazos débiles (amigos, vecinos o conocidos) y los lazos fuertes son tan dependientes y absorbentes que Amparo está prácticamente privada de autonomía.

Laura y su jaula dorada

Laura tiene veintiséis años. Es una chica esbelta, jovial y con bonita sonrisa. A pesar de su juventud, está casada y tiene dos hijas: una de diez y otra de siete años. Vive en un municipio rural entre Albacete y Murcia. La economía depende del sector secundario, pero todavía es importante el trabajo agrícola estacional, que marca el ritmo cíclico de muchas economías domésticas del lugar. Laura de hecho participa en un proyecto de inserción laboral en un vivero local. Allí le ofrecen trabajo por dos años, un salario de unos 800€ y formación para que pueda reintegrarse en el sector local agrícola con cierta especialización.

Laura procede de Alicante, sus padres son originarios de Murcia y tiene familiares en Almería, Alicante, Murcia y Madrid. Tiene doce hermanos de tres madres distintas y el mismo padre, pero afirma que la relación entre ellas es muy buena: se ayudan, colaboran y regularmente cuidan de los hijos mutuamente, como si se tratara de una gran familia. Su hija, por ejemplo, va a la misma clase que su tía (hermana de su madre).

Laura, ocupa el tercer lugar entre los hijos mayores, pero al ser mujer estuvo al cuidado de muchos de sus hermanos y hermanastros desde que era niña:

Era para mis hermanos como su madre. Esto me ha hecho madurar muchísimo porque a partir de los siete años ya tuve cargas, porque salieron problemas.

Con apenas siete años encarcelaron a pocos meses de diferencia a su padre (en Madrid), a su madre (en Alicante) y a su madrastra (en Inglaterra) por tráfico de drogas. Su padre, también adicto, pasó tres años en prisión, su madre cuatro y su madrastra nueve. En ausencia de adultos, Laura y sus dos hermanos mayores se hicieron cargo de sus cinco hermanos menores durante varios meses hasta que intervino servicios sociales. Para evitar la adopción, y a pesar de que apenas contaba con medios económicos, los acogió en Albacete la madre de su madrastra.

Con apenas quince años se quedó embarazada de su primera hija y, aunque finalizó una formación de auxiliar de enfermería, por necesidad se vio forzada a aceptar trabajos precarios y temporales (manipuladora de alimentos, auxiliar en una clínica dental, recolectora de fruta, etc.). Con la crisis ella y su marido, que trabajaba como albañil, perdieron el trabajo y decidieron recurrir a servicios de ayuda social. En ese momento ella tomó las riendas, porque

a mi marido le cuesta mucho pedir ayuda. A él le gusta buscarse la vida, que el dinero que entre en casa sea de nosotros. No le pide ni a su madre ni a mi padre. Le da vergüenza pedir ayuda a la asistenta.

Laura nunca ha sentido vergüenza. Pero en la primera visita se sintió mal porque propusieron que su marido regresase temporalmente a casa de su madre mientras a ella le buscaban un alojamiento social con sus hijas. Contrariada, se preguntó:

Pero si somos una familia, ¿cómo nos vamos a separar? Lo que yo quiero es que me ayudéis, o me facilitéis un trabajo, para conservar esa unión.

Cuatro de sus hermanos mayores están casados y disponen de hogar propio. Pero todavía hay seis hermanos menores dependientes que viven con su padre y su segunda madrastra cerca de su casa y a los que a menudo cuida. Además, ejerce de *tutora* de su suegra, de su cuñada y de su marido, aquejados de alguna dolencia psicológica (epilepsia, depresiones severas, etc.). También ayuda a los hermanos y hermanas de su marido y en ocasiones se hace cargo de alguno de sus veinticuatro sobrinos:

Me los traen a casa [...] y cuido a mi suegra, que me considera más su hija que sus propias hijas. Mi suegra cobra una pensión pequeña y nosotros le ayudamos con lo que podemos, la traigo a casa de vez en cuando, le cocino y así ella juega con sus nietas [...].

Ella misma atravesó un capítulo depresivo que achaca a la situación económica, al estrés y a tener que lidiar con tantas cosas y personas. También sufrió abusos cuando era niña y eso ha requerido mucho tiempo y terapia para superarlo. Cuando le pregunto cómo se siente, me comenta:

A ver, yo sé que sola no estoy. Le puedo llamar a mi hermana para desahogarme un poco de cosas, no sé, más íntimas. Con mi padre me desahogo también de otra manera. A veces pienso que nadie piensa en mí, que estoy sola [...]. Pero tengo esa fortaleza de decir tiro para adelante y siempre lo supero.

Salvo en algún caso excepcional en que ha necesitado que alguien se haga cargo de sus hijas si ella trabaja o realiza un recado, por lo general sus familiares le ayudan poco. Recientemente, en el vivero en el que trabaja ha hecho amistad con alguna compañera. Pero la verdad es que apenas le queda tiempo para sociabilizar más allá de su exigente entramado familiar.

Es que tengo otras preocupaciones y además no tengo hueco para salir. No estoy yo ya para esto. Con algunas amigas de Cáritas quedamos a veces en la casa, para tomar un café [...]. Antes sí hacía más deporte. Iba al gimnasio y tenía amigos. Es que me encanta el deporte, leer y pintar. Pero lo he tenido que dejar todo porque no tengo tiempo.

Aunque no suele mencionarse, la pobreza también significa carecer de tiempo libre, tiempo para dedicar a otras cosas que no sean el trabajo, la subsistencia, las tareas domésticas o el cuidado de familiares.

La red de Laura

La red de Laura es cohesionada y densa. Laura se siente «próxima» o «muy próxima» de la mayoría de los individuos de su red, con los que la interacción resulta constante porque mucho viven en residencias aledañas. Sus hermanas, su madre, su suegra y su marido son los que ocupan la mayor centralidad: es decir, son los que mayor protagonismo tienen en su red personal. En este contexto Laura dice sentirse arropada por la familia y su dinámica social es muy activa. En su red familiar tiene una gran centralidad

como proveedora, más que como receptora, de apoyo y ayuda. Por lo tanto no participa de una relación totalmente recíproca porque proporciona más apoyo del que recibe; cuida a los sobrinos, acompaña a su suegra al médico, hace favores a los cuñados y cuñadas, etc.

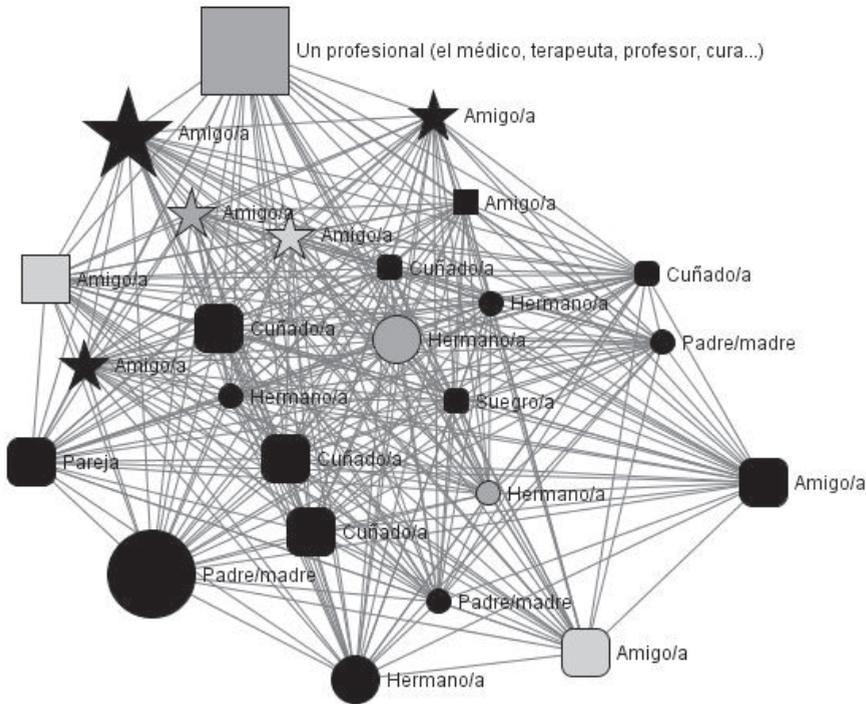
Comparativamente es una red amplia, con 25 miembros, ligeramente feminizada (44% varones y 56% mujeres). La mayoría de los *miembros de red* son familiares (hermanos el 20% y cuñados y cuñadas el 20%) y el 36% restante consta de lazos débiles, amigos. Su realidad social está integrada en un solo universo, en el que todos se conocen entre sí, a pesar de que se distinguen los familiares y amigos de toda la vida, por una parte, y otros miembros más recientes pertenecientes al contexto de institución de ayuda social (trabajadora social y usuarios: en el margen superior), por la otra.

El nivel de formación educativa de los integrantes de su contexto familiar es bajo (como se puede apreciar por el tamaño de los nodos) y ella percibe que la mayoría de las personas de su contexto se encuentra en igual o peor situación que ella en términos económicos. En concreto, el 52% de las personas tiene una situación similar al nivel socioeconómico; el 36% peor (la mayoría son familiares) y el 12% considera que están mejor. Asimismo la mayoría de sus contactos adolecen de formación educativa y profesional (el 72% no tiene formación, el 16% formación solo el 12% dispone de formación socioeconómica media). Solo dos individuos de su red cuentan con un nivel educativo y socioeconómico superior a ella: la trabajadora social y un amigo, que son demás contactos recientes (hace menos de cinco años que los conoce).

En cuanto al tiempo de relación, en el 20% es inferior al año; en el 12% la duración de la relación es inferior a los 5 años; en el 36% es superior a los 5 años y en el 32% es una relación de toda la vida. Las relaciones más recientes responden todas a las establecidas en el vivero gestionado por la institución social.

Laura, como las otras mujeres de este grupo, se halla, metafóricamente, *atrapada entre cuatro paredes*. Sus responsabilidades y cargas familiares limitan la interacción social más allá de los límites del parentesco. Su liderazgo en la obtención de ayudas choca con los tradicionales patrones de género: el marido no solo se encuentra desplazado en su rol de proveedor, sino que puede ver su rol como consorte comprometido. De acuerdo con Laura «a mi marido no le gusta mucho que salga con los nuevos amigos [de la institución social], sobre todo si son chicos [se ríe], es que es un poco celoso...». La pareja puede ser una barrera para su expansión social y esa traba posiblemente sea mayor si la familia política tiene una presencia constante, como es el caso.

RED SOCIAL 8. La red de Laura



LEYENDA				
Nivel de formación	Sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida	Mejor	Igual	Poor	
Duración de la relación (en años)	< 5	> 5	Toda la vida	

Su participación en las actividades de la institución de ayuda social ha generado nuevo tejido social, pero estos lazos son homófilos: personas que se encuentran en una situación similar a la suya, con condiciones socioeconómicas y formativas parecidas. En ausencia de vínculos con otros individuos o colectivos de contextos más diversos (por ejemplo, grupos de madres y padres de escuela, compañeros de un gimnasio, etc.) y dado el elevado grado de homofilia observado, es poco probable que Laura tenga acceso en el corto plazo a oportunidades que diversifiquen tanto sus posibilidades materiales como sociales. En su caso, además, incluso dándose las condiciones de ampliar

su universo social y sus oportunidades, su movilidad posiblemente esté limitada por el recelo de su esposo y por la presión social de esa amplia maraña familiar, una jaula dorada que impone límites a su sociabilización y posiblemente al desarrollo pleno de sus potencialidades.

Isabel, el pilar de la casa

Isabel tiene cincuenta y cinco años. Nació y vive en Albacete. Al iniciar la entrevista apunta que procede de una «familia normal, sin ningún tipo de problema»:

Siempre hemos tenido negocios y, como se dice habitualmente, nos hemos buscado la vida, nunca nos han regalado nada. Porque nuestros padres eran una familia humilde y mis suegros también. Siempre hemos vivido bien. Hemos sacado a nuestros hijos adelante, los hemos llevado a un colegio bien. Si teníamos un puente de vacaciones nos íbamos. En fin, lo normal que hace una familia de tipo medio.

Su madre era ama de casa y su padre ferroviario. Sus suegros tenían un pequeño negocio, un hostel, y cuando se jubilaron se lo quedaron ellos un tiempo. A pesar de no contar con un oficio concreto, «siempre hemos trabajado duro y hemos tenido iniciativa», explica Isabel. Durante los últimos treinta años han regentado el hostel, un bar y varias fruterías. Su marido no estudió pero ella acabó el bachillerato e incluso empezó la carrera de magisterio, pero dejó los estudios cuando se casó, a los veinticinco años. Desde ese momento Isabel ha compaginado el cuidado de sus cuatro hijos varones (de 30, 26, 22 y 20 años) con la ayuda al negocio familiar.

A partir de 2008 las ventas de su frutería empezaron a resentirse por la crisis y porque desembarcaron varios grandes supermercados en la zona. Los problemas de liquidez y las deudas se incrementaron y empezaron a tener problemas para pagar la hipoteca. Isabel además, a diferencia de su esposo, nunca llegó a cotizar: «es lo que pasa: no tienes un horario fijo y yo iba a ratos a ayudar a mi marido y no me di de alta [como autónoma]. No lo piensa uno». En el contexto barrial, y aconsejados por amigos, la única salida que vieron era acudir a la parroquia. Isabel tomó las riendas, la redirigieron a servicios sociales y allí conoció a Eduardo, el trabajador social:

Eso ya fue, emocionalmente [...], el decir [que] tienes una persona que te escucha, que no te conoce de nada, que te está apoyando, te está ayudando y te recibe con una sonrisa, que tu problema, que lo ves así [con las manos hace como si tuviese algo muy grande delante]

lo empequeñece, te dice que no es tanto, que esto le pasa a mucha gente. Fue un balón de oxígeno para mí, mi marido y mis hijos.

Pero los problemas no eran estrictamente materiales. El marido, que siempre había trabajado duramente, se hundió, cayó en una depresión y empezó a beber más de lo habitual:

Mi marido ha tenido rachas de estar mejor y de estar peor. Nunca ha fallado en el trabajo, pero tuvo una depresión muy grande. Además, mientras yo trabajaba [encontró un trabajo de limpieza a través de la institución social] no me ayudaba mucho: llegas tú agobiada a las nueve de la noche y te encuentras que no tienes cena. Es que no sale de él hacer cosas domésticas. Y van surgiendo problemas cuando las cosas no van bien.

Luego obtuvo la licencia de taxista y empezó a trabajar en horario nocturno. Empezó a remontar anímicamente pero el trabajo no ayudaba a mejorar la comunicación de la pareja.

Cuando uno arrastra cosas personales, no terminan de solucionarse. [Y es que] tampoco tenemos tiempo para nosotros. Y nos decimos, *vamos a ver un pueblo o algo juntos y hablar, hablar de la familia [...]*, pero no lo hacemos. Porque si el trabajo, lo otro, etc. Y pasa el tiempo y pasa el tiempo y se va perdiendo comunicación.

En ese periodo de *ausencia* del marido ella tomó también las riendas domésticas:

[Y]o soy la encargada de bajar a hacer la compra y es difícil tener que decidir qué comprar con 20€. Que cenen bien, que les guste. No sé ni cómo lo he hecho, la verdad. Dios me ha dado fuerzas y lo he sacado adelante, lo he sacado adelante. Ahora estamos un poco mejor y te digo una cosa: no sé si será por los años o por lo que has vivido, después sale; salen cosas, te notas que tienes menos fuerzas. ¿No has oído que el que pasa un problema gordo lo lleva para delante y cuando la cosa se calma te salen problemas emocionales o físicos, o lo que sea?

Toda esa situación ha tenido consecuencias para Isabel. Se siente más débil y sensible y padece dolores en los brazos y piernas que achaca a tantos años de trabajo duro. Pero a pesar de todas las dificultades la prioridad innegociable para ellos ha sido asegurar la educación de sus cuatro hijos. El mayor estudió un módulo de administración, pero le despidieron durante la crisis y decidió emigrar a Canarias con su novia. Allí ambos han encontrado trabajo en el sector turístico. El segundo hijo estudió Administración de Empresas, sigue en casa y alterna un empleo a media jornada en una oficina con los

estudios de un máster. Obtuvo una beca de estudios con la que contribuyó durante un tiempo a la economía doméstica: «no le podíamos ayudar mucho», lamenta Isabel, «más bien nos ha ayudado él a nosotros». El tercero estudió restauración y ahora realiza también las prácticas en un hotel en Tenerife. Y el más joven todavía estudia bachillerato.

El apoyo social de Isabel

La ayuda social ha brindado un apoyo crucial a esta familia. Les ha proporcionado acceso a trabajo (cuidando y acompañando a personas mayores o limpiando casas) y negoció su deuda hipotecaria para evitar un desahucio, a cambio de ampliarles la hipoteca hasta los 75 años. Aunque la pareja mantiene una buena relación con sus respectivas familias,

cada uno tiene sus gastos y sus cosas y no nos pueden ayudar. Nos han apoyado en momentos puntuales para pagar la factura de la luz [...], pero para salir del paso.

Una cuñada, por ejemplo, les regaló una cesta con alimentos en Navidades y ropa usada de sus hijos. La mujer que cuida Isabel también le dio ropa en buen estado: «tampoco he tenido vergüenza, si está nuevo ¿por qué no le voy a dar un segundo uso?», añade. Sin embargo, la ayuda es limitada porque muchos de sus familiares también atraviesan una situación comprometida: el cuñado de Isabel es autónomo y sus sobrinos están desempleados. Los hermanos de su marido, que es el menor de ocho hermanos, tienen sus propios hijos (muchos desempleados) y nietos (a los que atender para echar una mano a sus hijos). Además, añade,

no me gusta explicar mis penas, porque el que más y el que menos tiene sus preocupaciones y no me gusta llegar y *bruuu* [hace un ruido de sonatina] y avasallar con mis problemas, porque no soy de esas personas. No me he escondido, no tengo tampoco por qué esconderme [...]; pero solo lo hablo con mis hijos.

El apoyo emocional está condicionado por lo tanto por un temor a sobrecargar la relación: «Me he callado por no agobiar a la persona que tienes enfrente. Porque el que más o el que menos tiene sus problemas». Además, con las amigas, a las que tampoco ve a menudo por falta de tiempo, «no hay tampoco esa confianza como para explicarles tu vida».

En general considera que el sentimiento de vergüenza no ha influido demasiado en sus decisiones:

No he sentido nunca orgullo ni vergüenza de verme en esta situación. A mí no se me han caído los anillos. Lo he llevado muy dignamente. No me he escondido. He pasado una mala época. Estoy limpiando casas ahora y no se me han caído los anillos [...]. Tampoco he tenido necesidad de explicarlo, salvo quizás a mi hermana [...]. Pero es una cosa mía, de mi familia, todo el mundo lo ha sabido, pero tampoco he tenido la necesidad de desahogarme.

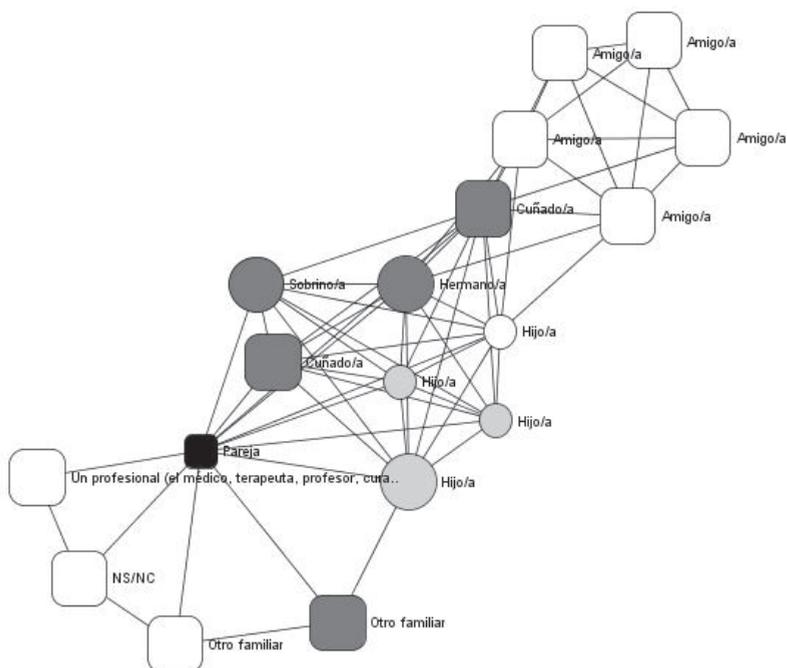
En estos momentos le preocupa el futuro, particularmente las deudas y la situación de sus hijos. En retrospectiva, considera que podría haber tomado mejores decisiones, como darse de alta de autónomo o haber finalizado los estudios de magisterio para optar a mejores trabajos. Pero reconoce que son decisiones que se toman por alguna razón y ya no hay vuelta atrás. Le han molestado, afirma, algunas reflexiones de familiares (un hermano mayor de su marido, por ejemplo) que les han reprochado «no haber ahorrado más». Pero ni Isabel ni su familia tienen hábitos de consumo elevados ni extraordinarios. Al contrario, ella es una persona modesta, ahorradora, que apenas gasta en cuidados personales (no ve esencial cosas como la manicura, pedicura o peluquería), ni en ropa (hace diez años que usa la misma chaqueta de entretiempo). «Miro mucho los precios»; y ha dejado de salir a tomar algo con su marido (algo que hacían muy de vez en cuando los fines de semana). También ha rechazado algún convite de bodas y bautizos por no poder corresponder con regalos o dinero. Ahora, la única inversión que haría sería en el hogar, porque hay muchas cosas desgastadas o estropeadas (el sofá, los colchones o el frigorífico, que «está estropeado pero va tirando»). En momentos de necesidad vendió sus pocas joyas, incluidas las alianzas de matrimonio. «Tampoco hay ya obsequios dentro del matrimonio», le replica al marido con ironía, «*que ya no me regalas nada, ique es broma, ya sé que no puedes!*». Pero prescindir de esos pequeños actos de reciprocidad no contribuye a mejorar la relación familiar.

Isabel comparte una idea colectivista de familia y valora mucho la autonomía, la autosuficiencia y la reciprocidad familiar. Confía en que sus hijos, cuando se independicen, arrimen el hombro. Al mismo tiempo desde el principio su marido y ella optaron por hacer partícipes a sus hijos de todo, decidieron no ocultarles la situación:

Se les expuso la situación y además se les muestra el ejemplo con trabajo duro [...] y no se han achicado ni se han avergonzado de nada. Y la verdad es que se han amoldado bien a lo que hay: no hay, no se pide. Han respondido muy bien [...]. Lo bueno de la crisis, entre comillas, es que te abre los ojos. Me tengo que mover, no me vale lamentarme.

La red de Isabel es cohesionada, amplia y heterogénea: consta de 18 personas importantes. Se trata de una red bastante feminizada (61%) y con un volumen importante de amigos (5 amigos, todos conectados entre sí; 27%) y familiares (sobrinos, cuñados,

RED SOCIAL 9. La red de Isabel



LEYENDA				
Nivel de formación	Sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida	Mejor	Igual	Peor	
Duración de la relación (en años)	< 5	> 5	Toda la vida	

hijos, etc.; 56%). La mitad de los miembros de la red goza de un estatus socioeconómico y unos niveles de formación profesional y educativa medios y medio-altos. Percibe que el 77% de los miembros de su red están en mejor situación que ella. La mayoría de los lazos son de media y larga duración (al 33% los conoce de toda la vida y al 50% hace más de cinco años) y ofrecen un apoyo emocional decisivo: se siente «muy próxima» del 55% de las personas de su red y «próxima» del 38%.

Saliendo de las cuatro paredes. Empoderamiento

Los casos que se detallan en este apartado comparten el hecho de estar dejando las *cuatro paredes* e ilustran la reintegración al mundo social de personas que han atravesado un largo periodo de exclusión. Los dos primeros casos son similares: se trata de hombres maduros, solteros, de orígenes sencillos e infancias intensas (aunque no problemáticas) que han atravesado una adicción al alcohol y ahora lo están superando con la ayuda de servicios sociales. Ambos comparten el mismo piso social y gozan de un nivel de autonomía elevado. El tercer caso es distinto: comparte los rasgos de las mujeres de familias extensas, pero Laureano no está atrapado en las cuatro paredes como ellas. Ser hombre le posibilita tejer redes públicas y políticas, al margen de la red familiar. Este doble contraste (adicciones/género) resulta revelador en este último conjunto de casos, porque cierra el ciclo de todas las posibilidades que hemos observado y que, a nuestro juicio, ilustran bien la realidad social en conjunto.

El caso de Julio

Julio es un extremeño de cincuenta y cuatro años que vive temporalmente en un piso de acogida en Castellón. Comparte el departamento con Andrés, en situación similar. Julio es una persona habladora, extrovertida y servicial. Tiene un aspecto saludable y ninguna enfermedad diagnosticada, lo cual parece un milagro después de todo lo que ha vivido.

Julio era el menor de tres hermanos de una familia de comerciantes de Mérida. Durante su niñez recuerda una época de abundancia en la que su madre «cedía a todos sus caprichos»:

Quando mis amigos tenían doscientas pesetas para pasar el sábado y el domingo, yo tenía dos mil, que era dinero, era mucho dinero y mi madre me decía: *toma, no se lo digas al papa, tú cállate [...]*. Que quería una bicicleta, me compraba la mejor. Luego una moto, luego un coche. Me daba todos los caprichos y más. Me decía, *tú ves y cómprate unas zapatillas, que vas de parte nuestra, cueste lo que cueste*. Y si tú tenías unas zapatillas de quinientas pesetas yo las tenía de tres mil [...]. Y ahí yo creo que hubo un factor muy grande, es que mi madre me educó mal, ¿no? Pero no porque ella quisiera educarme mal [...]; mi madre quería que yo fuese más que mis amigos cuarenta veces. Porque así era, era *asín*.

ILUSTRACIÓN 7. Alcoholemia y ludopatía: dos adicciones que hacen estragos entre las poblaciones vulnerables



Fuente propia

En su adolescencia tampoco tuvo obligaciones ni límites: «a partir de ahí empecé a beber. Cachondeo con las niñas, el depósito siempre lleno, fiesta...». Aunque su familia disponía de medios económicos, ninguno de los hijos estudió. Él tampoco estuvo interesado en adquirir una formación profesional y, en su juventud, subsistió con el dinero de su familia y con trabajos esporádicos de transportista, camarero, etc. Sin embargo, el fallecimiento de sus padres le impactó profundamente —«mi madre lo era todo para mí», explica— y cayó en una profunda depresión. Comenzó a beber de manera regular y aquello fue el principio de una adicción de más de quince años: «he perdido veinte años, por la cara, de los veinte a los cuarenta». Durante esos años las relaciones con sus familiares se deterioraron y sus recursos económicos se esfumaron. Rompió con

toda su familia salvo con una tía lejana y una prima. Aunque heredó un buen patrimonio familiar lo dilapidó: «en unos pocos días me fundí casi los veinticuatro mil euros que me tocaron». Como en el caso de Jacinto, aquel proceso le avocó a la indigencia, acabando literalmente en la calle, vagando por los pueblos aledaños de Mérida porque, al ser una ciudad relativamente pequeña, «no me gustaba que me viesen [en ese estado]».

Finalmente, uno de sus hermanos lo convenció e ingresó en un centro de desintoxicación dejando en manos de una amiga de su madre la custodia y administración de sus últimos cinco mil euros de herencia. Internó en una residencia de las hermanas de la caridad en Zaragoza y, aunque inicialmente era muy reticente a quedarse, se enamoró de una residente alemana (en tratamiento por su adicción «a las pastillas») y logró mantenerse alejado del alcohol durante seis meses. Pero Anke, su pareja, salió antes del centro y lo convenció para que la siguiese, contra las recomendaciones de las hermanas y su psiquiatra. Al cabo de pocos meses recayeron, rompieron y él regresó a la calle, donde vivió seis años, durmiendo en los cajeros de los bancos y realizando algún trabajo informal para costearse el alcohol. De esa época opaca, anestesiado por el alcohol, todavía recuerda el deterioro personal y el estigma:

A veces me orinaba encima. Las personas me miraban mal, con desprecio y asco. ¡Y es que olía mal! [...]. Cuando iba al supermercado a comprar alcohol, notaba que alguna trabajadora me seguía para asegurarse de que no robara.

«Pero ahora», dice con la seguridad de alguien que parece haber dejado atrás la adicción, «en los supermercados me tratan con respeto, me tratan de señor». Durante ese periodo en la calle también recuerda la ayuda que recibió de personas anónimas: en una ocasión una anciana le regaló un táper de macarrones calientes y otro señor le dejó en el cartón donde dormía un billete de 50€. Pero también recuerda la sensación de «vivir hecho un guarro», razón por la cual decidió alojarse en albergues. Puesto que la estancia en los albergues es de tiempo limitado circuló por distintas ciudades (Logroño, Pamplona, Huesca, Zaragoza, etc.) hasta que acabó en el albergue de Castellón. Desde el albergue lo derivaron a una trabajadora social, Mariluz, con la que estableció una relación emocionalmente intensa, dependiente, que reforzó el compromiso personal de salir adelante. Como explica Julio, esa relación ha adquirido una dimensión *familiar*, maternal: «a Lola y a Mariluz las respeto como a una madre»:

Y lo que más me gusta es su confianza. Nosotros no somos amigos, somos algo más. Y te voy a decir lo que somos: una familia. Y eso es muy bonito decirlo. Es familia, tío. Es que..., no la considero amiga, ni nada. La considero una familia. Yo antes iba a hablar con Mariluz y me daba cita: *ven a las 11 y tal*. Y ahora ya no, me dice: *vente mañana a primera hora*. No tengo

que ir a recepción a decirle que me apunten. A mí eso me llena. En el (uso del) dinero me da confianza. Eso es lo que quiero yo [...]. Y es que yo se lo dije a Zoe: *esto es una familia. Yo lo que quiero es que comprendáis, que me entendáis*. Y una vez me lleven un seguimiento largo digan, *hombre, este muchacho no es lo que pensábamos. Este muchacho es para mí más que un hermano* [...]. Es que la estoy queriendo. Es que estoy queriendo a esta muchacha. Hombre, a ver si me entiendes, yo no la quiero como un marido o como «que está muy buena». Es un sentimiento que le tengo; que tengo hacia ella. Porque sé lo que ha hecho por mí. Me ha ayudado a salir de esta. Ella es la que tiene mérito, la Mariluz. Yo soy el último aquí. Cáritas es una familia y yo te digo una cosa: si yo sé que ahora mismo me hace falta algo, de verdad importante, yo voy (a Cáritas), no tengo problema ninguno. Porque han visto una imagen de mí: soy honrado, no he tenido recaídas [...]; si yo recaigo, en Cáritas no soy lo mismo.

Julio lleva sobrio cuatro años. Valora positivamente la supervisión y el “control” que le han brindado los trabajadores —seguimiento de los gastos, ayuda a reestablecer hábitos y rutinas, etc.—. Ese proceso de acompañamiento ha sido integral y no solo se ha centrado en las necesidades inmediatas (comer y dormir): le han socorrido para cubrir deudas contraídas, le han conseguido un trabajo y le han proporcionado supervisión médica.

Julio, para alcanzar esas metas, siguió lo que denomina las «tres reglas de oro», inquebrantables, que una vez le sugirió su médico y que tienen claramente una dimensión relacional: primera, *de donde estés debes irte corriendo*: le recomendaron que no regresase a Extremadura por un tiempo y que cuanto más alejado estuviese de aquel contexto mejor, para evitar influencias negativas. Segundo, *la desintoxicación debe ser supervisada profesionalmente*: es «como depurar una piscina con el agua corrompida», comenta. Y tercero, *la reintegración social requiere supervisión: inicialmente accedió a un piso compartido con otras diez personas, luego lo transfirieron a un apartamento con mayor autonomía y finalmente le ofrecieron trabajo*.

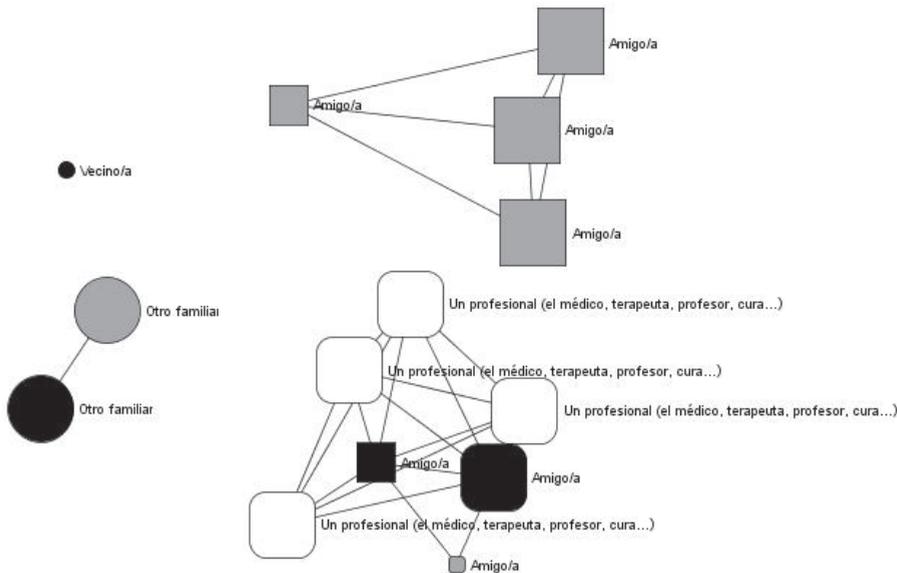
Julio describe su vida actual como una escalera que va subiendo peldaño a peldaño, poco a poco, y celebrando cada día sobrio como un logro: «la palabra mañana no existe». En este momento está recuperando la normalidad y reconstruyendo sus redes sociales y su autoestima.



El mundo social de Julio

En la red social de Julio aparecen 14 personas distribuidas en cuatro subgrupos: un amigo aislado, dos familiares conectados entre sí pero apartados del resto de la red (su tía y su prima), un pequeño grupo de nuevas amistades interconectadas y, por último, personas del contexto de la institución social. El amigo aislado es una persona a la que conoce de toda la vida pero asegura que desea romper la relación porque piensa que es una mala influencia —fue un amigo de borracheras—. El peso de las relaciones en el contexto institucional es sobredimensionado en comparación con sus relaciones familiares. Entre las personas de la institución destaca Andrés, su compañero de piso,

RED SOCIAL 10. La red de Julio y el análisis de los diversos elementos.



LEYENDA				
Nivel de formación	Sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida	Mejor	Igual	Peor	
Duración de la relación (en años)	< 5	> 5	Toda la vida	

y Paco, un usuario que percibe con mejor situación socioeconómica que él. La mayoría de los miembros de su red (79%) son personas a las que ha conocido en los últimos cinco años.

El 50% de su red se compone de amigos. Percibe que el 71% de los integrantes de su red tiene una situación socioeconómica mejor que la suya (los 4 profesionales, su tía y su prima, y cuatro amigos), el 14% igual y el 14% peor. Según Julio, la mayoría de sus contactos (exceptuando el 28% de los profesionales de la institución) no ha recibido educación formal (28%) o es muy básica (40%). A pesar de que ha logrado generar un tejido social nuevo más allá del ámbito asistencial y familiar, estos nuevos amigos cuentan con bajo nivel educativo (un 32% de amigos que ha conocido hace menos de un año). Se trata de un grupo de trabajadores de una casa de apuestas del barrio con los que a menudo sale a cenar, pero al ser jóvenes, solteros y con medios económicos suficientes sus hábitos de consumo le resultan elevados. Aun y así, para integrarse, en ocasiones les ha pagado alguna consumición (cafés, comida, etc.) De hecho, Julio es desprendido y recíproco. Suele salir a pasear con muchachos con deficiencia de otro piso tutelado y le llena de satisfacción ver sus caras de felicidad cuando les lleva merienda o les invita a un cigarrillo.

El caso de Andrés

«Me llamo Andrés, tengo cuarenta y siete años, vamos ya para la flor de la vida». Así se presenta Andrés, jaenés, hijo menor de una familia trabajadora y compañero de hogar de Julio. Hace seis años que no prueba el alcohol.

Andrés solo estudió hasta los doce años. A su padre le surgió un trabajo temporal en la vendimia alicantina y se mudaron separándose de sus hermanos mayores, adultos ya y con trabajo y familia propia. Al cabo de pocos meses, cuando tenía trece años, empezó a trabajar en un bar. A su padre le volvió a surgir una oportunidad laboral en Villa Carrillo y allí siguió trabajando en la hostelería hasta los dieciocho años, momento en que ingresó en el servicio militar. Durante la *mili* su madre falleció.

Cuando regresó le ofrecieron un trabajo en Castellón: «se lo comenté a mi padre y no le vio problema: *como ya eres mayor de edad ya tienes que buscarte las habichuelas tú*». Durante ese periodo, trabajó como camarero en un bar de carretera, logró comprar un piso y empezó a pagar la hipoteca. Pero con la construcción de una autopista cerca del bar, que estaba en una vía secundaria, el negocio se hundió y lo

despidieron. Al cabo de poco tiempo falleció su padre **(8)** y eso le supuso un terrible impacto emocional:

Y yo ya ahí me metí en un laberinto del que no sabía salir. Yo la salida pues la veía con el alcohol. Vas bebiendo y bebiendo y al final pues ya no te acuerdas.

El banco le embargó su piso y se instaló con una pareja de mujeres alcohólicas. A una de ellas, Susana, la conocía del pasado:

Sus padres eran pescaderos. Ella solo bebía de vez en cuando, pero la otra [su pareja] era alcohólica también. De la cama no se levantaba nunca, *pim pam pim pam* [emula los gestos de beber vaso tras vaso]. Lo llevaba *to mezclao*, los porros y *to...*

Sus únicos contactos eran «la chica lesbiana y el matrimonio [madrileño antiguos conocidos de sus padres] y para de contar».

Andrés tampoco ha logrado mantener una relación duradera con parejas. Tal vez, como él mismo reconoce, porque antes tenía una actitud machista y misógina. Y en las relaciones de amistad es desconfiado porque ha tenido malas experiencias:

El que me hizo de avalista en el piso, que pensaba que era mi amigo, cuando vio el percal se retiró [...]. La gente no te trata mal siempre que lleves dinero en el bolsillo. Cuando no llevabas dinero te van dejando de lado. Hay gente que te evita. Eso jode, pero al final te da igual.

«Yo estaba hundido en el pozo y estaba en el ambiente: era un ciclo del que no podía salir». La pareja de amigos madrileños, ante su estado de degradación, le aconsejó que pidiera ayuda y ellos mismos le acompañaron a la Unidad de Conductas Adictivas (UCA), desde donde más tarde lo derivaron a un albergue social en el que se alojó durante tres meses. Luego pasó a una vivienda compartida y, finalmente, al piso que comparte con Julio. Durante estos últimos meses ha realizado cursos de formación y también trabajó en una empresa de reciclaje de ropa gestionada por la organización de ayuda social.

En la actualidad Andrés trabaja en el hospital general con un contrato de interino. Ha conseguido dejar atrás la bebida, lleva seis años sobrio. Considera que en estos años «ha hecho un cambio total, inmenso» y ahora su objetivo es conseguir cierta estabilidad

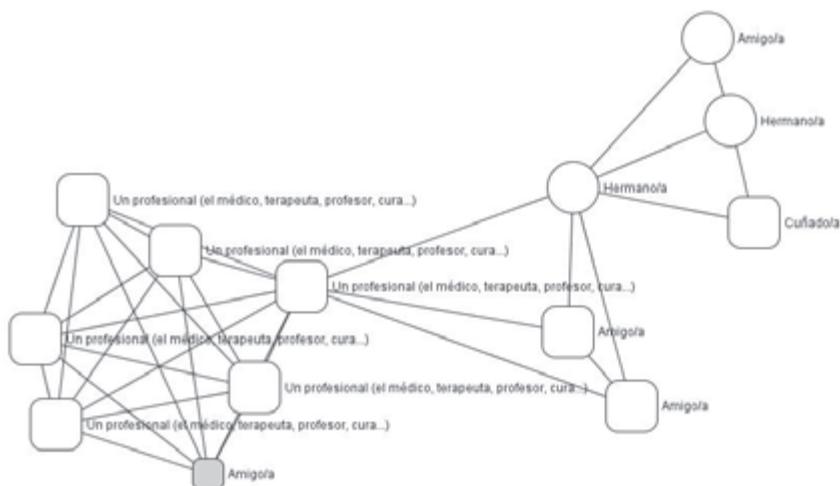
(8) Su padre tuvo una vida dura. Aparte de la movilidad constante rotando por trabajos temporales no especializados, trabajó muchos años en una granja de cerdos. Inhalar los gases de orines y heces le causó una afección asmática y problemas en los riñones graves.

laboral y buscar pareja. Sin embargo, cuando apenas empezaba a remontar, Hacienda le reclamó las deudas que había contraído con la Seguridad Social, se le sumó la devolución de préstamos, deudas que contrajo con la diputación regional y una multa por un accidente de motocicleta que provocó cuando iba ebrio. Por suerte, chocó con un conocido y su novia y no le denunciaron, porque en su estado hubiese acabado en la cárcel. Cuando Andrés empezó a superar su adicción, su deuda ascendía a más de 40 mil euros, pero la trabajadora social (con el servicio jurídico y el apoyo institucional) negoció su devolución y logró reducirla a la mitad. Aun así es una cifra muy elevada.

El mundo social de Andrés

Andrés también es soltero. Su red es similar a la de Julio y contiene una gran concentración de profesionales (46%). Tiene un solo componente (es una red cohesionada). Eulalia, la trabajadora social de Cáritas, es la persona con mayor centralidad y hace de

RED SOCIAL 11. La red de Andrés



LEYENDA				
Nivel de formación	Sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida	Mejor	Igual	Peor	
Duración de la relación (en años)	< 5	> 5	Toda la vida	

puente uniendo los distintos subgrupos de la red: une el mundo de la institución social (con muchos otros profesionales y su compañero de piso, Julio) con un grupo de amigos cercanos y el hermano de Andrés y un subgrupo de familiares y amigos que conecta su hermano. En definitiva, tenemos tres grandes grupos: uno formado por amigos (30%), otro por trabajadores sociales (47%) y uno más limitado por familiares (14%). Su red es ligeramente feminizada (61%) y Andrés percibe que el 92% de los individuos goza de una situación socioeconómica mejor que la suya. El 54% de sus contactos apenas tiene formación educativa o profesional (un 30% sin formación y un 23% con formación básica). A este respecto también se observa una clara polarización, en términos socioeconómicos y educativos, entre su red personal (amigos y familiares) y la red institucional de ayuda social. Pero las relaciones con los individuos de su red no son muy intensas ni continuas: solo al 7% los ve habitualmente, al 76% de vez en cuando.

El caso de Laureano

El caso de Laureano es singular. Su mundo social comparte algunas características de las redes familiares lideradas por mujeres que hemos presentado previamente (porque ha liderado la búsqueda de ayuda), pero ha logrado empoderarse. Cuando lo entrevisté ocupaba un cargo público local.

Con Laureano nos citamos en un bar cerca de su casa. Tardó en llegar porque tiene dificultades para caminar. Nos sentamos en la terraza exterior de un bar y pidió una manzanilla. Yo un café. Al traerle la manzanilla, mientras charlábamos, se detuvo a leer el envoltorio. Llamó a la camarera:

Laureano: Disculpa, por favor: quiero manzanilla, solo manzanilla....

Camarera: Eso es manzanilla –contestó extrañada la camarera.

Laureano: No, esto es una infusión de cítricos: lleva manzanilla, naranja, limón y aromas. Es que no puedo tomar esto... por motivos de salud.

Laureano sufre una serie de enfermedades que le impiden consumir aromas, colorantes y conservantes añadidos a los alimentos. Esas enfermedades le generan dolor y agotamiento y le inhabilitan en el trabajo: no puede realizar con normalidad actividades cotidianas como concentrarse, caminar o permanecer sentado durante mucho tiempo.

Laureano tiene sesenta y dos años y es natural de Albacete. Procede de una familia de jornaleros, pero con perseverancia se labró un buen porvenir, obtuvo un buen trabajo y siempre se interesó por la música y la literatura. Durante los últimos veinticinco años ha

trabajado para empresas públicas y privadas gestionando proyectos de implantación de Internet y desarrollo tecnológico. Conoce bien la legislación, los sectores industriales, el entramado burocrático de las subvenciones y las cuestiones legales relacionadas con el uso de los certificados digitales.

Sin embargo en 2012 le diagnosticaron varias enfermedades (fibromialgia, síndrome de fatiga crónica y enfermedad de Crohn) y tuvo una baja médica de un año, que el tribunal médico prolongó luego otros seis meses. Al final de esa larga baja los informes demostraban su empeoramiento, pero el tribunal médico decidió que se tenía que reincorporar a su puesto de trabajo. Al cabo de unos pocos días la empresa, acogiénzose a la última reforma laboral, le despidió a cambio de una indemnización mínima. Su situación económica cambió radicalmente y por primera vez en su vida se encontró con graves problemas para pagar la hipoteca (400€), cubrir los gastos domésticos o atender a su esposa y a sus dos hijos, que todavía estudiaban y vivían en casa.

Su familia siempre ha sido moderada en los hábitos de gasto y consumo. No usan ropa de marca, ni han sido nunca socios de gimnasios o amantes de los viajes exuberantes. A pesar de eso han tenido que restringir radicalmente sus actividades de ocio cultural y social. Él ha dejado de hacer fotografía, comprar libros de ensayo y novelas o ir al teatro. No se lo puede permitir. Pero lo que más le pesa es la progresiva disolución de la relación con sus amigos. Amistades de toda la vida con personas que, como su esposa y él, disponían de medios suficientes para tener una jubilación cómoda y tranquila. Esos lazos siguen existiendo, pero la frecuencia del trato ha disminuido. En el pasado salían los fines de semana para pasear, tomar unas tapas o ir al cine. Por una parte, afirma, «están las enfermedades, que son muy poco entendidas y eso influye porque ya no puedes comer lo que quieres, te cansas [...] y, vamos, tienes restricciones». Por otra parte, está la falta de medios y la vergüenza de ser invitado y no poder devolver el favor:

Al principio pues algún amigo o el grupo en su conjunto nos decía, *hombre, por tomarte una tapa o una cerveza no pasa nada, lo pagamos entre todos y ya está o te lo pago yo [...]*. Pero claro, eso se puede hacer, o se puede aceptar que te lo hagan, alguna vez. Pero no puede ser un hábito siempre para estar con los amigos. Primero porque ellos se pueden cansar y luego porque quieres estar con los amigos, pero no puedes estar de gorra, como se dice popularmente. Y al final dejas de ir. Y ya no digamos si es de restaurante, o alguna comida o alguna cena. Que nunca era un restaurante de lujo ni de grandes precios, pero yo no podía permitirme un menú de diez o quince euros siquiera. Y como normalmente cuando se sale no se sale de menú [...], pues mucho menos entonces. O cualquier fiesta, cualquier cosilla. Tú no puedes ir a los cumpleaños de los amigos en sus casas y luego no invitarlos a tu casa. Pero si eso supone un gasto en cada una de las casas porque estamos acostumbrados que

todas las celebraciones sean consumistas pues entonces cada uno ofrece lo mejor de lo que tiene en la cena, y luego las copas, y luego [...], en fin, todo eso sí, a mí me supone hacer una invitación que supone doscientos euros para celebrar el cumpleaños con mis amigos, recortado mucho. Pues cuando te juntas doce, catorce o dieciséis personas hay que recortar mucho para gastarse solo doscientos euros. Pero ni siquiera eso me lo puedo permitir [...], pues menos cuando ellos decían de hacer un viaje o alguna otra actividad. He tenido que renunciar a todo eso.

La situación forzó a recurrir en primer lugar a familiares y, más tarde, cuando la necesidad se prolongaba, a instituciones sociales. En su caso su hermano y su tío octogenario les proporcionaron ayuda económica, aunque su mujer, que procede de una familia acomodada, prefirió ocultar la realidad a sus hermanos. En servicios sociales le ayudaron con alimentos e incluso les pagaron algún recibo de la luz atrasado.

Yo no he tenido nunca vergüenza ni de pedir ayuda ni de ir al lugar donde tenía que recibirla. Te encuentras extraño, raro en ese lugar. Preferirías no haber tenido que haber utilizado esos lugares para tener que estar viviendo de la caridad, las cosas vamos a llamarlas por su nombre. Aunque hay una parte de solidaridad y otra de caridad, es fundamentalmente caridad. Y lo que más me dolía es que por mis problemas de enfermedad, que tampoco puedo coger apenas peso [...]; mi hija era la que me acompañaba algunas veces para cargar [...]. El que mi hija tuviese que venir conmigo y viviese esa situación era lo que más me dolía.

Como en el caso de Isabel, Laureano dice que esa situación de necesidad la vivió con dignidad «porque es una situación ni deseada ni provocada por mí». En cambio, su esposa y sus hijos sí sentían cortedad: les avergonzaba «ponerse en cola para vivir de la caridad»:

Albacete es una ciudad, pero en realidad es como un pueblo grande. Y aquí es muy frecuente tropezarse con gente que conoces o te conocen. Por lo tanto, estar esperando en una cola y que te vean [...], pues mi mujer no quería. Ella no venía para que no la viesen en esos lugares [y dice que con su hijo pasaba lo mismo].

A pesar de esa vergüenza nunca han ocultado la realidad a sus hijos. Su hijo estudió un ciclo formativo y dirige un albergue juvenil. Y su hija estudia intermediación comunicativa con personas ciegas y sordas. Tiene una hija mayor de un matrimonio previo que estudió Historia.

Laureano ha vivido la situación con ansiedad, preocupado por el futuro de sus hijos. Acumuló deudas (por ejemplo cuotas de escalera), atravesó una depresión y el ambiente en su casa fue durante un tiempo desolador. Pero, como en el caso de Isabel,

cree que el problema ha reforzado el vínculo familiar y sus convicciones éticas. En el pasado Laureano había contribuido a Greenpeace, Amnistía Internacional, Cruz Roja y otras ONG. Y ahora atravesar esa experiencia le ha hecho todavía más consciente de los problemas causados por la desigualdad económica y ha propiciado que tome cartas en el asunto. También su hijo, me explica, asistió hace poco a una señora que mendigaba en la calle, le llevó la cena y le dio mantas y ropa. Para él eso es un orgullo y el mejor legado que puede dejarles a sus hijos.

En mi casa siempre ha habido comunicación, siempre hemos hablado abiertamente de la situación. Siempre hemos compartido los problemas. Y ellos los han entendido, los han hecho suyos. Les habrá fastidiado más o menos, les habrá impedido hacer muchas cosas. Pero en casa nunca han manifestado ningún reproche, jamás. Al contrario, ánimos por su parte.

Laureano se ha empoderado. Se inscribió en la universidad y recientemente ha comenzado a colaborar en iniciativas cooperativas, convencido de que el problema de raíz es la falta de trabajo y la dejadez del Estado. El año pasado se afilió a un partido progresista emergente. El partido recibió apoyo y logró formar parte del consistorio regional, desde donde ha luchado para implementar políticas progresistas de atención a las personas necesitadas.

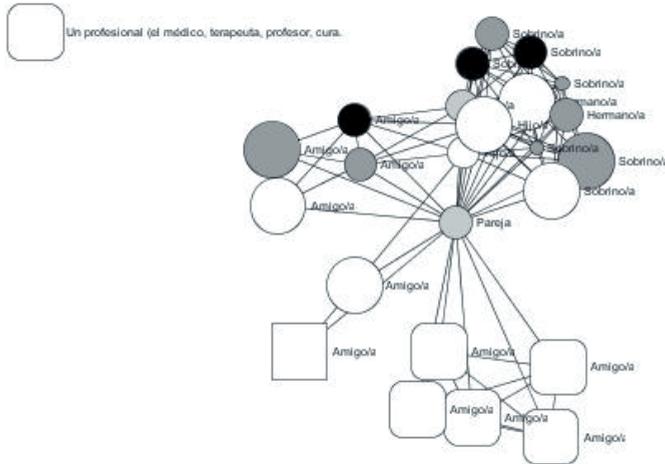
El mundo social de Laureano

La red de Laureano es amplia y consta de dos segmentos diferenciados: uno compuesto por Eduardo, el trabajador social que está apartado del resto de la red, y el otro conformado por relaciones personales. Este hecho es ya singular: el trabajador social, el único profesional en la red, está desvinculado del resto de los contactos. Parecería, por lo tanto, que, a mayor necesidad, mayor protagonismo de la institución social en la red personal del individuo. Y, al contrario, a menor necesidad socioeconómica menos presencia de la institución o de sus profesionales.

En el caso de su núcleo social, la mayor centralidad la ocupa su esposa, sus dos hijos y la otra hija del matrimonio anterior. Su esposa conecta las diferentes esferas sociales (familiares de ambos lados y amigos de diferentes contextos y ámbitos), a excepción de Cáritas porque, como hemos señalado, ese nexo institucional permanece aislado.

Su ámbito personal es amplio (cuenta con 25 personas) e implica distintos grupos de amigos (44%) y familiares. La mitad de las personas (52%) cuenta con un nivel formativo

RED SOCIAL 12. La red de Laureano



LEYENDA				
Nivel de formación	Sin formación	Formación baja	Formación media	Nivel alto
Situación económica percibida	Mejor	Igual	Peor	
Duración de la relación (en años)	< 5	> 5	Toda la vida	

medio o medio-alto, el 28% dispone de formación media y tan solo el 12% adolece de formación profesional y educativa formal. Estos porcentajes también se ajustan a la percepción que tiene Laureano de la situación socioeconómica del resto de sus contactos: considera que el 56% tiene una mejor situación socioeconómica, el 36% tiene una situación similar y solo el 8% tiene una situación peor que él (en este caso dos de sus sobrinos, que están desempleados).

En el caso de Laureano destaca tanto el volumen de amigos como su diversidad: en el margen inferior de su red observamos un grupo muy cohesionado de viejos amigos y dispersas por su red también aparecen otras amistades que dotan de heterogeneidad y capital social al conjunto. Muchos de sus amigos cuentan con formación media o alta y con una situación socioeconómica holgada. Todo ello apoya la suposición de que es muy difícil que Laureano sea objeto de la exclusión observada en los casos anteriores. Con el 60% mantiene un contacto permanente y con el resto (el otro 40%) solo se comunica de vez en cuando. El 76% de los contactos es de larga duración (la mayoría son de hecho familiares) y no hay contactos muy recientes en su red (contactos de hace

menos de 5 años). Solo el 24% son contactos de más de cinco años. Con el 88% de los contactos se siente «muy próximo». Es significativo, no obstante, que en su red no aparezca, a excepción del trabajador social, ningún otro individuo del contexto institucional: ni voluntarios, ni trabajadores, ni otros usuarios.

Las redes de las familias *normalizadas* que gozaban de una situación socioeconómica aceptable hasta que llegó la crisis, presentan características distintas de las observadas en otros colectivos. Los principales problemas son el desempleo y las deudas y la situación de pobreza es posiblemente estacional. Pero se observan otras constantes: presencia de trabajo informal; deudas derivadas de cuotas de autónomos; efecto en cadena derivado de la ruina del negocio familiar; presencia mínima de trabajadores sociales que, sin embargo, tienen un papel emocional importante; escasa sociabilización de la problemática entre allegados más allá de los miembros de la unidad doméstica; presencia de depresiones y crisis matrimoniales que, a su vez, redundan negativamente en la generación de nuevo tejido social.



En este apartado expondremos los resultados de esta investigación. Emplearemos una perspectiva integradora que ensambla el análisis de los datos etnográficos, la teoría y la perspectiva crítica y que se ha demostrado efectiva en etnografías contemporáneas efectuadas en espacios de exclusión y pobreza (véase Newman, 1988; Venkatesh, 2006; Bourgois y Schonberg, 2009; Shevchenko, 2009; Edin and Schaefer, 2015; Desmond, 2016).

Los resultados se exponen siguiendo tres bloques interrelacionados: la aproximación *relacional*, la *perspectiva emocional* y los *retos para la inclusión*.

Mediante la *perspectiva relacional* sintetizaremos las características de las redes de los entrevistados, que ya hemos descrito en la primera parte del trabajo, atendiendo a la provisión de apoyos (aislamiento, relaciones con parientes, conocidos y con la institución) y a los roles de los agentes involucrados (usuarios, voluntarios, técnicos) en el contexto de las instituciones sociales de ayuda unipersonal.

Mediante la *perspectiva emocional* exploraremos la miríada de sentimientos, valores y emociones involucrados en la experiencia de la pobreza. Prestaremos especial atención al principal obstáculo que hallan tanto los usuarios excluidos como nuestra propia sociedad para integrar a esas personas: la *violencia estructural*.

Finalmente, al hilo de todo lo anterior, revisaremos algunos de los principales obstáculos para la inclusión. Esta última parte nos permitirá sintetizar aspectos clave y avanzar algunas propuestas mínimas orientadas a la acción social.

La pobreza relacional

Al inicio de este trabajo, en el apartado *Las redes de pobreza y la pobreza de las redes*, avanzábamos las principales tesis clásicas sobre el papel de las redes sociales en contextos de pobreza y apuntábamos algunas de las críticas que han recibido recientemente. Veamos qué compartimos con esas críticas antes de exponer los resultados.

En primer lugar, algunos autores sugieren que la pobreza debe entenderse como una «categoría relacional» y no solamente económica (Desmond y Western, 2018; Hall, 2019). Compartimos esa postura, que coincide con la definición de exclusión que se lleva empleando hace años, y también porque aquí proponemos precisamente una perspectiva relacional de la pobreza, entendida como un proceso de pérdida en el que el deterioro de las relaciones sociales constituye un factor tan o más decisivo que la carencia económica. La pobreza, en último término, coincidiendo con Sen (1985) y Lister, constituye una vulneración de la dignidad y un obstáculo al pleno disfrute de la ciudadanía (Lister, 2005: 111).

En segundo lugar, las tesis clásicas enfatizaban que la reciprocidad, en las comunidades pobres, actuaba como una red de protección (véase Stack, 1974; Adler de Lomnitz, 1975, 1977; Wilson, 1987; Edin & Lein, 1997; González de la Rocha, 1994, etc.). Nuestro trabajo no es un estudio de comunidad y, por lo tanto, no podemos evaluar cuál efectivo es el rol de las redes sociales en un contexto acotado, como un barrio de inmigrantes mexicanos pobres (Adler de Lomnitz, 1975 en la colonia mexicana de Cerrada del Cóndor), o en contextos de comunidades afroamericanas marginadas (Stack, 1974, 1983 o Wilson, 1987). Pero pensamos, en línea con los críticos, que esas redes sociales ya no garantizan el apoyo material y económico básico a medio plazo (Desmond, 2012; DiMaggio & Garip, 2012). Pero tampoco el Estado de bienestar garantiza la atención a todas las personas excluidas y de no ser por el tercer sector de acción social el *abandono* de las personas empobrecidas tendría consecuencias mucho más dramáticas.

En tercer lugar, los críticos a las teorías clásicas afirman que las redes de las personas pobres son en general *más pequeñas*. En nuestro caso hemos hallado redes pequeñas (5-7 miembros), pero también redes de similar tamaño a las que se observan en la población general con el mismo método (12-14 miembros) e, incluso, en el caso de individuos provistos de familias normalizadas redes relativamente grandes (20-25). Sin embargo, las redes que hemos analizado poseen características particulares: primero, en las redes aparecen muchos profesionales y técnicos de las organizaciones sociales

en detrimento de la presencia de familiares. Segundo, todas adolecen de contactos laborales porque la mayoría de los individuos entrevistados no están empleados. Tercero, en los casos de mayor exclusión abundan las rupturas y las adicciones, que inciden negativamente en la presencia de familiares. En general hallamos únicamente tres esferas sociales en todos los casos: amistades (que como media supone un 40% de los miembros de la red o *alteri*), familiares (30%) y técnicos del ámbito de la ayuda social (30%). Los *nexos fuertes* se limitan a unos pocos familiares próximos (pareja y parientes consanguíneos), algún técnico de la institución social que tiene un papel trascendental en la vida diaria de nuestros informantes y pocos amigos. Destaca la ausencia de otros familiares (hermanos/as, cuñados/as, sobrinos/as, tíos/as, etc.) y la presencia de muchos *conocidos*, pero pocos *amigos*.

En cuarto lugar, también se ha descrito un marcado carácter *homófilo* de las redes de nuestros entrevistados en términos socio-económicos. Homofilia (de *homo*, igual; y *filia*, simpatía) es la tendencia a relacionarse con iguales, con personas de similar condición socioeconómica (McPherson et al., 2001; DiMaggio y Garip, 2012). La homofilia también refleja la desigualdad y la desventaja acumulativa, como mostraremos más adelante.

A continuación, analizaremos el flujo de interacciones que se dan en las redes y entre los diferentes actores. Empezaremos por la ausencia de interacción, que nos ofrece pistas sobre la agencia individual y el contexto.

«No quiero recurrir a nadie»

«Muchos están en la calle porque quieren. Yo a veces he hablado con alguno y le he dicho que no pida dinero, que venga al albergue a comer, que es gratis. Y no han venido.»

Testimonio de un voluntario.

Entre las posibilidades a barajar cuando una persona sin recursos se encuentra en dificultades, también se da la opción de *no recurrir a nadie*. Esta *autosuficiencia* es muy raramente *premeditada* o, al menos, es algo que no hemos podido documentar en nuestro trabajo. Ese aislamiento suele responder a circunstancias del contexto que li-

mitan la *agencia* **(9)** pero que conllevan graves consecuencias sociales. En sus últimas consecuencias el aislamiento, el ostracismo y la separación del resto de la sociedad conlleva la propia aniquilación de la persona. A este respecto resulta alarmante la frecuencia de intentos de suicidio confesos que hemos hallado en la muestra: a Jacinto le invadía el sentimiento de acabar con esa vida entre cuatro paredes. Inma, que presentaba tendencias suicidas, pensaba que «para verme toda la vida así mejor me quito de en medio». Kike en más de una ocasión pensó «no pinto nada aquí ya» y similares pensamientos los tuvieron Leroi y Rodrigo. Alicia intentó quitarse la vida con pastillas y Dora ingiriendo sosa cáustica.

Otro mito extendido, junto al que las personas pobres prefieren estar solas, es suponer que la pobreza es un efecto directo de las acciones y decisiones del individuo. Frecuentemente escuchamos que *muchas personas son pobres porque durante su vida han tomado malas decisiones*. Sin embargo, algunos autores defienden precisamente lo contrario: que la pobreza en sí misma impide tomar buenas decisiones (Mani *et al.*, 2013).

Daniel es un joven de treinta y cinco años, natural de Barcelona, al que conocimos en un comedor social. Es moreno y atlético y siempre está sonriente, a pesar de que no tiene muchas razones para ser feliz. Su madre falleció de leucemia cuando él tenía diez años y su padre, que era alcohólico y maltrataba a su madre, los abandonó poco después dejando a Daniel y a su hermana a cargo de la abuela materna, una señora viuda de ochenta años y sin medios económicos. En la escuela a Daniel no le fue muy bien porque «ya era problemático», afirma, y por eso comenzó a trabajar pronto y en lo que le salía: por lo general trabajos precarios por horas o días, como descargar mercancías de camiones o echar horas en fábricas cuando le llamaban las empresas de trabajo temporal (ETT). Recuerda su juventud dando tumbos de aquí para allá: tonteó con el alcohol y las drogas, tuvo muchas relaciones sentimentales pero breves e inestables y confiesa que le faltó alguien que le guiase o le recomendase qué hacer en momentos críticos. Cuando su abuela falleció se instaló con su hermana, ya casada y con un hijo, en Rubí. Pero discutían continuamente porque «siempre intenta decirme lo que tengo que hacer, y eso no me gusta». La tensión entre ambos llegó a tal extremo que lo echaron a la calle y tuvo que buscarse una habitación alquilada en una vivienda compartida. Al cabo de poco tiempo le diagnosticaron epilepsia y, con la crisis, pasó una larga temporada desempleado. La institución de acción social le ofreció una plaza en un comedor social pero, sin recursos, su vida se acabó limitando, como en el caso de Jacinto, a una existencia entre cuatro paredes.

(9) En sociología, la *agencia* es la capacidad que posee un agente (una persona u otra identidad) para actuar en el mundo. Esa acción individual depende o está limitada por la estructura social.

ILUSTRACIÓN 8. La soledad sostenida es un rasgo característico de casi todas estas personas. Instantánea de una persona andando sola en el camino a Santiago



Fuente propia.

Para evadirse de esa realidad opresiva, cuando tenía oportunidad y algo de dinero, salía con sus amigos de Barcelona. Una noche se le hizo tarde y tenía que volver a casa en tren. Le dio vergüenza pedir dinero a sus *colegas*, así que corrió hacia la estación, con la esperanza de coger el último tren— «ya pediré dinero a alguien o, si no tengo otra, me cuelo aunque me multe el revisor», pensó. Pero llegó y el tren ya había partido. Salió de la estación contrariado y, mientras deambulaba por las calles del centro de Barcelona, pensativo y nervioso, pasó ante un pequeño hotel de turistas. A través de la vidriera podía verse el mostrador de la recepción, vacío, y tras el mostrador se vislumbraba la caja. Se asomó un poco más y la puerta corredera de cristal se abrió. No se lo pensó, entró rápido en el vestíbulo, alcanzó con su mano la caja, la abrió y cogió dos billetes de 20€, suficiente para un taxi. Pero cuando salía apresuradamente unos trabajadores lo sorprendieron y lo retuvieron. Llamaron a la policía, lo denunciaron y luego llegó el juicio y multa. *Lo sé, dice Daniel abatido, fue una tontería, me arrepiento cada día, pero no vi otra alternativa.*

El caso de Daniel ilustra cómo un individuo sin recursos acaba tomando decisiones lamentables. Los testimonios de nuestros entrevistados estaban plagados de ejemplos similares: personas que, en ausencia de dinero, *decidieron* colarse en el metro, hurtar comida en tiendas o robar ropa en supermercados. Ninguno narró esa experiencia con orgullo ni jactancia.

Algunas decisiones que parecen a todas luces irracionales, analizadas en contexto pueden resultar lógicas. En este sentido, un trabajador social nos explicó el caso de un muchacho

...y su novia que, a los 17 años, jovencitos, ella se queda embarazada. Sin ingreso alguno. Y le digo: *bueno, ha sido un error, pero no pasa nada, vamos para adelante...* Y me dice: *no, no ha sido un error, ha sido buscado.* Y yo le pregunto con sorpresa, *oye, ¿y cómo has decidido tener un hijo?* Y él me dice: *mira, con mi familia nunca he sido más rico de lo que soy ahora. En el futuro no creo que sea tampoco más rico. Por lo tanto yo quiero ser padre. Si me tengo que esperar a vivir como tú no voy a tener nunca hijos.* Y me tuve que callar, efectivamente.

La pobreza posiblemente afecte al *capital cultural* del individuo. Y esa falta de información, habilidades y recursos incide negativamente en la toma de decisiones. Aunque una persona pobre, como cualquier otra persona, es capaz de postergar acciones en previsión de futuro (por ejemplo, ahorrar dinero), la *«gratificación diferida»* no suele tener sentido porque las necesidades urgentes requieren soluciones inmediatas (Newman, 2019). Y esa inmediatez a su vez tiene un coste acumulativo porque el estrés que genera vivir en constante urgencia impide tomar decisiones sopesadas (Mani, Mullainathan, Shafir, & Zhao, 2013). Estas son también algunas de las conclusiones que

extraen Roberts *et al.* (2014) en base a un estudio patrocinado por la *John Henry Newman Association* realizado en uno de los barrios más pobres y marginales de Londres.

En nuestra muestra la mayoría tenía hábitos de gasto moderados. Laureano, Andrés o Rodrigo eran comedidos en el consumo y, a juzgar por las entrevistas y sus actitudes, no habían incurrido nunca en gasto suntuoso. Según Isabel, «no he sido nunca una mujer que gaste mucho en mí misma. No veo cosas como ir a la peluquería, manicura o pedicura tan necesarias como muchas otras mujeres». Amparo nunca tuvo hobbies y, como Dora, el primer viaje turístico lo realizó con Cáritas. Julián y Joaquín hoy comparten hábitos de consumo realmente austeros: reciclan objetos que encuentran por la calle ya sea para uso propio o para revenderlos luego. Gabino, Evaristo, Gregor, Kike, Laura y Dora son extremadamente comedidos en el gasto porque no pueden permitirse otra cosa.

En el otro extremo, hallamos algunos casos de personas que en el pasado habían *malgastado* dinero: Leroi, Jacinto, Julián o Alicia. Pero lo más chocante era el grado de culpabilidad que habían asimilado y la incapacidad de vislumbrar otros factores influyentes. Jacinto afirmaba que «había dilapidado el dinero» y se mortificaba por «haber desaprovechado todas las oportunidades». De acuerdo con Alicia:

Lo tengo muy claro, yo no he sabido ahorrar. Yo he querido vivir un ritmo de vida que no me corresponde. Para mí fui muy, muy difícil tenerlo todo, porque mis padres me lo dieron, y [luego] la adaptación no es fácil.

De estos casos podemos extraer algunas reflexiones paradójicas: primero, que la toma de decisiones erróneas no es algo exclusivo de individuos procedentes de contextos de exclusión. Segundo, que el derroche por sí solo no es determinante, pues existe toda una serie de factores, circunstancias o disposiciones personales que también inciden en el desencadenamiento de la pobreza. Por otra parte, muchos individuos dilapidan su patrimonio familiar, pasado y futuro, y no por ello acaban en la calle. En efecto, como observa Oddone en un estudio sobre estrategias de subsistencia en Argentina, si uno cuenta con el capital social apropiado (personas con nivel socioeconómico medio o alto) es extraño que recurra a instituciones de acción social o que acabe en la calle (2007: 129).

En relación al aislamiento, los casos de ostracismo más extremos suelen asociarse a patologías mentales o casos de adicciones, como en los casos de Inma, Gregor, Dora, Andrés o Leroi. En el último caso el aislamiento es producto de quemar los lazos familiares, de la destrucción literal que deja la adicción a su paso y de la necesidad de

alejarse de contextos perniciosos. En el caso de las toxicomanías las decisiones suelen estar condicionadas por la adicción y la enfermedad crónica recidivante. La necesidad de aplacar la adicción, en ausencia de dinero, resulta destructiva con las relaciones próximas. A Kike, Gregor, Inma y Leroi los expulsaron de sus hogares. La relación con los familiares llega a deteriorarse tanto que, como observa un trabajador,

cuando nos hemos puesto en contacto con la familia nos han colgado o nos han enviado directamente a la porra, no querían saber nada. En ese momento esa persona no tiene familia, la ha quemado, no hay vuelta atrás y deben asumirlo.

La mayoría de los amigos toxicómanos de Gabino, Kike y Leroi habían fallecido por sobredosis, por VIH o por complicaciones de salud asociadas. Y las personas que habían superado su adicción al alcohol eran conscientes de que su futuro dependía de evitar entornos, compañías y circunstancias relacionadas con su consumo.

Muchas personas que están en situación de calle sufren trastornos psicológicos (no siempre diagnosticados), en ocasiones severos (esquizofrenia y psicosis), y agravados por el propio contexto de vulnerabilidad (desestructuración, pobreza, maltrato, etc.) y por adicciones, que a menudo van asociadas. Establecer la causalidad entre esas variables, de acuerdo con los psicólogos entrevistados, no es lo más relevante para la institución. Resulta más importante discriminar si lo que motiva el consumo son *causas positivas* (placer, curiosidad, estimulación, etc.) o *negativas* (no sentirse mal, poder levantarse, etc.), porque en este último caso las personas suelen estar más solas y sus redes son anómalamente pequeñas. Una parte de esas personas no reciben atención porque son móviles, carecen de historial médico, no llegan a urgencias psiquiátricas o no siguen el tratamiento.

Incluso en las situaciones de exclusión más extremas, como en los casos de Amparo, Dora o Leroi, el contacto con amigos y familiares se mantiene por WhatsApp o Facebook. También los actos de altruismo y solidaridad por parte de desconocidos contribuyen a preservar el nexo mínimo con la realidad social más amplia. Rodrigo, Gregor, Inma, Julián y Leroi recibieron donaciones de alimento, dinero, mantas o incluso conversación de personas anónimas que, en los momentos más bajos, fueron una cuerda a la que aferrarse a la vida.

En definitiva, resulta difícil encontrar a personas que, deliberadamente, y sin recursos, decidan aislarse del mundo. Lo que se observa, al contrario, es una persistente necesidad de vincularse y sentirse un miembro más, ordinario y común, del mundo social más amplio.

Recurrir a parientes

En principio, las relaciones con parientes consanguíneos (padres, hijos y hermanos) suelen ser más *resilientes* que las que se dan con otras personas, porque operan principios de *reciprocidad generalizada* (a priori *uno nunca fallará a sus hijos o a sus padres*, por ejemplo). El nexo familiar suele ser más duradero, sólido e incondicional porque, como reza el proverbio, *blood is thicker than water* (*la sangre es más densa que el agua*) **(10)**. En nuestro diseño de análisis de redes estas relaciones suelen responder a ‘conocidos de toda la vida’ y son el grupo al que solemos acudir en primera instancia. En los casos de personas que pertenecen a familias *normalizadas*, observamos redes amplias y recíprocas que proporcionan diversos tipos de apoyo económico, social y emocional. Sin embargo en el resto de casos encontramos excepciones importantes que indican debilidad de ese primer anillo de apoyo familiar.

Respecto a los padres y madres de los entrevistados, en catorce (14) casos –Jacinto, Isabel, Laureano, Evaristo, Andrés, Julián, Joaquín, Kike, Alicia, Dora o Gabino– no hay relación porque ambos han fallecido o porque uno ha fallecido y el otro se halla en paradero desconocido – los casos de Daniel, Rodrigo, Laura. En tres casos (3), aunque uno de los padres todavía vive no hay relación debido a rupturas ocasionadas por adicciones. Este es el caso de Leroi, Inma y Gregor que, significativamente, viven en la absoluta pobreza. En tres (3) casos, los padres con vida no solo no pueden ayudar a sus hijos por falta de medios –Encarna, Rodrigo, Alfonso– sino que suponen una carga considerable para la persona entrevistada, como en el caso de Laura. Y solo en un caso (1) los padres prestan ayuda, aunque son ancianos que están asumiendo cargas considerables: el caso de Amparo.

En cuanto a la relación con hermanos y hermanas, los datos son también significativos: en cinco casos (5) no se da apoyo de hermanos o hermanas, porque se trata de hijos únicos (los casos de Jacinto, Joaquín, Evaristo) o porque apenas existe relación (Andrés, Alicia). En cinco (5) casos la relación es conflictiva y, en el momento de la entrevista, no había contacto (Leroi, Alicia, Julián, Gregor y Daniel). En ocho (8) casos (Rodrigo, Alfonso, Inma, Laureano, Isabel, Ascensión, Laura, Encarna) hay relación con hermanos y/o hermanas pero no se recurre a ellos por vergüenza, para evitarles carga emocional, porque están lejos (en el caso de inmigrantes) o porque realmente no pueden ayudar. Solo en dos (2) casos (Kike, Gabino) se da una buena relación con hermanos y se observa apoyo material y emocional recíproco.

(10) Este antiguo proverbio inglés, que de hecho puede trazarse a la Alemania del siglo XII, enfatiza que las conexiones familiares son siempre más importantes que otros tipos de relación (amistad o amor).

Los hijos podrían ser una fuente de recursos potencial en los casos de familias, porque la media de edad de los entrevistados es elevada y muchos hijos se hallaban en edad laboral y no tenían cargas familiares propias. Pero esta ayuda se producía solo en dos casos, el de Amparo e Isabel. En doce (12) casos las personas no tienen hijos. En el resto de los casos (8), sí hay hijos, pero no están en posición de prestar ayuda o no hay relación. En dos (2) de esos casos porque son menores y en los seis (6) restantes porque no pueden o no quieren asumirlo. En cuatro (4) de esos casos los hijos están desempleados e implican una carga económica para sus padres –los casos de Amparo, Encarna, Laureano e Isabel.

Al nivel de las redes se observan algunas relaciones particulares, no siempre explícitas, que condicionan la toma de decisión y hemos denominado *nexos clave*, *nexos de dependencia* y *nexos tóxicos* respectivamente. Los primeros, *nexos clave*, implican un vínculo de apego inusualmente intenso con un consanguíneo (generalmente el padre o/y la madre) hasta el punto que, cuando aquél fallece, el impacto emocional resulta devastador. Esto lo observamos en el caso de Amparo, Andrés y Kike con su padre, Alicia y Julián con sus madres, Jacinto y Gabino con ambos. Cuando fallece su padre, afirma Andrés, «yo ya ahí me metí en un laberinto del que no sabía salir. Yo la salida pues la veía con el alcohol. Vas bebiendo y bebiendo y al final pues ya no te acuerdas». O Alicia, «mi madre lo era todo para mí, era un ángel. [Cuando falleció] se me fue la vida... yo me se quería morir, yo me quería ir con ella».

Los *nexos de dependencia* surgen, al contrario, entre las personas entrevistadas y sus hijos. Son lazos que implican compromisos y responsabilidades vitales hacia terceros, como se observa en Rodrigo y su decisión de migrar para mantener a sus hijos. O en Isabel, Laura y Laureano, cuyos esfuerzos están guiados por garantizar el futuro de sus hijos. Pero incluso en los casos de Inma, Belén o Amparo, madres que han perdido la tutela de sus hijos, estas relaciones condicionan sus decisiones.

Finalmente, hallamos los *nexos tóxicos* que, aunque trascienden el núcleo familiar, se dan con frecuencia en ese ámbito. Las *relaciones tóxicas* (Del Real, 2019) constituyen una forma de *capital social negativo* (O'Brien, 2012), porque restan recursos emocionales o materiales y generan tensión y estrés en las relaciones próximas y durables. Esto suele observarse en contextos de drogodependencia y alcoholismo, dado que en ocasiones la persona que consume drogas trasgrede los límites de la reciprocidad y se vuelve abusivo. Los *lazos tóxicos* son ambivalentes e implican un elevado coste emocional. Por ejemplo, Daniel mantiene con su hermana una relación dependiente y conflictiva. Gregor, al que la familia lo consideraba la oveja negra, era tóxico con su padre. Inma lo era con su madre y Leroi con toda su familia. Esta toxicidad también se

observa en las parejas que surgen en estos contextos, como veremos. También ocurre cuando las relaciones del individuo se limitan a la unidad doméstica, donde se observa una intensificación de lo emocional, generalmente de signo negativo (conflictos, rifirrafes, discusiones, etc.), como en los casos de Amparo o Encarna, con sus hijos y nueras, o Laura e Isabel, con sus maridos.

Como indicábamos, no obstante, las relaciones *de sangre* tienen la característica de que son *más espesas que al agua*. Es decir, suelen ser resistentes y *resilientes* y, aunque parezcan devastadas, pueden reactivarse en momentos críticos, por ejemplo en el caso de defunciones o enfermedades. En ocasiones, como hemos visto, esas relaciones se proyectan sobre otro tipo de relaciones que reproducen sus funciones: en este último caso hallamos *nexos de parentesco ficticio*, sobre el que luego volveremos.

En cuanto a la relación con otros familiares, la mayoría de las personas en dificultades hace todo lo posible para no recurrir a ellos (parientes no consanguíneos) o a terceras personas, a excepción de los amigos íntimos, como veremos. En cuanto a las relaciones con parientes lejanos, hallamos semejanza con las que se establecen con *conocidos*: el apoyo material suele ser limitado debido a fracturas familiares (divorcios, adicciones, enfermedad mental, etc.), por falta de nexos, como en el caso de Joaquín (huérfano), Alicia, Rodrigo o Alfonso (inmigrantes), por falta de voluntad (los familiares españoles de Alicia) o, frecuentemente, por incapacidad. Como expone Isabel «cada uno tiene sus gastos y sus cosas y no nos pueden ayudar».

En el contexto norteamericano, Mazelis observa que algunas personas no recurren a sus contactos próximos para evitar relaciones recíprocas que pongan en riesgo su autonomía individual (2018: 62). Esto, asegura la autora, supone una de las barreras más poderosas para la formación de lazos sociales entre los pobres (2018: 89) y, por esa razón, muchos optan por recurrir a instituciones de ayuda antes que a familiares (Mazelis, 2018: 66). En este contexto, de acuerdo con Silva (2013), no pedir ayuda se considera incluso una virtud. En el caso que hemos analizado, aunque se intuyen indicios de esa ideología, también intervienen factores como el *orgullo* y la *vergüenza*, la *evitación* o la *saturación* de la vía de apoyo.

Los entrevistados adujeron que no piden ayuda a familiares y conocidos «para evitar preocuparles», «porque no me gusta quejarme de mi situación», «porque todo el mundo tiene sus problemas», «porque no me gusta pedir» o, también, «por vergüenza». Leroi, Rodrigo y Alfonso mienten u ocultan su realidad a sus familiares próximos para evitarles sufrimiento y preocupación. Según Alfonso,

Nunca he contado a mi madre esta situación, porque en mi país todo funciona muy distinto de aquí: con tanta pobreza y desigualdad, un servicio como este no hay, no existe. Pensaré que estoy en un lugar sucio y rodeado de gente mala.

Las relaciones sociales son siempre intersubjetivas, bidireccionales. Por lo tanto aunque una persona cuente con apoyo emocional, las personas que aportan este apoyo pueden saturarse si el individuo reclama demasiado su atención, o el individuo puede evitar recurrir a ayuda si se siente reprendido o cuestionado. Como observa Alicia, «cuando uno tiene problemas las personas se cansan de escucharlos y [al mismo tiempo] otros te quieren resolver el problema sin pedirlo». En el mismo sentido, Conchi, trabajadora social, observa que los usuarios a veces entran en un bucle pesimista (parafrasea: *estoy mal y no voy a salir de esta*) y aunque al principio

las personas a su alrededor tienden a ayudar y ofrecer su apoyo, cuando la situación se prolonga en el tiempo la gente se cansa y tiende a darte de lado. Luego vienen los cuestionamientos: *bueno, deja de quejarte porque ahora no estás tan mal. Y además todos tenemos problemas*. Esa persona acaba siendo una molestia y tras la empatía y la solidaridad llega el rechazo.

El reproche y la incompreensión suelen también aducirse como causas para evitar recurrir a los parientes. Isabel se sintió recriminada cuando su cuñado le insinuó que habían sido poco previsoros. Alicia decidió prescindir de su prima porque la presionaba y le hacía continuos reproches que la herían.

A pesar de todo eso, en ocasiones los parientes lejanos procuran más apoyo del que los entrevistados reconocen. Por ejemplo, la nuera y las cuñadas de Amparo le proporcionaron pequeñas ayudas en forma de favores, dinero o pago de billetes de tren. Alicia recibió la ayuda de su prima en momentos clave (le proporcionó un contacto de trabajo y alojamiento). Julián recibió ayuda de su tía y de su prima. A Isabel su cuñada le obsequió con una cesta de alimentos en Navidad y a Laureano, aunque olvidó mencionarlo en su red, su tío-abuelo le había proporcionado ayuda económica de manera sostenida.

En conclusión, en los casos observados, por las razones aducidas, hallamos un apoyo débil por parte de los *nexos consanguíneos* que no garantiza la subsistencia de las personas necesitadas pero que, sin embargo, es más resistente que otro tipo de relaciones.

Recurrir a terceros

Como afirmábamos, pedir ayuda a personas ajenas al ámbito familiar (como vecinos, amigos lejanos o compañeros de cualquier otro ámbito) es extraño. Esta es una consecuencia directa de la pobreza relacional: la falta de contactos sociales.

La única excepción son los amigos cercanos o próximos, cuya presencia es elevada en todas las redes de nuestros informantes (supone como media un 40% de los contactos del individuo). Las relaciones con amigos íntimos y con familiares próximos comparten similitudes porque suelen basarse en principios de reciprocidad generalizada: ¿cuántas veces hemos escuchado la expresión *para qué están los amigos si no?*

Con el grupo de amigos más amplio, si existe, suele primar la *reciprocidad equilibrada* (intercambio común) y la *redistribución* (rotación de recursos): por ejemplo, cuando un amigo invita a cenar al grupo, se espera que cada integrante haga lo propio y el ciclo se repita perpetuando así la relación de amistad a largo plazo. Cuando un amigo atraviesa momentos de dificultad económica temporal, los amigos suelen hacerse cargo e invitan a la persona en dificultades, o incluso es posible que limiten el gasto durante una temporada. Pero si la situación de necesidad y dependencia se prolongan, en ausencia de otro tipo de reciprocidad alternativa, es posible que la relación acabe deteriorándose. Esto se produce porque el que invita se cansa de hacerlo o porque el invitado se siente avergonzado y rehúye la situación —evita frecuentar a los amigos. Laureano, por ejemplo, dejó de participar en las cenas con sus amigos porque no podía permitirselo ni podía retornar el favor. Julián hace nuevas amistades pero no podía siempre asegurar las normas implícitas de reciprocidad —invitar a algo, por ejemplo. Isabel tuvo que rechazar alguna invitación de bodas. En el resto de los casos esta situación no ha llegado tan siquiera a producirse porque no se dan niveles de socialización ni recursos suficientes —por ejemplo Leroi, Miguel, Juan Luis, Andrés, Amparo, Inma, Gregor, etc.

En la visualización de muchas redes puede apreciarse que las amistades aparecen como satélites, o islas, alejadas entre el entorno familiar y el institucional. Es decir, son individuos poco integrados con el resto de los individuos en la realidad social de la persona entrevistada.

Recurrir a la institución

Instituciones totales y redes marginales

No todos los servicios ni espacios de atención social son iguales, ni cubren las mismas necesidades, ni se orientan al mismo tipo de usuario. Esto implica distintas dinámicas relacionales y restringe las generalizaciones de la observación. A priori, distinguimos entre servicios de atención a personas excluidas (pobreza crónica, adicciones, enfermedades mentales, sinhogarismo, etc.) y servicios orientados a cubrir necesidades puntuales (pago de una factura, alimento, etc.). Los últimos difícilmente crean las condiciones para establecer relaciones sociales a largo plazo. En este apartado nos centraremos en el primer caso y lo analizaremos desde la perspectiva de la «institución total».

Una *institución total*, de acuerdo con Erving Goffman, es un lugar de residencia y/o trabajo en el que un gran número de individuos en iguales condiciones, con idénticos derechos y obligaciones y relativamente aislados de la sociedad, comparte una rutina cotidiana con objetivos específicos, administrada formalmente y regida por normas explícitas (Goffman, 1961: 13). Ejemplos clásicos de instituciones totales son las cárceles y los hospitales psiquiátricos, pero el concepto se ha aplicado a un abanico más amplio de organizaciones sociales, desde parques temáticos a barcos mercantes, monasterios o regimientos. Salvando las distancias, la noción de *institución total* nos permite aplicar una perspectiva etnográfica de los servicios sociales de atención individual y analizar tanto las normas formales e informales como las interacciones entre los actores.

Desplegaremos esta perspectiva sobre el albergue social, que es el más próximo a la noción de *institución social*. En este contexto se observan aspectos relacionales y emocionales que afectan fundamentalmente a los sectores más desfavorecidos, pero que son parcialmente extrapolables a otros ámbitos asistenciales.

Las instituciones totales suelen irradiar una idiosincrasia singular, unos principios, normas y dinámicas específicas observables en la estructura, la distribución y las funciones del espacio. En el contexto asistencial, los mismos espacios físicos proyectan una particular imagen de la institución. Esto es conocido por Cáritas, que está realizando un esfuerzo considerable por modernizar y dignificar las instalaciones y los espacios de atención, que a menudo se relacionan con el estereotipo parroquial y algo anticuado. Muchos de los centros estaban reformados y contaban con instalaciones modernas,

abiertas y amables, salas de café, acceso a Internet, ordenadores, o habitaciones individuales. Como expone Alicia, procedente de un contexto socioeconómico acomodado:

Cuando llegas aquí el trato es muy, pero que muy humano. Te dan una sonrisa, te entienden, te ayudan [...]; las camas son de IKEA, con seis o siete camas, y entras a las nueve de la noche. Los baños están limpios. Tienes una sala pequeña con televisión y un comedor. Todos colaboran [y] a las siete de la mañana nos despiertan con música tranquila.

Estos lugares dotan de un espacio protegido del resto de la sociedad moderna y competitiva (Baxter & Hopper, 1981: ii). Un espacio más amable y solidario que el mundo exterior (Caldwell, 2004: 12), que ofrece una oportunidad de sociabilizar sin el impacto emocional que comportan las relaciones a largo plazo. En el caso del comedor social, una institución próxima al albergue, Glasser realiza la siguiente reflexión en el contexto de EEUU:

El comedor social es una adaptación particular a la vida norteamericana contemporánea. Sirve como un nicho ecológico para un segmento de los pobres considerados 'marginales' de la cultura dominante, en términos de falta de ingresos, desempleo, condiciones físicas, enfermedades mentales, separación de las relaciones sociales y distancia de la ciudadanía. Los usuarios, en estas condiciones, carecen de las fuentes de contacto humano que la mayoría de nosotros damos por sentado en el trabajo, las relaciones familiares y las actividades de consumo (1988: 3- 4).

La dignificación de la asistencia social comienza por las personas atendidas. En algunos centros se les considera *participantes*, un término más amable que el de *usuario* que ofrece una idea de la filosofía subyacente: el intento consciente por dignificar la atención y por transformar el asistencialismo en un modelo más inclusivo que haga a las personas atendidas copartícipes y responsables de sus propias decisiones. Otros servicios han conseguido asegurar subvenciones para que estas personas puedan arreglar su dentadura o tener acceso al transporte público, aspectos básicos para facilitar su integración y movilidad.

El albergue: las puertas de la calle

El albergue es la puerta de la calle, me dijo su director cuando lo visité. Es un lugar de cobijo para personas que se encuentran desprovistas, de manera circunstancial o sostenida, de esas cuatro paredes. A este acuden personas a comer o a guarecerse de la calle, pero algunos también residen por tiempo ilimitado.

El albergue se emplaza en un polígono industrial y concentra sus servicios en una gran nave. En el exterior hay vasos de café vacíos tirados por el suelo, un viejo colchón en el que a menudo se tumbaba algún usuario, latas de cerveza, colillas y “participantes” fumando y conversando en el umbral. Algunos usuarios expresaban su desaprobación de esa imagen *deplorable* y criticaban la suciedad de la entrada. Pero la verdad es que la propia dirección poco podía hacer para evitarlo, porque el establecimiento de normas estrictas puede tener un efecto adverso y amedrentar a los usuarios.

El albergue ofrece unas cuarenta plazas para pernoctar y servicio de comedor para noventa personas. También dispone de un centro de día, duchas y ropero. Sirven desayuno, almuerzo, merienda y cena para usuarios que viven en situación de calle o que residen temporalmente en el albergue. La administración del centro además se esfuerza por aligerar los trámites y agilizar que las personas puedan cubrir esas necesidades básicas con el menor costo posible.

A la derecha hallamos el ropero: un almacén de ropa usada cedida y seleccionada por voluntarios que se pone a disposición de quien la necesite. Solo se reutiliza la ropa

ILUSTRACIÓN 9. EL albergue



que está en condiciones y el resto se cede a empresas de reciclaje o se desestima si está demasiado gastada. Los trabajadores y voluntarios me comentaron que la gente a menudo deposita cualquier cosa en los contenedores, pero si se atiende a un mínimo de dignidad realizar la selección de la ropa es una tarea sencilla, solo «hay que preguntarse, ¿esto te lo pondrías tú?».

A la izquierda hallamos el centro de día, los dormitorios, el comedor y las duchas. En la planta baja hay una sala de estar con televisión, mesas y sillas, ocupadas por hombres que juegan al dominó. Muchos visten chándal y, bajo sus camisetas se atisba algún tatuaje. En la entrada, al fondo, una recepción acristalada con un conserje amable y grandullón atiende a las personas que entran. El pasillo de la derecha conduce a los dormitorios comunitarios de hombres y mujeres, separados, y tras una puerta hay duchas. Los dormitorios son habitaciones sobrias, como las de antiguos hospitales, con cuatro catres, cuatro mesitas de noche y un armario metálico.

Tras la recepción, a la derecha y al final de un corto corredor, se encuentra el comedor y, más allá, la cocina donde trabajan la cocinera, algunos voluntarios y ayudantes de cocina. En la segunda planta hay otra sala de estar, pasillos y, tras unas puertas metálicas grises, están los despachos de los técnicos y trabajadores. En esa planta suelen realizarse manualidades y encargos de fábrica (piñatas de cartón). En el albergue, además de poder cubrir necesidades básicas (alimento, higiene, techo), participan en actividades y talleres (trabajo manual, actividades, juegos, etc.) coordinados por los trabajadores sociales y orientados a ocupar su tiempo y a reconstruir hábitos y pautas psicosociales básicas: horarios, responsabilidad, autoestima, introspección, orden, etc. A cambio de ese trabajo como incentivo obtienen una cantidad simbólica, unos dos euros, que sin embargo les sirve para pagarse algún café o el tabaco.

Al visitar por primera vez el albergue, la imagen que me vino a la mente fue el de un espacio carcelario, una prisión. No tanto por la privación de la libertad ni por el personal, sino por el mobiliario, la estructura, el aspecto de algunos usuarios, las normas de convivencia y la distribución y sobriedad de los espacios. El hecho de estar alejado del centro urbano no era fortuito: responde a una voluntad política, la de ocultar la pobreza y mantener alejados de los lugares visibles a las personas sin hogar –según me explicó un trabajador social.

A pesar de que el perfil de los usuarios se ha diversificado mucho en la última década (e incluye un mayor número de inmigrantes o mujeres), la mayoría son hombres (solteros, viudos o separados) que lastran otras complicaciones –desempleo de larga duración, desahucio, presidio, enfermedades mentales y dolencias físicas, etc.

ILUSTRACIÓN 10. Entrada a la institución total



Los moradores entre las paredes

Una parte del trabajo de campo se dedicó a observar las actividades cotidianas y a interactuar con usuarios, técnicos, trabajadores no especializados y voluntarios. En este apartado analizaremos las relaciones que se establecen entre los distintos actores en la institución total.

Usuarios

Las relaciones entre usuarios en el contexto de la institución suelen ser efímeras, porque se dan en contextos transitorios y ambivalentes, y porque obedecen a un doble estándar: lealtad y ayuda mutua, por una parte, versus desconfianza y rivalidad, por la otra. Las escasas relaciones de amistad duraderas que hemos podido documentar (relaciones de «entre 1 y 5 años» en el análisis de redes) se suelen dar entre hombres que han compartido espacios asistenciales (Julián y Andrés, Rodrigo y Alfonso, por ejemplo).

Pero como matiza una trabajadora social, en estos contextos,

Cuando hablan de sus *amigos* a veces dice, *bueno, no son tan amigos en realidad* [...]. Es como [una relación] más utilitarista o instrumental. Eso les pasa más a los hombres en general [...]. Y luego entre ellos de hecho se cuidan mucho, se defienden mucho.

El albergue a menudo se describe como un espacio inseguro. Según la opinión de Evaristo:

En el albergue hay de todo [...]; se duerme con gente que no conoces de nada. Hay desconfianza [...]. [Pero] los servicios son muy buenos. La comida es como un bufet, como un hotel. Pero luego, algunas personas [infiriendo que son inmigrantes] usan mal las cosas. No hay compañerismo, cada uno va a lo suyo [...]. Dejas un móvil y vuela. Claro, es la necesidad la que obliga.

Aunque los comportamientos abiertamente delictivos son raros, se producen pequeños hurtos de zapatos, cigarrillos, o teléfonos móviles. Según Inma,

una se levanta enfadada todos los días. Sí porque mira, ayer me quitaron las zapatillas, hoy me han quitado la bolsa de ropa, la ropa interior [...]. Hay que aguantar muchas cosas, muchos comentarios. Hay gente muy falsa, hablan contigo bien y luego por la espalda te están apuñalando.

A veces la heterogeneidad de estatus, situaciones y personas no contribuye a afianzar relaciones sino más bien a establecer distancias entre usuarios. Alicia explicaba que «en la Iglesia estuve un poco más pero no me gustar ir. Que Dios me perdone... [Hay] alcohólicos, drogadictos, prostitutas, borrachos; van drogados, salen, entran..., allí no hay donde ducharse; hay un baño para todos. Es horrible». Josep, un usuario de un comedor social en la periferia de Barcelona, expresaba de manera tosca que

a veces sí nos sacan [de excursión] y lo pasamos bien. Pero vamos con los mongolos y claro [...]. A ver, que son buena gente y todo, pero son retrasados y, claro, no me voy a hacer amigo de ellos [...].

Los problemas de adicciones añaden complejidad a esas relaciones. Joaquín, por ejemplo, compartía un piso tutelado con otras personas. Algunos habían tenido problemas con el alcohol pero estaban remontando. Las normas eran estrictas: en el piso no se podía consumir alcohol. Joaquín sospechaba que otro usuario consumía cerveza a escondidas y lo delató sin dudarle: «no es por ser malo, es porque quieres salvar tu

pellejo», añade. Sin embargo, algunos compañeros vieron ese acto como una traición a la cohesión del grupo.

Pero no todas las interacciones en este contexto son *negativas*. Como documentan otros antropólogos (Bourgois y Schonberg, 2009), en estos espacios también operan normas implícitas de reciprocidad: por ejemplo, cuando llega un usuario muy deteriorado el resto suele ayudar. Gregor me explicó que había acompañado a Benidorm a Dusak, un usuario inválido que requería solucionar cuestiones administrativas. Durante las visitas a esos espacios se observaron gestos de civismo y solidaridad, condescendencia hacia mujeres y ancianos, ayuda a minusválidos e intercambio de cigarrillos, comida o productos de higiene entre usuarios. También existen normas grupales internas, no siempre evidentes. Por ejemplo, las personas que llevan mucho tiempo en la calle gozan de cierto respeto y reputación en esos espacios institucionales. Y también entre usuarios se da lealtad y complicidad en momentos críticos. Por ejemplo, en el centro de tratamiento de adicciones se produjo un incidente que involucraba a dos usuarios. Eran heroinómanos que vivían en la calle y habían ingresado al centro hacía poco, aunque no tenían relación previa. Pero ninguno delató a su compañero. Esa lealtad también se ha observado en la relación con profesionales, aunque no con voluntarios como observó Rice en otro contexto (2007).

Técnicos

La atención social al usuario se caracteriza por ser personalizada y flexible, por adaptarse a las necesidades del usuario de acuerdo a un modelo integral, holista, que incide sobre las diferentes dimensiones de la persona, puesto que «el individuo no es una suma de trozos: trabajo, salud, higiene, hogar, etc.», como apunta un trabajador social. Esta atención requiere de un trabajo en red eficiente entre usuarios, profesionales, voluntarios e instituciones (parroquias, servicios públicos y privados, etc.).

Cáritas además goza de mayor flexibilidad y autonomía que otras instituciones públicas o privadas, pero no está exenta de la creciente burocratización y auditoría, un rasgo que afecta a nuestras modernas instituciones (Strathern, 2000) y que, en el contexto de la atención social, posiblemente repercuta sobre la calidad y el bienestar de los usuarios, expuestos a protocolos, control de gastos, e injerencia en sus contextos personales. Además, esta institución, al ser referente en la atención social, en un contexto de retirada del estado de bienestar, deviene un servicio de urgencias al que se derivan, sin que sea su función, todo tipo de casos. La policía, por ejemplo, trasladaba directa-

mente al albergue a las personas que hallaban desatendidas en la calle o a personas que no podía atender el SAMUR y que, posiblemente, requerían otro tipo de atención.

En el caso de los técnicos especializados (psicólogos, trabajadores sociales, sociólogos, etc.), el nivel de profesionalidad y autorreflexión nos resultó notable. La mayoría comparte una actitud empática y flexible hacia los usuarios y su prestación suele descansar en relaciones de «confianza densa» basada en un nivel de exigencia bajo y a largo plazo. Personas como Leroi, Dora, Joaquín, Julio, Andrés o Kike, que habían estado en la calle, eran inicialmente reacios a ingresar en la institución y ser atendidos. Ante la desconfianza, la toma de contacto pasa por invitarles a tomar una ducha o un café, sin compromiso, y como punto de partida para iniciar la relación. Si se establece ese primer contacto con éxito, hay posibilidades de que comience a fortalecerse la relación. En esos casos los técnicos adquieren una gran centralidad e intermediación en sus redes, ejerciendo un papel de apoyo emocional, social y material fundamental. En muchos casos la relación es tan próxima e intensa para los entrevistados, que se asemeja a la que se da con familiares próximos (que a menudo están ausentes en las redes de los usuarios).

Podría afirmarse que, *a mayor exclusión y vulnerabilidad relacional mayor es esa centralidad y relevancia de la trabajadora*. En femenino porque el vínculo emocional más estrecho parece darse entre usuarios varones y profesionales mujeres, de ahí que muchas redes de usuarios sean ligeramente feminizadas (es decir, que implican a más mujeres que a hombres) y que el papel del «parentesco ficticio» sea notable (Grau, Escribano, Valenzuela y Lubbers, 2019). Ese tipo de *falso* parentesco emula, o substituye, a la familia habitual en términos de roles, responsabilidades y cuidados. Además, refuerza el sentido de pertenencia y, sobre todo, dota al usuario de un apoyo emocional crucial. El *parentesco ficticio* no es raro en contextos de pobreza: lo documenta Adler Lomnitz (1998) entre poblaciones pobres de barrios mejicanos —con figuras como el *compadre* o el *cuate*— y Carol Stack en su trabajo clásico *All Our Kin* (1983), donde vecinos y conocidos desarrollan relaciones de *parentesco ficticio* a través del intercambio recíprocos. Como exponía Julio, un usuario, «nosotros no somos amigos, somos algo más. Y te voy a decir lo que somos: una familia [...]». Y Rodrigo, José, Jacinto y Kike también equiparan al personal de la institución con *su familia*. De acuerdo con Rodrigo, «conocí a Belén [trabajadora social], que es mi madre aquí [...]».

El «parentesco ficticio» presenta lógicamente diferencias con el *parentesco común* u ordinario: no se establece sobre la base de una relación biológica, ni sobre los principios habituales del parentesco. Tampoco emana de una relación totalmente recíproca debido tanto al contexto particular como a los roles. Pero a pesar de lo anterior, esas

relaciones adquieren una carga emocional y alcanzan unos niveles de lealtad y dependencia muy notables, hasta el punto que algunos usuarios personifican a la institución en el trabajador/a social.

Para el personal técnico este tipo de interacciones involucra niveles muy elevados de proximidad y confianza que trascienden el espacio y el tiempo institucional. Los profesionales acompañan a los usuarios a realizar gestiones, visitan a sus familiares, les apoyan en momentos de necesidad, les atienden por teléfono fuera del contexto laboral o incluso realizan actividades lúdicas con ellos –como tomar un café o ir al teatro. Ahora bien, mientras que algunos técnicos afirman que establecer un nexo fuerte no es un problema, otros son partidarios de «demarcar los límites claramente, por una cuestión de profesionalidad». Y ambas decisiones tienen lógicas y justificaciones razonables. Por ejemplo, cuando le pregunté a Francisco, responsable de un centro, si tenía amistad con alguno de los usuarios, su respuesta fue categórica:

Éticamente no puedo ser su amigo, es algo que debo evitar para poder mantener un criterio ecuánime de *a todos por igual*. Pero claro, esto es contradictorio con las pautas que nosotros tratamos de darles: empatía, ponerse en el lugar del otro [...]. Pero esa distancia es fundamental para no generar relaciones de dependencia o interés [...]. Además les estás dando falsas expectativas donde la amistad con el técnico no es lo más recomendable. La amistad nos haría menos profesionales, colegas ni dentro ni mucho menos fuera [...]. [Mira] yo fumo. El primer día se me ocurrió invitarles a tabaco. Me quedé con un cigarrillo. Y al día siguiente dije: *no me pidáis tabaco, no pienso daros ni uno*. Lo mismo pasa con la limosna: si les ayudamos constantemente, si les damos constantemente, cronificamos, no solucionamos nada, alargamos el problema. Ellos deben tomar conciencia, hacerse cargo en la medida de lo posible y, con nuestra ayuda, remontar. Yo cuando veo a alguien que pide en la calle, me acerco y le digo, *mira, yo no te voy a dar dinero ni te voy a dar nada. Si quieres ayuda, ven con nosotros al centro, allí te la proporcionaremos y te echaremos una mano, o te derivaremos al servicio que pensemos mejor te puede ayudar (sanidad, desintoxicación, etc.), pero yo no te voy a dar ni un euro, porque eso no le va ayudar*.

Carmen, otra responsable de un centro de tratamiento de adicciones, compartía una opinión similar, y la extendía al voluntariado:

Pero nuestro papel es el que es. No es crear vínculos afectivos más allá que confundan [...]. Con el tema del voluntariado es el peligro. Aunque el voluntario sepa la diferencia, como no lo ven de la misma manera, como les han hecho un acompañamiento, le han ayudado a hacer una mudanza, o les han regalado ropa o incluso les han explicado cosas que no nos han explicado ni a nosotros [...], pues les intentan manipular. Y al final sale esa parte no tan

afectiva. Aunque sí valoran la afectividad, no es una relación tan afectiva. Y yo entiendo que es porque se van. En la cabeza está claro que esto es un tránsito, que por muy bien que les haya ido es un tránsito.

En el otro extremo, aunque en menor medida, hallamos técnicos que consideran que las relaciones con los usuarios deberían descansar en una base igualitaria, horizontal. Roberto, un técnico de Albacete, lo expone del siguiente modo:

...mi gran reto es, vamos a dejarnos de las prestaciones económicas y vamos a pensar en esas soledades. ¿Por qué no invitamos a esas personas que atendemos de forma individual? Nos pasan cosas en común, ¿por qué no las hablamos [en igualdad]? Eso sería uno de los grandes pasos. Intervenciones en igualdad.

Sin embargo, afirma Roberto, esas relaciones «no pueden darse altruistamente. Tienen que fluir» y para ello se precisa una relación de igualdad que, sin embargo, resulta complicada debido a la distancia social, económica y cultural existente en la mayoría de los casos. Por esa razón las pocas relaciones de amistad entre técnicos y usuarios tienden a ser, si exceptuamos la condición económica, homófilas —es decir, semejantes en términos de educación, creencias, clase social o intereses políticos, como es el caso de Roberto y Laureano.

Voluntarias

La figura del voluntariado constituye uno de sus ejes fundamentales en la organización de ayuda social. Sin su aportación filantrópica, la institución no sería tan efectiva. Los voluntarios realizan gestión y administración, acompañan a los usuarios y ofrecen cursos formativos y actividades basadas en su experiencia laboral (cursos de electricidad, albañilería o informática, talleres de artesanía, cocina, lectura, etc.). Suelen ser empáticos con los usuarios, siempre son serviciales, y realizan una importante contribución para crear un mundo mejor, más justo y solidario.

El voluntariado suele ser muy proactivo, pero está envejecido. La voluntaria *tipo* responde a una mujer de 65 años, frecuentemente viuda, aunque también hallamos mujeres casadas y varones retirados. Suelen ser personas sensibilizadas con el problema de la pobreza, por lo general creyentes practicantes que gozan de un buen nivel socioeconómico y ponen una parte de su tiempo libre al servicio de la prestación social. Entre voluntarios a menudo se crean amistades casuales (*lazos débiles*) que trascienden la

institución y es común que se encuentren en su tiempo de ocio para tomar un café, acudir al teatro o hacer excursiones.

El reparto de tareas generalmente se efectúa según la tradicional división sexual del trabajo: la mujer se encarga de los cuidados y el hombre de la logística, la gestión y los trabajos físicos más duros. Las tareas varían según el ámbito de asistencia, pero comprenden desde servir la comida, lavar la ropa o acompañar a los usuarios a hacer gestiones; a almacenar e inventariar comida en los bancos de alimentos; gestionar pequeñas iniciativas; atender a los usuarios en las recepciones de los centros; coordinar campañas de recogida de alimentos; o participar en campañas de sensibilización. Los voluntarios dedican varias horas de prestación semanal y reciben formación continua en forma de cursos y talleres orientados a la atención que van a realizar.

Muchos voluntarios acuden a los centros con el propósito de “colaborar” y de “hacer algo”, en términos de apoyo efectivo, y no tanto afectivo, a pesar de que la diferencia entre ambos no esté clara. Por ejemplo, Miquel, un voluntario del banco de alimentos, me explicaba lo siguiente:

Mira, ahora vendrán las voluntarias, que les lavan la ropa, se la pliegan, les sirven la comida luego y comen con ellos [con los usuarios] [...]. *La parte humana aquí la tenemos muy presente: ¡las voluntarias comen con ellos! No es que les pongan la comida y se marchen. Ahora les sirven café, comen con ellos, quien quiere se queda [...]; el aspecto humano yo creo que aquí se cuida en general de una manera sensible [cursivas añadidas].*

Las interacciones entre los diferentes grupos de actores (usuarios, voluntarios y trabajadores) son en general amables y respetuosas. Pero como en cualquier institución surgen, naturalmente, discrepancias. Entre los voluntarios estas se relacionan con la comprensión de sus responsabilidades y objetivos. Jordi compraba tabaco y lo repartía entre los comensales del comedor social, la mayoría fumadores. Pero algunas voluntarias no lo compartían. Miquel, un voluntario, pensaba que su objetivo era «ayudar a salir del pozo a otras personas», aunque otros, afirma Rosa, «van a cumplir en plan funcionario, movidos por sacrificio cristiano, o por interés personal». Jordi, voluntario de un comedor social aquejado de esclerosis en estado avanzado, acudía al centro para sentirse útil y porque «ellos [los usuarios] me aportan más a mí que yo a ellos». En el albergue social, donde siempre hacen falta manos, año tras año, justo antes de Navidades, se produce un aumento súbito y exponencial de donaciones y de solicitudes de voluntariado. Pero el interés vuelve a decrecer hasta su nivel habitual cuando acaban las festividades (“la bula”, señala con ironía un trabajador social).

Entre técnicos y voluntarios la relación es generalmente cordial pero suele limitarse a la esfera de la asistencia. En ocasiones también se perciben ligeras tensiones derivadas de la manera en que se entiende y se practica la intervención social. Por ejemplo, algunos voluntarios consideran que los trabajadores sociales son «demasiado blandos con los usuarios» y, a la inversa, los técnicos de vez en cuando tienen que lidiar con actitudes que no encajan con el ideario institucional. A veces «hay voluntarias que no aguantan, y por lo tanto es mejor que se queden tras el telón. No ya como voluntario o como técnico, pero hay que tener en cuenta siempre lo que tienes enfrente [la realidad del usuario]» —explicaba otro trabajador social que, con actitud crítica, proseguía:

Ahora los psicólogos y los psiquiatras son muy dados a decir que la gente tiene que invertir su tiempo en algo. Y cuando hay algún problema de ansiedad o depresión es importante invertir el tiempo, pero quizás es mejor invertirlo en un mismo y no en los demás si no estás bien. Para trabajar aquí tienes que estar al cien por cien. Si yo estoy mal, si tengo ansiedad, depresión [...]; oye, pues mejor déjalo y, bueno, cuando estés mejor ya volverás.

En las visitas a los centros se constató que tanto el voluntariado como el personal laboral mantienen un trato cordial, paciente y cercano hacia los usuarios. El recepcionista de un centro bromeaba cariñosamente con los usuarios y las trabajadoras de la limpieza que conocí siempre tenían palabras amables para las personas que acudían al centro. Al nivel del apoyo emocional, observa Francisca, «es habitual que los usuarios nos expliquen sus penas y les escuchemos». Esta interacción no es sin embargo recíproca, porque las voluntarias no se apoyan emocionalmente en los usuarios. Es posible que esto venga determinado por la naturaleza del modelo asistencialista tradicional y por los roles instaurados. Algunas voluntarias atribuyen la falta de interacción a la dinámica de la asistencia misma, donde las tareas de voluntariado dejan poco espacio para relacionarse. Rosa, advirtiendo esta contradicción, cree que “para venir aquí y servir comida y poner platos en el lavavajillas prefiero ir a caminar o hacer otra cosa”.

Sin embargo, en nuestro análisis no hemos podido documentar la existencia de lazos fuertes ni lazos débiles entre usuarios y voluntarios en prácticamente ningún caso. Cuando preguntamos a Rosa (voluntaria, 59 años) si ha logrado establecer relaciones de amistad con algún usuario, responde que:

Amigos, amigos de quedar y vernos no, aunque sí tengo una buena relación de estima con muchos que ya no vienen. Un señor me viene a ver siempre que puede. Las otras voluntarias se ríen, porque dicen, *mira Rosa ya está aquí tu enamorado [...]*.

A priori el voluntariado no tiene un papel efectivo como puente de inclusión entre los usuarios y la sociedad más amplia, al menos mientras el usuario es depositario activo de la asistencia. De acuerdo con Fernando,

una vez están en la calle o han dejado de venir aquí. Algunos son amigos, voy a sus casas y nos llegamos a ver hasta siete u ocho veces al año. Tengo una relación franca, abierta, porque no cuesta nada.

Entre muchos voluntarios prevalece la idea de que deben *protegerse* de la interacción próxima con los usuarios: «has de procurar no traspasar [la raya] porque si no te los llevas a casa. Lo he aprendido con los años» –comenta Rosa. Y prosigue:

En el comedor el día de Navidad el mosén invita a personas a la parroquia, a su casa, a comer. Iban seis o siete y creo que lo siguen haciendo. Pero eso yo no lo puedo hacer en mi casa. ¿Qué hago? Parece feo decir que no quiero llevarlos a casa..., a veces a los jovencillos te prometo que me los llevaría, pero no sería bueno para ellos porque ven otra cosa que no es su ambiente [...]. Supongo que es lo que ellos querían [anhelarían]. Y eso no se puede hacer.

Tomar distancia es algo que, de acuerdo con el siguiente testimonio, se aconseja en los cursos formativos:

Aquí te lo explican al principio. Si haces un vínculo es cosa tuya, pero es mejor que no. Gente que te explique la vida está bien pero más allá no, es un peligro [...]. Había una chica de aquí [usuaria] que siempre que me veía me pedía cosas: *oye ¿no tendrás un bolso que te sobre?* Pensaba que yo era rica, pero no soy rica ni nada, soy normal. Pues se lo traes. Pero te vuelve a pedir: *oye, no tendrás [...]*. Y el cura me dijo: *páralo, páralo porque te la encontrarás en casa*. Además, es un peligro porque deberías ayudar a todo el mundo.

Actualmente Rosa y Fernando no sólo mantienen contacto con algunos antiguos usuarios, también les han proporcionado trabajo informal: Rosa hace años que cuenta como mujer de la limpieza del hogar a una antigua usuaria boliviana que conoció en Cáritas y Miquel llama una vez al año a un antiguo usuario para que le pinte la casa y, afirma, además de pagarle naturalmente también «come con ellos, en la misma mesa». En estos casos se ha creado un lazo, basado en la confianza y en la prestación laboral, pero posiblemente no es equivalente al que se establece entre amigos.

Las relaciones horizontales –a diferencia de aquellas basadas en la desigualdad y en la dependencia– posibilitan una intercomunicación más igualitaria. En nuestro trabajo de campo identificamos dos actitudes que entorpecen este tipo de relaciones entre

voluntariado y usuarios: la desconfianza y el paternalismo. Durante una de mis observaciones en un comedor social ayudé a servir la comida a Jesús, un jubilado de 75 años que sumaba quince años de experiencia como voluntario. Le expliqué la investigación y le animé a que expresase su opinión: «creo que el sistema», dijo Jesús, «es demasiado bondadoso y permisivo». A continuación sacó del bolsillo su móvil y me enseñó una fotografía que había tomado de un coche de gama media: «mira, está ahí afuera, es de uno de estos que viene cada día». La conversación siguió más o menos así **(11)**:

Jesús: A veces veo a algunos en la barra del bar tomando cervezas. Una vez le di dinero a uno y va y me saca un paquete de Marlboro. Yo le dije: oye, ¿si tienes para fumar cómo es que no tienes para comer?

Antropólogo: Bueno, pero a menudo tienen adicciones que no pueden controlar, o tienen una vida dura detrás de ellos.

Jesús: No, lo que pasa es que hay que enseñarlos. No puede ser que se quejen encima que les damos dos platos a elegir.

Antropólogo: Bueno, quizás es que, por dignidad, todo el mundo debería tener derecho a elegir un mínimo [...].

Jesús: No, ellos no, porque están en la calle [...]. Además, muchos están en la calle porque quieren. Yo a veces he hablado con alguno y le he dicho que no pida dinero, que venga al albergue a comer, que es gratis. Y no han venido.

Antropólogo: Hombre, yo no creo que nadie quiera, o elija, estar en la calle. La calle es muy dura. Quizás hay que preguntarles la razón por la cual prefieren estar en la calle antes que venir al albergue. Quizás tienen algún problema mental, o consumen alcohol o drogas y no son del todo conscientes, o tienen otra razón para no venir, quién sabe...

Jesús: Bueno claro... ¡eso ya es buscarle las cinco patas al gato! A veces les pones comida y la tiran o se la dejan. Hay que enseñarles [...].

Antropólogo: Ya, pero ¿qué autoridad moral tenemos nosotros para enseñarles a ellos?

(11) Este *verbatim* es una reconstrucción de la conversación basada en notas de campo y no una transcripción literal de la conversación, que no se grabó porque no se pidió el consentimiento para registrarla. Es sin embargo bastante fiel a la realidad.

Jesús: Hombre, yo soy cristiano. Además, yo llevo aquí diecisiete años y seguramente sé más que tú con todos tus libros [...].

A la conversación se unieron más tarde dos ayudantes de cocina. «A veces nos sentimos maltratadas», intervino una, «porque [los usuarios] nos hablan de malos modos». Más tarde les ayudé a servir la comida. Una de ellas recriminó a un señor que cogió dos trozos de pan en vez de uno y amonestó a otro que pedía dos raciones del primer plato y ningún segundo. La justificación parecía razonable porque se requiere hacer una previsión de raciones para garantizar que nadie se quede sin comer. Y luego me murmuró: «es que muchos son bastante pícaros [...], si te pueden engañar te engañan». No obstante, en las tres ocasiones que ayudé a servir sobró mucho alimento y la mayoría de aquellas personas, alineadas para comer, más que estafadoras o pícaras, parecían avergonzadas. Algunos comensales no eran muy habladores y un par se mostraron apáticos. También llegó un señor enfadado, hostil, injuriando, pero parecía obvio que sufría algún trastorno. Si a diario acude al comedor más de un centenar de comensales y restamos los casos hostiles, el 95% restante responde a personas corrientes que expresaron agradecimiento al recibir la comida.

ILUSTRACIÓN 11. Alimentos servidos en un comedor social



Fuente propia.

La opinión de Jesús, el voluntario, no era del todo aislada. Durante el trabajo de campo tomamos nota de opiniones similares: «hay que enseñarles porque no saben cocinar, no saben ahorrar», «muchos se han acostumbrado a la caridad», «a veces no quieren salir de la calle ni venir al albergue», o «quien realmente quiere trabajar trabaja». También era común que la diana de críticas fuesen los *otros* –pobres e inmigrantes. Fernando, un voluntario de un banco de alimentos, consideraba que

hay gente que no se comunica y hay gente realmente desagradable también. Precisamente una cosa que me sorprende mucho es la gran desconfianza hacia nosotros y hacia la comida que les damos [en particular los comensales musulmanes [...]]. Miran el producto, lo miran [...], y en este sentido son bastante desagradables. Aquí procuramos darles todo en condiciones. Algunos llevan años viniendo y los conocemos, pero siguen con esa aprensión. A veces nos llega *avecrem* halal, se lo das y te lo rechazan [...]. Y es el que compran ellos en África [...]. Ese aspecto lo he notado y me incomoda.

El acto de ayuda puede ser altruista pero no es necesariamente incondicional. Por eso, se entiende que parte del malestar derive de la falta de agradecimiento, del no cumplir con las expectativas de retorno aunque sea en forma de gratitud. Y otra parte del malestar podría derivar de cierta *alterofobia* –pues si los desagradecidos son *otros* (inmigrantes) el agravio parece incluso mayor.

Cuando pregunté a Rosa si, en su larga experiencia como voluntaria, había escuchado opiniones similares a las que hemos expuesto, contestó lo siguiente:

Continuamente, continuamente. Y me da rabia. Porque tú vas a hacer allí un trabajo. A veces comentan cosas con el compañero en voz baja, pero me da rabia [porque dicen]: *mira, mira qué coche*. Pero claro, ¡es que quizás ese coche ya lo tenía! Como yo trabajé entrando fichas pues allí está la historia. Y pienso, ¡no sabéis qué le ha pasado, no sabéis la historia, no sabéis nada! [...] Pero de eso hay muchos prejuicios y los continuo oyendo. Antes las cosas eran más paternalistas, los antiguos voluntarios ¿has visto esta qué guapa va? Y esos prejuicios siempre se escuchan. Contra los gitanos: *esos toda la vida viniendo y luego tienen los cacharritos* [ferias]. ¡Pues oye, igual no les llega!

También escuchamos en varias ocasiones, tanto entre voluntarios como entre los propios usuarios, la idea de que algunos benefactores eran verdaderos *nómadas de la caridad*: individuos que peregrinaban de albergue en albergue apurando el tiempo de estancia permitido. Pero tras mirar a la pobreza de cerca, resulta difícil creer que alguien decida deliberadamente aprovecharse del sistema para obtener comida y una cama gratis. Laura, una trabajadora social, lo expresa así:

Estoy convencida de que la persona, si tiene vivienda no va al albergue; si sabe comprar y administrarse no va al albergue. No se puede criminalizar a la persona ni al colectivo, que además es muy diverso. Si alguien que trabaja a diario con esas personas y tiene esa opinión, es que no está realizando una reflexión adecuada o, peor todavía, que ha asumido su punto de vista como la verdad absoluta y será difícil de cambiar.

Esto enfrenta a los profesionales de la asistencia social a una titánica tarea pedagógica, la de modificar formas de pensar recalcitrantes basadas en prejuicios:

La situación quema mucho. Porque piensan ya está la friki de Cáritas. Cuesta mucho cambiar el pensamiento de las personas aunque les expliques lo que ves a diario y a veces parecemos misioneros o excéntricos porque vivimos en una realidad constante y después, cuando acabo a las tres, me voy a mi casa, en una realidad burguesa totalmente que no tiene nada que ver con esto [...], y a veces es complicado. Nuestro trabajo nos obliga a ver el mundo de otra manera. Y cuando hablas no adoctrinas a nadie, porque además no sirve para nada, la gente se cansa y eres como los políticos, que ya saben lo que vas a decir dependiendo del partido. Los sermones no van a ningún lugar [...], pero hay que realizar un trabajo constante para romper los prejuicios.

Resulta inevitable preguntarse: ¿cómo es posible que tales prejuicios se den y se reproduzcan en los propios ámbitos de atención social? Rosa, una voluntaria comprometida y perspicaz, nos ofrece pistas en esa dirección:

No es un problema de [falta de] formación o de información [...]. La gente enseguida juzga, porque somos así. No somos racistas pero sí lo somos, no somos no sé qué pero sí lo somos [...]. Pero, por otra parte, piensas, *¿pero cómo voy a llevar a este a mi casa?* Mucho ir a la iglesia pero luego [...] son peores que otros. Hay clasismo y hay racismo. Que trabajes con ellos no implica que trates ni que los conozcas.

Las redes muestran de manera clara la inexistencia general de nexos de amistad entre ambos colectivos. Además, de acuerdo con las observaciones y los testimonios, usuarios y voluntarios raramente conversan ni interaccionan al margen del contexto cotidiano de la prestación. En esas circunstancias es poco probable que ninguno de ellos conozca las circunstancias que han llevado al otro al ámbito de la ayuda social. Quizás el problema sea precisamente ese: el hecho de que los voluntarios trabajen *para* (y no *con*) los usuarios. Una relación menos asistencialista y más horizontal o cooperativa tal vez favorecería la empatía y contribuiría a demoler prejuicios.

Puertas blindadas: las barreras a la inclusión

En este apartado haremos un balance de las limitaciones relacionales que presentan nuestros casos, particularmente los más graves. Lo analizaremos desde el punto de vista de la institución y de tres factores que son a nuestro juicio claves en el proceso de inclusión de estas poblaciones: trabajo, género y salud.

Puertas a las que no llamar

«El aspecto social es tan importante como el del empleo o la vivienda», observó Ana, psicóloga, cuando le explicamos la temática del presente estudio. Pero en el contexto asistencial la creación de tejido social halla varias dificultades y paradojas.

Como ya hemos comentado, en nuestras sociedades liberales y democráticas se espera que los individuos sean capaces de sostenerse por sí mismos. Tanto la beneficencia como la asistencia social parten de esa premisa. Por esa razón la ayuda prestada suele considerarse extraordinaria y temporal (Caldwell, 2004: 3). Pero un contacto fortuito con la institución para cubrir una necesidad urgente (alimentación, pago de facturas puntuales de luz o agua, cobertura de alguna mensualidad de alquiler, etc.) raramente contribuye a crear un vínculo social. Además, en caso de que existan varias necesidades no es raro que los usuarios recurran a diversas instituciones de ayuda al mismo tiempo –Cruz Roja, fundaciones, servicios sociales, etc.–, lo cual contribuye a fragmentar todavía más la interacción.

Para crear tejido social se requiere *a priori* que las relaciones sean más duraderas. Esto se da en el caso de las personas en situación de vulnerabilidad que recurren al albergue, o a otras instituciones de ayuda unipersonal, pero los usuarios suelen tener otras prioridades antes que la creación de relaciones sociales. Como observa un técnico: «las vidas de esas personas están muy desarticuladas y el comedor social es un lugar al que *muchos van, comen y se marchan*». Cuando una persona acaba en la calle generalmente es porque ya arrastra un largo historial de pérdidas: merma material (hogar, ropa, comida), relacional (pareja, familia, amigos) y actitudinal (hábitos de higiene, habilidades cognitivas). En estas condiciones, el objetivo del albergue no puede centrarse en tejer relaciones sociales. Se centra más bien en *rescatar* a la persona para emprender un trabajo de restitución de pautas y rutinas básicas. Por todas esas razones, la organización de actividades en el albergue orientadas a promover las interacciones so-

ciales (como talleres o grupos de discusión) no resulta eficiente para generar red social porque los usuarios no consideran que eso sea prioritario para ellos.

En el caso de antiguos adictos, crear nuevo tejido social es una tarea complicada. La participación en contextos sociales más amplios, como en ámbitos comunitarios o barriales (asociaciones, cursos de piscina, talleres de cocina, etc.), a parte de los peajes y costos económicos que conlleva, exponen al individuo al estigma y el rechazo. La adicción a la heroína, frecuentemente unida al VIH, lleva asociada un deterioro evidente al nivel físico incluso cuando la adicción está controlada (con metadona). Esto se hace patente en la falta de piezas dentales, la pérdida de masa muscular (ocasionada por el tratamiento mismo e irrecuperable), la palidez o la merma de capacidades cognitivas como el habla y la atención —como en el caso de Leroi, Belén o Kike. Como explican Kike y Gabino, a pesar de que han dejado atrás la adicción hace años, «enfrentarse a la sociedad es más difícil que enfrentarte a las drogas».

La asimilación social en estos casos requiere de un proceso lento y a menudo frágil: por una parte, se requiere romper con las relaciones y los contextos propios de la adicción. En un contexto cultural en el que el ocio se asocia con el consumo lúdico de alcohol (y a veces drogas), la inclusión resulta difícil para personas que han superado adicciones. Julián evita los bares, porque constituyen una tentación fatídica, y los parques, porque le recuerdan su época de indigencia. Y, según Andrés, «cuando me los encuentro [a sus *amigos del ambiente*] me cambio de acera y me voy en otra dirección». En algunos casos las personas entrevistadas describen estas relaciones como *nexos tóxicos*, malas influencias a evitar porque reconoce un «riesgo de volver a los malos hábitos» —menciona Julián. En segundo lugar, paralelamente, se requiere restablecer aquellos nexos fuertes que se habían degradado (familiares, antiguos amigos, hijos, etc.) y que, como vimos antes, son quebradizos y escasos. Y, finalmente, aunque es muy recomendable establecer nuevas relaciones diversas y heterogéneas, las nuevas amistades suelen crearse con antiguos usuarios y con personas parecidas, con similares gustos, hábitos y visiones, debido a la lógica de la homofilia que luego abordamos.

Por lo general, en las situaciones de exclusión extrema, las relaciones de amistad suelen ser poco intensas, discontinuas o efímeras, pero hay que analizarlas con detenimiento porque implican otros problemas añadidos, como adicciones o trastornos. En algunos casos hallamos paralelismos con lo que Desmond (2012) identifica como *vínculos desechables*, es decir, relaciones instrumentales (muy breves y con altos niveles de intercambio y cercanía) cuyo objetivo es conseguir fines materiales específicos sin importar su coste social. Desmond, en un estudio sobre familias desahuciadas en el estado de Milwaukee, observó que para satisfacer necesidades urgentes algunas fami-

lias desalojadas acudían a conocidos antes que a familiares. La estrategia consistía en crear vínculos intensos y rápidos con terceras personas, pero una vez que se establecía un alto nivel de intercambio, aparecían los conflictos y la relación se desestimaba (desechaba). Esto posibilitaba la subsistencia cotidiana de las familias pobres pero a largo plazo generaba inestabilidad y desconfianza.

«¿Qué hay de malo en tomarse una cerveza?». Trabajo, consumo e inclusión

Aunque parezca paradójico muchos entrevistados veían las ayudas y los subsidios como algo temporal en ausencia de trabajo. Y a juzgar por algunos casos con problemas de adicción, el subsidio puede resultar incluso desaconsejable. Ese fue el caso de un hombre alcohólico que obtuvo una renta mínima valenciana. Al cabo de unos días había fallecido porque «había reventado de alcohol» —comentó un trabajador social.

Para la mayoría de los afectados por la pobreza, el empleo sigue considerándose la principal vía de inclusión social. Amparo confiaba en encontrar un trabajo fijo para toda la vida, «lo que fuera [porque sería] la solución a mis problemas». Muchos contaban con potencialidades que podrían reconvertirse en opciones laborales: a Amparo le gustaba tejer, coser y hacer remiendos. A Laura le interesaban «las actividades relacionadas con la naturaleza, el trato con las personas, el trabajo en el campo o la pintura». Evaristo era de profesión cocinero y Joaquín escayolista.

Sin embargo, en la mayoría de nuestros casos el trabajo no garantiza la inclusión social. Por un lado, la falta de *capital humano* (formación) limita la inserción en un mercado laboral y, cuando se accede al trabajo, suele ser en nichos precarios y temporales que no hacen más que engrosar la bolsa de trabajadores pobres. Por otro lado, la mayoría de nuestros entrevistados lastran deudas y sanciones que dificultan su recuperación económica. Lo sorprendente es que esas deudas no son de consumo (o de juego) como podría sospecharse, sino que a menudo se trata de deudas contraídas por impago de cuotas de autónomos, como hallamos en los casos de Jacinto, Joaquín, Encarna, Evaristo, Leroi o Isabel.

Decíamos que el trabajo ya no es, como lo fue en el siglo pasado, la única ni la principal vía de inclusión. Walker (2014), en su estudio transcultural de la pobreza, se sorprendió cuando comprobó que muchas madres, para proteger a sus hijos de la vergüenza de ser pobres, les compraban caprichos y regalos aparentemente excesivos —juguetes, ropa de marca y zapatillas de deporte. Durante nuestro trabajo de campo pudimos

documentar ejemplos similares, como el caso de los miembros de una familia que, tras ingresar un pequeño subsidio para cubrir facturas impagadas, lo primero que hicieron fue ir a cenar todos al McDonalds. De manera similar, una usuaria, tras recibir 200€ de subsidio le confesó al trabajador social: «lo primero que voy a hacer es recuperar la consola de juegos de mi hijo, que la tuvimos que empeñar».

«Si aquella gente era realmente pobre, ¿cómo era posible que tuviesen smartphones o coche, que se permitan tomar café o una cerveza en el bar o ir a cenar con sus familias al McDonald's?» –se preguntaban voluntarios como Jesús. A juicio de estas personas, esos «gastos superfluos» parecían corroborar el carácter irresponsable de los pobres (Hamilton, 2012: 74, Tirado, 2014), a pesar de que quizás esas personas ya disponían de bienes antes de empobrecerse, como observa Garthwaite (2016) en su estudio. Sin embargo, incurrir en esos gastos pudiera obedecer a otra lógica: un intento desesperado por sentirse *dentro* de una sociedad en la que el consumo y el ocio son las formas predominantes de inclusión social. Como expone Roberto, un lúcido técnico al que entrevistamos:

Ser privado de participar en el ocio y el consumismo que el dinero hace posible [significa] estar fuera, y ese es el efecto más duro que te aplasta y humilla [...]. La presión social es tan fuerte que es más importante tener un teléfono inteligente o un juego consola que pagar facturas mensuales o incluso comer más sano.

Como en el caso de Óscar, la presión social por sentirse incluido en esa socialización de consumo (acceso a móvil, Internet, consola, ropa, discotecas, etc.) es tan penetrante que induce a cometer acciones *desviadas*: hurtos esporádicos, *trapicheos* (compraventa en economía informal o ilegal), juego (que puede degenerar en ludopatía y alcoholismo), o incluso (como informaron algunos trabajadores sociales) intercambio de dinero y bienes por favores sexuales en el caso de adolescentes. Pero, ¿por qué no aceptamos ya que el ocio y el consumo son también formas predominantes de socialización?, «¿qué hay de malo en pasar el rato y tomar una cerveza?» –se preguntaban con agudeza Paquita y Roberto, dos trabajadores sociales.

Vivir en una sociedad de consumo y dar por sentado que las personas disponen de medios para disfrutar de ella es cuanto menos ingenuo. La ausencia de medios económicos es un lastre, una limitación, que excluye crecientemente al individuo de los espacios de sociabilidad más básicos y fundamentales.

Las instituciones sociales, avanzándose al criterio general de la sociedad, hace ya algún tiempo que han asumido que el acceso a bienes y servicios de consumo de masas es, también, una importante vía de inclusión. El economato social que visitamos en los

alrededores de Albacete nació con ese espíritu. Se puso en marcha en 2011 inspirándose en experiencias previas realizadas en Cartagena y en el País Vasco. Consiste en ofrecer, emulando un supermercado, productos de primera necesidad: «no hay Coca-Cola, ni vino ni productos de lujo», me explican. Actualmente lo utilizan unas noventa familias (migrantes, locales con situación crónica, familias desestructuradas, o familias dependientes de la estacionalidad del campo) y cuenta con la colaboración de más de treinta voluntarios y con la asistencia de los muchachos atendidos por ASPRONA. Se abastece gracias a las ayudas públicas, donaciones de empresas y de supermercados, colectas de cofradías y campañas de recolección de alimentos. El local lo cedió el ayuntamiento y el presupuesto mensual (descontando las donaciones) es de unos 3000€ mensuales. El economato pretende, según el voluntario que está a su cargo,

cubrir de manera momentánea necesidades básicas. Esto puede hacerse de muchas formas pero todos evolucionamos. Y la evolución es, en vez dar o regalar alimento, se ofrece la posibilidad de que elijas, compres y pagues. De esta manera, *te estoy dando la oportunidad de elegir [...]*. Lo mejor sería un estadio superior, que la ayuda fuese invisible; que la persona tuviese como una tarjeta de crédito con la que pudiese ir a cualquier supermercado a comprar y sin que nadie supiese que es pobre o lo que compra.

El economato se creó como una alternativa más digna al reparto de comida en bolsas que recibían los usuarios en los bancos de alimentos. Sin embargo, la principal preocupación que surgió entre los voluntarios era el riesgo de que los beneficiarios acabasen adquiriendo productos que no fueran “necesarios” —como jamón, aceite de oliva virgen o pescado. Para evitar abusos llegó a proponerse registrar las bolsas de la compra, aunque finalmente se impuso el sentido común y se desestimó esta opción. Además la experiencia previa de economatos sociales muestra que los participantes los utilizan mayoritariamente, en efecto, para obtener *productos básicos* y que los casos de abuso son excepcionales —me explicó el voluntario detrás de la iniciativa.

Bajo estas sospechas subyace una concepción *antigua* de la pobreza, por la cual «se espera que el individuo pobre se encierre en su casa, coma pucheros, se deje de gastar en móvil, peluquero o ropa», expone Roberto:

Mientras que toda la sociedad se orienta al consumo, a la persona pobre se le exige que se quede en casa y que ahorre. Te están vendiendo todo lo contrario. Ahora estás en el grupo de los perdedores. Tienes que vestir como un pobre, comer como un pobre y comportarte como un pobre. Nosotros estamos viviendo a todo trapo y exigimos a los otros que vivan sencillamente. [Pero] como las ayudas públicas están pensadas para vivir con mínimos [ya] no los estás incluyendo.

El uso de los bancos de alimentos, en el caso británico, era la única opción disponible para las personas que «no tenían otra opción», explica Garthwaite (2016: 136). Y es que, en nuestra sociedad individualista y de consumo, aunque parezca paradójico, el hecho de no poder elegir comporta una vulneración de la ciudadanía.

Singularidades del género

La variable de género resulta particularmente relevante en este estudio. La muestra de usuarios se compone de 13 hombres y 7 mujeres. De esas siete mujeres, tres (3) estaban casadas y vivían en un contexto familiar *normalizado* (familia nuclear, con marido e hijos), una (1) se había divorciado por segunda vez y no tenía pareja cuando la entrevistamos, y las otras tres (3) mujeres se hallaban en una situación sentimental transitoria (salían de una relación o estaban en vías de establecerla).

Aunque los estudios específicos sobre pobreza y género son escasos (Daly, 2017), a partir de 1980 se empieza a documentar una tendencia a la *feminización de la pobreza* (Pearce, 1978, en Daly, 2017), que afecta a madres solteras, ancianas y mujeres con empleos precarios. Además se observa que en comunidades desfavorecidas, las mujeres tienen un papel más activo en el mantenimiento de las redes de apoyo (Hooper *et al.*, 2007; Perry *et al.*, 2014). Y los casos de *sinhogarismo* femenino, aunque *a priori* son menos frecuentes que los casos masculinos, cuando se producen suelen implicar mayores niveles de degradación.

Nuestros datos muestran que el usuario más común de los servicios sociales responde a un varón, solitario (soltero, divorciado o viudo), en la cincuentena y con problemas de adicciones. La presencia femenina en los contextos de asistencia unipersonal es excepcional, posiblemente porque la tradicional división de roles hace a la mujer más autónoma en cuestiones domésticas y más proactiva en la búsqueda de recursos. La mujer además dispone de un nicho laboral específico, aunque muy precarizado, que es el de la limpieza y los cuidados. E incluso en los casos de trastornos psicológicos, corroboran los técnicos entrevistados, la mujer suele hallar su propio espacio y rol doméstico —a diferencia que el hombre, que tiene más posibilidades de acabar en la calle.

En el contexto familiar, salvo contadas excepciones como las de Laureano, es la mujer la que toma la iniciativa de recurrir a ayuda. Y esto subvierte los roles tradicionales de género por los cuales se espera que el marido sea el proveedor económico y la mujer la encargada de los cuidados doméstico. En los contextos rurales los hombres «llevaban

mal esa dependencia de las mujeres», asegura una técnica de la periferia de Albacete. Cuando la mujer acude al centro de Cáritas, el marido suele «aguardar en la furgoneta, porque le daba vergüenza», comenta la misma técnica, «y solo vienen al centro cuando surgen oportunidades laborales». Al marido de Laura, por ejemplo, «le da vergüenza pedir ayuda o acudir a la asistenta». Esa vergüenza deriva de la sensación de fracaso por no cumplir con los valores, los roles y las expectativas generales —por ejemplo la autosuficiencia cuando se ejerce de cabeza de familia.

En estos casos (como documentamos en el caso de Laura, Isabel o Encarna) el marido tiende a la reclusión doméstica y, en muchos casos, atraviesa un proceso de retraining y depresión. Alguno se «refugió en la bebida», incrementándose la tensión doméstica debido a discusiones frecuentes. Ellas, en consecuencia, tuvieron que asumir mayores responsabilidades económicas y cargas emocionales. Encarna se hizo cargo de sus cinco hijos, de su marido y de sus nietos y, siempre que podía, viajaba a Valencia para cuidar a su madre enferma de 80 años que vive con su tía. Aunque tiene hermanos que viven cerca de su madre, se asume que «son las hijas las que tienen que ocuparse de sus padres». Además

todos [mis hijos] están casados y tienen hijos, pero todos los problemas vienen a mí. Si yo no estoy aquí se me va todo a pique. Si ellos me ven mal están mal todos.

Laura se encarga de la casa y del cuidado de sus dos hijas, pero además tutela a su suegra y a su cuñada (con necesidades psicológicas específicas) y en ocasiones cuida de sus sobrinos. Isabel es el principal pilar material y emocional del hogar. Y Amparo no solo asume el peso material y doméstico de sus hijos, nueras y nietos, sino que visita a menudo a su hijo menor ingresado en un centro médico por su minusvalía mental y a su madre e hija que viven en otro lugar. Todas ellas, además, han atravesado alguna etapa depresiva o sufren de ansiedad y miedos que afectan a su salud y a su interacción social.

En realidad esas mujeres no tienen demasiados apoyos domésticos a los que recurrir y por ello la asistencia emocional prestada por la institución social adquiere particular relevancia, como mostraban los casos analizados. De hecho, aunque los maridos y los hijos ocupan un lugar central en las redes de estas mujeres, no siempre proporcionan apoyo emocional. Más al contrario, a veces generan una carga negativa. «Con mi marido», dice Encarna, «evito hablar de la situación porque si nos ponemos a hablar de esto al final salimos mal, discutiendo. La cosa se tensa por cualquier tontería, por muchas cosas». Laura sugiere que su marido es celoso y que le pone trabas a su socialización.

Tampoco el apoyo material está asegurado en estos casos. Según Encarna, «mis hijos no me pueden ayudar, al contrario, a veces soy yo la que pone la olla grande para que vengan todos». Isabel se queja de que su marido no colabora en las tareas domésticas cuando ella trabaja y con los hijos, aunque habla de la situación, evita preocuparles.

Todas estas mujeres tienen un rol de gran centralidad e intermediación en sus redes. Pero eso limita la posibilidad de establecer relaciones más allá de las lindes domésticas. Laura dice que no acostumbra a salir con amigos porque tiene otras preocupaciones —«no estoy yo ya para esto»— y por falta de tiempo: sus hijas, su casa, la formación y el trabajo le absorben todo el tiempo. Además, como se ha mencionado, cuando la mujer adquiere mayor autonomía, el marido externaliza temores que pueden tener un efecto social y emocional negativo.

Estas actitudes también se observan, con cierta preocupación entre los técnicos y profesionales, en generaciones venideras, entre los usuarios jóvenes y adolescentes. Entrometerse en las comunicaciones virtuales de la pareja, manifestar celos y actitudes controladoras, ejercer la violencia o incluso provocar embarazos prematuros, son manifestaciones de cierto resurgimiento machista (12). Como explica un trabajador social:

Ya le puedes dedicar recursos, que no hay manera. Además hay tanta falta de afectos, de autoestima, y prima el que te maltraten a estar sola [...]. En algunos casos la intervención funciona cuando la pareja está en la prisión, pero una vez sale todo se va al traste: desmantelan y dinamitan el trabajo social. Los hombres llevan muy mal la autonomía de las mujeres, por una cuestión de machismo tradicional.

En los contextos de atención unipersonal (albergues, pisos de acogida, comedores sociales, etc.) también se producen relaciones de género específicas. Esto se ha observado al nivel del *parentesco ficticio* y la asignación de roles de género entre voluntarias, usuarios y técnicas (Grau *et al.* 2019). Pero también se produce en el establecimiento de lo que podríamos denominar, a falta de mejor término, *parejas instrumentales*. Este tipo de parejas las hemos documentado en siete casos durante el trabajo de campo: Inma y Gregor, Evaristo y África, Alicia y Boris, Joaquín y otra usuaria, Paweł y Genoveva, Dora y una antigua pareja, y Belén y su pareja. Estas parejas son efímeras porque las cir-

(12) Como advierte un técnico, en ese contexto adolescente también entra en juego la difusión mediática de determinados valores de género y estética: en el varón se valora la estética futbolista, *reguetonera*, modelos de *macho dominante* y consumo suntuoso. En el caso de las chicas, se imponen la estética hiper-sexualizada y sumisa. La omnipresencia de plataformas de comunicación virtual y la presión por 'gustar' intervienen en la dispersión de esos valores, actitudes y prácticas.

cunstancias no son las más adecuadas: se dan en un espacio de tránsito, sin privacidad, y cuando varía la situación la relación tiende a fracturarse porque se sostienen sobre una dependencia mutua aunque inestable.

Paweł, por ejemplo, vivía en un piso de acogida cuando lo conocimos. Había superado su adicción y mejorado su actitud y ya no era el hombre violento que fue en el pasado. Era un tipo de unos cuarenta y cinco años, delgado, fibroso y alto. Se mantenía en forma porque le gustaba hacer bicicleta. Pero costaba entenderle porque hablaba con mucha dificultad a raíz de que le propinaron una paliza que le causó un grave traumatismo —«le tuvieron que operar el cráneo de urgencias e introducirle una malla interna porque literalmente le partieron la cabeza en dos», explicó un técnico. La pelea se produjo en la calle, cuando iba borracho, con otra persona de la calle. Paweł tenía una pareja, Genoveva, ambos eran alcohólicos y vivían en la calle. Su relación era ambivalente y conflictiva: él la protegía pero siempre estaban discutiendo y él a menudo le pegaba. Pero Genoveva enfermó de cáncer e ingresó en un hospital. Él no se separó de ella hasta su muerte y, cuando ella se fue para siempre, él lamentó mucho su pérdida, «lloró como nunca había llorado antes», explica una profesional. Esa *relación tóxica* y ambivalente, entre la dependencia y la violencia, fue también relatada por otras mujeres que habían vivido en la calle (Inma, Belén) y ha sido descrita por etnógrafos contemporáneos en el contexto de consumidores de heroína en los Ángeles (Bourgois, Schonberg, 2009).

En estas parejas, debido a las circunstancias, se intensifica el carácter recíproco: las mujeres tienen protección y los hombres compañía y apoyo emocional, si bien subyace siempre una tensión y ambivalencia. No en pocos casos las mujeres se introducen en el mundo de las adicciones por influencia de la pareja —señala la responsable del Centro de Tratamiento de Adicciones— que, en ocasiones, es también agresor. En efecto, la calle es un contexto que requiere constante alerta y vigilancia. Las mujeres que viven en la calle están más expuestas tanto a sus parejas como a otros compañeros de su entorno, particularmente cuando consumen sustancias. A pesar de ser un tema sensible, diversas mujeres manifestaron abiertamente en las entrevistas que habían sufrido distintos tipos de maltrato en su vida: Laura sufrió abuso infantil, Inma, Dora y Belén fueron maltratadas por sus parejas: recibieron maltrato físico (palizas), psicológico (las expulsaron a la calle) o las forzaron a consumir drogas o a ejercer la prostitución. En ocasiones se producen abusos atroces que, a pesar de las señales físicas, las mujeres tratan de ocultar por vergüenza o miedo a ser recriminadas.

La enfermedad de la pobreza

En la muestra la prevalencia de dolencias físicas y psicológicas diagnosticadas resulta desproporcionada: el 90% presenta algún tipo de trastorno psicológico, dolencia y/o enfermedad física.

Quince personas sufrían, o habían sufrido, algún trastorno psicológico, como depresión, ansiedad, ataques de pánico, epilepsia, neurosis o esquizofrenia paranoide. Jacinto, Dora, Alicia, Isabel y su marido, Encarna y su marido, Laura, Fernando y Joaquín afirmaron haber atravesado periodos depresivos. La persona depresiva no se siente con ganas o fuerzas para sociabilizar: «no tenía fuerzas en absoluto», dice Gustavo. Según Encarna,

No tengo ganas de nada, de nada [...]; se me olvidan las cosas... por la noche no puedo dormir. Te sientes mal en general. Hay veces que te levantas por tus hijos y por tus nietos porque no estás bien. Pones buena cara para que no te van mal. Pero hay otras veces que dices que no te levantarías de la cama.

En estas circunstancias, las celebraciones y festividades también se postergan o se anulan, no tanto por falta de medios sino porque «se me van las ganas, no tengo ganas de ná, quiero estar sola». Los hombres también rehúyen las interacciones sociales, se recluyen y se aíslan. El marido de Encarna salía a caminar al principio porque se lo recomendó el médico. Pero hace tiempo que no sale de casa: «duerme o mira la televisión, pero le molestan incluso sus nietos cuando le visitan»,

[...] está mal, ha estado muy mal. Tiene rachas, una veces se encuentra mejor a veces se encuentra peor. [Pero] cuando está mal no quiere ver a nadie, le molesta todo el mundo, discute más.

Al nivel físico los usuarios manifestaron sufrir un amplio elenco de patologías graves (VIH, cáncer, enfermedad de Crohn, invalidez, enfermedad coronaria, esclerosis y fibromialgia) y leves (obesidad, falta de piezas dentales, diabetes, psoriasis o neumonía). Aunque es complejo determinar si el sufrimiento favorece las enfermedades físicas, o si esas dolencias son causas de la pobreza, en todos esos casos las consecuencias son nefastas. Estas enfermedades no solo inciden negativamente en el bienestar del individuo, sino que limitan su acceso al trabajo y su capacidad de disfrutar de una vida normal (Jacinto o Laureano) y relacionarse. Como apuntan algunos estudios, eso tiene un efecto circular porque la menor integración social representa un factor de riesgo de morbilidad y de mortalidad (Berkman *et al.*, 2000; House *et al.*, 1988; Seeman, 2000).

Aluminosis. Violencia estructural

Por «violencia estructural» entendemos los procesos sistemáticos y sutiles por los cuales las estructuras sociales damnifican a colectivos vulnerables. Esas estructuras comprenderían, por ejemplo, ciertos elementos o asunciones de las propias políticas diseñadas para erradicar la pobreza, los medios de comunicación, las instituciones educativas, los sistemas de salud o la opinión pública. La violencia se ejercita a través de actitudes, opiniones o acciones que proyectan prejuicios y estereotipos sobre los individuos. La persona que se siente violentada siente vergüenza, culpabilidad, impotencia, ira o frustración. Por esa razón, la violencia estructural a largo plazo logra minar la autoestima y la dignidad del individuo hasta ocasionar trastornos psicológicos irreversibles.

Los individuos forzados a recurrir a la ayuda social suelen experimentar sentimientos de fracaso que se expresan en términos de «tocar fondo» o «no poder caer más bajo». Algunos exteriorizan sentimientos defensivos ante la deshonra: «si venimos a un sitio de estos no venimos por gusto, venimos por necesidad», decía Encarna. Según Daniel, «cuando vine por primera vez»,

sentí una vergüenza brutal. Decía *imadre mía!, ¿pero qué hago yo aquí?* El primer año había una tía joven y cuando me vio llegar dijo *éste es el nuevo voluntario*. Y yo le dije: *no, no, es que vengo a comer a aquí*. Sentí una vergüenza brutal. Sí, lo pasé mal, lo pasé mal.

En el contexto asistencial, ya sea público o privado, los trámites y solicitudes de ayuda comportan procesos tediosos y pesados. En palabras de Rosa, una voluntaria que trabaja como recepcionista en un centro de Cáritas,

cuando los exponen a burocracias (como derivaciones, etc.) los usuarios lo pasan mal y ven que es mucho trámite. [Vienen y preguntan]: *Vengo a hablar con una asistente social*. [Y yo les digo]: *Tienes que pedir hora lunes o jueves de 10 a 12*. Y esto les agobia mucho, porque tienen necesidad y les haces pasar por todo eso.

De acuerdo con una mujer que entrevistamos en Servicios Sociales, «cada vez que me transfieren a otra trabajadora social por razones administrativas debo explicar una y otra vez la misma mierda [su historia de vida, sus dificultades y sus problemas]». Daniel también expresaba irritación ante trámites de la asistencia social que consideraba innecesarios:

Me hicieron hacer un curso hace un mes, pero era en Sant Cugat, de mantenimiento. Pero yo he trabajado mucho tiempo de mantenimiento y ahí no aprendía nada. Además tenía que pagarme el transporte y era un mes [...]. De oportunidades me han dado pocas. Ellos quieren saber todo sobre ti, que si te drogas, que si bebes, que si tal, que si cual [...]. Y siempre lo mismo, siempre lo mismo, siempre lo mismo [...], pero ayudarte, pues no. Bueno, Petra [la trabajadora social] sí, Petra sí me ha ayudado bastante, una vez me pagó la habitación y me ha ayudado siempre. Pero luego tienes que hacer papeles, tienes que ir al CAP [Centro de Atención Sanitaria], hacer el paripé, te obligan a hacer cosas [...] o tomar una pastilla, para que no consumas y siempre el mismo rollo, siempre lo mismo. Entonces dices: *bueno, me llaman de aquí, me llaman de allá, para hablar conmigo para lo de más allá. Y cuando he pedido ayuda nunca me han ayudado, entonces ¿a qué coño voy a ir a verte, a verte a ti para qué?*

En determinadas situaciones las respuestas institucionales, aunque bienintencionadas, resultan hirientes e incrementan la sensación de vergüenza y humillación (Gubrium & Lødemel, 2014: 211). Walker y Chase, documentan en el Reino Unido cómo el proceso mismo de solicitar ayuda puede resultar vergonzante y deshumanizante (2014: 146). En nuestro caso, Jacinto sentía vergüenza al recibir asistencia social en su barrio. Y a los hijos de Laureano les sonrojaba tener que hacer cola porque temían que alguien les reconociese.

Laura, muy joven a pesar de estar casada y tener dos hijos, se sintió ultrajada cuando la trabajadora social le propusieron alojarla con sus hijos en una casa de acogida a condición de que su marido se instalase temporalmente a casa de sus padres. «¿Pero no somos acaso una familia?», se pregunta Laura: «y entonces, ¿por qué nos separan?».

Cuando las ayudas se condicionan a la participación en programas de inclusión, ineludiblemente implican un tipo de *violencia estructural* blanda, porque se sobrentiende, como afirmaba un técnico, que «como eres pobre, tienes que participar». Un programa experimental de renta mínima desarrollado en Barcelona, ofrecía una serie de dotaciones y subvenciones, pero a una parte de los participantes ese ofrecimiento estaba condicionado a su participación en otras acciones a todas luces intrusivas: por ejemplo, se les obligaba a alquilar alguna de las habitaciones de su casa a un desconocido también necesitado, debían rendir cuentas de los gastos a los técnicos del proyecto y aceptar que los investigadores les visitaran a sus casas para realizarse entrevistas y encuestas. En otro caso, Francisco y su esposa, un matrimonio barcelonés que perdió el trabajo durante la crisis, se vieron obligados a recurrir a servicios sociales, a Cáritas y a Cruz Roja. A Francisco le propusieron

participar en un huerto social: allí podía ocupar su tiempo, realizar un trabajo y relacionarse con otros usuarios. A cambio le regalaban una parte de las hortalizas cultivadas: patatas, lechugas, cebollas, tomates y zanahorias. Aquello partía de una buena voluntad y, además, le proporcionaba gratificaciones materiales. Pero sin nevera ni espacio en el piso que compartían con su hija separada y su nieta, aquello les planteaba un dilema:

es que si rechazas participar o llevarte eso a casa te lo reprochan... Pero, ¿cómo me lo voy a llevar si no podré usarlo? Y es que tienes que aceptar algunas cosas porque si no [...] te ponen en la lista negra.

Como señala Mel Bartley, la idea de que los usuarios no son de fiar impregna muchos de los servicios destinados a atenderlos (2006: 22). Y muchos usuarios de las prestaciones advierten esa desconfianza (Gubrium & Lødemel, 2014: 211; Walker & Chase, 2014: 146). Lidia y Maricarmen, dos mujeres en aprietos económicos, relatan una situación muy similar a pesar de que no haber conexión previa entre ellas. En su primera entrevista con los trabajadores sociales ambas se vistieron de manera pulcra, se acicalaron y cuidaron su aspecto como haría cualquier persona que acude a una entrevista formal: «Me gusta vestirme presentable», explicaba Lidia. Cuando las recibió la respectiva trabajadora social se sintieron observadas, juzgadas por su apariencia y a ambas les recomendaron acudir al INEM, infiriendo que no necesitaban ayuda. Caterina, otra mujer que entrevistamos, consciente de esos sesgos se avanzó a la situación:

Cuando visité por primera vez a la trabajadora social le dije: *Mira, vengo como soy. Espero que me escuches como si fuera pobre, porque realmente lo soy* [sus palabras se rompen y comienza a llorar]. *No tengo casa, ni ahorros, ni trabajo ni comida. Es que ni mi madre puede ayudarme [...].*

En efecto, algunos beneficiarios experimentados habían refinado su discurso y la forma de presentarse, recalcando unos aspectos (como el pago del *comedor escolar*, de *la factura del agua* o *la calefacción*) y omitiendo selectivamente otros para asegurarse la ayuda. Los técnicos de Castellón, observaron con extrañeza que algunos hombres acudían a la primera entrevista portando un libro sesudo y denso bajo el brazo. Puesto que estos usuarios iban andando a Cáritas —y no en transporte público— dedujeron que aquello era una manera de exhibir signos de capital cultural para distanciarse de la imagen usual del pobre. Esta dinámica de cálculo a largo plazo resulta fatigante tanto para el usuario como para las instituciones (Mullainathan & Shafir, 2014). Estos *usuarios expertos* estaban persuadidos de que, en los contextos de servicios sociales donde se

ofrecían las ayudas, tenía que adaptarse a los criterios de merecimiento si deseaban asegurar la ayuda. Estas son algunas de las «armas de los débiles» (Scott, 1987) **(13)**.

Biopoder y tolerancia a la violencia estructural

Michel Foucault, el célebre filósofo francés, definía el *biopoder* como una práctica de los estados modernos consistente en explotar numerosas y diversas técnicas para subyugar los cuerpos y controlar a la población. La violencia estructural es una forma eficiente de *biopoder* porque ha logrado calar, en forma de culpabilidad, en la misma subjetividad y conciencia de las personas que la sufren. Julián y Leroi reconocen que la imagen hace mucho y que no les sorprendía que los echasen —de hecho, Leroi reconoce que «¡él hubiese hecho lo mismo!». Y, en otro lugar, afirma:

Y a lo mejor ves por la calle a otro yonki y le saludas y él no te saluda y luego te dice, oye *perdona pero es que* [no quería que me relacionasen contigo]. A los yonkis los echaba yo del bar, ¡y el que más se metía era yo!

Inma pensaba que en el albergue hacía falta más disciplina. Evaristo, depositario de ayuda, despotricaba contra otros usuarios porque consideraba que no querían trabajar y de acuerdo con Andrés, «[aquí hace falta más] mano dura y más control para mantener el orden y las normas».

Los relatos de las personas que habían vivido en la calle contienen capítulos atroces. Julio explica que:

Cuando vivía en la calle, estaba tan *anestesiado* por el alcohol que a veces me orinaba encima y no me daba ni cuenta. Una vez, cuando dormía en un cajero, noté que algo me había entrado en la boca y empecé a escupir: ipuag, puag, puag! [imitando el sonido]: ¡era una cucaracha, me había entrado en la boca una cucaracha y ni me había *enterado*! Seguramente salió del cajero, porque allí hace calor [...].

(13) James C. Scott (1985) considera que opresión y la resistencia están en constante cambio y que, al centrarnos en rebeliones organizadas o acción colectiva, podemos pasar por alto fácilmente formas sutiles pero poderosas de «resistencia diaria». Scott analiza las sociedades de campesinos y esclavos y sus formas de responder a la dominación, centrándose no en actos observables de rebelión, sino en formas de resistencia cultural y falta de cooperación que se emplean a lo largo del tiempo en el curso de la servidumbre persistente.

Dora había sufrido maltratos y estigma por ser transexual, inmigrante, pobre y por sufrir una patología mental. Como ella, nos explicó una trabajadora social, muchas mujeres de la calle que acudían a urgencias por sufrir violaciones, a parte del daño físico sufrían el daño moral de escuchar las recriminaciones del personal sanitario por haber consumido drogas y alcohol o por *andar con malas compañías*. Inma y Gregor recibían frecuentemente insultos y reproches mientras mendigaban y, en un par de ocasiones, trataron de prenderles fuego. A Leroi lo expulsaban casi siempre de los bares de malos modos y a Julio, cuando entraba a comprar alcohol al supermercado, lo seguían de cerca para asegurarse de que no robara nada.

Las personas expuestas de modo persistente a formas de violencia estructural parecían presentar cierta inmunidad al estigma, al maltrato y a la violencia física. En el albergue, hace años, se administró un test para evaluar la autoestima de sus usuarios y los resultados indicaban niveles más altos que los registrados por personas que no eran pobres. Ante estos inesperados resultados, los técnicos barajaron varias hipótesis: el test podía ser incorrecto o se administró erróneamente, el nivel de resiliencia de estas personas era elevado por una cuestión (psicológica) de autoprotección, o su percepción estaba sesgada por los efectos de patologías y adicciones —aunque, naturalmente, no todos los usuarios del albergue tienen estas características. El test no se replicó y no pudieron contrastar los resultados. Pero lo que sí se hizo patente, es que muchas de esas personas habían interiorizado un nivel considerable de culpabilidad y creían que, todo lo que les había ocurrido, se lo tenían merecido por tomar decisiones erróneas o por infligir tanto dolor a sus seres queridos —esto se observa en el caso de Leroi, Kike, Inma, Julio, Alicia y Joaquín.

La condición de ciudadanos de estas personas se ha deteriorado tanto que asumen que algunos lugares están vetados para ellos: lugares como pastelerías, tiendas de ropa, cafeterías, o bibliotecas. Un usuario le comentó a Nuria, una trabajadora social: «a mí, si no viniera contigo no se me ocurriría ni entrar. Igual me echaban, porque a mí de sitios así me han echado. Yo solo vengo a estos sitios cuando vengo contigo». Según Kike, «[me ha ocurrido] pues igual ir a una tienda y no dejarme pasar y decirme *aquí tú no entras*». A Dora no le permitían ni mirar los escaparates de las tiendas del centro de Madrid desde la calle —si se paraba delante de uno enseguida salía una dependienta para echarla porque espantaba a los clientes. A Gregor e Inma, cuando mendigaban, lo más ofensivo no era ser reprobados o insultados, sino ser ignorados: «lo peor era cuando pasaban por al lado y no nos hacían ni caso». Richard Sennet, en *El Respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad* (2013), sugiere que una de las formas más hirientes de falta al respeto es, precisamente, ignorar a la persona (2003: 3). La invisibilización, en ciencias sociales, designa los mecanismos culturales por los cuales

se omite la presencia de un determinado colectivo sujeto a relaciones de dominación: minorías, homosexuales, mendigos, etc. (Goffman, 1963; Habermas, 1999). La persona es tan denigrada que se hace invisible a los ojos del resto.

Esta interiorización de la culpa, como señala Glasser (1988), tiene un efecto corrosivo. Jacinto se mortificaba y «se consideraba un fracasado que no supo aprovechar las oportunidades de la vida». Rodrigo sentía pena de mí mismo y se preguntaba: «¿estaré pagando de repente por haber dejado allá a mis hijos, por venir así?». Alicia, con la cabeza agachada al pasar cerca de niños que esperaban en el SAMUR, se preguntaba: «¿qué les digo, si me están viendo? ¿Por qué entré yo y ellos no? Me avergüenza. No es mi culpa pero me avergüenza». Como apuntamos, esa sensación de fracaso y lástima era tan intensa que a menudo detonaba intentos de suicidio.

La suma de todas esas circunstancias, y el sufrimiento sostenido, quizás expliquen las actitudes aparentemente insensibles ante la tragedia, como en el caso de Kike o Leroi, que han presenciado demasiadas muertes de amigos; o Inma, aparentemente abnegada cuando servicios sociales le arrebató a su hija.

Algunas de estas personas han sufrido un proceso de deterioro relacional y emocional tan intenso que un acto de proximidad, un pequeño gesto de atención, tenían un gran impacto. Isabel, una usuaria alcohólica que se incorporó a unos talleres formativos dejó de asistir un día y sin aviso previo. Extrañados, los técnicos decidieron llamarla. Ella les explicó, afligida, que dejó de asistir porque en un momento de debilidad bebió alcohol y pensó que, al romper las normas, ya no la aceptarían. Avergonzada por su error decidió no acudir más. En vez de reprenderla, la animaron a regresar, sin condiciones, y al día siguiente estaba allí, agradecida porque la habían llamado y se habían preocupado por su estado. «Ahí está el punto de conexión de lo social, lo que hace que se enganchen al programa o lo abandonen» —nos explica un técnico.

Tras las entrevistas, prácticamente todas las personas que estaban en peor situación relacional y emocional afirmaron haber sentido, en sus propias palabras, “desahogo”, “alivio” y “consuelo”. En ciencias sociales esto se conoce por *el efecto Hawthorne*, por el cual los sujetos de un experimento muestran una modificación de su conducta como consecuencia de saber que están siendo estudiados, y no en respuesta a ningún tipo de manipulación o estímulo causado por el experimento. Esto revela hasta qué punto estas personas son invisibles a los ojos de la sociedad más amplia.

Pero a pesar de todo lo dicho todavía muchas personas que están en situación de calle comparten una visión bastante optimista de la sociedad. Consideran que la gente,

en general, «les han tratado muy bien», decían Inma y Gregor. Existen *ángeles*, decía Rodrigo, personas solidarias que les ayudaron, les ofrecieron dinero, mantas, comida caliente (a Julio), o libros (a Leroi). A menudo, comentan Inma y Gregor, las personas con menos recursos son los que más les han ayudado: ancianas, adolescentes o personas humildes del barrio. Y, al contrario, las personas que más tienen son los que menos dan:

Recibimos más ayuda de gente humilde que de gente que tiene dinero: esos son los que menos te dan. En cambio mujeres jubiladas te echan dinero, te compran pan, etc. La gente rica nunca, nunca ha sacado ni un céntimo de su bolsillo y han dicho *toma* [...]. Una vez pasó un chico joven trajeado por al lado y me miró con desprecio. Me levanté y lo seguí hasta el semáforo y le dije: *que no somos perros, que somos personas como vosotros. No hace falta que nos mires por encima del hombro*. No tengo por qué callarme, soy una persona como cualquier otra y no merezco ese maltrato.

Aporofobia y clasificación. El efecto matrioska

En el apartado anterior hemos descrito situaciones de rechazo y maltrato hacia personas que sufren exclusión social. Esas actitudes culpan a las víctimas omitiendo el sistema socioeconómico y la desventaja acumulativa (Harris, 2001; Bourgois 2001). ¿Qué mecanismos relacionales, sociales y emocionales están operando para que se establezca esa distancia, esa diferencia hacia el otro, que llega a naturalizar el maltrato?

Ya hemos avanzado que, en psicología, la tendencia a *culpar a la víctima* se achaca a la falta de empatía (Lerner y Simmons, 1966). Si indagamos en esta cuestión quizás podamos entender algo mejor los mecanismos de la aporofobia. Durante una entrevista pregunté a un voluntario si, en vistas del creciente número de personas que acudían al economato social, no sería adecuado ampliar el comedor social o establecer otro. Sobresaltado, exclamó:

¡No!, ¡no!, ¿pero cómo dices...? ¡En absoluto! Eso tendría un efecto llamada y atraería a todos los pobres de los pueblos del alrededor!

No hubiese podido definir mejor la «aporofobia» o rechazo del pobre (del griego *fóbos*, miedo, y *áporos*, pobre) un término, lamentablemente de moda, que remite a la «alterofobia» o aversión a lo *diferente*, que se manifiesta mediante el miedo, el rechazo o el asco. Ese rechazo no es una mera consecuencia de la ignorancia, como a menu-

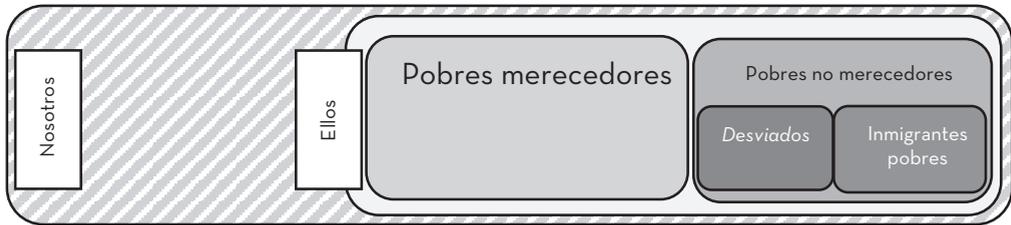
do se aduce: como el racismo, el sexismo o el clasismo, la alterofobia es a menudo un acto consciente que goza de destacados portavoces. El sociólogo Charles Murray, en su libro *Underclass: The Developing Debate* (2000), sostiene que la «infra-clase» («underclass», una versión moderna del lumpen proletariado), no representa un grado de pobreza sino un tipo de pobreza caracterizado por la ausencia de trabajo, ingresos y educación y por la propensión al crimen y al conflicto. Esta contribución se hace eco de clásicos como *La Cultura de la Pobreza* (1966) de Oscar Lewis o del Informe Moynihan: *The Negro Family: The Case For National Action* (1965). Oscar Lewis, tras analizar el chabolismo en las ciudades de México, Nueva York y Lima, identifica una serie de rasgos presentes en el 20% de la población pobre que constituyen la *cultura de la pobreza*. Estos rasgos son económicos (desempleo, informalidad, escasez crónica, etc.) y psicosociales (hacinamiento, alcoholismo, violencia doméstica, precocidad sexual, etc.) y, aunque el autor los interpreta como una respuesta adaptativa al medio, se han tomado como rasgos característicos de los pobres. Por su parte, Patrick Moynihan, en su informe, atribuye el deterioro de las relaciones familiares de los afroamericanos del gueto a las altas tasas de desempleo, a la dejación familiar por parte de los hombres, a las elevadas tasas de madres solteras y a los bajos resultados educativos. *Sin la ayuda del mundo blanco*, concluye el informe, *todo eso corre el riesgo de perpetuarse*. Opiniones clasistas y racistas similares por desgracia no son infrecuentes en la historia intelectual de occidente, pero resultan particularmente peligrosas cuando las profesa un sociólogo que fue senador demócrata por Nueva York, embajador de la ONU y asesor de cuatro presidentes norteamericanos (Kennedy, Johnson, Nixon y Ford).

Estas tesis alterofóbicas, a pesar de que son rebatidas una vez tras otra, reaparecen recurrentemente en la academia, en los medios políticos y en la opinión pública. Comparten el hecho de clasificar al otro y de demarcar una distancia y una asimetría respecto a nosotros. La *alterofobia* también es una categoría estrictamente relacional.

En el caso de la pobreza (aporofobia) hemos podido observar que esa distancia se construye fundamentalmente mediante dualidades clasificatorias: la de la «alteridad» (nosotros versus ellos), la del «mérito» (*pobres merecedores versus pobres no-merecedores*) o la de la «desviación» (adictos, prostitutas, personas con patologías nacionales que se contraponen a inmigrantes con esos mismos problemas). Metafóricamente, la clasificación funciona como una muñeca rusa, una matrioska, cuyas capas van estableciendo sucesivas distancias que se proyectan entre los colectivos, de acuerdo con un orden descendente de clasificación.

Nuestro mundo social quizás no sea tan inclusivo después de todo. Tiende a expulsar hacia los márgenes a la diferencia. Cuando uno observa las interacciones de las perso-

ILUSTRACIÓN 12. Los ejes de la alterofobia vistos desde el individuo: la matrioska de la desigualdad



nas ordinarias con las personas que viven en la calle, los últimos parecen pertenecer a otra categoría social. Como apuntaba Rosa, la voluntaria, «no somos racistas pero sí lo somos, no somos no sé qué pero sí lo somos [...]». Hay clasismo y hay racismo». El estigma y los prejuicios son formas culturales de demarcar y subrayar esa *alteridad* («othering») (Lister 2016), pero también se marca la distancia expresando deferencia, desprecio, compasión, lástima, miedo o indiferencia hacia el «pobre» (Katz 1989: 236). En un polo, *nosotros*, nos identificamos con ciertas virtudes morales y valores sociales (respetabilidad, dignidad, normalidad, limpieza, lealtad, etc.) mientras que en el otro volcamos, asimétricamente, los prejuicios y los estigmas (indignidad, anormalidad, suciedad, fraude, etc.) (véase Wilson, 1987; Gans, 1996).

Por ejemplo, la idea de que existen «pobres merecedores» y «pobres no-merecedores» está profundamente instaurada en el imaginario colectivo, aunque como hemos visto a veces esa división resulta totalmente arbitraria. Por lo general se asume que los pobres merecedores son aquellos cuya situación de pobreza es sobrevenida y depende de factores estructurales, ajenos al individuo. Este sería el caso, por ejemplo, de una persona desempleada por causas de enfermedad, despido colectivo o discapacidad (Bridges, 2016). Los pobres no merecedores, se suele entender en cambio, son aquellos cuyas actitudes y comportamientos (se considera que) les han llevado a la pobreza: adictos, derrochadores, madres solteras, malos estudiantes, etc. Tales principios están tan incrustados en la sociedad que han sido incluso asimilados por las víctimas (los usuarios de los servicios asistenciales, algunos inmigrantes o miembros de otros colectivos excluidos), de modo que ellos mismos los emplean y los proyectan para distinguirse y distanciarse de los otros imaginados.

Durante el trabajo de campo observamos que muchos usuarios compartían la opinión de que el resto de usuarios (sus iguales) eran un *atajo de vagos* («trabajo no falta, pero hay que querer trabajar»), *maleantes* («si dejas el teléfono, lo cigarrillos o los zapatos un minuto ya no los ves más») y *mentirosos* («viene a comer aquí y luego lo ves tomando

café en el bar»). En una ocasión, mientras conversaba en las puertas del albergue con algunos de los asiduos, Nikolaj, una persona mayor, sin hogar, de origen ruso y alcohólico, repentinamente empezó a emitir horribles alaridos de dolor mientras se palpaba nerviosamente el vientre. Al cabo de unos segundos se desplomó en el suelo. La ambulancia llegó rápido, los ambulancieros lo cargaron en la camilla y lo trasladaron al hospital a toda velocidad. Parecía un ataque de cirrosis. Cuando se alejó la ambulancia, Toñi, que también residía en el albergue, murmuró: «claro, con lo que bebe, era normal que petase». Luego supe que ella también tenía problemas de alcohol. Miguel nos explica que sus amigos le han dado la espalda porque «no les ha gustado, te lo digo como suena, que fuera pobre». Laureano, que acudió a servicios sociales cuando perdió su trabajo, emplea esta perspectiva dual cuando habla de los usuarios del economato:

hay personas que han hecho de eso su forma de vida y hay otros que la situación les ha sobrenido. Pero hay personas que lo hacían casi como modo de vida, sin hacer el esfuerzo suficiente para buscar trabajo [...], aunque esos casos eran los menos.

La alterofobia se comparte en todos los estratos sociales: siempre hay otro del que uno desea demarcarse precisamente para sentirse dentro, integrado. En muchos casos, como hemos observado, el otro *otro* suele ser el inmigrante empobrecido. Mientras observaba en la recepción de un servicio social, entablé conversación con una mujer que esperaba a ser atendida y sentenciaba: «no es justo, tampoco, que a una familia de aquí con hijos se le niegue la ayuda por ser de aquí y que a ellos, solo por venir de fuera, se les ayude».

Este tipo de divisiones simbólicas, en muchos casos arbitrarias, no son nuevas para la antropología social. Michael Kearney (1999), en el contexto migratorio, señala que las fronteras tienen la capacidad de construir y definir identidades *legítimas* en contra de las identidades *ilegítimas* de los migrantes. De esta manera la frontera *filtra* a los migrantes ejerciendo un poder clasificatorio que define una nueva identidad. La antropóloga Mary Douglas, en su libro clásico *Pureza y Peligro* (1966), rastrea el significado del concepto de «suciedad» en diferentes culturas y contextos (alimenticios, rituales, espacios cotidianos, etc.) y concluye que lo «sucio» no es algo intrínsecamente desagradable sino algo que está *fuera de lugar* y que, al estar fuera de sus fronteras simbólicas, resulta potencialmente peligroso. Esta demarcación simbólica, en el caso social, nos ofrece pistas interesantes para entender la pobreza y, posiblemente, el mejor ejemplo lo encontremos en uno de los sistemas clasificatorios más radical, el de las castas indias: el intocable, el paria o *dalit* es una persona que, de acuerdo con las creencias hindúes tradicionales, se encuentra en el estrato social más bajo de la sociedad. Al estar fuera de las cuatro *varnas* tradicionales, históricamente, solo se les ha

permitido realizar trabajos marginales y eran repudiados y aislados hasta el punto de que las clases superiores evitaban el contacto de sus sombras, porque implicaban un peligro simbólico.

Siguiendo este razonamiento los pobres serían impuros y peligrosos para su entorno social, porque son ambivalentes desde el punto de vista clasificatorio: son «como nosotros» pero solo en parte. Esta ambivalencia es percibida por ambas partes y da lugar a la vergüenza y la culpabilidad. Para el resto de la sociedad, los pobres ocuparían los estratos impuros de la pirámide social, como acabamos de argumentar.

Tal vez Mary Douglas no estaba tan lejos de nuestras reflexiones en torno a la pobreza. En su libro junto a B. Isherwood, *The World of Goods: Towards an Anthropology of Consumption*, hallamos lo siguiente:

[Existen] profundas discontinuidades en la clase social que están ocultas a los ojos del economista por la gradación suave de la distribución del ingreso en todas las clases sociales [...]. Los pobres son nuestros parientes y amigos. Es probable que no todos nuestros parientes se encuentren entre los acomodados. Si no sabemos cómo viven los pobres, quizás sea porque hemos seleccionado y construido contra ellos nuestros propios rituales de consumo, y hemos rechazado las invitaciones para unirnos a sus celebraciones (1978: 204-5).

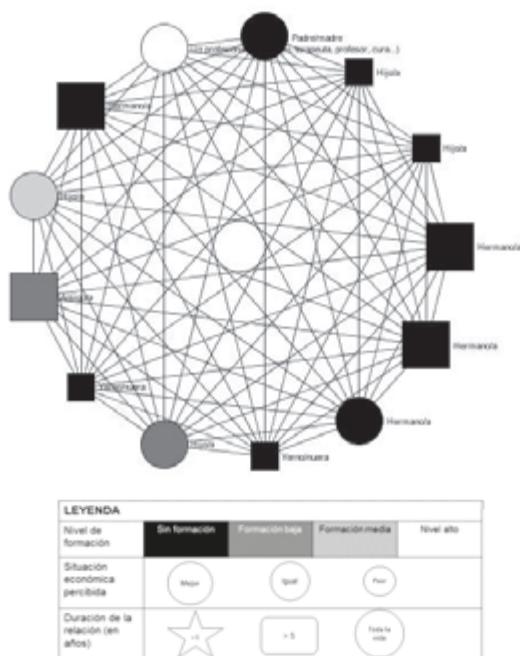
Homofilia, una cuestión de clase

En muchos de los casos analizados hemos podido advertir una tendencia a establecer relaciones sociales con individuos de similar estatus socioeconómico, tanto entre individuos con carencias como entre individuos con notable capital humano. El estatus lo hemos podido analizar atendiendo básicamente al nivel socioeconómico percibido (es decir, el modo en que el individuo percibe la situación socioeconómica de sus contactos) y nivel formativo (grado de formación educativa y profesional de los contactos). Atendiendo a estas variables podemos distinguir de modo general tres subgrupos. En estos casos, representaremos las redes de manera esférica para poder observar mejor las características de los contactos. El color de la figura indica el nivel de formación educativa y profesional de los contactos, en una gradación desde el negro (sin formación), pasando por el gris (formaciones básicas y medias), hasta el blanco (con elevada formación). El tamaño de la figura indica la situación socioeconómica percibida por el individuo: a mayor tamaño de figura mayor situación socioeconómica. Por último, la for-

ma muestra la cercanía: la circunferencia indica que hay mucha o bastante proximidad y el cuadrado muestra que hay poca o escasa proximidad.

El primer subgrupo está compuesto por personas que han sufrido procesos de exclusión severos derivados de adicciones, trastornos psicológicos o situaciones de pobreza crónica sostenida. Tanto el nivel de relaciones sociales de partida como la presencia de nuevos contactos resultan muy escasos y suele darse un contraste notable entre la situación socioeconómica de los individuos del contexto personal y los del contexto institucional (con individuos de mayor estatus, técnicos básicamente). En esta situación hallaríamos los casos de Dora, Inma y Gregor, Joaquín y Amparo. Estas personas mantienen relaciones con individuos de igual estatus económico, que es por lo general bajo –salvando la presencia de técnicos y trabajadores sociales. Tanto el nivel formativo como la situación económica de la mayoría de las personas de la red son bajos o muy bajos. En el caso que ilustramos, además, se da la característica de que la persona no percibe demasiada proximidad con la mayoría de los individuos de su red social porque el nivel de dependencia y presión sobre ella son muy elevados.

ILUSTRACIÓN 13. Amparo y redes homófilas



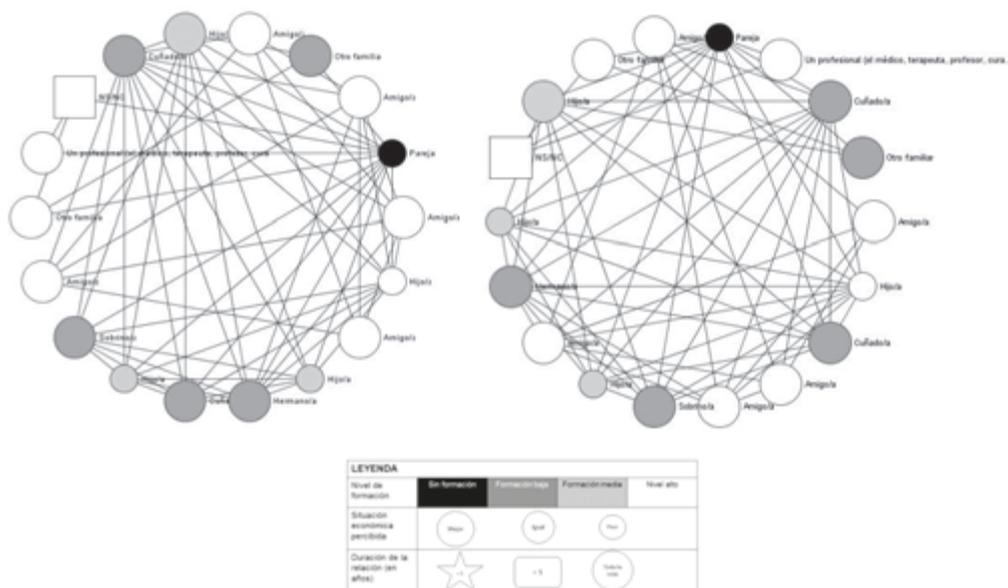
con un nivel socioeconómico y profesional medio y apenas hay individuos de estatus inferior. Las nuevas relaciones, si las hay, suelen darse con personas de similar estatus. En estas circunstancias encontramos a Laureano, Isabel, Alicia, Alfonso, Kike y Rodrigo, cuyas singularidades cabe también comentar.

Isabel y Laureano muestran redes sociales muy similares, con vínculos familiares densos y amistades que gozan de una situación económica y social propia de la clase media. La familia y los amigos constituyen el grueso de sus redes y apenas hay vínculos nuevos con individuos del contexto asistencial. Nuevamente hallamos un nivel de homofilia considerable.

En el caso de las personas inmigradas estas características quedan, quizás, todavía más marcadas. Además, en el colectivo migrante identificamos una efectiva «red de solidaridad étnica», solidaria y espontánea, compuesta por compatriotas anónimos que les han proporcionado apoyo, contactos y oportunidades laborales decisivas, aunque en nichos laborales específicos trabajo doméstico y cuidados. En estos casos se percibe una presencia notable de amigos de elevado estatus en más del 80% de los nuevos contactos.

Rodrigo presenta un caso particular de resiliencia, porque procede de un contexto humilde y siempre ha bregado con responsabilidades familiares y un contexto laboral

ILUSTRACIÓN 15. La red de Isabel (izquierda) y de Laureano (derecha)



Resistencia o catarsis

A pesar de la diversidad de los casos, los anteriores subgrupos nos permiten entender algunas pautas comportamentales y actitudinales de acuerdo a la estructura de sus redes sociales (volumen, diversidad, componentes, etc.), la disponibilidad de capitales (económico, social, cultural **(14)**) y el grado y tipo de necesidades.

De acuerdo con los trabajadores sociales, el individuo que confronta una situación de pobreza inesperada acostumbra a pensar que se trata de algo puntual que puede autogestionar de manera individual –tienden a pensar *de ésta salgo yo*, señala una trabajadora social. Como la situación se considera pasajera, a menudo se recurre a un mayor endeudamiento para poder continuar con el mismo nivel de vida, pero en la mayoría de los casos eso empeora la situación. Por eso, cuando se recurre a ayuda institucional la actitud común es de incredulidad. Como parafrasea el trabajador social:

¡No puede ser que me haya pasado esto! Y te repiten, *yo siempre he vivido bien, he funcionado bien y ahora qué vergüenza tener que ir a servicios sociales*. Es que venir a Cáritas [...], en mi vida pensé venir a Cáritas, de hecho yo he ayudado, he colaborado con Cáritas.

Recurrir a ayuda es el primer paso para afrontar la situación de pobreza. A partir de ahí suele iniciarse un proceso de acompañamiento y de modificación de pautas: «si tienes una hipoteca de mil euros y unos ingresos solo de 426€, tendrás que elegir o decidir qué hacer, ¿no?». Cuando la situación se prolonga, como hemos visto, aparecen la impaciencia, la frustración, los conflictos interfamiliares, las depresiones y, eventualmente, el distanciamiento social, etc. Como indica Roberto, un trabajador social de Albacete, estrategias habituales como reubicarse temporalmente con los padres pensionistas suele incrementar los conflictos intergeneracionales por el choque de dos modelos antitéticos de valores y normas: el modelo comunitario y tradicional de los ancianos (cohesivo, ahorrativo, interdependiente) contra un modelo individualista de hijos y nietos (de gasto, consumo y mayor autonomía).

(14) Por capital económico entendemos recursos económicos. Por capital social los recursos derivados de la pertenencia a grupos, relaciones, redes de influencia y colaboración. Por capital cultural las formas de conocimiento, educación o habilidades de una persona, que le confieren cierto estatus social (Bourdieu, 1983).

La resistencia a aceptar la realidad a menudo se asocia con un *modelo educativo pro-tectionista*. Se opta por enmascarar la situación a los hijos para evitarles sufrimiento y vergüenza. Pero los hijos, ajenos a la realidad, siguen exigiendo niveles de consumo por encima de las posibilidades y, como expone un trabajador social, «despertar de eso es muy duro». El drama no deriva de la carencia de bienes básicos, sino de privarse de aquellos productos y espacios de ocio y consumo socialmente valorados por el grupo de iguales: por ejemplo no disponer de móvil, dinero para salir, comprar ropa o zapatillas de deporte, entrar a discotecas y bares, etc. Y la ubicuidad de esos espacios y productos de consumo es una realidad inherente a nuestra sociedad y nuestro tiempo (véanse, por ejemplo, los ejemplos de propaganda tomados al azar en una universidad pública, en ilustración 17).

Las personas más pobres y excluidas suelen ser también las más vulnerables al desempleo, a la publicidad del consumo y al efecto perverso de las plataformas de comunicación de masas. Como observa Loli, una trabajadora social:

ILUSTRACIÓN 17. Espacios de sociabilización y de exclusión



Estos anuncios fueron fotografiados en las paredes de una universidad pública. A la derecha una aplicación de móvil que permite realizar pagos inmediatos: «El héroe. Superpoder adquisitivo. No tiene capa, tiene nómina. Tu último Bizum siempre es para él. Best Bizum Friend. Vuelvo a pagar yo, pero me hacéis un Bizum. Sean como sean tus amigos, todos tienen Bizum». A la izquierda Fiesta de Fin de Año, desde 35€ por persona.

Si antes algunos chavales pensaban: *no voy a estudiar porque me puedo ir con mi padre o mi tío a la obra y ganar un pastón*; ahora piensan: *para qué me voy a esforzar si no voy a poder trabajar nunca*. Chavales sin ninguna expectativa. No tienen ni el modelo del universitario ni el modelo del *currela*.

Pero cuando a esos chicos, sigue el trabajador social,

[...] se les hace partícipes del problema y de la solución, es cuando se involucran. Muchos, cuando se les dice *oye, hay que apretar y buscar trabajo* se han puesto a trabajar, se han metido en la guardia civil, trabajan repartiendo pizzas, se sacan un FP o lo que sea.

A raíz de esos patrones de conducta, en nuestro trabajo hemos observado que los que asumen y confrontan las circunstancias de manera reflexiva y optan por socializar la problemática (e involucrando a sus hijos cuando los hay), siguen un proceso que asemeja mucho a una *catarsis*, un camino de recuperación que les hace más cohesivos y *resilientes*. Estos individuos suelen pertenecer al grupo 3 que antes hemos esbozado (según el grado de homofilia). A diferencia de los grupos 1 y 2, lo que caracteriza a esas personas es la disponibilidad de capital cultural: formación, destrezas y habilidades que raramente se observan en los otros grupos más empobrecidos y que representan un recurso imprescindible para gestionar las circunstancias adversas y hallar salidas plausibles. En este caso tendríamos a Isabel, Laureano, Alicia, Alfonso, Gabino y Kike.

Catarsis es una palabra de origen griego que indica purificación y se emplea en psicología para explicar el proceso de liberación de las emociones negativas y significa el *proceso de asimilación, recuperación emocional y clarificación intelectual tras un trauma o cambio extremo*. Según el psicólogo Bernard Rimé (2018), las personas afectadas por estrés interno, independientemente del género o del nivel educativo, usan el intercambio social como una liberación catártica de emociones.

En nuestro estudio observamos este proceso en varios casos. Muchos respondían, antes de caer en situación de pobreza o de adicción, al *ciudadano modelo*: cumplían con sus obligaciones (trabajaban, pagaban sus deudas e impuestos, ahorraban lo que podían), gozaban de una red social amplia (laboral, familiar, amistades); participaban de los valores socialmente aceptados (valor del esfuerzo, meritocracia, ética del trabajo, e incluso realizaban donaciones a ONGs). Estas personas, que habían sufrido un proceso de movilidad social descendente, se sentían frustradas y resentidas (véase Newman, 1999) porque, a pesar de haber cumplido con sus obligaciones como ciudadanos, no habían recibido la reciprocidad esperada. A la primera etapa

de frustración, a menudo le seguía un proceso de autocrítica y superación personal que a largo plazo lograba restaurar la dignidad.

«Lo bueno de la crisis, entre comillas», añade Isabel al final de la entrevista, «es que te abre los ojos. Me tengo que mover, no me vale lamentarme». De manera similar, Caterina, un caso de otra investigación precedente, nos aporta este testimonio:

No debería decir esto..., pero es genial que me haya pasado esto. ¿Sabes por qué? Viví en un mundo totalmente irreal. Ahora estoy viviendo en el mundo real. Ahora entiendo a mis padres, que sufrieron una guerra, y compraron su casa poco a poco, pagando una hipoteca. Tengo dos manos, hermosas manos, y puedo hacer muchas cosas, y mi esposo también. Conocí a mejores personas. Mi vida social está llena [...]. También he ayudado a mucha gente.

Alfonso, el contable brasileño que atravesó un proceso de indigencia en España, describe su propia progresión en detalle. Después de perderlo todo:

Tuve una fuerte sensación de frustración. La sensación de que había fallado. Me sentí culpable, pero te das cuenta de que cuando llegas al fondo, no tienes nada más que perder. Estaba completamente aislado del mundo, ¿sabes? Tenía buenos trabajos, buenos salarios, disfrutaba de la vida... Tenía todo lo que necesitaba y nunca podría imaginar una situación como esta. Así que primero me pregunté, ¿qué hice mal? Pero ahora creo que ese no es el asunto. Esto ha cambiado totalmente mi vida. Conocí a personas que nunca imaginé que podría conocer. He estado en lugares que ni siquiera sabía que existían. Caí en una profunda depresión debido a todos mis fracasos: mi matrimonio, mi negocio... No tenía fuerzas para nada. Estaba perdido, la verdad. Estaba tan angustiado por la falta de dinero, de comida, de casa...y el día que me robaron mi computadora y mi iPhone pensé, *bueno, se acabó mi vida, esto es el final*. Pero comencé a leer mucho, tratando de entender la situación. Y ahora es como un desafío [...]. Ha sido como un renacimiento. Fue como renacer, es como cambiar totalmente. Y esto me va a llevar a tomar otras decisiones en el futuro, a ser mejor y a mirar a las personas de otra forma. Ya me ha cambiado muchas cosas, mucho. Y a pesar de que he sufrido de todo esto tengo que sacar el ser una persona mejor.

El proceso de catarsis regenera cierta autoestima y sirve como coadyuvante para restablecer los lazos sociales. Cuando la situación se comparte con los hijos y se les hace copartícipes, de acuerdo con Isabel, también «maduran más». Como apunta Rimé, «mientras más individuos estén socialmente integrados, mayor será su capacidad para asimilar experiencias crudas y, por lo tanto, para reducir las fuentes de estrés interno» (2018: 70).

Finalmente, este proceso también activa una imperiosa necesidad de cerrar el «círculo de la reciprocidad», como se observa en los casos de Alfonso, Alicia, Kike, Gabino, Rodrigo y Joaquín. La antropología económica, mencionábamos al principio, enseña que la reciprocidad es un principio universal que antecede a la economía de mercado y a otros tipos de interacción económica. A la reciprocidad subyace un principio de moralidad basado en la restitución de la deuda —es decir, yo recibo algo y, de manera implícita, lo retorno de alguna manera, tejiéndose así una relación. Una forma de reciprocidad básica es el regalo, el don. Los regalos intercambiados se entregan sin un acuerdo explícito de recompensas inmediatas o futuras (Malinowski, 1922; Mauss, 1925; Godelier, 1996; Gregory, 1997) **(15)**. Esto contrasta con la economía de trueque o la economía de mercado, en las que los bienes y servicios se intercambian de manera explícita por un valor estipulado. En el contexto analizado, esta dinámica entre el *don* y el *contra-don* (un toma y daca) genera círculos de reciprocidad claramente identificables: la mayoría de los usuarios manifestó la necesidad de retornar, de una manera u otra, la ayuda recibida. El don circula siempre en ambas direcciones: recibir la ayuda conlleva contraer una deuda así como cierta «presión para responder como se espera», dice Alicia. Kike reconoce esa deuda cuando es rescatado de sus recaídas y afirma que «pensé que no podía fallar ya». En todos estos casos la devolución toma la forma de ayuda hacia otros, necesitados como ellos. Según Kike: «de esa gratitud lo que intento es darla, devolverla». Rodrigo ayudaba en el centro de día de modo desinteresado (sirviendo comidas, haciendo las compras, manteniendo las instalaciones, etc.). Evaristo ayudaba en el ropero: «no me pagan, pero ayudo y contribuyo en lo que puedo» y lo mismo se observó en el caso de Jacinto. La acción política (en el caso de Laureano) o el emprendimiento (Alfonso y Evaristo) perseguían el mismo fin. Rodrigo afirmó que «cuando logre salir de esta me haré voluntario». Alicia explica que «si tuviese medios económicos, los destinaría a ayudar a personas en necesidad, sobre todo con hijos». Joaquín y Laureano contribuyeron a la causa caritativa a través de donaciones y Gabino dio clases de guitarra de forma voluntaria. Julio ayudaba a los muchachos con discapacidad y, así, prácticamente todos trataron de retornar el don y cerrar así un ciclo de reciprocidad.

(15) Mauss, Marcel (1925). *Essai sur le don. Forme et raison Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*. Paris: PUF. Malinowski, B. (1922). *Argonauts of the Western Pacific: An Account of Native Enterprise and Adventure in the Archipelagos of Melanesian New Guinea*. New York: E. P. Dutton & Co. Gregory, Chris A. (1982). *Gift and Commodities*. London: Academic Press. Gregory, Chris A. (1997). "Beyond Gifts and Commodities", In *Savage Money. The Anthropology and Politics of Commodity Exchange*. Amsterdam: Harwood Academic Publishers. Godelier, Maurice (1996). *L'enigme du don (The Enigma of the Gift)*. Paris: Fayard.

Retos para los proyectos de inclusión social

Como hemos visto, existen diversos factores que limitan la integración de personas en situación de pobreza severa. A la luz de todo lo que hemos analizado en los apartados precedentes, como cierre veremos algunos de los grandes retos que afrontan los proyectos participativos para lograr la inclusión de estas poblaciones desfavorecidas.

En el ámbito relacional, el arraigo y el sentido de pertenencia requieren de un proceso largo. Pero las instituciones y los programas participativos orientados a promover la inclusión funcionan con otros tempos, más comprimidos, y por ello no resultan siempre eficientes. Roberto, un trabajador social, nos explicó el caso de Ramón, que nos pone sobre la pista de los retos de los modelos participativos.

Ramón era un señor de 60 años. Un tipo espectacular, que había sido marino mercante, pero se arruina y llega aquí [a Cáritas], después de haber viajado por todo el mundo. Y como no consigue trabajo con esa edad (marino mercante aquí [en Albacete] ya me dirás), pues le desahucian. Lo pierde todo, el perro lo llevan a una protectora, entra en el albergue y le acompañamos emocionalmente hasta que le consiguen un piso. Cáritas le da dinero hasta que obtiene una prestación y se instala en una casita muy pequeña y humilde. Pero bueno, hemos conseguido salvar la economía básica. Va a comer a un comedor social, nosotros le damos dinero para que se afeite, para su higiene personal, y le aseguramos el dinero del Estado para la casa. Vale. ¿Cuál es el drama? Que no tiene nada que hacer. Está solo. No hay comunidad, no hay tejido barrial en el que participar, sentirse. Al final murió en su casa, no sabemos de qué, pero yo intuyo que pudo suicidarse. ¿En qué hemos fallado? En eso, en mantener seres aislados sin comunidad, sin tejido social.

Como observa este trabajador social, las personas

tienden a encerrarse en su casa con sus problemas. En contextos rurales y barrios populares existe aún un tejido comunitario inclusivo y hay que mantenerlo, incluso recuperarlo. Es la clave para contrarrestar el efecto del individualismo, del mercado y del consumo.

A falta de incentivos, afirma otra trabajadora social, la gente «prefiere quedarse en su casa, recibir la prestación y ver la televisión». Sin embargo, se *invita* a participar a personas en exclusión en una sociedad que no es excesivamente participativa («ni siquiera nosotros participamos», apunta). La mayoría de las asociaciones o actividades comunitarias de hecho raramente generan tejido comunitario, porque lo que hacen básica-

mente es agrupar a personas que comparten una actividad (bailar, cursos de ganchillo o cocina, etc.) para ahorrarse pagar por ella.

Por la misma razón, las campañas de sensibilización tienden a ser poco exitosas. En la campaña «tan cerca que no lo ves», organizada en Castellón para denunciar la invisibilidad de las personas que viven en la calle «solo estábamos cuatro gatos y tres éramos de Cáritas» –lamenta un trabajador social.

En algunos casos los intentos de inclusión, al topar con el prejuicio, generan el efecto contrario: desintegran y refuerzan el estigma. Esto ocurrió cuando una iniciativa cívica pretendió aproximar la realidad de personas que habían superado problemas de adicciones a chicos de un club de ciclismo. El objetivo era sensibilizar a los muchachos del problema de las adicciones y favorecer la inclusión de personas que las han superado mediante un encuentro. Al encuentro no acudió ningún chico porque sus padres se opusieron.

Cuando el incentivo es claro, las posibilidades de éxito se incrementan. Esto se ha observado en algunos proyectos de remodelación de las infraestructuras barriales en los que la gestión de los recursos y las decisiones se dejan en manos de la comunidad. En

ILUSTRACIÓN 18. Lema de la Campaña para visibilizar el problema de las personas sin hogar



sendos barrios de Hellín y de Tenerife, la institución social asignó recursos económicos a comunidades de vecinos para que los invirtiesen en sus barrios, visiblemente deteriorados. En ambos casos se eligió a una persona para liderar el proyecto y se logró, entre todos, limpiar los jardines, pintar la pista de baloncesto, los bancos y el patio de la escuela, limpiar las calles e instalar nuevas papeleras. Aquellas personas, unidas por un objetivo común, se sintieron orgullosas de lo que habían conseguido y fortalecieron la idea del bien común, un espacio de todos que había que cuidar y respetar.

De acuerdo con varios estudios de comunidad, el modo en que se estructuran las organizaciones cotidianas (guarderías, escuelas, iglesia, lugares de trabajo, asociaciones de vecinos) influye en las oportunidades que tienen sus miembros para conocerse y crear vínculos con personas tanto similares (homófilos) como diferentes (nexos heterófilos, capaces de ofrecer otros tipos de apoyo). Además, cuando esas organizaciones se ven forzadas a aunar recursos para garantizar su propia supervivencia, las redes se hacen más fuertes (Dabas, 1993, Small, 2009). En el libro *Surviving Poverty: Creating Sustainable Ties among the Poor* (2017) basado en una investigación en el área de Filadelfia, Mazelis, examina la experiencia de medio centenar de personas pobres, algunas de las cuales se organizan para luchar por la supervivencia. La autora muestra que, al contrario que en el caso de las experiencias de los participantes sin afiliación, las personas que participan en el movimiento establecen relaciones que tienen un impacto duradero —a menudo incluso de años y décadas—, tanto en la provisión de apoyo mutuo como en restitución de la autoestima y la lucha contra el estigma. En ese contexto los servicios de apoyo que fomentan relaciones sociales juegan un papel crucial. Recientes líneas de investigación muestran que en esos contextos la vergüenza puede revertirse y tener incluso consecuencias positivas, como la motivación de comportamientos interpersonales, la restauración de la dignidad y el surgimiento de comportamientos pro-sociales como la solidaridad, la cooperación y la ayuda mutua (De Hooge *et al.*, 2008, 2010, 2011; De Hooge, 2014).

Fundamentalmente, las personas sienten la necesidad de reunirse y apoyarse cuando se producen *crisis sociales*: éstas pueden ser *positivas*, como en el caso de las celebraciones (cumpleaños, misa, etc.) o pueden ser *negativas*, como en el caso de las tragedias (defunciones, desastres ecológicos, incendios o inundaciones, etc.). Esos son espacios clave de interacción, espacios *liminales* en el contexto de una situación de *communitas*. La idea de *liminalidad* (del latín: límite, frontera) es una fase intermedia, fronteriza, cuando no se está (física o mentalmente) ni en un sitio ni en otro —por ejemplo, durante la adolescencia, una enfermedad grave o un viaje. Esta idea la desarrolló originalmente Arnold Van Gennep (1909) y la popularizó luego Victor Turner (1969) aludiendo a ese estado de receptividad y ambigüedad que caracteriza las fases inter-

medias de todo ritual. La *liminalidad* se relaciona directamente con la noción de *communitas*, una situación de comunión, unión y comunidad que trasciende la estructura, la jerarquía y las clases sociales. Esos son espacios y tiempos clave, en los que se producirían interacciones con menor carga de prejuicios porque manifiestan emociones humanamente transversales (penas o alegría) más allá de las etiquetas socioculturales de género, clase o etnia. Esos espacios son los que deberían potenciarse.

La falta de participación de los colectivos pobres indica falta de cohesión social y desapego. Esto podría estar causado por el deterioro del estatus ciudadano y por la falta de representación política. De acuerdo con una usuaria que esperaba en la antesala de un servicio social,

Usuaría: -No es justo, tampoco, que a una familia de aquí con hijos se le niegue la ayuda por ser de aquí y que a ellos, solo por venir de fuera, se les ayude.

Antropólogo: -Quizás la culpa no sea de uno ni otros, sino de nuestros políticos, que no administran bien los recursos...

Usuaría: -Ah, yo hace ya años que no voto, estoy cansada de unos y de otros...

Actualmente muchos autores coinciden en señalar tres vías clave que pueden contribuir a redirigir las políticas contra la pobreza en pro de la dignificación e inclusión de las personas que sufren pobreza. Nosotros, a la luz del trabajo que llega aquí a su fin, nos sumamos a esas propuestas.

Primero, resulta prioritario restablecer el estatus de ciudadano de las personas empobrecidas. La noción de ciudadanía concreta los derechos y los deberes fundamentales de las sociedades de los modernos estados-nación (Marshall, 1950:28). Analizar la pobreza desde la noción de ciudadanía trasciende la provisión de recursos y pone el acento en la participación institucional como vía fundamental de inclusión (véase Townsend, 1979, 31; Dwyer, 2002: 84; Clarke & Jordan, 2007: 81). La participación institucional evita la vulnerabilidad relacional, establece objetivos comunes y actúa como puente efectivo entre el contexto de asistencia social y la sociedad más amplia.

Segundo, como apunta Frazer, los pobres están sometidos a una doble injusticia: una injusticia socioeconómica relacionada con las políticas de redistribución que les excluye de las prácticas rutinarias y habituales de la población general (Dwyer, 2002: 84; Orton, 2009; Edmiston, 2015: 42) y una injusticia simbólica relacionada con la representación

misma de la pobreza (Fraser, 1997), que inflige dolor y sufrimiento. La atención suele centrarse en la primera y, por lo tanto, el bienestar psicológico sigue tratándose desde el nivel individual obviando el contexto socioeconómico y político más amplio (Jo, 2013: 515). Las políticas dirigidas a combatir la pobreza deberían ofrecer «una respuesta a las heridas psicológicas y emocionales de la pobreza y no solo sus consecuencias financieras» (Peel, 2003: 167). Las campañas de erradicación de la pobreza deberían enfatizar los aspectos emocionales y relacionales de la pobreza.

ILUSTRACIÓN 19. Un pasillo asistencial: ojalá nos conduzca a una terraza con vistas desde la cual comprendamos mejor el fenómeno de la pobreza



Tercero, se requiere trascender la idea de que los pobres son objetos pasivos, meros depositarios de la ayuda social, y reconocer su agencia y su capacidad de actuar. Esto implica pasar de una política asistencialista a una «política del reconocimiento y del respeto» (2004: 186; 2007). Esa dignificación implica transformar tanto los discursos como el diseño de las políticas (Pelissery *et al.*, 2014: 197) y situar a la persona en el centro. De cara a las políticas públicas, es importante escuchar lo que las personas pobres tienen que decir y tratarlas como sujetos activos de sus propias vidas (Lister, 2005: 11), para trascender las prescripciones paternalistas en las que tendemos todos a incurrir (Atkinson, 1989; Galbraith, 2001; Hulme y McKay, 2005; Van Praag *et al.*, 1980).

Esperamos que este trabajo sea una contribución en esa dirección y que sirva para conocer mejor la realidad cotidiana de esas personas, su sufrimiento y sus anhelos.

IV

Este apartado es una invitación a esa terraza con vistas que mencionábamos al principio.

Durante este trabajo hemos detectado elementos que potencian, y otros que limitan, la inclusión social de las personas en situación de pobreza y exclusión. A continuación los enunciamos a modo de síntesis, con la esperanza de que puedan inspirar propuestas de inclusión más efectivas para combatir la pobreza relacional.

Elementos limitantes

ELEMENTO	DESCRIPCIÓN
Redes personales	<p>Los nexos fuertes, en los casos observados, no aportan recursos suficientes para asegurar la subsistencia.</p> <p>En los casos de exclusión las redes personales son limitadas y presentan pocos parientes y amigos.</p> <p>Ciertos factores emocionales (vergüenza, sentimiento de fracaso, culpabilidad) inciden negativamente en la búsqueda y provisión de apoyo.</p>
Aislamiento social	<p>La movilidad geográfica, las adicciones, el desempleo y la soledad (divorcios, soltería) son elementos críticos de la pobreza relacional.</p>
Nexos claves	<p>Se distinguen nexos tóxicos, de dependencia e instrumentales que limitan la interacción del individuo, aunque no siempre se tienen en cuenta.</p>
Salud	<p>Se observa una alarmante incidencia de enfermedades físicas y patologías psicológicas en la muestra observada, lo cual influye en su capacidad relacional.</p>
Género	<p>El “usuario tipo” de las instituciones de ayuda social suele ser varón. La mujer asume un papel central como provisor emocional y de cuidados en el contexto familiar, pero eso limita su autonomía y capacidad relacional.</p>
Institución	<p>Los espacios de asistencia social transitorios no favorecen la creación de relaciones sociales duraderas, porque además persiguen otros fines (habitación básica).</p> <p>En el contexto institucional operan pautas, normas y valores específicos (liderazgo, desconfianza, etc.) que intervienen en la dinámica relacional de los usuarios.</p> <p>El voluntariado no suele tener un papel significativo en las redes de los usuarios, particularmente cuando intervienen actitudes de desconfianza y paternalismo.</p>
Homofilia	<p>Se observa la tendencia a relacionarse con iguales, lo cual reproduce la desigualdad e inhibe la diversidad social.</p>
Necesidades y economía	<p>El principal problema de la pobreza es económico. Pero al asociar la pobreza con la carencia de necesidades básicas, se subestiman necesidades sociales decisivas.</p> <p>El actual mercado de trabajo no resulta eficaz como vía de inclusión social.</p> <p>Las deudas (hipotecas y cuotas de autónomos, en particular) suponen un lastre recurrente para muchos individuos empobrecidos.</p>
Violencia estructural	<p>Los prejuicios sobre la pobreza son persistentes, se proyectan mediante la violencia simbólica y dificultan una aproximación empática y comprensiva a la pobreza.</p>

Elementos potenciadores

ELEMENTO	DESCRIPCIÓN
Redes personales	Determinados patrones culturales de conducta e interacción son particularmente cohesivos y solidarios (por ejemplo, el caso de inmigrantes latinos).
	Las amistades son una fuente de apoyo y ayuda central, implica el 40% de las relaciones.
	En momentos críticos las redes de familiares pueden reactivarse.
Aislamiento social	El ostracismo (o aislarse voluntariamente del contexto social) es muy poco frecuente, y solo se observa en casos de adicciones y patologías.
Institución	Las instituciones sociales de ayuda ofrecen un espacio protegido, más amable y solidario que el mundo exterior competitivo.
	El rol de los técnicos es central en la provisión de apoyo emocional, dando lugar a nexos de parentesco ficticio.
	Los individuos de familias normalizadas suelen disponer de redes más amplias, cohesionadas y resilientes.
	La presencia de instituciones puente (entre el contexto de la atención social y la sociedad más amplia) que promoviesen la heterogeneidad social, el bien común y la reciprocidad podrían resultar efectivas como plataformas de inclusión social.
Heterofilia	La diversidad de contactos y contextos tiende a aportar más oportunidades y mayores apoyos.
Necesidades y economía	El trabajo, más allá de una vía para obtener recursos, es un ámbito crucial de interacción social.
	El capital humano (formación profesional y estudios) sigue siendo un elemento crucial de lucha contra la pobreza y de inclusión social.
Bien común	El proceso de catarsis posibilita extraer lecciones positivas de la experiencia de la pobreza que contrarrestan el estigma.
	La reciprocidad es un elemento clave para cimentar las interacciones sociales.
	La solidaridad y la cohesión social tienen más posibilidades de producirse cuando se dan objetivos compartidos y bienes de interés común.
	Sería recomendable involucrar al mayor número de agentes posible (usuarios, técnicos y voluntarios) en el diseño de propuestas y políticas de inclusión.

ADLER DE LOMNITZ, L. (1975) *¿Cómo sobreviven los marginados?*. Madrid: Siglo XXI Editores.

– (1977) *Networks and Marginality: Life in a Mexican Shantytown*. New York: Academic Press Inc.

AMELA, V. (2016) *Sólo pregúntate '¿qué tal me sienta esta relación? Entrevista con Jean-Charles Bouchoux, especialista en la perversión narcisista*. La Contra. La Vanguardia. Recurso en línea [consultado el 08/10/2016: <https://www.lavanguardia.com/lacontra/20161008/41851635930/solo-preguntate-que-tal-me-sienta-esta-relacion.html>]

BATTY, E. y FLINT, J. F. (2013) Talking 'bout poor folks (thinking 'bout my folks): Perspectives on comparative poverty in working class households. *International Journal of Housing Policy*, 13 (1), 1-16.

BAYONA, E. (2019) Las losas salariales de la crisis: España bate su récord de trabajadores pobres. Público. Recurso en línea [consultado el 23/08/2019: <https://www.publico.es/economia/losas-salariales-crisis-espana-bate-record-trabajadores-pobres.html>].

BERESFORD, P. et al. (1999) *Poverty First Hand*. London: Child Poverty Action.

BERKMAN, L. F., GLASS, T., BRISSETTE, I. y SEEMAN, T. E. (2000) From social integration to health: Durkheim in the new millennium. *Social Science y Medicine*, 51(6), 843-857.

BETSY W. y WEARING, S. (1992) Identity and the commodification of leisure. *Leisure Studies*, 11:1, 3-18. <https://doi.org/10.1080/02614369100390271>

BETZ, M., FOX PIVEN, F. y CLOWARD, R. (1993) *Regulating the Poor: The Functions of Public Welfare*. New York: Pantheon Books. <https://doi.org/10.2307/2576812>

BICHIR, R. M. y Marques, E. (2012) Poverty and sociability in Brazilian metropolises: comparing poor people's personal networks in São Paulo and Salvador. *Connections*, 32 (1), 20-32.

BOTSMAN, R. y ROGERS, R. (2010) *What's is yours is mine. The Rise of Collaborative Consumption*. Nueva York: Harper Business.

BOURDIEU, P. (1983) *Poder, Derecho y Clases Sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

– (1996) *Raisons pratiques*. París: Seuil. Coll. Points.

– (1998) *Masculine Domination*. Stanford: Stanford University Press.

BOURGOIS, P. y SCHONBERG, J. (2009) *Righteous Dopefiend*. Oakland: University of California Press.

BOURGOIS, P. (2001) Culture of Poverty International. *Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*. Waveland Press.

– (2012) Theorizing Violence in the Americas: A Thirty-Year Ethnographic Retrospective. *L'Homme. Anthropologie début de siècle*. Vol. 203-04, 139-168.

BRADSHAW, J. et al. (1998) Perceptions of poverty and social exclusion. Report on Preparatory Research. Recurso en línea [consultado el 10/09/2019: http://www.bristol.ac.uk/poverty/downloads/povertyandsocialexclusionsurvey/pse/99-Pilot/1999_PSE_Pilot_Report.pdf]

BRADY, D. (2019) Theories of the Causes of Poverty. *Annual Review of Sociology*, 45(1), 1-21. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-073018-022550>

BRIDGES, K. M. (2016) The deserving poor, the undeserving poor, and class-based affirmative action. *Emory Law Journal*, Vol. 66:1049. Boston Univ. School of Law, Public Law Research Paper No. 16-30

BUTSCH, R. (1984) The commodification of leisure: The case of the model airplane hobby and industry. *Qualitative Sociology* 7(3): 217-235.

CALDWELL, M. L. (2004) *Not by bread alone: social support in the new Russia*. Berkeley: University of California Press.

CASTELL, S. y Thompson, J. (2007) *Understanding attitudes to poverty in the UK. Getting the public's attention. An examination of the barriers to public acceptance of poverty and inequality problems in the UK*. Joseph Rowntree Foundation. York: England.

JORDAN, B. (1996) *A Theory of Poverty and Social Exclusion*. Oxford: Polity Press.

COOK D.T. (2006) Leisure and Consumption. En Rojek C., Shaw S.M., Veal A.J. (eds.) *A Handbook of Leisure Studies*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

CORSÍN, A. (2003) Working out personhood. *Anthropology Today*, 19(5), 14-17. <https://doi.org/10.1111/1467-8322.00217>

CREIGHTON, M. R. (1990) *Revisiting Shame and Guilt Cultures: A Forty-Year Pilgrimage*. Ethos. Wiley. American Anthropological Association. <https://doi.org/10.2307/640338>

DABAS, E. (1993) *Red de redes. Las prácticas de la intervención en redes sociales*. Buenos Aires. Paidós.

DALY, M. (2017) Europe's Poor Women? Gender in Research on Poverty. *European Sociological Review*, 8(1), 1-12. <https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.esr.a036614>

DEAN, H. (2016) Poverty and social exclusion. In H. Platt, Luciand and Dean (Ed.), *Social Advantage and Disadvantage*. Oxford University Press. Pp. 3-24. Retrieved from [[http://eprints.lse.ac.uk/66099/1/_lse.ac.uk_storage_LIBRARY_Secondary_libfile_shared_repository_Content_Dean%2C_H_Poverty and Social Exclusion_Dean_Poverty_and_Social_Exclusion.pdf](http://eprints.lse.ac.uk/66099/1/_lse.ac.uk_storage_LIBRARY_Secondary_libfile_shared_repository_Content_Dean%2C_H_Poverty_and_Social_Exclusion_Dean_Poverty_and_Social_Exclusion.pdf)]

DEL PINO, E. (2013) The Spanish Welfare State from Zapatero to Rajoy: Recalibration to Retrenchment, en *Politics and Society in Contemporary Spain: From Zapatero to Rajoy*, eds. Bonnie N Field and Alfonso Botti. New York: Palgrave Macmillan US, 197-216.

DEL REAL, D. (2019) Toxic Ties: The Reproduction of Legal Violence within Mixed-Status Intimate Partners, Relatives, and Friends. *International Migration Review*, 53(2), 548-570. <https://doi.org/10.1177/0197918318769313>

DENNING, M. (2010) Wageless Life. *New Left Review*, 66:79-98.

DESMOND, M. (2012) Disposable ties and the urban poor. *American Journal of Sociology*, 117 (5), 1295-1335.

– y Gershenson, C. (2016) Who gets evicted? Assessing individual, neighborhood, and network factors. *Social Science Research*, 62, 362-377. <https://doi.org/10.1016/j.ssresearch.2016.08.017>

– y Western, B. (2018) Poverty in America: New Directions and Debates. *Annual Review of Sociology*, 44(1), 305-318. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-060116-053411>

DICKINSON, M. (2016) Working for food stamps: Economic citizenship and the post-For-dist welfare state in New York City. *American Ethnologist*, 43(2), 270-281. <https://doi.org/10.1111/amet.12304>.

DI MAGGIO, P. y GARIP, F. (2012) Network effects and social inequality. *Annual Review of Sociology*, 38, 93-118.

DOMÍNGUEZ, S. y WATKINS, C. (2003) Creating networks for survival and mobility: Social capital among African-American and Latin-American low-income mothers. *Social Problems*, 50,111-35.

DOUGLAS, M. y ISHERWOOD, B. (1978) *The World of Goods: Towards an Anthropology of Consumption*. London: Allen Lane.

EDIN, K. y LEIN, L. (1997) *Making Ends Meet: How Single Mothers Survive Welfare and Low-Wage Work*. New York: Russell Sage Foundation.

EDIN, K. y SHAEFER, L. (2015) *\$2 a Day. Living with almost nothing in America*. Houghton Mifflin Harcourt. Boston and New York.

EDMISTON, D. (2015) Deprivation and social citizenship: The objective significance of lived experience. En L. Roelen, Keetie; Camfield (Ed.), *Mixed Methods Research in Poverty and Vulnerability: Sharing Ideas and Learning Lessons*. Palgrave MacMillan. <https://doi.org/10.1057/9781137452511.0008>

EUROSTAT (2020) Europe 2020 indicators: poverty and social exclusion. Retrieved from https://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/Europe_2020_indicators_-_poverty_and_social_exclusion

EVANS, M. D. R. (2004) Subjective Social Location: Data From 21 Nations. *International Journal of Public Opinion Research*. <https://doi.org/10.1093/ijpor/16.1.3>

EVANS, J. & REPPER, J. (2000) Employment, social inclusion and mental health, *Journal of Psychiatric and Mental Health Nursing* 7(1), 15-24.

FAIST, T. (2013) Transnational social protection: An emerging field of study. COMCAD Working Paper Series No. 113. Center on Migration, Citizenship and Development: Bielefeld.

FARMER, P. (2003) *Pathologies of power: health, human rights, and the new war on the poor*. Berkeley: University of California Press. [<https://www.ucpress.edu/book/9780520243262/pathologies-of-power>.]

– (2004) An Anthropology of Structural Violence. *Current Anthropology*, 45(3), 305-325. <https://doi.org/10.1086/382250>.

–, Nizeye, B., Stulac, S., Keshavjee, S. (2006) *Structural Violence and Clinical Medicine*. PLoS Med 3(10): e449.

FERREIRA, F. et al. (2018) Are the poor getting poorer? A tale of two hemispheres. *World Bank Blog*, June 20. Recurso en línea [consultado el 10/12/219: <https://blogs.worldbank.org/developmenttalk/are-poor-getting-poorer-tale-two-hemispheres>]

FOESSA (2008) *VI Informe sobre exclusión y desarrollo social en España*. Madrid: Fundación FOESSA.

– (2019) *VIII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España*. Madrid: Fundación FOESSA.

Fox Piven F. y CLOWARD, R. A. (1993) *Regulating the Poor: The Functions of Public Welfare*. New York: Vintage Books.

FRASER, N. (1997) *Justice Interruptus*. New York/London: Routledge. Gaventa,

FREEMAN, C. (2015) *Entrepreneurial selves: neoliberal respectability and the making of a Caribbean middle class*. Durham: Duke University Press.

GALBRAITH, J. K. (2001) *The Essential Galbraith*. Boston: Mariner Books.

GALTUNG, J. (1969) Violence, Peace, and Peace Research. *Journal of Peace Research*. Sage Publications, Ltd. <https://doi.org/10.2307/422690>

GANS, H. (1996) From 'Underclass' to 'Undercaste': Some Observations About the Future of the Post-Industrial Economy and its Major Victims, en *Urban Poverty and the Underclass* (edited by Enzo Mingione). Cambridge, Massachusetts: Blackwell Publishers. 141-152.

GARTHWAITE, K. (2016) Stigma, shame and "people like us". In *Hunger pains. Life inside foodbank Britain*. Bristol: Policy Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctt1t89f84.13>.

GAUTIÉ, J. y PONTHEUX, S. (2016) Employment and the Working Poor. *The Oxford Handbook of the Social Science of Poverty*. Edited by David Brady and Linda M. Burton. Oxford: OUP. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199914050.013.22>

GAZELEY, I. et al (2014). *The Poor and the Poorest, fifty years on*. Forschungsinstitut zur Zukunft der Arbeit/Institute for the Study of Labor (IZA). Discussion Series Papers IZA DP No. 7909.

GAZSO, A., MCDANIEL, S. y WALDRON, I. (2016) Networks of Social Support to Manage Poverty: More Changeable than Durable. *Journal of Poverty*, 20(4), 441-463. <https://doi.org/10.1080/10875549.2015.1112869>.

GILMORE, D. D. (1987) Honor and Shame and the Unity of the Mediterranean. *American Anthropological Association Special Publication*, 22. Washington, D.C.: American Anthropological Association.

GLASSER, I. (1988) *More than Bread. Ethnography of a Soup Kitchen*. Tuscaloosa and London: The University of Alabama Press.

GODELIER, M. (1999) *The enigma of the gift*. Chicago: University of Chicago Press.

GOFFMAN, E. (1963) *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity*. NY Simon and Schuster.

GONZÁLEZ DE LA ROCHA, M. (1994) *The resources of poverty. Women and survival in a Mexican city*. Oxford: Basil Blackwell.

– (2001) Private Adjustment: Households, crisis and work. In Grinspun, Alejandro (ed.),

Choices for the Poor. Lesson from Nacional Poverty. Nueva York: United Nations Development Programme, 55-87.

—, y Villagómez, P. (2005) Nuevas facetas del aislamiento social (de la encuesta a la investigación etnográfica). En Miguel Székely (comp.), *Desmitificación y nuevos mitos sobre la pobreza: escuchando lo que dicen los pobres*, CIESAS-Porrúa, México DF, 399-475.

GRANOVETTER, M. S. (1995) *Getting a job: A study of contacts and careers.* 2nd Edition (original 1974) Chicago: University of Chicago Press.

GRAU, J., ESCRIBANO, P., VALENZUELA-GARCIA, H. y LUBBERS, M. (2019) Charities as symbolic families: Ethnographic evidence from Spain. *Journal of Organizational Ethnography*, vol. 18, núm. 1, 25-41.

HABERMAS, J. (1999) *La inclusión del otro: estudios de teoría política.* Buenos Aires: Paidós.

HACKER, J. (2006) *The Great Risk Shift.* New York: Oxford University Press.

HACKER, P. (2017) Shame, Embarrassment, and Guilt. *Midwest Studies. Philosophy*, 41(1), 202-224. <https://doi.org/10.1111/misp.12073>.

HALL, S. M. (2019) *Everyday Life in Austerity: Family, Friends and Intimate Relations.* Cham, Switzerland: Palgrave Macmillan.

HARRIS, M. (2001) *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture.* AltaMira Press. US Edition.

HEATHERTON, T. KLECK, M., HEBL, R. y Hull, J. G. (2000) *The Social Psychology of Stigma.* Nueva York: Guilford Press.

HENLY, J. R., DANZIGER, S. K. y OFFER, S. (2005) The contribution of social support to the material well-being of low-income families. *Journal of Marriage and Family*, 67(1), 122-140.

HODGETTS, D., CHAMBERLAIN, K., GROOT, S. y TANKEL, Y. (2014) Urban Poverty, Structural Violence and Welfare Provision for 100 Families in Auckland. *Urban Studies*, 51(10), 2036-2051. <https://doi.org/10.1177/0042098013505885>

HOOGE, I. E., BREUGELMANS, S. M., WAGEMANS, F. M. A. y ZEELBERG, M. (2018) The Social Side of Shame: Approach versus Withdrawal. *Cognition and Emotion*, 32(8), 1671-1677. <https://doi.org/10.1080/02699931.2017.1422696>

HOUSE, J. S., LANDIS, K. R., UMBERSON, D. (1988) Social relationships and health. *Science*, 241(4865), 540-545.

HUWS, U. (2014) *Labour in the Global Digital Economy*. New York: Monthly Review Press.

IZARD, C. E. (1992) Basic emotions, relations among emotions, and emotion-cognition relations. *Psychological Review*, 99(3), 561-565. <https://doi.org/10.1037/0033-295X.99.3.561>

JO, Y. N. (2013) Psycho-social dimensions of poverty: When poverty becomes shameful. *Critical Social Policy*, 33(3), 514-531.

JORDAN, B. (1996) *A Theory of Poverty and Social Exclusion*. Polity Press.

KALLEBERG, A. L. (2009) Precarious Work, Insecure Workers: in Transition Employment Relations. *American Sociological Review*, 74(1), 1-22.

KREIDL, M. (2000) Perceptions of Poverty and Wealth in Western and Post-Communist Countries. *Social Justice Research*, 13(2): 151-76.

LAMONT M. y MOLNÁR, V. (2002) The Study of Boundaries in the Social Sciences. *Annual Review of Sociology*, 28(1): 167-95.

LAMONT M. y DUVOUX, N. (2014) How Neo-Liberalism Has Transformed France's Symbolic Boundaries?. *French Politics, Culture y Society*, 32(2): 57-75.

LERNER, M. J., & SIMMONS, C. H. (1966) Observer's reaction to the "innocent victim": Compassion or rejection? *Journal of Personality and Social Psychology*, 4(2), 203-210. <https://doi.org/10.1037/h0023562>

LEVINE, J. (2013) *Ain't No Trust: How Bosses, Boyfriends, and Bureaucrats Fail Low Income Mothers and Why It Matters*. Berkeley, CA: University of California Press.

LEWIS, M. (1993) Self-conscious emotions: Embarrassment, pride, shame, and guilt. In M. Lewis y J. M. Haviland (Eds.), *Handbook of emotions* (563-573). New York, NY, US: Guilford Press.

LEXICO (2019) *Lexico English Dictionary powered by Oxford*. Recurso en línea [consultado el 04/12/2019: <https://www.lexico.com/en/definition/shame>].

LISTER, R. (2005) Poverty and Social Justice: recognition and respect. En *Third Bevan Foundation Annual Lecture* (1-26) Wales: The Bevan Foundation.

– (2016) To count for nothing: Poverty beyond the statistics. *British Academy Lectures Scholarship Online* (139-166). <https://doi.org/10.5871/bacad/9780197265987.003.0005>

– (2017) Unequal Recognition: Othering ‘the poor’. Recurso en línea [consultado el 13/11/2019: <https://citizensincome.org/research-analysis/unequal-recognition-othering-the-poor-by-ruth-lister>]

LUBBERS, M. J., VALENZUELA, H., ESCRIBANO P., MOLINA, J. L., CASELLAS, A., & GRAU, J. (accepted). (2020) Relationships stretched thin: Social support mobilization in poverty. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 689.

LUBBERS, M. J., SMALL, M., & VALENZUELA, H. (accepted) (2020) Relationships stretched thin: Social support mobilization among individuals and households in poverty. *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, Vol. 689.

LUPTON, R. D. (2011) *Toxic Charity: How the Church Hurts Those They Help and How to Reverse It*. San Francisco: Harper One.

MALLINCKRODT, B., & FRETZ, B. R. (1988) Social support and the impact of job loss on older professionals. *Journal of Counseling Psychology*, 35(3), 281-286. <https://doi.org/10.1037/0022-0167.35.3.281>

MANI, A., MULLAINATHAN, S., SHAFIR, E. y ZHAO, J. (2013) Poverty impedes cognitive function. *Science*. <https://doi.org/10.1126/science.1238041>

MARQUAND, D. (2004) *Decline of the Public: The Hollowing Out of Citizenship*. Cambridge: Polity Press.

MAZELIS, J. M. (2018) *Surviving Poverty. Creating Sustainable Ties among the Poor*. Nueva York: New York University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctt1bj4rs0.5>

MCPHERSON, J. M., SMITH-LOVIN, L. y COOK, J. (2001) Birds of a feather: homophily in social networks. *Annual Review of Sociology*, 27, 415-444.

MERTON, R. K. (1968) The Matthew Effect in Science. *Science*, 159 (3810), 56-63.

MOLINA, J. L., LUBBERS, M. J, VALENZUELA-GARCÍA H, GÓMEZ-MESTRES S. (2007) Cooperation and Competition in Social Anthropology. *Anthropology Today*, 33:11-14. Recurso en línea [[http://onlinelibrary.wiley.com/journal/10.1111/\(ISSN\)1467-8322](http://onlinelibrary.wiley.com/journal/10.1111/(ISSN)1467-8322)]

MULLAINATHAN, S. Y SHAFIR, E. (2014) *Scarcity: The New Science of Having Less and How It Defines Our Lives*. New York: Picador Press.

MURRAY, C., LISTER, R., WELFARE UNIT y TIMES, S. (1996) Charles Murray and the Underclass: The Developing Debate. IEA Health and Welfare Unit in association with The Sunday Times. Recurso en línea [consultado el 21/10/2019: <http://www.civitas.org.uk/pdf/cw33.pdf>.]

NAVARRO, V. (2018) España es el país de la UE con peores condiciones de trabajo. Diario digital *Nueva Tribuna*. Recurso en línea [consultado el 27/07/2019: <https://www.nuevatribuna.es/opinion/vicenc-navarro/espana-es-pais-ue-peores-condiciones-trabajo/20180223112848148911.html>]

NEWMAN, K. S. (1999a) *Falling from grace: downward mobility in the age of affluence*. Berkeley: University of California Press.

– (1999b) *No Shame in My Game: The Working Poor in the Inner City*. Vintage Books: Russell Sage Foundation Edition.

O'BRIEN, R. L. (2012) Depleting capital? Race, wealth and informal financial assistance. *Social Forces*, 91(2), 375-396. <https://doi.org/10.1093/sf/sos132>

ODDONE, M. J. (2007) Estrategias de supervivencia, vida cotidiana e impacto de para los trabajadores de las redes de apoyo social mayor edad desocupados. *Revista Del Centro De Investigación De La Universidad La Salle*, 117-139. <https://doi.org/10.26457/recein.v10i38.89>

OFFER, S. (2012) The burden of reciprocity: Processes of exclusion and withdrawal from personal networks among low-income families. *Current Sociology*, 60 (6): 788-805.

OXFAM INTERMÓN (2019) La desigualdad en España se disparó durante la última crisis y no se ha conseguido revertirla pese a la recuperación. Recurso en línea [consultado

el 23/08/201: [https://www.oxfamintermon.org/es/sala-de-prensa/nota-de-prensa/en-espana-una-de-cada-seis-familias-cayo-pobreza-crisis-y-no-ha-salido.](https://www.oxfamintermon.org/es/sala-de-prensa/nota-de-prensa/en-espana-una-de-cada-seis-familias-cayo-pobreza-crisis-y-no-ha-salido)]

PEEL, M. (2003) *The lowest rung: Voices of Australian poverty*. Cambridge: Cambridge University Press.

PIASNA, A. (2017) 'Bad jobs' recovery? European Job Quality Index 2005-2015. *Working Paper* 2017.06. European Trade Union Institute. Brussels: ETUI aisbl.

PIKETTY, T. (2014) *Capital in the Twenty-First Century*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

PORTES, A. (1998) Social Capital: Its Origins and Applications in Modern Sociology. *Annual Review of Sociology*, 24(1), 1-24. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.24.1.1>

PRATS, J. (2014) Los servicios sociales sufren de 2011 a 2013 un recorte de 2.200 millones. *Sociedad*. El País 19/09/2014. Recurso en línea [consultado el 9/12/2019: https://elpais.com/sociedad/2014/09/19/actualidad/1411118734_640311.html]

PUTNAM, R. D. (1993) *Making Democracy Work. Civil Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton UP.

— (2000) *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon y Schuster.

REUTTER, L. I., STEWART, M. J., VEENSTRA, G., LOVE, R., RAPHAEL, D. y MAKWARIMBA, E. (2009) Who Do They Think We Are, Anyway? Perceptions of and Responses to Poverty Stigma. *Qualitative Health Research*, 19(3), 297-311. <https://doi.org/10.1177/1049732308330246>

RHEINHEIMER, M. (2008) *Pobres, mendigos y vagabundos. La supervivencia en la necesidad*, 1450-1850. México: Siglo XXI.

RICE, J. G. (2007) *The Charity Complex: An Ethnography of a Material Aid Agency in Reykjavík*. Iceland. PhD Thesis. Department of Anthropology and Archaeology Memorial University of Newfoundland.

RIMÉ, B. (2018) Comment: Social Integration and Health: Contributions of the Social Sharing of Emotion at the Individual, the Interpersonal, and the Collective Level. *Emotion Review*, 10(1), 67-70. <https://doi.org/10.1177/1754073917719330>

ROBERTS, E., PRICE, L. y CROSBY, L. (2014) *Just about surviving: A qualitative study on the cumulative impact of Welfare reform in the London Borough of Newham. Wave 2 Report*. London: Community Links.

RUNCIMAN, W. G. (1966) *Relative Deprivation and Social Justice*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

SAHLINS, M. (1974) *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.

SAKUTA, K., YAGI, K. y MCKINNEY, M. (1986) *A Reconsideration of the Culture of Shame. Review of Japanese Culture and Society*. University of Hawai'i Press. Josai University Educational Corporation. <https://doi.org/10.2307/42800062>

SAMPSON, R. J. (2004) Neighborhood and Community: Collective Efficacy and Community Safety. *New Economy*, 11, 106-113.

SANDEL, M. J. (2012) *What money can't buy. The moral limits of markets*. New York: Farrar, Straus and Giroux.

SCHEFF, T. J. (1988) Shame and Conformity: The Deference-Emotion System. *American Sociological Review*, 53(3), 395-406.

SCHULTZ, J. (2017) *Hyperconsumption/Overconsumption*. The Blackwell Encyclopedia of Sociology. John Wiley y Sons, Ltd.

SEABROOK, J. (2014) Why shame is the most dominant feature of modern poverty. *The Guardian*, 30th Sep 2014. Recurso en línea [consultado el 15/12/2018: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2014/sep/30/shame-modern-poverty-poor-people-tory-welfare-cuts>].

SEEMAN, T. E. (2000) Health promoting effects of friends and family on health outcomes in older adults. *American Journal of Health Promotion*, 14(6), 362-370.

SEN, A. (1983) Poor, relatively speaking. *Oxford Economic Papers. New Series*, 35(2), 153-169. <https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.oep.a041587>

SENNET, R. (2003) *El Respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.

- SCOTT, J. G. (1987) *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven. Yale University Press.
- SHWEDER, R. A. (2003) Toward a deep cultural psychology of shame. *Social Research*, 70(4), 1009-1130.
- SILVA, J. M. (2013) *Coming Up Short: Working-Class Adulthood in an Age of Uncertainty*. Oxford: Oxford University Press.
- SMALL, M. L. (2010) *Unanticipated Gains: Origins of Network Inequality in Everyday Life*. Oxford: Oxford University Press.
- SMITH, S. S. (2010) *Lone Pursuit: Distrust and Defensive Individualism among the Black Poor*. New York: Russell Sage Foundation.
- STACK, C. (1974) *All Our Kin: Strategies for Survival in a Black Community*. New York: Basic Books.
- STASZAK, J. F. (2008) Other/otherness. En Kitchin R. and Thrift N. (eds.), *International Encyclopedia of Human Geography*. Oxford, Elsevier, vol. 8, 43-47.
- STEWART, M. J., MAKWARIMBA, E., REUTTER, L. I., VEENSTRA, G., RAPHAEL, D. y LOVE, R. (2009) Poverty, sense of belonging and experiences of social isolation. *Journal of Poverty*, 13(2), 173-195.
- STRATHERN, M. (ed.) (2000) *Anthropological Studies in Accountability, Ethics, and the Academy*. Routledge, UK.
- STRONGMAN, K. T. (2003) *The psychology of emotions. From everyday life to theory* (5ª edición). Chichester, UK: Wiley and Sons Ltd.
- SHEVCHENKO, O. (2009) *Crisis and the Everyday in Postsocialist Moscow*. Indiana University Press.
- TAYLOR, S. E. (2011) Social Support: A Review. In M. S. Friedman (Ed.), *The Handbook of Health Psychology* (189-214) New York, NY: Oxford University Press.
- TOWNSEND, P. (1979) *Theories of Poverty. En Poverty in the United Kingdom. A Survey of Household Resources and Standards of Living*. <https://doi.org/10.1093/oxford-hb/9780195393781.013.0005>

TURNER, V. W. (1988) *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. España: Taurus. (Original en inglés *The Ritual Process. Structure and Anti-Structure*, 1969)

VAN GENNEP, A. (1986) *Los ritos de paso*. España: Taurus (Original en francés. *Les rites de passage*, 1909)

VENKATESH, SUDHIR ALLADI (2006) *Off the Books. The Underground Economy of the Urban Poor*. Harvard University Press.

VIAÑA, D. (2019) *La tasa de pobreza severa de España es la segunda más alta de la Unión Europea. Macroeconomía*. Recurso en línea [consultado el 23/08/2019: <https://www.elmundo.es/economia/macroeconomia/2019/06/27/5d13ba40fc6c837e388b45c8.html>]

WACQUANT, L. J. D. (2015) Bourdieu, Foucault, and the Penal State. In M. C. Zamora, Daniel and Behrent (Ed.), *Foucault and Neoliberalism*, 114-133.

WACQUANT, L. (2009) *Punishing the Poor. The Neoliberal Government of Social Insecurity*. Duke University Press.

– (2009) *Prisons of Poverty*. Minneapolis: Minnesota University Press.

WALKER, R. et al. (2013) Poverty in global perspective: is shame a common denominator?. *Journal of Social Policy*, 42(02), 215-233.

WATKINS-HAYES, C. y KOVALSKY, E. (2017) *The Discourse of Deservingness*. (D. Brady y L. M. Burton, Eds.) (Vol. 1) Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxford-hb/9780199914050.013.10>

WILSON, W. J. (1987) *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*. Chicago, IL: University of Chicago Press.

WONG, Y. y TSAI, J. (2007) Cultural models of shame and guilt. In J. L. Tracy, R. W. Robins y J. P. Tangney (Eds.), *The self-conscious emotions: Theory and research*, 209-223. Nueva York: Guilford Press.

WOOLCOCK, M. (2007) *Toward an Economic Sociology of Chronic Poverty: Enhancing the Rigor and Relevance of Social Theory*. Michael Woolcock CPRC Working Paper 104 Chronic Poverty Research Centre ISBN 978-1-906433-03-1.

ZELIZER, V. (2009) *The Purchase of Intimacy*. Princeton University Press: New Ed.

ZUCKER, G. S. y WEINER, B. (1993) Conservatism and Perceptions of Poverty: An Attributional Analysis. *Journal of Applied Social Psychology*, 23(12), 925-943. <https://doi.org/10.1111/j.1559-1816.1993.tb01014.x>

Anexo

El análisis de los aspectos relacionales y emocionales ha requerido de una «estrategia de métodos mixtos», consistente en el uso de datos cualitativos (trabajo de campo, observación participante y entrevistas en profundidad) y cuantitativos (datos estadísticos y análisis de las redes personales). Para lograr más fiabilidad hemos contrastado esos datos con una amplia literatura.

En total hemos recabado información sobre 20 casos de usuarios en diferentes proyectos de Cáritas distribuidos por cuatro puntos de la geografía española: Barcelona, Castellón, Albacete y Madrid. Esos proyectos incluyen, por ejemplo, dos comedores sociales, un albergue social, tres pisos de acogida, cinco centros administrativos, dos talleres laborales, dos centros de día, un centro de atención psicológica y otro de tratamiento de adicciones, un supermercado y dos puntos de entrega de alimentos. En esos lugares se realizó trabajo de campo de entre una y tres semanas de duración en contextos tanto formales como informales de centros de día, albergues, comedores sociales, pisos supervisados, centros médicos de tratamiento de adicciones, talleres laborales y oficinas. La selección de los puntos geográficos se realizó en colaboración con Cáritas Española, que medió con los coordinadores de centros para determinar los contextos de observación y elegir a voluntarios, técnicos y usuarios que respondían a los criterios de selección de la investigación. La muestra es intencional: es decir, se orienta a maximizar la diversidad empírica observada (en términos de género, edad, estado civil, movilidad, composición del hogar, nacionalidad, localidad y situación socioeconómica).

El perfil de las personas atendidas en la última década por las organizaciones de ayuda social ha variado considerablemente. A los beneficiarios tradicionales (individuos y familias que sufrían exclusión y pobreza crónica) se suman personas con vidas *normalizadas* que sufrieron los embates de la crisis económica de 2008. Aunque los casos de exclusión social entrañan mayor complejidad que los de pobreza temporal, podemos

hallar paralelismos sugerentes para comprender mejor la complejidad de los procesos de empobrecimiento. Si entendemos la pobreza como un proceso progresivo de pérdida, los diferentes grados de pobreza y exclusión pueden considerarse distintos puntos de ese contínuum.

Los veinte casos se han complementado con testimonios de voluntarios (cuatro entrevistados en profundidad), trabajadores y técnicos (siete entrevistas) y con datos cualitativos de contexto (observación participante en los proyectos sociales e interacción informal). También hemos añadido testimonios de una investigación precedente **(1)** (referencia 2015 ACUP 00145, 2016-2020) que amplía el alcance empírico de este estudio. Los casos se han organizado en forma «historias de vida» y se han agrupado temáticamente cuando presentaban patrones comunes. Estos casos se conectan a través de un hilo conductor: la metáfora de *las cuatro paredes*.

Las entrevistas

Las entrevistas a usuarios se realizaron en las sedes de Cáritas en el año 2019 y tuvieron una duración media de dos horas (una hora y media la más breve y cuatro horas la más extensa). La entrevista constaba de una parte semiestructurada y una parte estructurada. En la primera parte se documentó la historia de vida de la persona; se obtuvo información sobre la situación económica, laboral, sanitaria y familiar del individuo; y se exploraron los estados anímicos y emocionales experimentados durante el proceso de pobreza y la búsqueda de apoyo. Las entrevistas se grabaron con el permiso explícito de los/las entrevistados/as y también se pidió su consentimiento para, en algunos casos, fotografiar su mirada y poder usarla en este documento. Las entrevistas se transcribieron de manera literal y se sintetizaron. Esta tarea ha sido, sin duda, la que más tiempo ha consumido en la elaboración del documento, porque requiere imponer un orden cronológico coherente y fiel a la realidad a partir de datos cualitativos brutos y a veces fragmentarios.

La segunda parte consistió en una entrevista estructurada asistida por computadora. Empleamos el software libre *Egonet*, que permite integrar cuestionarios, análisis y visualización de las redes sociales. No a todos los entrevistados se les realizó el análisis

(1) Proyecto “Strategies of Survival in Poor Households: The Role of Formal and Informal Support Networks in Times of Economic Crisis” (*Recercaixa*, 2015ACUP, 00145). Investigadores principales: Miranda Lubbers y Hugo Valenzuela. 2016-2020.

de redes, debido a que algunos no desearon participar o, consideramos, la visualización no aportaba demasiado a la entrevista semiestructurada.

En nuestro cuestionario de *Egonet* se recabaron *datos sociodemográficos* de la persona entrevistada (lugar de nacimiento, lugar de nacimiento de los padres, edad, estado civil, número de hijos, nivel de estudios, profesión, situación laboral, ingresos informales, prestaciones sociales recibidas e ingresos totales recibidos) y *datos del hogar* (número de miembros, tipo de residencia, gasto en alquiler/hipoteca, etc.).

El análisis reticular consiste en analizar las relaciones sociales que un individuo (al que denominamos *ego*) mantiene con el resto de los miembros (o *alteri*) de su red personal. Hablamos de relación social cuando dos personas se conocen mutuamente y se da algún tipo de interacción que implique apoyos sociales, materiales, emocionales o de información. Para explicitar los contactos de la red y el tipo de apoyo intercambiado se emplea lo que se denomina un *generador de nombres*, una pregunta como esta:

Dígame el nombre [o sobrenombre] de personas de su red que a) considera importantes para usted en este momento; b) con las que puede contar en caso de necesidad de cualquier tipo; c) con las que puede hablar de sus problemas (apoyo emocional positivo); d) con las que evitaría hablar de sus problemas (apoyo emocional negativo); e) con las que puede contar en caso de necesidad económica y material; f) que recurren a usted en caso de necesidad económica; g) que ha conocido a través de Cáritas.

En nuestro caso también preguntamos por la existencia de *nexos negativos*, es decir, personas de la red que exigen mucho más de lo que ofrecen o cuya influencia resta en algún sentido para el entrevistado.

Una vez obtenida esta lista de nombres, preguntamos por las características de cada una de estas personas: sexo, tipo de relación con ego (*padre/madre, hermano/a, amigo, profesional, etc.*), grado de proximidad que ego siente hacia ellos (*no me siento nada próximo, próximo, muy próximo, etc.*), frecuencia de la interacción (*se comunica muy a menudo, a menudo, casi nunca, etc.*) y duración de la relación (*menos de 1 año, entre 1 y 5 años, más de 5 años o toda la vida*), situación económica percibida de ese contacto (*está mejor que yo, igual que yo, peor que yo*) y el nivel socio-laboral (*sin formación laboral/profesional, con formación baja, con formación media, con formación elevada*). Finalmente se obtiene la información sobre la relación entre los *alteri* (¿ Y_1 conoce a Y_2 , a Y_3 ,..., a Y_n ? No, sí, apenas), para entender la estructura de la red.

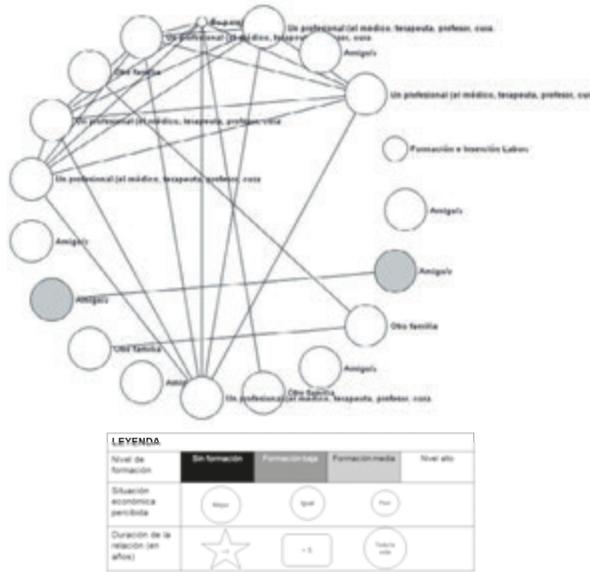
Interpretación de las redes personales

En la visualización de la red personal la persona entrevistada no aparece representada, porque está por defecto conectada con todos los demás. Los contactos (nodos de la red) de la persona entrevistada están representados por figuras, que pueden estar conectadas a otros nodos mediante líneas, indicando que esas personas se conocen entre sí. El tamaño, forma, color y etiqueta de las figuras indican diferentes características. Para simplificar y homogeneizar la interpretación de las redes sociales, y poder así centrarnos en los aspectos más relevantes, hemos elegido representar solo algunas de las características posibles de esos nodos:

- El *nivel formativo*, representado por el color de nodo. El color negro indica ausencia de formación; el gris fuerte indica formación básica (educación básica); el gris flojo indica formación media (estudios de bachillerato o formación profesional) y el blanco indica elevada formación (estudios universitarios y postgrado).
- La *situación económica* percibida por el entrevistado está representada por el tamaño de la figura: un tamaño grande indica que la situación económica es mejor; el tamaño medio indica que la situación es similar; y el tamaño pequeño indica que la situación es peor.
- La *duración de la relación* se indica mediante la forma del nodo. La estrella indica que la relación es menor a cinco años; el rectángulo con puntas redondeadas indica que es algo superior a cinco años; y la circunferencia indica que es un contacto de toda la vida (por ejemplo, un familiar).

En el siguiente ejemplo mínimo podemos observar una red personal relativamente amplia, con tres subgrupos (familia, amigos y personal técnico del contexto social) interconectados. En el margen superior se observan los contactos del mundo social, un grupo de profesionales interrelacionados y con una situación económica alta (tamaño de figura) y un nivel formativo elevado (color blanco). También aparece un 'amigo' en ese grupo, posiblemente otro usuario, con una situación económica peor que la de entrevistado (tamaño pequeño) y sin formación educativa (color negro). El profesional del medio de la red tiene una intermediación considerable y hace de puente entre el contexto institucional y el contexto más personal, compuesto por amigos, hermanos y el cuñado. Todos tienen mejor situación económica que el entrevistado, pero cuentan con escaso (color gris fuerte) o nulo (negro) nivel formativo y educativo.

RED SOCIAL 13. Red personal de ejemplo



La muestra

La muestra consta de 20 casos de usuarios de proyectos de Cáritas distribuidos por los cuatro puntos de la geografía española. En cada lugar hemos recogido 6 casos salvo en Barcelona, que solo hemos recogido dos casos porque ya disponíamos de 61 casos recabados en un proyecto anterior y conocemos bien el contexto. Los casos se han complementado con entrevistas en profundidad realizadas a 6 técnicos, 4 voluntarios (dos hombres y dos mujeres) y abundantes observaciones y testimonios obtenidos durante el trabajo de campo.

Las características de la muestra las sintetizamos en la tabla 1. La muestra consta de 13 hombres (♂) y 7 mujeres (♀), entre las cuales hay una mujer transexual. La media de edad es de 52.3 años en una franja desde los 26 a los 65 años (y una mediana de 45.5 años). Aunque como veremos la variable de género es significativa desde el punto de vista relacional, la frecuencia de benefactores varones es considerablemente superior, como suele ser la norma.

En cuanto al estatus civil, hallamos solo 4 personas casadas (♂) (tres mujeres y un hombre) en un contexto familiar *normalizado* —familia nuclear de dos generaciones: padres

e hijos dependientes. También hallamos 7 personas separadas o divorciadas (X), 1 persona viuda (†) y, significativamente, una elevada frecuencia de soltería (∅): 8 personas son solteras o no se les conoce pareja estable.

En cuanto al origen, 16 individuos han nacido en el territorio español (🇪🇸) y 4 fuera de la Unión Europea: dos en Brasil, uno en Perú y otro en México (🌐). En este sentido también destaca la elevada movilidad geográfica de los usuarios: 15 han nacido en un lugar distinto del que residen y reciben atención actualmente. Esta movilidad responde a razones laborales, lo cual ya indica una situación de partida desventajosa desde el punto de vista económico (porque la movilidad es laboral) y social (porque implica partir en destino de una red menos amplia). También observamos diferencias en función de la

TABLA 1. Características de la muestra.

	Encarna	Amparo	Isabel	Laura	Leroi	Laureano	Evaristo	Inma	Andrés
Sexo	♀	♀	♀	♀	♂	♂	♂	♀	♂
Edad	62	54	55	26	52	62	61	41	43
Estado civil	👤	X	👤	👤	∅	👤	X	X	∅
Hijos	6	4	4	2	∅	3	∅	2	∅
Origen	🇪🇸	🇪🇸	🇪🇸	🇪🇸	🇪🇸	🇪🇸	🇪🇸	🇪🇸	🇪🇸
Nivel formativo	🎓	∅	🎓🎓	🎓	🎓🎓	🎓🎓	🎓	🎓	🎓
Profesión	🏠	∅	🏠	🏠	🏠	🏠	🏠	∅	🏠
Situación laboral	∅	∅	∅	⚡	∅	⚡	∅	∅	⚡
Trabajo actual	∅	∅	∅	🏠	∅	🏠	∅	∅	🏠
Salud	❤️	❤️	❤️	∅	❤️	❤️	❤️	❤️	∅
Tratamiento	🏠	🏠	🏠	🏠	🏠	🏠	🏠	🏠	🏠
Trastorno	🏠	🏠	🏠	🏠	⚡	🏠	🏠	🏠	⚡
Tipo de red	👤👤👤	👤👤👤	👤👤👤	👤👤👤	∅	👤👤👤	∅	∅	👤👤👤

procedencia: mientras que los casos de residentes migraron con sus padres en edad infantil, los migrantes de fuera de la UE lo hicieron solos y en edad adulta –y eso limita todavía más el tamaño, diversidad y el tipo de nexos de sus redes sociales.

De la muestra, solo 6 personas estaban trabajando (👤) en el momento de la entrevista y el resto, 14, se encontraba en una situación de desempleo de larga duración (∅). En relación al nivel de formación profesional y educativa, hallamos 2 casos de individuos sin formación (∅); 11 con formación educativa básica (📖); 5 individuos con formación media (📖📖) (bachillerato o formación profesional) y 2 con formación superior (grados y postgrados universitarios) (📖📖📖).

Julio	Joaquín	Kike	Alicia	Alfonso	Dora	Gabino	Rodrigo	Gregor	Jacinto	Daniel
♂	♂	♂	♀	♂	♀	♂	♂	♂	♂	♂
62	65	50	47	45	48	57	43	56	65	34
∅	∅	∅	∅	✗	✗	∅	†	✗	✗	∅
∅	∅	∅	∅	∅	∅	∅	3	∅	2	∅
🏠	🏠	🏠	🌐	🌐	🌐	🏠	🌐	🏠	🏠	🏠
👤	👤	👤👤	👤👤👤	👤👤👤	👤	👤	👤	∅	👤👤	👤
∅	🔧	🔧	👤	👤	∅	∅	👤	∅	📄	∅
∅	∅	👤	👤	∅	∅	👤	∅	∅	∅	∅
∅	∅	🏠	🏠	∅	∅	🏠	∅	∅	🏠	🔧
∅	❤️	❤️	∅	∅	❤️	∅	∅	❤️	❤️	❤️
📱	📱	📱	📱	📱	📱	📱	📱	📱	📱	📱
⚡	∅	⚡	👤	👤	⚡	⚡	∅	⚡	👤	⚡
	👤	👤			👤			👤	👤	

En el ámbito profesional siete (7) personas carecían de profesión (\emptyset); tres (3) habían sido autónomos o propietarios de pequeños negocios familiares (☒): un bar, una frutería y un puesto de ropa ambulante. Dos (2) tenían una profesión técnica relacionada con el ámbito del arte y el diseño (🎨); dos (2) tenían profesiones técnicas industriales (⚙️); dos (2) personas estaban dedicadas al sector de la hostelería (🍷); uno (1) era taxista (🚗); una (1) era técnica de enfermería (🏥); y finalmente hallamos dos (2) responsables de empresas tecnológicas (💻).

En general, el *capital humano* (es decir, el nivel de formación educativa y profesional) está asociado con la situación laboral. Los individuos con escasa formación suelen estar desempleados o dependen del trabajo informal, de subsidios o de la ayuda social. Cuando trabajan, y particularmente en el caso femenino, suele ser en empleos precarios en el sector de los cuidados (limpieza o atención a enfermos, niños y ancianos) y el de los servicios (hostelería, por ejemplo). En el caso de personas inmigradas se observa una excepción porque un mayor nivel formativo no necesariamente implica una mejor situación laboral: en este caso hallamos a un antiguo *manager* brasileño desempleado y una universitaria mexicana que actualmente trabaja de camarera. En estos casos posiblemente intervengan factores administrativos (convalidación de títulos, permisos de trabajo) o cuestiones socioculturales (prejuicios, idioma, experiencia laboral previa, etc.) que explican el desajuste entre el nivel de capital humano y la situación laboral. En el caso de los trabajadores por cuenta propia destacan los propietarios de pequeños negocios familiares, con nivel formativo medio y niveles adquisitivos considerables previos a la situación de pobreza. Estos se arruinan a partir de la crisis de 2008 y acaban lastrando a la familia por acumulación de deudas e impagos (cuotas de la Seguridad Social frecuentemente). Este dato es muy significativo.

Respecto a la situación de la vivienda, solo 5 personas viven en un domicilio familiar (piso, casa familia); 6 son usuarios de albergues sociales que se encontraban en situación de indigencia temporal; 1 persona todavía vive en la calle; 3 personas en un piso social compartido con otros usuarios en su misma situación y 4 en una habitación alquilada o prestada por algún familiar. Nueve de las personas de la muestra, en algún momento de sus vidas, han vivido en la calle por duración variable (desde unos pocos meses a años).

En relación con la situación social, 6 personas gozan de una red social amplia proporcionada sobre todo por una familia numerosa y cohesionada, ya sea *biológica* (5 casos) o *ficticia* (el caso de una persona muy abrigada por la red social institucional) (👨👩👧👦). En 7 casos hallamos la presencia de una red social limitada, pequeña y con escasa diversidad (👨👩) y en 6 casos se observa una red mínima, casi inexistente (\emptyset).

Por último, los datos sobre el estado de salud, como detallaremos a lo largo del trabajo, resultan contundentes. En todos los casos los individuos manifiestan algún tipo de dolencia, leve o grave, física o psicológica. En 13 de los casos las dolencias diagnosticadas son de larga duración; en diez casos (10) hallamos trastornos psicológicos (☹) y también hallamos 8 casos de afecciones relacionadas con el consumo de alcohol o drogas (🍷). Algunos individuos padecen varias dolencias de las mencionadas. Además, los trastornos y el consumo de alcohol o drogas pueden ser tanto causas como consecuencias de la situación económica.

Cuestiones éticas

La investigación cumple con los estándares éticos de investigación con sujetos humanos, la regulación sobre protección de datos personales (*Reglamento General de Protección de Datos 2016/679*), las recomendaciones del Código Europeo para Investigadores y el Código de buenas prácticas de la investigación de la Universidad Autónoma de Barcelona. La fase de preparación, recopilación, procesamiento y almacenamiento de datos personales sigue reglas básicas, como anonimizar los datos o eliminar los nombres u otros identificadores directos. Los nombres utilizados en este informe son, por tanto, pseudónimos. Todos los participantes fueron informados adecuadamente sobre los objetivos y procedimientos del estudio, su participación voluntaria en este estudio, y su derecho de dejar la entrevista en cualquier momento, recogándose su consentimiento explícito.

ISBN: 978-84-8440-697-6



9 788484 406976

La pobreza, más allá de la carencia de recursos materiales, tiene una profunda carga simbólica y unos elevados costes socioemocionales para el individuo. *Vivo entre cuatro paredes* reúne una veintena de casos de usuarios de organizaciones de acción social en distintos puntos de la geografía española. Mediante la descripción de los casos, el análisis de las interacciones de los diferentes *agentes* (usuarios, profesionales y voluntarios de la institución de ayuda), la observación en contexto y una perspectiva crítica, ofrecemos un relato etnográfico (en ocasiones crudo y directo) de los mecanismos relacionales implicados en los procesos de pobreza y exclusión social. Esperamos, con este análisis, contribuir a mejorar nuestro entendimiento sobre el polifacético fenómeno de la pobreza en nuestra sociedad contemporánea.



FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA



Caritas